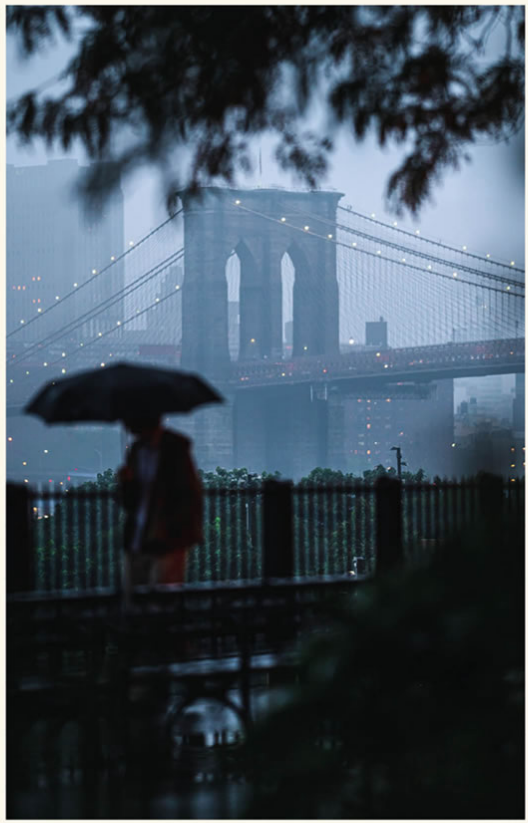
CUENTOS COMPLETOS

JAMES SALTER



narrativa
salamandra

James Salter

CUENTOS COMPLETOS

Traducción del inglés de
Enrique de Hériz, Luis Murillo Fort
y Aurora Echevarría

narrativa
salamandra

Prólogo

JOHN BANVILLE

Nada hay más difícil en literatura que representar una realidad común y corriente: sólo los mejores han tenido éxito en esa tarea. Si se trata de novelas, enseguida pensamos en Flaubert o en las primeras escenas del *Ulises* de Joyce; si de relatos, en Chéjov, por supuesto, y de nuevo en Joyce y sus *Dublineses*. Esos escritores maravillosos no escriben sobre la realidad: su obra es la realidad en sí misma. Al leerlos, nos olvidamos de que estamos ante una versión muy elaborada y mediatizada del mundo. Emma Bovary moribunda, Leopold Bloom llevándole el desayuno a la cama a su mujer, la señora del perrito que se enamora y se desenamora y vuelve a enamorarse, Gabriel Conroy contemplando los níveos restos de su matrimonio y de sí mismo... todas esas escenas nos llegan con la fuerza de una vida realmente vivida, inmediata, tangible, prosaica y sublime a la vez.

Probablemente, James Salter es mejor conocido como novelista. Dos de sus libros, *Juego y distracción* y *Años luz*, son clásicos del género, y en 2013, a los ochenta y siete, publicó *Todo lo que hay*, una novela extensa y ambiciosa sobre la guerra y la vida de los soldados después de la guerra, sobre la escritura y el mundo editorial, sobre Estados Unidos y Europa, sobre el amor y la pérdida del amor; una obra fascinante que cualquier escritor con la mitad de sus años habría querido escribir. Con ella, llegó esta magnífica colección de cuentos provenientes de dos volúmenes más bien breves: *Anochecer*

(1988) y *La última noche* (2005; Salamandra, 2006), a los que se suma un espléndido regalo: el relato «Carisma». En todos ellos, Salter demuestra ser un magistral cronista de la vida cotidiana.

Su nombre de nacimiento era James Arnold Horowitz, y vio la luz en Nueva Jersey en 1925. Su padre era agente inmobiliario, pero se había graduado en West Point y había servido en el ejército; siguiendo su ejemplo, el joven Horowitz entró en esa misma academia militar a los diecisiete años. Corría el verano de 1942 y la guerra mundial hacía estragos. Fue un estudiante aplicado y se graduó en 1945 con mención honorífica. El cuento evocativamente titulado «Hijos perdidos» —en cuya escena inicial resuena de un modo inquietante el cuento «Después de la carrera» de Joyce, sobre el desenfreno juvenil—, describe una reunión de antiguos alumnos de West Point con un estilo directo y expeditivo:

> En la zona de la recepción se celebraba una fiesta de bienvenida. Algunas caras apenas habían cambiado, pero en otros casos, como en el de Reemstma, muchos no tenían otra opción que leer varias veces el distintivo con su nombre. Alguien iba y venía con albornoz de cadete, una cámara en una mano y el flash en la otra; otros habían preferido instalarse a beber en las barracas. Se abrían puertas de las que salían las voces en tropel.

Ésta es la clase de escritura que Salter domina como nadie: el ritmo es apresurado, pero de vez en cuando salta un detalle —el hecho de que a varias personas no les quede otra que leer «varias veces» el distintivo con el nombre de Reemstma para enterarse de quién es— al que la atención del lector se queda enganchada como una uña en un vestido de seda. Y no es sólo el peculiar nombre de Reemstma lo que lo diferencia de los demás: tras dejar la academia se ha dedicado a la pintura, y al volver brevemente a la vieja escuela reflexiona con cierta

melancolía sobre la vida que podría haber llevado: «Lo recorrió una oleada de tristeza: recuerdos de desfiles, del final de los bailes, los permisos de Navidad [...]. Todo aquello se había acabado, pero esa clase de cosas nunca quedaban definitivamente atrás.»

Salter es un fenómeno poco común: el del hombre de acción que se convierte en un escritor exitoso, más que exitoso —el tipo de carrera que Hemingway sólo pudo soñar—. Tras formarse como piloto en West Point, lo destinaron a Filipinas y Japón; y tras hacer un posgrado en la Universidad de Georgetown, lo transfirieron al Mando Aéreo Táctico. Un par de años después se presentó voluntario para servir en la guerra de Corea y recibió entrenamiento como piloto del caza F-86 Sabre. Al cabo, participó en más de un centenar de misiones de combate. Sus dos primeras novelas, *Los cazadores* (1957; Salamandra, 2020) y *The Arm of Flesh* (1961), están inspiradas en esas experiencias; eran obras de principiante sobre las que años después se mostró muy crítico, aunque volvió a publicar la segunda en el año 2000 con el título de *Cassada*.

En total, Salter sirvió doce años en la Fuerza Aérea y otros tres o cuatro como reservista antes de abandonar la vida militar para dedicarse a tiempo completo a escribir. Debió de ser una decisión difícil: era un aviador nato y llevaba en la sangre la emoción del combate; además, estaba casado y tenía dos hijos pequeños. Sus primeros libros no gozaron del favor de los editores ni del público y él empezó a granjearse la temida fama de «escritor para escritores»; a pesar de ese terrible hándicap, se lanzó al mercado y empezó a escribir guiones de cine, una experiencia que resultó descorazonadora, como para tantos otros. El cuento «El cine», con su título sardónicamente pomposo y su estilo lleno de lo que los editores de cine llaman «saltos de corte» (*jump cuts*), refleja a la perfección su desencanto: «Sí, tú apunta, apunta», insta un director a su

protagonista. «Estoy diciendo una serie de cosas brillantes.»

Finalmente, escribió un guión para Robert Redford y, cuando éste lo rechazó, él lo convirtió en la novela *En solitario* (1979): una metamorfosis de lo más acertada que señaló el final de su período cinematográfico.

Los años en los que Salter abandonó la vida de acción para dedicarse a la literatura atestiguaron una fascinante transformación de Estados Unidos: la emoción y las certezas de los tiempos de guerra se vieron reemplazadas por la cruda realidad de la vida civil. Las mujeres, que durante la contienda habían disfrutado de libertades jamás soñadas hasta entonces en el terreno laboral, la casa y la cama, tuvieron que despojarse de sus monos de trabajo —literal y figurativamente— y volver a los vestidos de guingán y los zapatos de tacón. Hollywood fue una de las fuerzas impulsoras de esa campaña normativa —basta recordar a Doris Day y aquellas comedias musicales llenas de teléfonos blancos y protagonistas viriles como Rock Hudson.

Salter escribe sobre la posguerra con perspicacia, precisión e ingenio. Los primeros relatos, datados entre las décadas de 1960 y 1980, tienen un ritmo jazzístico y el fulgor satinado y frágil del mundo de *Mad Men*. Los personajes son nerviosos y astutos y se utilizan unos a otros. Estamos en la segunda mitad del siglo estadounidense por excelencia y se están planificando las Torres Gemelas, ¿qué podría salir mal? Y sin embargo, casi todo sale mal. En «Veinte minutos», uno de los relatos más famosos de Salter, el caballo tira a una mujer rica que se queda tendida en el suelo y, mientras agoniza, repasa momentos aleatorios de su pasado que, por alguna razón, no terminan de conformar una vida. «Quedaban pendientes todas las cosas que había tenido la intención de hacer alguna vez: volver al este, visitar a ciertos amigos, vivir un año junto al mar. No podía creer que ése fuera el fin...»

Los personajes de Salter están descritos de manera imprecisa y, sin embargo, se vuelven memorables al instante. Se le da especialmente bien escribir sobre mujeres jóvenes, una habilidad que ha conservado a lo largo de toda su carrera; basta con leer la escena inicial de «Carisma», en la que dos jóvenes brillantes que están en una fiesta en Nueva York hablan de Lucien Freud, a quien una de ellas ha visto mirando cuadros en el Museo Metropolitano:

—¿Y cómo puede hacer tantas cosas?
—Ni idea —respondió Cecily.
Pensaron en ello.
—Aun así, yo me lo follaría —admitió.
—¿Sí?
—Ahora mismo.
—Yo también.

Muchos cuentos de Salter están cargados de una tensión erótica de alto voltaje. En la eterna guerra entre hombres y mujeres, sus personajes se apresuran a tomar posiciones en el frente y plantarse cara. La mayoría de las veces, la lucha está llena de golpes bajos. En «American Express», dos abogados, Frank y Alan, ambos exitosos, zafios y ávidos de mundo, se toman unas largas vacaciones en Italia y, mientras recorren Arezzo en coche, recogen en una esquina a una colegiala que Frank se lleva a su habitación de hotel. «En un momento determinado le pareció que ella temblaba, que su cuerpo se estremecía. "¿Estás bien?", le preguntó.» Más tarde, los tres viajan juntos a Florencia, Spoleto y otras ciudades turísticas e, inevitablemente, Alan empieza a desear a la chica. Entonces, el bueno de Frank se ofrece con total naturalidad a compartirla: eso hacen los colegas, después de todo. La chica, la niña, no cuenta; es prácticamente un objeto. En unas pocas páginas,

Salter crea algo así como una versión en miniatura de una novela de Henry James: estadounidenses en Europa, el abuso de la inocencia, la sensación extrañamente contingente de que la vida transcurre. «No sabía qué hacer, pero aparte de eso todo era perfecto.»

En otro relato, «Am Strande von Tanger», otro trío viajero compuesto por un joven estadounidense y dos mujeres alemanas pasa un tiempo en Barcelona. En apariencia, no sucede nada relevante: la acción crucial está como sumergida o tiene lugar en los espacios entre las palabras. El cuento es un despliegue de virtuosismo, un brillante ejemplo del arte de decir poco y transmitir mucho. Al final, un pájaro enjaulado muere y entendemos que con él mueren muchas más cosas. Las últimas frases se sirven del material más banal para crear una desolación estremecedora: «Tiene los pechos pequeños y los pezones grandes; también, como ella misma dice, un trasero más bien grande. Su padre tiene tres secretarias. Hamburgo está cerca del mar.»

Allí, como en muchos otros lugares, Salter utiliza el correlato objetivo con un efecto brillante. En uno de los cuentos más conmovedores y tristemente hermosos, «Ocaso», la señora Chandler, una divorciada de cierta edad y posición social («Sabía organizar cenas, cuidar perros, entrar en restaurantes...»), recibe la visita de su flemático amante, que le anuncia que se ha reconciliado con su esposa y va a volver con ella. Para la señora Chandler es una pérdida entre muchas, la más dura de las cuales fue la muerte de su hijo menor. Reza por ese niño: «Ay, Señor, no dejes de fijarte en él, ¡es tan pequeñajo!» El relato no tiene más de ocho páginas, pero posee una gran fuerza, sobre todo la secuencia final, perfectamente modulada y de una intimidad desgarradora. A lo largo del mismo se repiten imágenes de gansos salvajes que son abatidos por cazadores y, a medida que el atardecer da paso a la noche,

la mujer siente que la oscuridad invade su corazón:

> Imaginó que en algún lugar, sobre la hierba húmeda, yacería alguno con el pecho oscurecido y empapado, el elegante cuello extendido todavía, las grandes alas esforzándose por batir, la sangre gorgoteando en los hoyuelos del pico. Echó a andar por la casa encendiendo luces. Caía la lluvia, rompía el mar, un camarada yacía muerto en la arremolinada oscuridad.

En «Contigo, Mi Señor», el elemento erótico se funde con el poder disruptivo del arte. Brennan, un poeta borracho y fracasado que vive en el barrio, interrumpe una cena burguesa. Entre los comensales hay una joven llamada Ardis que reacciona alarmada y fascinada a la vez ante la presencia perturbadora del hombre. Al día siguiente, al volver de la playa, da un rodeo hasta la casa de Brennan. No parece haber nadie, aparte de un enorme perro silencioso que la sigue hasta su casa («Trotaba de un modo extraño, como un hombre grueso apresurándose bajo la lluvia») y se queda con ella, durmiendo en la hierba detrás de la vivienda. Ardis lleva al perro de vuelta a la casa de Brennan y, al ver que nuevamente no hay nadie, entra a echar un vistazo. Es una experiencia extraña e inquietante para ella, que apenas puede creer que se esté comportando así. «Pausadamente, sin pensar, empezó a quitarse la ropa. No llegó más allá de la cintura, sorprendida por lo que estaba haciendo.» Al final, el perro deja de formar parte de su vida, «había desaparecido o se había extraviado; tal vez su nombre saldría a relucir en algún verso, aunque lo más probable era que nadie lo recordara, salvo ella».

Una versión fantasmal del perro del poeta recorre todos estos relatos como un símbolo del misterioso y amenazante poder de la vida, como un recordatorio mudo e inexorable de la imposibilidad de domesticarla y de alcanzar aquello que más

anhelamos. James Salter es un mago cuyos prodigios están exquisitamente ejecutados, pero a la vez demuestran una sólida comprensión de las realidades cotidianas. En estas páginas, consigue una y otra vez lo que John Updike definió como la tarea del escritor: «Descubrir la belleza en lo ordinario.» Al realizar esa tarea, Salter muestra lo ordinario como lo que realmente es: lo verdaderamente maravilloso.

JOHN BANVILLE, 2013

Am Strande von Tanger

Barcelona al amanecer. Los hoteles están a oscuras. Todas las calles apuntan al mar.

La ciudad está desierta, Nico duerme atada por sábanas enredadas, por su larga melena, por un brazo desnudo que asoma bajo la almohada. Está quieta, ni siquiera respira.

En una jaula cuya silueta se adivina bajo un cuadrado de seda azul índigo y negro duerme su pájaro, *Kalil*. La jaula está en una chimenea vacía que han fregado hasta dejarla bien limpia. A su lado hay flores y un cuenco de fruta. *Kalil* duerme con la cabeza escondida bajo un ala suave.

Malcolm duerme. Sus gafas de montura metálica, que en realidad no necesita —ni siquiera están graduadas—, están abiertas sobre la mesa. Él duerme boca arriba y su nariz surca el mundo de los sueños como una quilla. Esa nariz, que es la de su madre, o al menos una réplica de la de su madre, parece un artilugio teatral, una extraña condecoración que alguien le ha pegado en plena cara. Es lo primero que uno nota, lo primero que resulta atractivo de él. En cierto sentido, esa nariz es una señal de compromiso con la vida: una nariz grande que no se puede esconder. Además, tiene los dientes fatal.

En lo más alto de las cuatro torres de piedra que Gaudí dejó inacabadas, la luz empieza a revelar unas inscripciones doradas que, de tan pálidas, no pueden leerse. No hace sol, sólo hay un silencio blanco. Madrugada de domingo en España: la niebla cubre los montes que rodean la ciudad, las tiendas están cerradas.

Nico ha salido a la terraza después de darse un baño. Lleva la

toalla enrollada en el cuerpo, el agua brilla aún en su piel.

—Está nublado —dice—, no es un buen día para ir a la playa.

Malcolm mira hacia arriba.

—Tal vez despeje —contesta.

Por la mañana, en el gramófono suena Villa-Lobos. La jaula está en un taburete, junto a la puerta. Malcolm se está comiendo una naranja en una tumbona de tijera. Está enamorado de Barcelona. Su profunda implicación con la ciudad se basa en parte en un cuento de Paul Morand, pero también en un incidente ocurrido años atrás: una tarde, a la hora del crepúsculo, un tranvía atropelló al gran arquitecto Antonio Gaudí —misterioso, frágil, con pinta casi de santo— cuando acudía a misa. Era muy mayor, tenía la barba y el pelo blancos, vestía con la ropa más sencilla posible. Nadie lo reconoció: quedó tendido en la calle sin que ninguna persona, ni siquiera un taxista, se decidiera a llevarlo a urgencias. Al final, lo trasladaron a un hospital de beneficencia donde murió el mismo día que nació Malcolm.

El piso está en la ronda del General Mitre y su «sastre» —así lo llama Nico— queda cerca de la Sagrada Familia de Gaudí, al otro lado de la ciudad. Es un barrio obrero con un leve olor a basura. El monumento está rodeado de muros, hay cuadrifolios grabados en el pavimento. Las torres se elevan por encima de todo: «Sanctus, sanctus», exclaman. Están huecas. La catedral no llegó a terminarse: a ambos lados de sus puertas estás al aire libre. Malcolm ha paseado muchas veces alrededor de este monumento vacío en las tardes tranquilas de Barcelona. Ha embutido billetes de una peseta, de un valor virtualmente nulo, en la ranura señalada con la inscripción: DONACIONES PARA LA CONTINUACIÓN DE LA OBRA. Tiene la sensación de que los billetes caen directamente al suelo por el otro lado o, si escucha con atención, tal vez un sacerdote con gafas los guarda bajo llave

en una caja de madera.

Malcolm cree en Malraux y en Max Weber: el arte es la verdadera historia de las naciones. En su persona hay evidencias de un proceso que no ha llegado a completarse: la conversión de un hombre en un auténtico instrumento. Se está preparando para la llegada de ese gran artista que espera ser algún día, un artista en el verdadero sentido moderno de la palabra; es decir, sin ningún logro, pero con la convicción del genio. Como artista liberado de las exigencias de la artesanía, como artista de los conceptos, de la generosidad, su obra consiste en la creación de su propia leyenda y, mientras disponga de un solo seguidor, podrá creer en la santidad de ese designio.

Es feliz en Barcelona. Le gustan las calles amplias refrescadas por árboles, los restaurantes, los largos atardeceres; está inmerso en las corrientes de una lenta vida conyugal.

Nico sale a la terraza con un suéter del color del trigo.

—¿Te apetece un café? —pregunta—. ¿Quieres que baje a buscarlo?

Él se queda pensando.

—Sí —contesta.

—¿Cómo lo quieres?

—Solo —responde en español.

—Negro.

A Nico le gusta hacer esa clase de recados. El edificio tiene un pequeño ascensor que sube despacio. Cuando llega, ella se mete y cierra las puertas con cuidado; entonces, con la misma lentitud, el ascensor va descendiendo piso tras piso como si fueran décadas. Entretanto ella piensa en Malcolm, piensa en su padre y en su segunda esposa; decide que, probablemente, es más lista que Malcolm. Desde luego, tiene más fuerza de voluntad. Él, sin embargo, es más guapo de alguna manera extraña. Ella tiene la boca grande, insensata; él es generoso;

ella, más bien seca. Pasa el segundo piso. Se mira en el espejo. Por supuesto, nadie descubre esas cosas desde el principio. Es como una obra de teatro: lentamente, una escena tras otra, la realidad de la otra persona va cambiando. De todos modos, la inteligencia pura no es tan importante. Es una cualidad abstracta, sin relación con ese conocimiento cruel e intuitivo de cómo debe vivirse la vida nueva del que su padre carece y que Malcolm sí posee.

A las diez y media suena el teléfono. Ella lo coge y se pone a hablar en alemán, tumbada en el sofá. Cuando termina, Malcolm le grita:

—¿Quién era?

—¿Quieres ir a la playa?

—Sí.

—Inge llegará dentro de una hora, más o menos.

Malcolm ha oído hablar de Inge y siente cierta curiosidad. Además, ella tiene coche. La mañana, obediente a sus deseos, ha empezado a cambiar. Abajo, en la calle, hay algo de tráfico madrugador. El sol se abre paso un momento, desaparece, asoma de nuevo. A lo lejos, más allá de sus pensamientos, las cuatro torres transitan entre la sombra y la gloria. En los intervalos luminosos se revelan las letras en lo más alto: «Hosanna.»

A mediodía llega Inge, sonriente. Lleva una falda de color beis y una blusa con los botones de arriba desabrochados. Está un poco gruesa para esa falda, que además es muy corta. Nico los presenta.

—¿Por qué no me llamaste anoche?

—Íbamos a llamar, pero se hizo tarde. No cenamos hasta las once —explica Nico—. Di por hecho que habrías salido.

No. Inge explica que estuvo en casa toda la noche, esperando a que llamara su novio. Se está abanicando con una postal de Madrid. Nico se ha metido en el dormitorio.

—Son unos cabrones —dice Inge. Alza la voz para que Nico la oiga—. Se suponía que iba a llamar a las ocho y no me llamó hasta las diez. No tenía tiempo para hablar; dijo que me volvería a llamar al cabo de un rato, pero nada. Al final, me quedé dormida.

Nico se pone una falda plisada gris claro y un jersey color limón. Se mira la espalda en el espejo, lleva los brazos descubiertos. Inge habla desde el salón.

—No saben cómo comportarse, ése es el problema. No tienen ni idea. Lo único que saben hacer es ir al Club de Polo.

Se pone a hablar con Malcolm.

—Cuando dos personas se acuestan, se supone que luego debería ser agradable, que deberían tratarse correctamente. Aquí no; aquí no respetan a las mujeres.

Tiene los ojos verdes y unos dientes blancos y bien alineados. Él piensa cómo debe de ser tener una boca así. Se supone que el padre de ella es cirujano en Hamburgo; Nico dice que no es verdad.

—Aquí son como niños —sigue Inge—. En Alemania, ahora, te respetan un poco. Ningún hombre te trata así: saben cómo hay que comportarse.

—Nico —llama Malcolm.

Ella aparece cepillándose el pelo.

—Lo estoy asustando —explica Inge—. ¿Sabes lo que he hecho al final? Llamarlo a las cinco de la mañana. Le he preguntado: «¿Por qué no me llamaste?» y me ha dicho que no lo sabía, que qué hora era. Me he dado cuenta de que estaba dormido. «Las cinco», le he dicho. «¿Estás enfadado conmigo?» «Un poco», me ha reconocido. «Pues muy bien, porque yo estoy enfadada contigo», y pum, he colgado.

Nico está cerrando las puertas de la terraza y metiendo la jaula.

Mira el pájaro.

—Creo que no se encuentra bien.

—No le pasa nada.

—El otro se murió la semana pasada —le cuenta a Inge—. De repente: ni siquiera estaba enfermo.

Cierra una puerta y deja la otra abierta. A la luz del sol, ahora reluciente, el pájaro luce sus plumas, sereno.

—Creo que no pueden vivir solos —dice.

—No le pasa nada —insiste Malcolm—, míralo.

Sus colores brillan mucho con el sol. Se instala en la percha superior. Sus ojos tienen unos párpados redondos y perfectos. Parpadea.

El ascensor sigue en su planta, Inge entra primera y Malcolm tira de las puertas estrechas: es como cerrar un armario. Empiezan a bajar con los rostros bien juntos. Malcolm está mirando a Inge, ella va pensando en sus cosas.

Se detienen a tomar otro café en el pequeño bar de abajo. Malcolm sostiene la puerta abierta para que pasen ellas. No hay nadie, sólo un hombre que lee el periódico.

—Creo que lo voy a volver a llamar —anuncia Inge.

—Pregúntale por qué te ha despertado a las cinco de la mañana —propone Malcolm.

Ella se ríe.

—Sí —le dice—. Es maravilloso. Eso es lo que voy a hacer.

El teléfono está al otro lado de la encimera de mármol, pero él no la alcanza a oír porque Nico le está hablando.

—¿No te interesa? —le pregunta Malcolm.

—No —contesta ella.

El coche de Inge es un Volkswagen de ese color azul que tienen algunos sobres de correo por avión, tiene un parachoques abollado.

—No habéis visto mi coche —les dice—. ¿Qué os parece? ¿Conseguí una buena ganga? No sé nada de coches: es el primero que tengo. Se lo compré a un conocido, un pintor, pero

se ve que tuvo un accidente y el motor está medio gripado. Sé conducir —añade—, pero prefiero que alguien se siente a mi lado. Casi mejor si tú conduces, ¿puede ser?

—Claro —contesta Malcolm.

Se sienta al volante y pone el motor en marcha, Nico se sienta detrás.

—¿Qué te parece?

—Te lo digo en un segundo.

Aunque sólo tiene un año, el coche está algo destartalado. El tapizado del techo parece descolorido. Hasta el volante se ve maltratado. Después de conducir un par de manzanas, Malcolm dice:

—Parece que va bien.

—¿Sí?

—Los frenos no van como deberían.

—¿Ah, sí?

—Creo que hay que cambiarles las pastillas.

—Me lo acaban de engrasar —dice ella.

Malcolm la mira. Está hablando en serio.

—Tuerce a la izquierda por ahí —le indica ella.

Lo va guiando por la ciudad. A esas horas hay algo de tráfico, pero él casi no para. En Barcelona, muchos cruces son amplios, en forma de octágonos, y sólo les tocan unos pocos semáforos en rojo. Avanzan por vastos barrios de edificios antiguos, dejan atrás fábricas y llegan a los primeros descampados en las afueras de la ciudad. Inge se vuelve en el asiento para mirar a Nico.

—Estoy harta de este sitio —le dice—, me quiero ir a Roma.

Pasan por delante del aeropuerto. La carretera a la playa está abarrotada: todo el tráfico disperso de la ciudad se ha atascado allí como en un embudo, autobuses, camiones, una infinidad de coches minúsculos.

—Ni siquiera saben conducir —dice Inge—. ¡Pero qué hacen!

¿No los puedes adelantar? ¡Venga! —Invade su espacio para tocar la bocina.

—No sirve de nada —le advierte Malcolm.

Inge la vuelve a tocar.

—No se pueden mover.

—¡Me ponen furiosa! —exclama ella.

En el coche de delante, dos niños se vuelven para mirarlos, asoman sus caras pálidas y reflexivas a la pequeña ventanilla trasera.

—¿Has estado en Sitges? —pregunta Inge.

—En Cadaqués.

—Ah, sí, es muy bonito, aunque hay que conocer a alguien que tenga una buena casa.

El sol es blanco. Bajo su luz, la tierra adquiere el color de la paja. La carretera discurre en paralelo a la costa, junto a playas sin gracia, campings, casas, hoteles baratos. La vía del tren se abre paso entre la carretera y el mar, con pequeños túneles excavados por debajo para que los bañistas puedan llegar al agua. Al cabo de un rato, el mar empieza a desaparecer: avanzan junto a terrenos prácticamente desiertos.

—En Sitges están todas las rubias de Europa: suecas, alemanas, holandesas. Ya veréis —explica Inge.

Malcolm mira la carretera.

—Los ojos marrones de los españoles les parecen irresistibles —añade Inge y vuelve a pasar el brazo por delante de él para tocar la bocina—. ¡Míralos! ¡Avanzan como tortugas! En fin, las chicas vienen llenas de esperanzas; ahorran, se compran unos bañadorcitos en los que apenas cabría una cuchara y ¿qué ocurre? Que alguien las ama durante una noche, en el mejor de los casos: los españoles no saben cómo tratar a las mujeres.

En el asiento trasero, Nico guarda silencio. Parece tranquila, pero en realidad está aburrida.

—No tienen ni idea —insiste Inge.

Sitges es un pueblecito de hoteles húmedos, persianas verdes y el típico césped seco de los lugares turísticos con playa. Hay coches aparcados por todas partes, abarrotan las calles. Al fin, encuentran un espacio a dos manzanas del mar.

—Asegúrate de cerrarlo con llave —dice Inge.

—No te lo van a robar —responde Malcolm.

—O sea que ya no te parece tan bonito —repone ella.

Caminan por la calzada medio hundida por culpa del calor. Por todas partes a su alrededor se alzan edificios demasiado apretados de fachadas lisas, sin decoración. Pese a la abundancia de coches, el pueblo está extrañamente vacío. Son las dos: todo el mundo se ha ido a comer.

Malcolm lleva unas bermudas de algodón tosco, parecido al algodón azul vidrioso de los tuaregs. Tienen un cinturón muy fino, del ancho de un dedo, que sólo asoma por la parte delantera. Él luce un cuerpo de corredor, un cuerpo sin defectos, de mártir de pintura flamenca. Las venas asoman como cuerdas bajo la piel de sus brazos y piernas.

Las cabinas de la playa tienen la pared trasera de hormigón y alfombras de cáñamo en el suelo. La ropa de Malcolm pende de un gancho, amorfa. Él sale al pasillo. Las mujeres se están cambiando aún, no sabe detrás de qué puerta. Hay un espejito colgado de un clavo. Se alisa el cabello y espera. Fuera brilla el sol.

El mar empieza en una cuestecilla llena de guijarros afilados como clavos. Malcolm se mete el primero, Nico lo sigue sin pronunciar palabra. El agua está fría; él siente cómo le sube por las piernas, le roza el borde del bañador y de repente, con una oleada —aunque él intenta saltar por encima—, lo abraza. Se zambulle. Sale con una sonrisa en la cara y el sabor de la sal en los labios. Nico también se ha zambullido, sale cerca de él, suavemente, se echa el cabello mojado hacia atrás con una sola mano y luego se queda con los ojos entrecerrados, sin saber

muy bien dónde está. Él le rodea la cintura con un brazo y ella sonríe: posee un instinto que le indica con toda certeza y seguridad cuándo se ve más guapa. Por un instante, se establece entre ellos una serena dependencia mutua. Malcolm la levanta y la lleva en brazos, con la ayuda del mar, agua adentro. Ella descansa la cabeza en su hombro. Inge está tumbada en la playa en bikini, leyendo el *Stern*.

—¿Qué problema tiene Inge? —pregunta él.

—Todos.

—No, me refiero a por qué no quiere meterse.

—Tiene el período.

Se tumban junto a ella en toallas separadas. Malcolm se fija en lo morena que está Inge. Nico nunca llega a broncearse así, por mucho tiempo que pase al sol. Es como una terquedad, como si él mismo le ofreciera el sol y ella se negara a aceptarlo.

Inge les cuenta que se bronceó en un solo día. ¡Un día! Parece increíble. Se mira los brazos y las piernas como si quisiera confirmarlo; sí, es verdad: desnuda en las rocas de Cadaqués. Baja la mirada hacia el vientre y al hacerlo provoca que se formen algunas lorzas rollizas, juveniles.

—Estás engordando —dice Nico.

Inge se echa a reír.

—Son mis ahorros —contesta.

Eso es lo que parecen: cintos, como si formaran parte de un vestido que llevara puesto. Cuando se tumba, desaparecen. Sus piernas y brazos están firmes. El vientre, como el resto de su cuerpo, está cubierto de un fino vello dorado. Dos jóvenes españoles pasean por la orilla.

Ella le habla al cielo. Si se va a América, recita, ¿valdrá la pena llevarse el coche? Al fin y al cabo, lo consiguió a muy buen precio; si no se lo quiere quedar, probablemente podrá venderlo y sacarle algo de dinero.

—América está llena de Volkswagens —dice Malcolm.

—¿Sí?

—Está llena de coches alemanes, todo el mundo tiene uno.

—Debe ser que les gustan —decide ella—. Los Mercedes son buenos coches.

—Muy admirados —concede Malcolm.

—Ése es el coche que me gustaría para mí: me encantaría tener un par. Cuando tenga dinero, ése será mi hobby —afirma —. Y me encantaría vivir en Tánger.

—Hay playas fantásticas por ahí.

—¿Sí? Me pondré negra como los árabes.

—Pero mejor que te pongas el bañador —dice Malcolm.

Inge sonríe.

Nico parece dormida. Se quedan tumbados en silencio con los dedos de los pies apuntando al sol. Ha perdido fuerza: ya sólo hay momentos pasajeros de calor cuando el viento afloja y el sol les da de pleno, débil pero invasivo. Se acerca una hora de melancolía, la hora en que todo llega a su fin.

A las seis, Nico se incorpora. Tiene frío.

—Ven —le dice Inge—, vayamos a pasear por la playa. — Insiste. El sol no se ha puesto aún. Se vuelve muy juguetona—. Ven —vuelve a decir—, ésta es la mejor zona, donde están las mansiones de lujo. Daremos un paseo y haremos felices a los viejos.

—Yo no quiero hacer feliz a nadie —contesta Nico abrazándose a sí misma.

—Eso no es fácil —le asegura Inge.

Nico la sigue con expresión melancólica, los brazos cruzados, las manos sujetando los codos. El viento sopla desde el mar, unas olitas rompen casi en silencio: emiten un ruido suave, como olvidado. Nico lleva un bañador de color gris, entero, pero escotado por la espalda, y mientras Inge se dedica a jugar frente a las casas de los ricos ella mira la arena.

Inge se adentra en el mar.

—Ven —le dice—, está caliente.

Parece risueña y feliz, llena de una alegría más fuerte que el momento, más fuerte que el frío. Malcolm camina despacio tras ella. Es cierto que el agua está caliente. También parece más limpia, y hasta donde él alcanza a mirar no hay nadie bañándose: se están bañando solos. Las olas se hinchan y los levantan suavemente. El agua les pasa por encima, les lava el alma.

Los jóvenes españoles se plantan en torno a las cabinas con la esperanza de atisbar algo si la puerta de la ducha se abre antes de tiempo. Llevan bañadores de lana azules o negros, los dedos de sus pies parecen más largos de lo normal. Sólo hay una ducha, con un único grifo blanqueado por el salitre: el del agua fría. Inge entra primero. Tiende una minúscula pieza de su bañador tras otra en el borde superior de la puerta. Malcolm espera. Oye los suaves palmoteos y el roce de las manos sobre la piel, el repentino tamborileo del agua en el hormigón cuando Inge se echa a un lado. Los chicos de la puerta hablan de él con admiración. Cuando se vuelve, bajan la voz y se burlan unos de otros para aparentar que se trataba de una broma.

Las calles de Sitges han cambiado: ha llegado la hora que anuncia el anochecer y por todas partes aparecen multitudes de paseantes. Se les hace difícil permanecer los tres juntos. Malcolm las rodea con sus brazos y ellas se dejan llevar como caballos pendientes del menor contacto. Inge sonríe, dice que la gente va a creer que se lo montan los tres.

Se detienen en un café.

—No es muy bueno —se queja Inge.

—Es el mejor que hay —se limita a responder Nico.

Una de sus virtudes es la capacidad de distinguir a primera vista, dondequiera que vaya, cuál es el lugar adecuado, el restaurante u hotel idóneo.

—No —insiste Inge.

No parece que a Nico le importe. Deambulan algo alejados y Malcolm pregunta en un murmullo:

—¿Qué busca?

—¿De veras no lo sabes? —responde Nico.

—¿Veis esos chicos? —dice Inge.

Ya están sentados en otro lugar. Alrededor, brazos y piernas bronceados, melenas descoloridas por las largas tardes abrasadoras, jóvenes relajados y con la dulce mirada de la indolencia.

—No tienen dinero —dice—. No hay uno solo que pueda invitarte a cenar, ni uno solo. No tienen nada, esto es España —concluye.

Nico escoge dónde cenar. Ha ido empequeñeciéndose a lo largo del día: la presencia de esa amiga, esa chica con la que convivió por casualidad durante los días en que ambas se esforzaban por encontrar su lugar en la ciudad, cuando aún no conocían a nadie ni sabían los nombres de las calles, cuando estuvo tan enferma que le escribieron juntas un telegrama a su padre —no tenían teléfono—, la repentina revelación de Inge, ha hecho que el pasado parezca menos grato. De pronto, siente la desgarradora certeza de que Malcolm la desprecia: su confianza, sin la cual no es nadie, ha desaparecido. El mantel se ve blanco y deslumbrante: parece que los ilumine a los tres con una luz implacable. Los tenedores y los cuchillos están dispuestos como para una cirugía. Los platos se han enfriado. No tiene hambre, pero no se atreve a rechazar la comida. Inge está hablando de su chico.

—Es terrible —dice—, no tiene corazón, pero yo lo entiendo, sé lo que quiere. Además, ninguna mujer puede esperar serlo todo para un hombre; no es natural: los hombres necesitan unas cuantas mujeres.

—Estás loca —interviene Nico en tono inexpresivo.

—Es verdad.

Esa afirmación es lo único que faltaba para desmoralizarla. Malcolm se dedica a inspeccionar la correa de su reloj y a ella le parece que es él quien permite todo esto. «Es un estúpido», piensa. Esa chica tiene algo de barriobajera y a él le parece interesante. Ella se cree que le van a proponer matrimonio porque se van a la cama con ella, ¡claro que no! Nunca. «Es imposible estar más equivocada», piensa, aunque al momento se da cuenta de que tal vez se equivoque.

Van a tomar un café a Chez Swann. Nico se sienta aparte, dice que está cansada. Se acurruca en un sofá y se duerme: está agotada. La tarde ha refrescado bastante.

La despierta una voz, música, una voz maravillosa entre el rasgueo ocasional de una guitarra. La escucha entre sueños y se incorpora. Malcolm e Inge están hablando. Ella siente como si llevara largo tiempo esperando, buscando, esa canción. Alarga una mano para tocarle un brazo a Malcolm.

—Escucha —le dice.

—¿Qué?

—Escucha —repite—: es María Dolores Pradera.

—¿María Dolores Pradera?

—La letra es preciosa —dice Nico.

Frases sencillas. Se las repite como si fueran una letanía. Repeticiones misteriosas: «madre morena… hija morena». La elocuencia de los pobres, pura y lisa como una piedra.

Malcolm escucha con paciencia, pero no oye nada. Nico se da cuenta: él ha cambiado mientras ella dormía, se ha envenenado poco a poco con historias de una España horrorosa que ahora circulan por sus venas, una España concebida por una mujer que sabe bien que nunca conseguirá ser más que una parte de lo que necesitan los hombres. Inge está tranquila, cree en sí misma, cree que tiene derecho a existir, a mandar.

La carretera está a oscuras. Han abierto la capota a la noche,

tan llena de estrellas que éstas parecen derramarse sobre el coche. Nico, en el asiento trasero, está asustada. Inge va hablando; entre las risas de Malcolm, estira el brazo para amonestar con un bocinazo a los coches que circulan demasiado despacio. Cuenta que en Barcelona hay habitaciones privadas donde ha pasado tardes enteras de invierno con su amante, junto a un fuego cálido y crepitante, que hay casas en las que han hecho el amor sobre mantas de piel. Claro que entonces él era amable. Entonces, ella se imaginaba el Club de Polo, veladas en las mejores casas.

Las calles de la ciudad están casi vacías. Se acerca la medianoche: medianoche de domingo. El día al sol los ha dejado agotados, el mar ha absorbido sus fuerzas. Bajan del coche en General Mitre y se dan las buenas noches a través de las ventanillas. El ascensor sube muy despacio. Sienten como si colgaran del silencio, miran al suelo como los jugadores de cartas después de perderlo todo.

El apartamento está a oscuras, Nico enciende una luz y luego desaparece. Malcolm se lava y se seca las manos. Todo parece tranquilo, recorre lentamente las habitaciones hasta que la encuentra de rodillas en el umbral de la puerta de la terraza, como si se hubiera caído.

Mira la jaula: *Kalil* está en el suelo.

—Dale un poco de brandy en la punta de un pañuelo —propone.

Nico ha abierto la puerta de la jaula.

—Está muerto —dice.

—Déjame verlo.

Está tieso. Sus patitas están curvadas y secas como una ramita. Parece más ligero: el aliento ha abandonado su plumaje; su corazón, más pequeño que una semilla de naranja, ha dejado de latir. La jaula está vacía en el frío umbral. Parece que no hay nada que decir, Malcolm cierra la puerta.

Luego, en la cama, escucha los sollozos de Nico. Intenta consolarla, pero no puede. Ella le da la espalda, no va a contestarle.

Tiene los pechos pequeños y los pezones grandes. También, como ella misma dice, un trasero más bien grande. Su padre tiene tres secretarias. Hamburgo está cerca del mar.

Contigo, Mi Señor

Encima de la mesa había servilletas arrugadas, copas de vino con posos oscuros, manchas de café y platos con trocitos de *brie* endurecido. Del otro lado de las ventanas azuladas, el jardín yacía inmóvil bajo los trinos de la mañana estival. Había llegado la luz del día. Todo había ido muy bien salvo una cosa: Brennan.

Al principio habían estado sentados fuera, bebiendo a la luz del crepúsculo, y luego habían entrado. La cocina disponía de una mesa redonda grande, un hogar y estantes con ingredientes de todas clases. A Deems se lo conocía por sus dotes de cocinero, lo mismo que a su novia, la insondable Irene, con su sonrisa misteriosa, aunque nunca cocinaban juntos. Aquella noche le tocaba a Deems. Sirvió caviar de un tarro blanco, como los que se utilizan en cosmética. Había puesto cucharillas de plata.

—Es la única manera adecuada de comerlo —murmuró con voz grave, de perfil: raramente miraba a nadie—. Éstas son cucharillas de plata antiguas —lo oyó aclarar Ardis, como si no se hubiesen dado cuenta.

A ella, sin embargo, no se le escapaba nada. Aunque ella y su marido conocían a Deems desde hacía tiempo, nunca habían ido a su casa. En cuanto entraron en el comedor, se fijó en los cuadros, los libros y los estantes llenos de objetos, entre ellos uno de caracolas perfectas y relucientes. Todo le resultaba tan extraño como cabía esperar de una casa ajena pero, a la vez, relativamente familiar.

Se había producido cierta confusión respecto del sitio de

cada quien en la mesa e Irene trató en vano de solventarlo mientras conversaban antes de cenar. Fuera, la oscuridad se había impuesto, verde y profunda. Los hombres hablaron de campamentos a los que habían ido de niños en los pinares de Maine, y también de Soros, el financiero. Mucho más interesante fue el comentario que Ardis le oyó hacer a Irene, aunque sin conocer el contexto.

—Yo creo que una puede acostarse con más hombres de la cuenta.

—¿Has dicho «puede» o «no puede»? —se oyó preguntar Ardis.

Irene se limitó a sonreír. «Tengo que preguntárselo más tarde», pensó Ardis. La comida fue excelente: consomé frío, pato y ensalada de brotes. Habían servido el café y Ardis estaba jugueteando distraída con la cera de las velas cuando una voz resonó a su espalda.

—Llego tarde. ¿Qué es esto? ¿Una reunión de gente guapa?

Era un hombre borracho con americana y un pantalón blanco sucio y salpicado de sangre, fruto de un corte en el labio al afeitarse dos horas antes. Tenía el pelo húmedo y el gesto arrogante de un duque dieciochesco mimado e intimidador. Irradiaba irracionalidad.

—¿Hay algo de beber? ¿Qué es eso, vino? Siento mucho llegar tarde. Acabo de tomarme siete coñacs y decirle adiós a mi mujer. Deems, tú ya sabes cómo es eso. Eres mi único amigo, ¿lo sabías? El único.

—Todavía queda un poco de cena, si quieres —dijo Deems señalando hacia la cocina.

—No quiero cena, ya he cenado. Sólo tomaré una copa. Deems, tú eres mi amigo, pero te diré una cosa: te convertirás en mi enemigo. Ya sabes lo que dijo Oscar Wilde, mi escritor favorito, mi preferido por encima de todos: cualquiera puede elegir a sus amigos, pero sólo los sabios pueden elegir a sus

enemigos.

Miraba fijamente a Deems con cara de loco furioso y un mohín de determinación en la boca. Fue a la cocina y lo oyeron remover botellas. Luego salió con un vaso peligrosamente lleno y miró en derredor con gesto desafiante.

—¿Dónde está Beatrice? —le preguntó Deems.

—¿Quién?

—Beatrice, tu mujer.

—Se ha largado —dijo Brennan buscando dónde sentarse.

—¿Ha ido a ver a su padre? —preguntó Irene.

—¿Por qué lo dices? —repuso Brennan con tono amenazador. Ardis observó alarmada que se sentaba a su lado.

—Su padre estaba en el hospital, ¿no?

—No sé ni me importa —repuso Brennan sombríamente—. Es un cerdo: sólo le interesa el lucro, el dinero. Es un explotador y un criminal; me recuerda a Gómez, el dictador, cuyas hijas deben de tener un montón de pasta. Lo colgaría con mis propias manos.

Reparó en Ardis y le dijo, como imitando a alguien; quizá a ella misma, tal como la imaginaba:

—Qué gracioso, ¿no? Divino, ¿verdad?

Luego apartó la vista, para alivio de ella.

—Soy la última esperanza de ambos —le aseguró a Irene—. Pero estoy viviendo de su dinero y esto es la ruina, estoy acabado. —Alargó el brazo con el vaso y preguntó dócilmente —: ¿Alguien me pone un poquito de hielo? Adoro a mi esposa. —Se volvió hacia Ardis y le dijo—: ¿Sabes cómo nos conocimos? Ni te lo imaginas. Ella estaba paseando por la playa y me cogió totalmente desprevenido. Vi la ventral, luego la dorsal, el resto me lo imaginé. ¡Pum! Chocamos como dos planetas. Fornicación infinita. A veces me quedaba tumbado y la miraba en silencio. «La pantera negra yace bajo su rosal. *J'ai eu pitié des autres*...» —recitó y se quedó mirando a Ardis.

—¿De quién es? —preguntó ella tímidamente.

—«... pero que la niña camine en paz por su basílica» —remató.

—¿Es de Wilde?

—¿No lo adivinas? Es de Pound, el único genio de este siglo. No, el único no. Yo soy otro genio: borracho, fracasado y genial. ¿Y tú quién eres? —preguntó—. ¿Otra pobre ama de casa?

Ella notó que la sangre se le iba de la cara y empezó a despejar la mesa. La mano de él la detuvo.

—No te vayas. Ya sé quién eres: otra inestimable hembra destinada a languidecer. Estupendo tipo —dijo mientras ella conseguía zafarse—, bonitos zapatos.

Cuando llevaba unos platos a la cocina lo oyó decir:

—Yo no voy a muchas fiestas. No me invitan.

—Qué raro —murmuró alguien.

—Pero Deems es mi amigo, mi amigo más íntimo.

—¿Quién es ése? —le preguntó Ardis a Irene en la cocina.

—Es un poeta. Está casado con una venezolana y ella se larga cuando le da la gana. El pobre no siempre está así.

En el comedor parecían haberlo calmado un poco. Ardis vio a su marido ajustarse nervioso las gafas con un dedo. Deems, que llevaba un polo y el pelo revuelto, trataba de conducir a Brennan hacia la puerta de atrás, pero éste se detenía a cada momento para hablar. Incluso parecía estar menos ebrio.

—Quiero contarte una cosa —dijo—. He pasado por delante de ese instituto que está un poco más abajo y había un cartel: «Primer Concurso Anual de Miss Jodienda.» Hablo en serio, te lo juro.

—Claro que no —repuso Deems.

—Han hecho el concurso, de veras, no sé cuándo. La pregunta es: ¿nos hemos vuelto locos? Un poquitín más —suplicó; tenía el vaso vacío. Volvió a lo de antes—: Ya, en serio,

¿tú qué opinas?

A la luz de la cocina se lo veía simplemente desaliñado, como el periodista que ha pasado toda la noche trabajando. Lo inquietante era su falta de lógica y su mirada feroz. Una ventana de su nariz era más pequeña que la otra. Estaba acostumbrado a ser ingobernable. Ardis confió en que no volviera a fijarse en ella. Su frente, la de Brennan, tenía dos puntos brillantes, como cuernos nacientes. ¿Los hombres se sentían atraídos por las mujeres que les temían?

Notó que la miraba. Se produjo un silencio. Lo percibía allí, de pie, como un mendigo arrogante.

—¿Tú qué eres, otra burguesa? —le preguntó Brennan—. Ya sé que he bebido. Ven a cenar a casa. He encargado unas cosas buenísimas para los dos: *vichyssoise*, langosta S.G. En la carta siempre sale así: *selon grosseur*. —Hablaba con naturalidad, como si estuvieran en un casino con una montaña de fichas delante de cada uno, como si estuvieran discutiendo sobre qué apostar y él ni siquiera notara sus pechos bajo la oscura camiseta. Alargó la mano con calma y le tocó uno—. Tengo dinero —añadió sin quitar la mano de donde estaba, ahuecada sobre el seno. Ella se quedó tan pasmada que ni siquiera intentó apartarse—. ¿Quieres que siga?

—No —acertó a decir Ardis.

La mano bajó hasta su cadera. Deems la había cogido de un brazo y tiraba de ella.

—Chist —susurró Brennan mirándola—, no digas nada: tú y yo, como un remo que se desliza en el agua.

—Tenemos que irnos —insistió Deems.

—¡¿Qué haces? ¿Es otra de tus tretas?! —exclamó Brennan —. Deems, ¡no hagas que acabe contigo!

Mientras se lo llevaban hacia la puerta, Brennan continuó. Deems, dijo, era el único hombre a quien no detestaba. Invitaba a todo el mundo a su casa, no le faltaba de nada: tenía

fonógrafo, ¡whisky! ¡Tenía un reloj de oro!

Una vez fuera, caminó tambaleándose por la hierba bien cortada y se subió a su coche, que tenía un costado abollado. Dio marcha atrás con violentas sacudidas.

—Seguramente va a Cato's —aventuró Deems—. Será mejor que llame para ponerlos sobre aviso.

—No le van a servir, les debe dinero —dijo Irene.

—¿Quién te ha dicho eso?

—El barman. ¿Te encuentras bien? —le preguntó a Ardis.

—Sí. ¿De veras está casado?

—Se ha casado tres o cuatro veces —respondió Deems.

Más tarde, varias de las mujeres se pusieron a bailar entre ellas. Irene arrastró a Deems a la pista y él no se resistió. Bailaba bastante bien. Ella movía sinuosamente los brazos y cantaba.

—Muy bonito —dijo él—. ¿Alguna vez has bailado en público?

Ella le sonrió.

—Hago lo que puedo —repuso.

Al final, ella le puso la mano en el brazo a Ardis y se disculpó:

—Estoy abochornada por lo que ha pasado.

—No pasa nada, estoy bien.

—Debería haberlo sacado a patadas —dijo su marido mientras volvían a casa—. ¡Ezra Pound! Sabes lo que hizo, ¿no?

—No.

—Fue un traidor: durante la guerra hacía programas de radio arengando al enemigo. Deberían haberlo fusilado.

—¿Y qué le hicieron?

—Le dieron un premio de poesía.

Bajaban por un largo trecho desierto donde, en una esquina, semioculta por unos árboles, había una casa pequeña: la «casa de la gitana», la llamaba Ardis para sus adentros; una casa

sencilla con una bomba de agua en el jardín y a veces, durante el día, una muchacha con pantalón corto —muy corto— y tacones altos tendiendo la ropa. Esa noche había luz en la ventana, una luz solitaria cerca del mar. Ardis conducía mientras Warren hablaba.

—Lo mejor es que olvidemos lo de esta noche.

—Sí —repuso ella—, no hay para tanto.

Brennan derribó una cerca en Hull Lane y se encaramó en un jardín ajeno a eso de las dos de la madrugada. Seguro que se había saltado la curva a la izquierda porque no llevaba los faros encendidos, pensó la policía.

Ella cogió el libro y se acercó a una ventana que daba al jardín trasero de la biblioteca. Leyó un poco al azar y encontró un poema con algunos versos subrayados y notas al margen escritas a lápiz. Era «La esposa del mercader del río». No le sonaba de nada. Fuera, el verano ardía, blanco como la tiza. Leyó:

A los catorce me casé contigo, Mi Señor.
Era tímida, nunca reía…

Había tres ancianos leyendo periódicos en la fresca sala, uno de ellos casi ciego, al parecer. Sus gafas de culo de botella le dibujaban lunas blancas en las mejillas.

Este otoño, el viento ha arrancado pronto las hojas
y, tras emparejarse, las mariposas en pleno agosto
amarillean la hierba del jardín del oeste.
Me duele: estoy envejeciendo.

Había leído poesía y quizá hasta había subrayado así, pero

cuando iba al instituto. Recordaba poco de lo que había aprendido allí. Había habido un «Mi Señor», aunque no se casó con él. Ella tenía veintiuno, su primer año en la ciudad. Recordaba el edificio de ladrillo oscuro en la 58, las tardes de luz sesgada, su ropa sobre una silla o tirada en el suelo, y la húmeda y mecánica repetición de aquello, o de él, o de lo que fuera: «Ay, Dios; ay, Dios; ay, Dios.» Y el tráfico en la calle, apenas audible, muy lejos...

A lo largo de los años lo había llamado varias veces creyendo que el amor no moría nunca, soñando estúpidamente con verlo de nuevo, soñando que él volvía, como en las viejas canciones. Apresurarse una vez más, avanzar por la calle casi corriendo, al mediodía; el sonido de sus tacones resonando en la acera. Ver la puerta del apartamento abierta...

Si piensas volver por los vados del río Kiang,
por favor, avísame con tiempo
e iré a encontrarte
a la altura de Chô-fu-Sa.

Se quedó allí sentada junto a la ventana; su rostro juvenil revelaba cierto abatimiento, incluso una ligera distancia respecto a las cosas, al menos ésa era la impresión que daba.

Al rato, se acercó al mostrador.

—¿Por casualidad tienen algo de Michael Brennan? —preguntó.

—Michael Brennan —repitió la mujer—. Hemos tenido, pero él se los lleva porque dice que la gente que los lee es indigna. No creo que quede ninguno. Tal vez cuando vuelva de la ciudad.

—¿Vive en la ciudad?

—Vive en esta misma calle. Hubo un tiempo en que teníamos todos sus libros. ¿Lo conoce?

Le habría gustado preguntar más, pero negó con la cabeza.

—No, sólo he oído hablar de él.

—Es poeta —dijo la mujer.

• • •

Estuvo sentada a solas en la playa. Casi no había nadie. Tumbada en bañador con el sol en la cara y las rodillas. Hacía mucho calor y el mar estaba llano. Ella prefería ponerse junto a las dunas allí donde rompían las olas, oírlas estallar como los acordes finales de una sinfonía, salvo que ésta nunca terminaba. No había nada tan bonito.

Salió del mar y se secó como una gitanilla con los tobillos rebozados de arena. Notaba el sol bronceándole los hombros. Con el pelo mojado, sumida en la levedad de los días, caminó arrastrando la bicicleta por la tierra de tacto aterciopelado.

No volvió a casa por el camino habitual. Había poco tráfico. El mediodía era verde botella. Casas grandes entre los árboles y detrás, como un recuerdo, amplias tierras de labranza.

Conocía la casa y la vio desde lejos. El corazón le latía extrañamente. Se detuvo como porque sí con la bicicleta inclinada a un lado y ella medio sentada encima, como si se tomara un respiro. ¡Qué hermosa es una mujer sola con camisa blanca de verano y las piernas desnudas! Fingiendo que ajustaba la cadena de la bicicleta, observó la casa, los ventanales, las manchas de agua en lo alto del tejado. Había una caseta de jardinero abandonada y en el sendero que llevaba hasta ella crecían arbolitos. El largo camino de grava, el porche del lado del mar, todo estaba desierto.

Caminando despacio, consciente de su descaro, se acercó. Simplemente sentía el impulso de asomarse por las ventanas, pero no estaba bien, pese al silencio y la quietud absolutas.

Se acercó un poco más y, de repente, algo salió del porche.

Se quedó paralizada, incapaz de emitir sonido alguno.

Era un perro, un perro enorme que le llegaba más arriba de la cintura. Avanzaba hacia ella mirándola con sus ojos amarillos. Siempre le habían dado miedo los perros, como aquel alsaciano que inesperadamente había atacado a su compañera de habitación en el *college* y le había arrancado parte del cuero cabelludo, como éste, con su cabezota y su andar lento y decidido.

No hay que mostrar miedo, eso lo sabía. Movió la bicicleta con cuidado, colocándola entre ella y el animal, que se detuvo a unos pasos sin dejar de mirarla a los ojos. El sol le daba de pleno en el lomo. Ella no sabía qué esperar, un ataque fulminante quizá.

—Perrito, perrito —dijo. No se le ocurrió nada más.

Con cautela, empujó la bicicleta hacia la calle fingiendo mirar en otra dirección para parecer despreocupada. Su sensación de desnudez en las piernas, en las pantorrillas, era absoluta. El perro se las desgarraría como a golpe de guadaña. La siguió moviendo los hombros acompasadamente, como una máquina. Cobrando ánimo, ella trató de montar e irse de allí, pero la rueda delantera tembló y el perro, alto como el manillar, se acercó un poco más.

—No —gritó ella—. ¡No!

Pasados unos segundos, el perro, obediente, debió de aminorar el paso o desviarse. El caso es que ya no estaba allí.

Pedaleó como liberada, como si volara a través de bloques de luz de sol, y altos y solemnes túneles arbóreos. Entonces lo vio otra vez: la seguía, o no exactamente, puesto que estaba un trecho más adelante; avanzaba como flotando entre los campos, que ardían al sol meridiano, en llamas. Ella torció hacia su calle. El perro llegó hasta donde estaba y se situó justo detrás: podía oír sus uñas repiqueteando como granizo. Se volvió para mirarlo. Trotaba de un modo extraño, como un hombre grueso

apresurándose bajo la lluvia. Le colgaba un hilo de saliva. Cuando llegó a su casa, no lo vio por ningún sitio.

Esa noche, en bata de algodón, estaba preparándose para ir a la cama. Se lavó la cara con la puerta del cuarto de baño entornada, se cepilló el pelo con pasadas rápidas.

—¿Estás cansada? —le preguntó su marido instantes después.

Era su manera de proponer el asunto.

—No —respondió ella.

Se entregaron a sus cosas en la noche veraniega, con el sonido del mar a lo lejos. Entre las cosas que su marido admiraba de Ardis estaba su extraordinaria piel, luminosa y tersa, una piel tan pura que te hacía temblar al tocarla.

—Espera —susurró ella—, no tan rápido.

Después, él se quedó tumbado en silencio y muy pronto se sumió en un sueño profundo. Ella le tocó el hombro: había oído algo fuera.

—¿Has oído eso?

—No, ¿qué? —preguntó él adormilado.

Ella esperó. Nada. Le había parecido como un suspiro.

A la mañana siguiente dio un grito:

—¡Ay!

Allí, al pie de los árboles, estaba el perro. Pudo verle las orejas, pequeñas y con las puntas blancas.

—¿Qué pasa? —le preguntó su marido.

—Nada —repuso ella—. Un perro. Ayer me siguió.

—¿Desde dónde? —preguntó él acercándose a ver.

—Por la calle. Creo que podría ser de ese hombre, Brennan.

—¿Brennan?

—Pasé frente a su casa y se puso a seguirme —explicó ella.

—¿Y qué estabas haciendo en casa de Brennan?

—Nada, pasaba por allí. Él ni siquiera está.

—¿Cómo que no está?

—No lo sé, me lo dijo alguien.

Él fue hasta la puerta y abrió. El perro —un lebrel escocés— estaba tumbado con las patas como una esfinge, las patas delanteras estiradas, las ancas redondeadas y altas. Se levantó y al cabo de un momento se puso en movimiento, de mala gana al parecer, y se alejó lentamente por el campo sin mirar atrás.

Por la noche fueron a una fiesta en Mecox Road. Los vientos barrían la costa por la parte de Montauk. Las olas esparcían nubes de agua al romper. Ardis se puso a hablar con una mujer no mucho mayor que ella cuyo marido acababa de morir de un tumor cerebral a los cuarenta años. Él mismo se lo había diagnosticado, aseguró. Estaba sentado en un teatro cuando de pronto se dio cuenta de que no podía ver la pared que tenía a su derecha. Al funeral asistieron dos mujeres a las que no conocía de nada y que después no fueron a la recepción.

—Era cirujano, y las mujeres acuden como moscas a los cirujanos —razonó—. Pero yo nunca sospeché nada, supongo que soy la tonta más tonta del mundo.

Mientras regresaban en coche, los árboles pasaban veloces en la oscuridad. Su casa pareció elevarse en el haz de los faros. Ella creyó ver algo y se sorprendió deseando que su marido no lo hubiera visto. Mientras cruzaban el césped se sintió nerviosa. Las estrellas eran incontables. Abrirían la puerta y entrarían en casa, donde todo era familiar, incluso apacible.

Al cabo de un rato se meterían en la cama mientras el viento se agarraba a las esquinas de la casa y las hojas oscuras se azotaban entre sí. Luego apagarían las luces. Todo lo que había fuera quedaría a merced del viento y los elementos.

Era verdad. Estaba allí, tumbado sobre el flanco con el pelaje blancuzco encrespado. A la luz del día, ella se le acercó

despacio y el animal alzó la cabeza. Tenía los ojos de color avellana y oro. Ella notó que ya no era tan joven, pero su fuerza residía en su carácter indómito.

—Ven —dijo, y avanzó unos pasos.

Al principio el animal se quedó quieto, pero cuando ella miró de nuevo hacia atrás, la seguía.

Aún era temprano. Al llegar a la calle pasó un coche pardusco y descolorido por el sol. En el asiento de atrás iba una chica con la cabeza caída de cansancio. «De vuelta a casa tras una noche agotadora», supuso Ardis. Sintió una envidia inexplicable.

Hacía calor, pero el bochorno no había empezado todavía. Varias veces esperó mientras el perro bebía en los charcos de la cuneta, metiendo las cuatro patas en ellos, sus grandes uñas mojadas relucientes como el marfil.

De súbito, otro perro salió disparado de un porche ladrando furiosamente. El lebrel se volvió y le enseñó los dientes. Ella contuvo el aliento, asustada ante la imagen de uno de los dos cojeando y ensangrentado; sin embargo, pese a la violencia insinuada, se mantuvieron a distancia: fueron sólo amagos de dentelladas. El perro siguió andando un poco menos resuelto; tenía unos mechones de pelo mojado junto a la boca.

Al llegar a la casa, el animal fue hasta el porche y permaneció a la espera. Estaba claro que quería entrar. Había vuelto. Debía de estar hambriento, pensó ella. Echó un vistazo para ver si había alguien por allí. En el jardín, vio una silla en la que no había reparado la otra vez, pero la casa estaba igual de silenciosa, ni siquiera los visillos se agitaban. Con una mano que sintió ajena probó el tirador: la puerta no estaba cerrada con llave.

Al fondo del zaguán en penumbra había un salón en desorden, cojines de sofá arrugados, vasos encima de las mesas, papeles, zapatos. En el comedor había varias pilas de libros.

Era la casa de un artista: abundancia, descuido.

En el dormitorio había una mesa grande en cuyo centro, entre sujetapapeles y cartas, alguien había abierto un espacio donde se acumulaban hojas escritas con letra casi ilegible; frases y palabras con ciertas vocales omitidas. «Murte del pdre», leyó, después cosas indescifrables y algo que parecía «carrajes viajndo vcíos», y al pie de la página, aparte, estas palabras: «De nuevo, de nuevo.» Vio un fragmento de carta en una caligrafía distinta: «Te amo profundamente. Te admiro. Te amo y te admiro.» No pudo seguir leyendo: estaba demasiado inquieta. Prefería no saber ciertas cosas. En un marco repujado en plata había el retrato de una mujer con el rostro oscurecido por sombras, apoyada contra la pared blanca de un chalet. A través de las persianas de listones le llegaba el suave crujir de las hojas de palmera y el trinar de los pájaros allá arriba, en el chalet donde él la había encontrado, joven y temeraria como una declaración de guerra. No, no había sido así: la había conocido en la playa y luego habían ido al chalet. Aquello que es poderoso es un atisbo de una vida más real. Leyó la inscripción en español en letra cursiva: *Tus besos me destierran*. Dejó la fotografía. Las fotos eran sacrosantas, uno siempre estaba excluido. De modo que ésa era su mujer. *Tus besos*...

Entró como sonámbula en un amplio cuarto de baño que daba al jardín. Al entrar, casi se le paró el corazón: vio a alguien reflejado en el espejo. Tardó un segundo en entender que era ella misma y, al mirar más de cerca, vio un yo apenas reconocible a la luz suave y granulada. Comprendió de pronto, y lo aceptó, que el destino la había llevado allí, que Brennan volvería y la sorprendería en su casa tras detenerse a comprar pan o recoger el correo. De un momento a otro oiría el sonido paralizante de unos pasos o un coche. Aun así, continuó

mirándose. Estaba en la casa del poeta, del demonio. Había penetrado en habitaciones prohibidas. *Tus besos*... Las palabras no habían muerto. En ese momento el perro se asomó a la puerta y se quedó de pie un instante, luego se tumbó en el suelo mirándola con ojos familiares, como un amigo íntimo. Ella se volvió. Todo lo que nunca había hecho parecía al alcance de la mano.

Pausadamente, sin pensar, empezó a quitarse la ropa. No llegó más allá de la cintura, sorprendida por lo que estaba haciendo. En medio del silencio y con el sol fuera se detuvo, esbelta y semidesnuda: la imagen perdida de sí misma, de todas las mujeres. El perro la miraba con ojos reverentes. Era fiel, un compañero como no había otro. Se acordó de algunas chicas que se sentaban delante de ella en clase: Kit Vining, Nan Boudreau. Caras y reputaciones legendarias. Había anhelado ser como ellas, pero nunca se le presentaba la ocasión. Se inclinó para acariciar la hermosa testa.

—Eres un perro muy bueno. —Sus palabras sonaron más auténticas que cualquier otra cosa que hubiera dicho en mucho tiempo—. Muy bueno, sí señor.

La larga cola del animal se agitó y barrió el suelo con un sonido suave. Ella se arrodilló y le acarició la cabeza una y otra vez.

El crujir de gravilla bajo los neumáticos de un coche la hizo volver en sí de golpe. Apresuradamente, casi con pánico, se vistió y fue a la cocina. Echaría a correr por el porche si era preciso, y luego de árbol en árbol.

Abrió la puerta y aguzó el oído. Nada. Mientras bajaba a toda prisa los escalones de atrás, vio a su marido en un lado de la casa. «Gracias a Dios», pensó desesperada.

Se aproximaron despacio el uno al otro. Él miró la casa.

—He traído el coche —dijo—. ¿Hay alguien?

Una pausa.

—No, nadie. —Notó que la cara se le tensaba como si estuviera mintiendo.

—¿Qué hacías? —preguntó él.

—Estaba en la cocina. Buscaba algo de comer para el perro.

—¿Y has encontrado algo?

—Sí. No.

Él se quedó mirándola y enseguida dijo:

—Vamos.

Mientras daban marcha atrás vio al perro tumbado sin más a la sombra, espatarrado, desconsolado. Notaba su propia desnudez bajo la ropa, se sentía satisfecha. Salieron a la calle.

—Alguien tiene que alimentarlo —dijo ya de camino. Iba mirando las casas y los campos. Warren no respondió. Conducía muy deprisa. Ella se volvió a mirar y, por un momento, creyó ver que el perro los seguía de lejos.

Más tarde fue de compras y volvió a casa sobre las cinco. El viento, que había vuelto a arreciar, cerró la puerta con estrépito.

—¿Warren?

—¿Lo has visto? —dijo su marido.

—Sí.

Había regresado: estaba donde el terreno empezaba a ascender.

—Voy a llamar a la perrera —dijo ella.

—No harán nada: no es un perro extraviado.

—No lo soporto, hay que llamar a alguien.

—¿Y por qué no llamas a la policía? Tal vez le peguen un tiro.

—¡Hazlo tú! —repuso ella con frialdad—. Pídele una pistola a alguien. Me está volviendo loca.

No oscureció hasta pasadas las nueve y, con la última luz —

las nubes de un azul más oscuro que el cielo—, salió con sigilo y avanzó por la hierba. Su marido la observó desde la ventana. Llevaba un cuenco blanco en la mano.

Vio claramente el hocico gris contra la hierba apagada y, cuando estuvo más cerca, los ojos claros, de color cobrizo. Se hincó en el suelo casi como si fuera un ritual. El viento le agitaba el pelo. Parecía una loca arrodillada en el claroscuro.

—Toma, bebe un poco —dijo.

El perro, en un gesto no exento de reproche, apartó la vista. Era como un fugitivo dormido con el abrigo puesto. Sus ojos estaban prácticamente cerrados.

«Mi vida no ha tenido ningún sentido», pensó ella. Era lo que menos quería admitir.

Cenó en silencio. Su marido ni siquiera la miraba: su cara lo irritaba por algún motivo desconocido. Podía ser guapa, pero a veces no lo era: su rostro era como una serie de fotografías, algunas de las cuales deberían haber acabado en la papelera. Era el caso esa noche.

—El mar ha subido hasta Sag Pond —comentó ella con poco entusiasmo.

—¿Ah, sí?

—Decían que una niña se había ahogado. Estaban los bomberos. Al final ha resultado que se había perdido. —Y tras una pausa—: Tenemos que hacer algo.

—Lo que tenga que pasar pasará —repuso él.

—Esto es diferente —dijo ella, y de repente salió de la habitación. Estaba a punto de llorar.

El negocio de su marido consistía básicamente en dar consejos: su vida estaba al servicio de los demás; ayudaba a la gente a pactar, a divorciarse, a defenderse de antiguos amigos. Era bueno en su trabajo, cuyo lenguaje y técnicas formaban parte de su ser. Vivía en medio de trastornos y egoísmo, pero siempre protegido de ello. En sus archivos había cartas,

memorandos, secretos profesionales. Sabía por experiencia cuán cerca podía estar alguien de la catástrofe por más seguro que se sintiera. Había visto situaciones que cambiaban de pronto y cosas que se malograban una tras otra: era algo que podía suceder sin previo aviso. A veces la gente conseguía salvarse, pero llegado un punto era imposible. A veces se preguntaba pensando en sí mismo: cuando llegara el revés y las vigas empezaran a venirse abajo, ¿cómo sería? Ella estaba llamando otra vez a casa de Brennan. Nunca contestaba nadie.

Durante la noche el viento amainó. Temprano por la mañana, Warren notó la quietud. Se quedó en la cama sin moverse. Su mujer estaba de espaldas y él presintió su negativa.

Se levantó y fue a la ventana.

El perro seguía allí, echado. Warren sabía poca cosa de animales y nada sobre la naturaleza, pero entendió lo que había pasado. El animal estaba echado de una forma distinta.

—¿Qué pasa? —preguntó ella. Se había levantado y estaba detrás de él. Pareció que permanecían así mucho tiempo—. Está muerto.

Intentó correr hacia la puerta, pero él la sujetó del brazo.

—Déjame ir —dijo ella.

—Ardis...

Rompió a llorar.

—Quiero ir.

—¡Déjalo en paz! —le gritó él después de soltarla—. ¡Basta!

Ella cruzó el jardín a la carrera con su bata. El suelo estaba húmedo. Al acercarse, aflojó el paso para calmarse y hacer acopio de valor. Sólo lamentaba una cosa: que no se habían despedido.

Dio los pasos finales percibiendo el peso de aquel cuerpo grande y flácido, un peso que se descompondría para convertirse en otra cosa; los tendones se fundirían, los huesos

perderían consistencia. Deseó hacer lo que no había hecho antes: abrazarlo. En ese momento, el can alzó la cabeza.

—¡Warren! —gritó ella mirando hacia la casa—. ¡Warren!

Al parecer molesto por los gritos, el perro se levantó y se alejó cansinamente. Ella se tapó la boca con las manos y contempló el lugar donde había estado echado. La hierba se veía algo aplastada. Otra vez toda la noche, toda la noche de nuevo. Cuando miró, el animal ya estaba a cierta distancia.

Corrió tras él. Warren la vio: parecía libre, parecía otra mujer, una mujer más joven, como las que podían verse en los campos polvorientos junto al mar, en bikini, robando patatas con los pies descalzos.

Ella no volvió a ver al perro. Pasó muchas veces por delante de la casa de Brennan. En ocasiones veía su coche, pero nunca señales del perro, ni en la calle ni en los alrededores.

Una noche en Cato's, a finales de agosto, reconoció al propio Brennan en la barra. Llevaba un brazo en cabestrillo, a saber de resultas de qué clase de accidente. Estaba hablando decididamente con el barman, con la misma furiosa elocuencia, y, aunque el restaurante estaba repleto, no había nadie en los taburetes a ambos lados. Estaba solo. El perro no estaba fuera, ni en su coche: ya no formaba parte de su vida. Quizá había desaparecido o se había extraviado; tal vez su nombre saldría a relucir en algún verso, aunque lo más probable era que nadie lo recordara, salvo ella.

Veinte minutos

Esto le ocurrió cerca de Carbondale a una mujer llamada Jane Vare. La conocí en una fiesta: estaba sentada en un sofá con los brazos abiertos y estirados y una copa en una mano. Hablamos de perros.

Tenía un galgo viejo. Dijo que lo había comprado para salvarle la vida. En las carreras, cuando dejan de ganar prefieren sacrificarlos en vez de darles de comer. Matan a tres o cuatro a la vez, los arrojan en la trasera de una camioneta y los llevan al vertedero. Aquel perro se llamaba *Phil*. Estaba tieso y casi ciego, pero ella admiraba su dignidad. A veces se veía obligado a apoyar una pata contra la pared —casi hasta la altura de un picaporte—, pero tenía una cara preciosa.

Arreos en la mesa de la cocina, barro en los anchos tablones del suelo. Entró a grandes zancadas, con la chaqueta y las botas gastadas como si fuese una moza de cuadra. Tenía eso que llaman «buena monta» y las escarapelas con las que premian a los caballos de carreras se superponían en la pared como plumas. Su padre había vivido en Irlanda, donde los domingos por la mañana se presentaban a caballo en el comedor. El hombre que lo alojaba murió en su cama vestido con ropa de montar. Su propia vida se parecía mucho a eso. Dinero, abolladuras en un costado de su coche sueco casi nuevo. Ya hacía un año que su marido se había largado.

En los alrededores de Carbondale, el río desciende bruscamente y se ensancha. Hay un puente de caballete que

recuerda una tela de araña, repintado un montón de veces. En otro tiempo ahí se extraía carbón.

Era la última hora de la tarde y había caído un chaparrón. La luz se veía plateada, extraña. Los coches emergían de la lluvia con los faros encendidos y los limpiaparabrisas en marcha. El brillo de la apisonadora amarilla aparcada en el arcén parecía sobrenatural.

Era la hora de salir del trabajo, cuando el agua de los irrigadores centellea en el aire, las colinas han empezado a oscurecerse y los prados parecen estanques.

Cabalgaba por la cresta del monte en un caballo llamado *Fiume*; alto y de buenas hechuras, pero no demasiado listo. No oía bien y a veces trastabillaba al caminar. Habían llegado hasta el embalse y luego habían regresado galopando hacia el oeste, por donde el sol ya se estaba poniendo. ¡Sabía correr, ese *Fiume*! Sus cascos martilleaban el terreno. El viento le henchía la camisa, la silla chirriaba, el sudor oscurecía el enorme cuello del caballo. Avanzaron paralelos al canal de riego en dirección a la verja: siempre la saltaban.

Pero algo sucedió en el último momento. Fue sólo un instante: tal vez *Fiume* cruzó una mano, o tropezó con algún hoyo; el caso es que se desequilibró, ella salió despedida por encima de la gran cabeza y, como a cámara lenta, el caballo le cayó encima. Iba patas arriba, ella lo vio flotar y aterrizar en su regazo.

Fue como si la golpeara un coche. Se sintió aturdida, aunque ilesa. Durante un momento imaginó que podría levantarse y sacudirse la ropa como si nada.

El caballo se había levantado. Tenía el lomo y las patas llenos de tierra. Entre el silencio, ella alcanzó a oír el tintineo de la brida y hasta el discurrir del agua por la zanja. Alrededor,

todo eran prados y quietud. Sintió una arcada: allí dentro estaba todo roto; ella lo sabía, aunque no sentía nada. Sabía que le quedaba algo de tiempo. «Veinte minutos», decían siempre.

El caballo arrancaba un poco de hierba. Ella se incorporó un poco apoyada en los codos y se mareó de inmediato.

—¡Maldito seas! —exclamó; estaba a punto de llorar—. ¡Largo! ¡Vete a casa!

Quizá alguien vería la silla vacía. Cerró los ojos e intentó pensar. Le costaba creerse lo que estaba pasando: nada de lo que había ocurrido era cierto.

Era como la mañana en que habían ido a decirle que *Privet* estaba herida. El capataz la estaba esperando en el prado.

—Se ha roto la pata —le dijo.

—¿Qué ha pasado?

El hombre no lo sabía.

—Parece que le han dado una coz —supuso.

La yegua estaba tumbada bajo un árbol. Ella se arrodilló y le acarició la nariz dura y plana como un tablón. Parecía que sus grandes ojos miraran a un lugar distinto. El veterinario ya debía de estar yendo en coche desde Catherine Store, levantando una nube de polvo a su paso, pero transcurrió mucho rato antes de que llegara. Aparcó un poco lejos y caminó hasta allí. Luego dijo lo que ella ya anticipaba: que tendrían que sacrificar al animal.

Se quedó tumbada acordándose. El día se había acabado. En algunas casas lejanas se encendían luces. Estarían dando las noticias de las seis. Abajo, a lo lejos, vio los campos de heno de Piñones y más cerca, a un centenar de metros, una camioneta. Pertenecía a alguien que pretendía construir una casa ahí abajo. No funcionaba, estaba sostenida sobre unos ladrillos. A poco más de un kilómetro y medio de distancia había otras casas y, al otro lado de la cresta, escondido entre los árboles, se

veía el tejado metálico del viejo Vaughn, que antaño era el dueño de todo aquello y ahora apenas podía caminar. Un poco más al oeste estaba la bella casa de adobe que había construido Bill Millinger antes de arruinarse, si ése fue el caso. Bill tenía un gusto fantástico: su casa tenía vigas vistas en el techo, como es costumbre en el suroeste, alfombras navajas y chimenea en todas las habitaciones, por cuyas ventanas, con cristales tintados, se veían las montañas. Quien sabía construir una casa así lo sabía todo.

Ella había celebrado aquella famosa cena sólo para invitarlo: una velada inolvidable. El viento había empujado las nubes durante todo el día desde lo alto de Sopris y al final había nevado. Estuvieron hablando junto al fuego. Había un montón de botellas de vino sobre la repisa de la chimenea y todo el mundo iba bien vestido. Fuera caía la nieve. Ella llevaba pantalones de seda y el pelo suelto. Al final, coincidió con él junto a la puerta de la cocina. Se sentía inundada de un dulce calor y un poco borracha, ¿él también?

Le acarició la solapa con un dedo mientras el corazón le latía a mil. Finalmente, le dijo:

—No pensarás permitir que pase esta noche sola...

Él era rubio y tenía las orejas pequeñas, pegadas a la cabeza. Se quedó mirando aquel dedo sobre su solapa.

—Ah... —empezó a decir.

—¿Qué?

—¿No lo sabías? Soy de la otra acera.

A pesar de todo, ella insistió: era un desperdicio. Las carreteras estaban prácticamente cerradas, la casa perdida en la nieve. Le dio por suplicar —no podía evitarlo— y luego se puso furiosa. Los pantalones de seda, los muebles, todo le parecía odioso.

Por la mañana, vio que el coche de él seguía fuera y se lo encontró en la cocina preparando el desayuno. Después de

dormir en el sofá se había peinado pasándose los dedos por el pelo, tirando a largo. Una barbilla rubia empezaba a asomar en sus mejillas.

—¿Has dormido bien, querida?

También le había tocado lo contrario, como en Saratoga, en aquel bar donde el ídolo era un inglés alto que había hecho dinero vendiendo caballos. La había interrogado: ¿era de allí? De cerca, parecía tener los ojos llorosos, pero le había dicho con su precioso acento:

—Qué maravilla entrar en un sitio y ver a alguien como tú.

Ella aún no había decidido si irse o quedarse y se tomaron una copa. Él fumaba.

—¿No has oído lo que dicen sobre eso? —le preguntó.

—No, ¿sobre qué?

—Produce cáncer.

—Qué acento tan gracioso tienes.

—Es el acento de los cuáqueros.

—Pero... ¿eres cuáquera?

—Bueno, a lo mejor lo era hace mucho.

Él la cogió por el codo.

—¿Sabes lo que me gustaría? Me gustaría follarte —dijo.

Ella retorció el brazo para soltarse.

—Lo digo en serio —insistió él—: quiero follarte esta misma noche.

—Mejor otro día —contestó.

—No voy a tener otro día: mañana viene mi mujer. Sólo tengo esta noche.

—Qué pena, yo tengo todas las noches.

No se había olvidado de él, aunque sí de su nombre. Llevaba una camisa a elegantes rayas azules.

—¡Maldito seas! —exclamó de repente.

Era por el caballo: no se había ido, seguía junto a la valla. Empezó a llamarlo.

—Eh, chico, ven aquí —rogó, pero el caballo no se movió un milímetro.

No sabía qué hacer. Habían pasado cinco minutos, tal vez más.

—Ay, Dios —dijo—; ayúdame, Dios mío.

Veía un largo camino blanquecino, sin asfaltar, que llegaba desde la autopista. Alguien se acercaría por ahí sin torcer en otra dirección. Ese camino desastroso: había circulado por allí con su marido aquel día. Henry llevaba tiempo queriéndole contar una cosa, se lo dijo con la cabeza inclinada hacia atrás en un ángulo extraño. Quería cambiar de vida. A ella le dio un vuelco el corazón. Iba a dejar a Mara.

Hubo un momento de silencio.

Al fin, ella le preguntó:

—¿A quién?

Él se dio cuenta de que había cometido un error.

—La chica de... la delineante del despacho.

—¿Qué quieres decir con que la vas a dejar?

Le costaba hablar, lo miraba como se miraría a un fugitivo.

—Lo sabías, ¿no? Estaba seguro de que lo sabías. En cualquier caso, se terminó. Quería decírtelo, quiero que todo eso quede atrás.

—Para el coche —dijo ella—. No digas nada más, para aquí mismo.

Él circulaba a su lado, intentaba darle explicaciones, pero ella recogía las piedras más grandes que encontraba y las tiraba contra el coche. Luego, avanzó a trompicones por el campo, con las matas de salvia hiriéndole las piernas.

Cuando oyó que el coche llegaba a casa pasada la medianoche, saltó de la cama y gritó desde la ventana:

—¡No, no! ¡Vete!

Jamás había entendido que nadie se lo hubiera dicho: se suponía que eran sus amigos.

Unos lo dejaban, otros se divorciaban, a alguno le pegaban un tiro en una caravana, como a Doug Portis, el que tenía aquel negocio de excavadoras y se lió con la mujer del policía. Otros, como su marido, se mudaban a Santa Bárbara y se convertían en el único soltero en las cenas de amigos.

Estaba oscureciendo.

—Socorro, que alguien me ayude —repetía sin parar.

Alguien la encontraría, alguien tenía que encontrarla. Se esforzó por no asustarse. Pensó en su padre, capaz de resumir la vida entera en una sola frase: «Te tumban y te levantas, eso es todo.» Sólo reconocía una virtud. Se enteraría de lo que estaba pasando: de que se había limitado a quedarse allí tumbada. Tenía que intentar llegar a casa, aunque sólo lograse avanzar un poquito, unos cuantos metros.

Consiguió arrastrarse empujándose con las palmas mientras llamaba al caballo. Si se acercaba a ella, tal vez pudiera agarrarse a un estribo. Intentó dar con él. Con la última luz del día había visto desvanecerse los campos de algodón, pero todo lo demás había desaparecido antes: los postes de las cercas habían desaparecido, los prados se habían alejado, a la deriva.

Quiso jugar a un juego: ya no estaba tumbada cerca de la zanja, sino en otro lugar, en cualquier lugar; en la calle Once de Sausalito, en aquel primer apartamento bajo el gran rótulo del restaurante, aquella mañana en que la sirvienta llamaba a la puerta y Henry intentaba decirle en español: «¡Ahora no! ¡Ahora no!» Se veía delante de las postales en el mármol del vestidor, del montón de cosas que habían comprado; o en Haití, a las puertas del hotel. Los taxistas se recostaban en sus coches y los llamaban con sus voces suaves: «Eh, *blanc*, ¿quiere ir a una playa bonita, a la playa de Ibo?» Les pedían treinta dólares por todo el día, lo que significaba que el precio real serían unos cinco. «Adelante, dáselos», decía ella. Le resultaba fácil estar allí, o en su cama, con los perros a sus pies, leyendo mientras la

tormenta lanzaba sus ráfagas contra la ventana. Había fotos en el escritorio: caballos, ella saltando, una de su padre en una comida al aire libre en Burning Tree, cuando tenía treinta años. Una vez lo había llamado por teléfono y le había dicho que se iba a casar. «¿Que te vas a casar?», había preguntado él, «¿con quién?». «Con un hombre llamado Henry Vare». Le habría gustado decir que ese día llevaba un traje precioso y que tenía unas manos grandes y maravillosas. «Mañana», dijo.

—¿Mañana? —Sonaba como si su padre estuviera muy lejos —. ¿Estás segura de que es una buena decisión?

—Absolutamente.

—Pues que Dios te bendiga —le dijo.

Fue ese verano cuando se mudaron a ese lugar —donde Henry había vivido siempre— y compraron la parcela que queda detrás de la de los Macrae. Pasaron todo el año arreglando la casa y Henry puso en marcha su negocio de paisajismo. Tenían su mundo: iban por el campo sin más ropa que unos pantalones cortos, sintiendo el calor de la tierra bajo los pies descalzos, con la piel jaspeada de barro después de bañarse en el agua helada y profunda del canal, tostados por el sol como dos chiquillos, pero mejor todavía. Recordó el ruido de la puerta mosquitera al cerrarse, las cosas que se amontonaban en la mesa de la cocina —catálogos, cuchillos: todo nuevo—, el otoño con sus brillantes cielos azules y las primeras tormentas que llegaban por el oeste.

Había oscurecido del todo, salvo en lo más alto del monte. Quedaban pendientes todas las cosas que había tenido la intención de hacer alguna vez: volver al este, visitar a ciertos amigos, vivir un año junto al mar. No podía creer que ése fuera el fin y ella fuese a quedarse allí, tirada en el suelo.

De pronto empezó a pedir socorro a gritos. Las venas del cuello se le hinchaban. En la oscuridad, el caballo levantó la cabeza. Ella siguió gritando aunque sabía que pagaría por ello:

que daba rienda suelta a lo demoníaco. Al fin, paró. Oía los latidos de su corazón y, más allá, algún otro ruido. «Dios mío», volvió a suplicar. Allí, tirada, oyó los primeros redobles solemnes, lentos y terribles.

«Sea lo que fuere, por muy mal que esté, voy a hacer lo que haría mi padre», pensó. Se esforzó a toda prisa por imaginárselo en su situación y de pronto sintió como si un hierro la atravesara: en un instante insólito, comprendió el poder de lo que se avecinaba, adónde la llevaría, lo que significaba.

Tenía la cara empapada en sudor y estaba temblando. Ya estaba allí. «Ahora tienes que hacerlo», se dio cuenta. Sabía que Dios existía, tenía esa esperanza. Cerró los ojos. Cuando los abrió, ya había empezado, de aquella manera tan absolutamente imprevista y rápida. Vio algo oscuro que se movía a lo largo de la valla: era el poni que le había regalado su padre tiempo atrás; su poni negro volvía a casa por los anchos campos, cruzando los pastos.

—¡Espera! ¡Espérame! —chilló.

Unas luces temblaban en la superficie del canal de riego: era una camioneta que avanzaba dando saltos por el camino, el hombre que se dedicaba a ratos a construir aquella casa apartada y una chica de instituto llamada Fern, que trabajaba en el campo de golf. Llevaban las ventanillas cerradas y, al girar, la luz de los faros barrió el terreno cerca del caballo, pero no lo vieron. Sólo más tarde, cuando volvían en silencio, distinguieron su bella carota en la oscuridad, mirándolos alelado.

—Tiene la silla puesta —dijo Fern sorprendida.

Estaba allí parado, muy quieto. Fue así como la encontraron. La pusieron en la caja —tenía las piernas flácidas, las orejas llenas de tierra— y condujeron hasta Glenwood a más de ciento veinte por hora sin detenerse ni siquiera para avisar que iban

para allá.

No fue una buena decisión, como dijo alguien más adelante: habría sido mejor ir por el otro lado, a la casa de Bob Lamb, a unos cinco kilómetros del lugar del accidente. Era veterinario, pero algo hubiera podido hacer: dijeran lo que dijesen, era el mejor médico que había por allí.

La luz de los faros de la camioneta habría resplandecido contra las blancas paredes de la granja como tantas noches. Todo el mundo conocía a Bob Lamb: había un centenar de perros, incluidos los del propio veterinario, enterrados detrás de su establo.

Platino

El apartamento de los Brule tenía una magnífica vista sobre Central Park, vasto y desnudo en invierno, un océano de verdor en verano. Estaba en un buen edificio, estrecho pero alto, y en cierto modo reconfortaba pensar que lo rodeaban otros parecidamente dignos y tranquilos: un edificio bueno detrás de otro, todos con sus porteros circunspectos y sus solemnes portales, alfombras exóticas, criados, muebles caros. Brule había pagado más de novecientos mil dólares por él en un momento en que los precios eran altos, pero ahora valía bastante más; de hecho, no tenía precio. Techos altos, sol por la tarde, grandes puertas con tiradores curvos de color cobre... sillones mullidos, flores, mesas repletas de fotografías y muchos cuadros en las paredes, incluidos grabados de Vollard en el corredor que llevaba a los dormitorios y una bellísima pintura en tonos oscuros de Camille Bombois.

Brule era uno de esos hombres de los que se sabía más por rumores que por hechos probados. Pasaba de los cincuenta y las cosas le iban bien. Había defendido a algunos clientes famosos y, aunque eso se había difundido menos, al parecer había trabajado gratis para gente falta de medios o de esperanza. Los detalles eran vagos. Tenía una voz suave que, no obstante, transmitía autoridad y energía, y una sonrisa benévola. Iba andando al trabajo, casi un kilómetro por la avenida, con abrigo y bufanda de cachemira en invierno, y los porteros, que murmuraban un «buenos días», recibían cada Navidad quinientos dólares de propina por cabeza. Era la viva imagen de la decencia y el honor y, del mismo modo que

aquellos ancianos descritos por Cicerón, que por pura responsabilidad y respeto hacia los dioses plantaban huertos cuyos frutos no llegarían a ver, Brule tenía el deseo de legar a sus descendientes lo mejor de cuanto había conocido.

Su esposa Pascale, que era francesa, tenía un carácter cálido y comprensivo. Era su segunda mujer, y ella misma había estado casada con un famoso joyero parisino. No tenía hijos y su único defecto, en opinión de Brule, era que no le gustaba cocinar, a lo que ella solía responder que no podía cocinar y hablar al mismo tiempo. No era hermosa, pero tenía un rostro inteligente, levemente asiático. Era una mujer generosa e inclinada al bien.

«Mirad», les había dicho a las hijas de él cuando se casaron, «yo no soy vuestra madre y nunca lo seré, pero confío en que nos entendamos; si somos amigas, estupendo; si no, igualmente podéis contar conmigo para lo que sea».

Eran unas niñas entonces, y terminaron adorándola. Las tres, con sus maridos e hijos respectivos, iban a verlos en las vacaciones y días festivos, y a menudo cenaban con ellos, aunque no todas a la vez, por supuesto. Formaban una familia unida y comprometida, motivo de orgullo para Brule, cuanto más porque su primer matrimonio había fracasado.

Pertenecías a la familia no como el que casualmente estaba casado con una de las hijas, sino en cuerpo y alma, como uno más: uno para todos y todos para uno. La hija mayor, Grace, le había dicho a su marido:

—Tendrás que acostumbrarte a pensar las cosas en plural.

Brian Woodra se había casado con Sally, la benjamina, un espléndido día de verano en un jardín provisto de innumerables sillas blancas. Las mujeres llevaban prendas ceñidas; Sally, un vestido de novia blanco, de seda almidonada, sin mangas y con anchos tirantes, y la negra y brillante melena suelta sobre la estrecha espalda. Lucía unos pendientes de plata acanalados, y

su rostro resplandecía, opacado sólo de vez en cuando por una sombra de preocupación porque todo saliera bien; era un rostro hermoso, quizá con un dejo de mezquindad, pero que evidenciaba el alto costo de la educación de aquella joven neoyorquina lista y segura de sí misma. Había estudiado en Skidmore, donde compartía habitación con dos ninfómanas, según contaba ella misma con ánimo de escandalizar.

El novio apenas la superaba en estatura y tenía las piernas un poco arqueadas, pero también una quijada enérgica y una sonrisa encantadora. Era vivaracho y solía caerle bien a todo el mundo. Amigos de la universidad e incluso de la escuela preparatoria acudieron a la boda e intervinieron para recordar los buenos momentos pasados y pronosticar los peores. En el momento de dar su palabra y su mano, el novio se sintió abrumado por la pureza y la hermosura de la joven a la que estaba desposando como si se le revelaran por primera vez.

El entoldado en que se celebraba el banquete nupcial tenía largas mesas con grandes arreglos florales y, al caer la noche, se fue iluminando gradualmente hasta parecer un inmenso barco etéreo destinado a surcar el mar o los cielos, no se sabía bien. Brule le aseguró a su nuevo yerno que empezaba para él, Brian, la época más feliz que un hombre podía experimentar en la tierra, refiriéndose, por supuesto, al matrimonio.

El regalo de boda fue un crucero por la ruta de Ulises a lo largo de la costa de Anatolia, y en poco más de un año llegó la primera hija, a la que pusieron Lily, encantadora y de buen carácter. Sally era la clase de madre que, aun dedicándose por completo a su hija, encontraba tiempo para todo lo demás: recibir visitas, ir al cine o a cenar con su esposo o sus amigas, ser una feminista militante. Su apartamento era un tanto oscuro, pero ella contaba con que no pasarían toda la vida allí. Su hermana Grace vivía a sólo diez manzanas con su marido y sus dos niños, mientras que Eva, la mediana, que estaba casada

con un escultor, vivía en el centro de Manhattan.

Lily era la más dulce de las niñas. Desde que era un bebé le encantaba estar en la cama con sus padres, especialmente con Brian, al que con sólo tres años le susurró una vez al oído, llena de adoración:

—Quiero ser tuya.

Dos años más tarde, para compensarla por la atención que le había robado su nuevo hermanito, Brian se la llevó cinco días a París, los dos solos. Para él, a posteriori, fue el momento más memorable de la infancia de su hija, que se comportó como toda una mujercita, una compañera. Era imposible quererla más. Desayunaban en la habitación y escribían postales juntos; recorrieron el Sena en un barco turístico con forma de flecha pasando bajo los puentes, fueron al mercado de pájaros, a los museos, a Versalles y, una tarde, se elevaron muy muy por encima de la ciudad en la enorme noria cerca de la Concordia, tanto que el propio Brian sintió miedo.

—¿Te gusta? —preguntó.

—Lo estoy intentando —repuso ella.

«No hay niña más valiente que tú», pensó él.

Al final de la jornada —empezaba a oscurecer— se sentía extenuado. En el hotel, cerca de la recepción, una pareja canadiense esperaba un taxi mientras Lily miraba el indicador luminoso del ascensor, que llevaba detenido un buen rato en la quinta planta.

—¿Se ha estropeado, papá?

—Será alguien que se lo toma con calma.

Oyó hablar a la pareja. La mujer, rubia y con la frente perfectamente lisa, llevaba un top color plata. Iban a salir a pasear por los bulevares iluminados y luego a algún restaurante bullicioso y animado. Los vio partir con el rabillo del ojo: la luz sobre el cabello dorado de ella, la puerta del taxi que él mantenía abierta, y por un momento olvidó que lo tenía todo.

—Ya baja —oyó decir a Lily—. Ya baja, papá.

A finales de abril, Michael Brule cumplió cincuenta y ocho años. Había pedido que sólo le regalaran cosas de comer y de beber, pero Del, el marido de Eva, le talló una preciosa ave acuática de madera sin pintar, con unas patas finas como pajitas. Él se sintió conmovido.

Brian estaba ocupado en la cocina y los niños hacían ruido, enfrascados en algún juego para fastidio de la vieja terrier escocés.

—¡No la asustéis! ¡No la asustéis! —les gritaron.

Brian estaba preparando un *risotto*, y añadía caldo caliente poco a poco, removiendo despacio mientras una de las chicas contratadas para servir lo miraba como en trance.

—Ya casi está listo —dijo él, y oyó las voces familiares, el perro ladrando, las risas.

La chica, que llevaba camisa blanca y pantalón de terciopelo, seguía observándolo fascinada, así que él le tendió la cuchara de madera.

—¿Quieres probarlo? —preguntó.

—Sí, cariño —repuso ella.

Él le hizo un gesto juguetón para que callara y ella, sin mirarlo, tomó entre sus labios el arroz. Se llamaba Pamela. En realidad no era camarera; trabajaba en la ONU. Ella y la otra chica estaban contratadas por horas.

Brian se había fijado en sus piernas en cuanto ella entró en el bar del hotel de la ONU y se sentó a su lado sonriente, perfectamente a gusto. Él estaba nervioso, pero se le pasó enseguida. Desde el primer momento sintió una complicidad natural. Su corazón se hinchó como la vela de un navío de pura excitación.

—Bueno, Pamela... —empezó.

—Pam.

—¿Quieres una copa?

—¿Eso es vino blanco?

—Sí.

—Vale: vino blanco.

Tenía veintidós años y era de Pensilvania, pero poseía una extraña elegancia natural.

—Debo decir que eres... —dijo él, pero la cautela le impidió continuar.

—¿Qué?

—Muy guapa.

—Bueno...

—Es indiscutible. Por curiosidad, ¿cuánto pesas?

—Cincuenta y dos kilos.

—Es lo que yo había calculado.

—¿De veras?

—No, habría dicho lo mismo si me hubieses contestado otra cosa.

Ella había pretextado que tenía hora para el médico y que necesitaba más tiempo para almorzar. Cuando subieron al ascensor, Brian no pudo dejar de fijarse en sus magníficas caderas; luego, increíblemente, estaban en la habitación. El corazón de él empezó a latir desaforadamente; todo estaba dispuesto para ellos: el elegante mobiliario, las sillas, las gruesas e impolutas toallas en el cuarto de baño. La víspera se habían cometido cuatro asesinatos en Brooklyn, los agentes de bolsa estaban enloqueciendo, en la Catorce había vendedores de relojes y calcetines, el chiflado de la Cincuenta y siete cantaba arias a voz en grito, se estaban derribando edificios y construyendo nuevos rascacielos. Ella se levantó para descorrer las cortinas y por un momento se quedó ante la ventana, bañada de luz, mirando hacia abajo. ¡Una mujer nueva y esplendorosa! No había conocido a otra igual.

Pam vivía de prestado en el apartamento de un conocido al que habían enviado a trabajar de forma temporal a otra ciudad.

Aun así, estaba escasamente amueblado. Él insistía en regalarle algo cada vez que se veían, en darle una sorpresa: una silla de cuero y cromados que habían visto en un escaparate, un anillo, una caja de palisandro... pero se cuidaba mucho de no conservar nada de ella, ni una nota, ni un e-mail ni una fotografía que pudiera delatarlo, con una sola excepción: una foto que le había tomado por encima del hombro desnudo cuando ella estaba medio incorporada en la cama; mostraba sus pechos, su estómago liso, sus muslos, pero era imposible saber de quién se trataba. La tenía guardada en su despacho, entre las páginas de un libro: le gustaba mirarla y recordar.

En aquellos días en que el deseo era tan profundo que hacía que le temblaran las piernas, no se comportaba de una manera extraña en casa; al contrario: se mostraba más cariñoso y apegado a su familia que nunca, particularmente con Lily. Llegaba a casa lleno de felicidad prohibida —prohibida pero incomparable—, abrazaba a su mujer y jugaba o leía con sus hijos. Lo prohibido nutre el apetito por todo lo demás, y él iba de lo uno a lo otro con el corazón puro. Se detuvo en la isla peatonal de Park Avenue, esperando para cruzar. Los semáforos estaban cambiando a rojo hasta donde alcanzaba la vista, los edificios distantes lucían majestuosos entre la bruma de la riqueza. A su lado, personas con abrigo y sombrero, paquetes, maletines; ninguna tan afortunada como él. La ciudad era un paraíso porque albergaba su vida extraordinaria.

—¿Soy tu querida? —le preguntó ella un día.

«¿Mi querida? No», pensó él: eso sonaba antiguo, por no decir pasado de moda. No conocía una palabra que pudiera describirla, aparte de «probable perdición» o tal vez «destino».

—¿Cómo es tu mujer?

—¿Mi mujer?

—Ya: prefieres no hablar de ella.

—No, seguro que te caería bien.

—Menos mal.

—Sus ideas sobre la vida son distintas de las tuyas.

—Yo no sé nada de la vida.

—Al contrario.

—No lo creo.

—Tú tienes algo que poca gente tiene.

—¿Qué?

—Verdadero temple.

Cuando llegó a casa aquella noche, su mujer le dijo:

—Brian, hay algo de lo que quería hablarte, algo que tengo que preguntarte.

El corazón le dio un vuelco. Sus hijos corrían hacia él.

—¡Papá!

—Papá y yo tenemos que hablar un momento —les dijo Sally.

Fueron a la sala de estar.

—¿Qué ocurre? —preguntó él batallando para parecer calmado.

Por lo visto, Grace y Harry querían ir con sus hijos y quedarse en la casita del jardinero durante las dos semanas de agosto que Lily estaría fuera, de campamento. Se le ocurría que podía pedirles que cuidaran de Ian, de modo que ellos dos pudieran disfrutar de un tiempo para estar solos, cosa que resultaba imposible casi siempre. Quería saber su opinión porque...

Sally continuó, pero Brian dejó de escucharla: seguía oyendo sus primeras palabras, que tanto lo habían asustado, y ensayaba respuestas a una serie de preguntas mucho más serias. Le contaría la verdad... pero ¿podría? La verdad era fundamental, y no obstante era lo menos deseable.

—Podríamos hablar tomando una copa, así nos calmamos —le diría.

—Yo no me voy a calmar.

Tenía que conducir la conversación de modo que ella terminara mostrándose como era casi siempre: inteligente y comprensiva. Le hablaría de la importancia de ver las cosas con perspectiva...

—Habla claro.

—Hay cosas que no pueden explicarse así como así.

—Pues inténtalo.

—Mira, son cosas que pasan. Eres una mujer inteligente y sabes de qué va la vida.

—Efectivamente, pero necesito que me lo expliques sin rodeos.

A Sally le temblaban los labios, las comisuras apuntaban hacia abajo.

—He conocido a alguien, pero eso no importa, y tú lo sabes.

—Vete y no vuelvas —repuso ella—. No intentes ver a los niños: no te lo permitiré. Pienso cambiar las cerraduras.

—Sally, por Dios, no puedes reaccionar así. Sabes que yo no podría vivir en esas condiciones. Por favor, no seas melodramática; ése no es nuestro estilo. —Las palabras empezaban a atascársele en la boca—. Esto se puede solucionar. Tu padre, sin ir más lejos, fue amante de Pascale durante no sé cuánto tiempo.

—Pero ahora están casados.

—No... no se trata de eso.

Él empezaba a balbucir.

—¿Ah, no? Entonces ¿de qué?

—De que existe un modo de vida superior, y deberíamos ser lo bastante listos para aceptarlo.

—O sea, que quieres que te permita acostarte con otra...

—Por favor, no te pongas en plan cáustico. Estamos muy por encima de esa gente que se siente obligada a interpretar un papel, y tú lo sabes.

—Lo único que sé es que me engañas.

—Yo no te engaño.

—Papá te va a matar.

No se le ocurría qué podría decir: la determinación de Sally daba al traste con todas las opciones en que pensaba. Pero no lo permitiría.

Por otra parte, Pamela tenía un único defecto: una vida propia. Salía de noche, iba a fiestas. Algunos tunecinos de la delegación eran muy simpáticos.

—¿Ah, sí? —dijo él.

Había ido a una fiesta en el Four Seasons, le contó ella, y a la mañana siguiente —eso no se lo contó— llegó al trabajo con mil dólares dentro del zapato. Uno de los tunecinos había sido especialmente simpático.

—Les gusta divertirse —añadió.

—Te estás convirtiendo en una ligona —repuso Brian con cierta amargura—. ¿Cómo sé yo que no estás tonteando con ese tipo?

—Lo sabrías.

—Tal vez, pero ¿lo sabría por ti? ¿Cómo se llama?

—Tahar.

—Preferiría que no fueras por ahí ligando con nadie.

—No lo hago —repuso ella.

En junio, Sally y los niños se fueron al campo a pasar el verano y Brian empezó a estar solo la mayor parte de la semana.

—¡Qué suerte he tenido de conocerte! —dijo.

Estaban cenando en su propia isla de intimidad entre la bulliciosa clientela. Él conocía de vista a casi todos; ella era, de lejos, la más guapa del local.

—Seremos amigos mucho tiempo —le prometió ella.

Mañanas de verano con sus primeras luces suaves; mañanas de amor, con los rojos números del despertador sucediéndose silenciosos. La suave luz sobre los árboles y la deslumbrante

espalda desnuda de ella. Eran las horas más sagradas de su vida, pensaba él.

Una mañana, mientras se vestía, ella le preguntó:

—¿De quién son?

Se refería a unos pendientes que estaban en un paquetito sobre la mesita de noche.

—¿Son de tu mujer? —Estaba probándose uno, prendiéndoselo en el lóbulo de una oreja. Giró la cabeza frente al espejo—. ¿De qué son, de plata?

—De platino: mucho mejor que la plata.

—Entonces son de tu mujer.

—Los estaban arreglando. He tenido que pasar a recogerlos. —No era difícil admirarla; su cuello desnudo, su aplomo...

—¿Me los prestas? —le preguntó.

—No puedo: sabe que tenía que ir a recogerlos.

—Dile que aún no estaban listos.

—Cariño...

—Te los devolveré. ¿Tienes miedo de que me los quede? Me gustaría ponérmelos sólo una vez: llevar por un momento algo de ella como si fuera mío.

—Eso es muy Bette Davis.

—¿Quién?

Acabó cediendo:

—Bueno, pero procura no perderlos.

Eso fue un martes. Dos noches después ocurrió algo terrible. Fue en una recepción que ofreció un grupo de admiradores del impresionismo; Pascale era una de las promotoras, pero aquel día estaba fuera de la ciudad y no podría asistir, de modo que Sally había insistido a Brian para que fuera. El caso es que, mientras la multitud subía la gran escalera, éste reconoció a Pamela con una punzada de celos que la sorpresa hizo doblemente dolorosa. Se abrió paso para ver con quién estaba.

—Eh, ¿adónde vas con tanta prisa? —Era Del, su cuñado—.

¿Dónde te habías escondido?

—¿Escondido, yo?

—Hace semanas que no te vemos.

Del le caía simpático, pero no en aquel momento.

—¿Por qué no te vienes a cenar con nosotros después de la gala?

—No puedo —dijo Brian sin pensarlo.

—Venga, hombre, iremos a Elio's —insistió Del—. Fíjate en todas estas mujeres. ¿De dónde han salido? Cuando yo era soltero no se dejaban ver.

Brian apenas lo oyó. Un poco más allá, cerca de las ventanas, a una distancia de unos cinco metros, vio a Pamela con Michael Brule, su suegro. No sólo estaban intercambiando saludos, sino en plena conversación. Ella llevaba un vestido que a él le encantaba: azul cielo, con un gran escote en la espalda. Se había recogido el pelo, y él notó, sin ninguna duda, que se había puesto los pendientes de platino: eran inconfundibles. Se movió para no ser visto, tenía el corazón desbocado. Finalmente, Brule se alejó.

—Cariño, debes de estar loca —le dijo en voz baja, furioso, cuando llegó a su lado.

—Hola —repuso ella alegre.

Su voz siempre estaba llena de vitalidad.

—¿Qué pretendes? —insistió él.

—No te entiendo.

—¡Los pendientes! —susurró él.

—Nada, los llevo puestos.

—¡Precisamente! No puedes llevarlos. Ése era mi suegro, ¡él fue quien los compró y se los regaló a Sally! ¿Cómo se te ocurre ponértelos hoy? —Seguía hablando en voz baja, pero la gente que estaba cerca notaba su ansiedad.

—¿Y yo cómo iba a saberlo? —dijo Pamela.

—¡Ya sabía que no debía prestártelos!

—¡Bah!, toma los malditos pendientes —dijo ella repentinamente enfadada.

—No, no.

Empezó a quitárselos. Era la primera vez que él la veía enfadarse y de pronto tuvo miedo de caer en desgracia ante ella.

—Por favor, soy yo el que debería estar enfadado —dijo.

Ella le puso los pendientes en la mano.

—Por cierto —dijo—, los ha visto —y agregó con pasmosa confianza—: pero quédate tranquilo, no dirá nada.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo puedes estar tan segura?

—Tú quédate tranquilo —insistió ella.

Esa respuesta lo sacudió de repente, como una enfermedad.

Un desconocido le tendió a Pamela una copa de vino.

—Gracias —dijo ella muy calmada—. Mira, te presento a Brian, un amigo; Brian, éste es Tahar.

Esa noche, ella no contestó el teléfono. Al día siguiente, su suegro lo llamó para que se vieran a la hora de comer, era importante.

Quedaron en un restaurante que le gustaba a Brule, con camareros vestidos de manera formal y clientela de aspecto europeo. Estaba cerca de su oficina. Cuando Brian llegó, lo encontró inmerso en la carta. Levantó la cabeza y sus gafas sin montura reflejaron la luz de un modo que hizo sus ojos casi invisibles.

—Me alegro de que hayas podido venir —dijo volviendo a sumergirse en la lectura.

Brian se esforzó en leer también la carta y comentó algo sobre que no había tenido ocasión de saludarlo la noche anterior.

—Estoy muy inquieto por lo que supe anoche —dijo Brule como si no lo hubiera oído.

El camarero recitó algunos platos que no figuraban en la

carta. Brian estaba preparando su respuesta pero, después de pedir, fue Brule quien tomó la palabra.

—Tu conducta no es digna del marido de mi hija.

—No sé si precisamente tú estás en posición de juzgarme —repuso Brian.

—Haz el favor de no interrumpirme. Deja que termine y después podrás decir lo que quieras. He averiguado que tienes una historia con una joven; créeme, conozco los detalles y, si valoras a tu esposa y a tu familia, yo diría que has puesto en grave peligro tu relación con ellos. Si Sally se entera, estoy seguro de que querrá separarse y, dadas las circunstancias, seguramente obtendrá la custodia de los niños: yo la respaldaría. Afortunadamente, ella no sabe nada, así que todavía puede evitarse la catástrofe, siempre y cuando hagas lo que debes.

Hubo una pausa. Fue como si le hubieran formulado una pregunta desconcertante cuya respuesta se esperaba que conociera, pero sus pensamientos revoloteaban sin cesar, no lograba asirlos.

—¿Y qué debo hacer? —preguntó, aunque ya lo sospechaba.

—Renunciar a esa chica y no verla nunca más.

«Esa chica maravillosa, esa chica de suaves hombros.»

—Y tú, ¿qué? —replicó Brian procurando no alzar la voz.

Brule ignoró la pregunta.

—De lo contrario —continuó—, y créeme que no me gustaría que ocurriese, Sally tendrá que saberlo.

A Brian, pese a sus esfuerzos, le temblaba la mandíbula; no era sólo la humillación, sino los celos, que lo reconcomían. Su suegro parecía llevar ventaja en todos los terrenos: aquellas manos cuidadas la habían acariciado, aquel cuerpo mustio había abusado del de ella. Les sirvieron los platos, pero Brian no tocó los cubiertos.

—Pero no sería la única en saberlo, ¿eh? Pascale también lo

sabría todo —dijo.

—Si estás insinuando que tratarías de implicarme, te diré que sería en vano y una estupidez.

—Pero tú no podrías negarlo —repuso Brian, tozudo.

—Claro que lo negaría. Lo interpretarían como un desesperado intento por tu parte de desviar la culpa y calumniar a otros. Nadie te creería, estoy seguro. Y lo más importante: Pamela me respaldaría a mí.

—Qué increíble y presuntuosa afirmación. De eso nada.

—Créeme, ella me apoyaría. Me he ocupado de eso.

No podría volver a verla ni hablar con ella: ni explicaciones ni despedidas.

—No me lo creo —respondió.

Empujó la silla hacia atrás, dejó la servilleta sobre la mesa, se disculpó y salió del restaurante. Brule continuó almorzando; simplemente le dijo al camarero que cancelara el pedido del otro comensal.

Todavía llevaba los pendientes en el bolsillo, los sacó y trató de llamarla. En ese momento no podía atenderlo, dijo su voz. «Por favor, deje su mensaje.» Colgó. Tenía una aterradora sensación de urgencia: cada minuto era insufrible. Pensó en ir a buscarla a su oficina, pero allí sería complicado hablar. No estaba en su puesto de trabajo, debía de estar en otro despacho; incluso eso le causaba infelicidad y celos. Pensó en el bar del hotel de la ONU, cuando ella había entrado con su minifalda negra, sus zapatos de tacón alto y un collar de un azul opaco en su blanco cuello. Con Brule tenía que haber sido, por fuerza, algo sórdido: alguna insinuación con aquella voz grave, un acoplamiento torpe en el sofá. ¿Qué podía haber hecho ella, sino resignarse? Llamó otra vez, y otras tres o cuatro más durante la tarde, dejando el mensaje de que por favor lo llamara, que era importante.

Por fin, a las seis, se fue a casa. Era una de esas tardes que

hacen pensar en el principio de una gran representación en la que cada cual, de alguna manera, tiene su papel. Las ventanas empezaban a iluminarse, los restaurantes a llenarse, los chavales corrían de vuelta a casa tras haber jugado en el parque, el futuro inmediato prometía. En el ascensor, una mujer guapa a la que no reconoció subía un gran ramo de flores a alguna planta. Ella evitó su mirada.

Entró en su apartamento y de inmediato notó el vacío. Los muebles transmitían silencio, la cocina parecía fría, como si nunca se hubiera utilizado. Deambuló por las habitaciones y se dejó caer en una butaca. Eran las seis y media. Ella ya estaría en casa, pensó. Pero no. Se preparó una copa, se acomodó y, entre sorbo y sorbo, se puso a pensar... o, más bien, dejó que los mismos pensamientos desesperados lo fueran royendo, inalterables, a medida que la oscuridad reclamaba la estancia. Encendió unas luces y volvió a llamarla.

La angustia era insoportable. Ella se había enfadado, sí, pero había sido cosa del momento. No podía tratarse de eso. Sin duda, Brule la había intimidado, aunque ella no era de las que se asustan con facilidad. Se preparó otra copa y continuó llamando. Hacia las diez —el corazón le dio un salto— ella contestó por fin.

—Dios santo —dijo—, te he estado llamando todo el día. ¿Dónde estabas? Necesitaba hablar contigo cuanto antes. He tenido que almorzar con Brule; ha sido repugnante, me he largado de allí. ¿Ha hablado contigo?

—Sí —dijo.

—Me lo temía. ¿Qué te ha dicho?

—No es eso.

—Claro que sí. Te ha amenazado de alguna manera, ¿no? Voy para allá ahora mismo.

—No, no vengas.

—Entonces ven tú.

—No puedo.

—Claro que sí: puedes hacer lo que quieras. Me siento fatal: Brule quiere que no volvamos a vernos. Escucha, cariño, esto no va a ser fácil; tendremos que hacerlo a escondidas. Sabes que estoy loco por ti, sabes que nadie ha significado tanto para mí en toda mi vida. Sea lo que sea lo que te haya dicho él, eso no cambia nada.

—Supongo.

En ese momento notó algo: una grieta, una fisura; presagió algo inminente e insoportable.

—Déjate de suposiciones: lo sabes muy bien. Sólo dime una cosa, ¿cuándo ocurrió? Me refiero a la relación entre vosotros. Dime la verdad, sólo quiero saber eso. ¿Fue antes?

—No quiero hablar de ello ahora —dijo Pamela.

—Dímelo, por favor.

De repente, algo en lo que no había pensado le vino a la cabeza. Comprendió por qué ella vacilaba tanto.

—Sólo una cosa más: ¿él quiere seguir viéndote?

—No.

—¿Es la verdad? ¿Me estás diciendo la verdad?

Sentado en una silla al lado de ella, despatarrado como un lord, estaba Tahar con expresión de aburrida paciencia.

—Sí, es la verdad —dijo ella.

—No sé cuál es la solución, pero sé que existe alguna —le aseguró Brian.

Tahar sólo la oía a ella: no sabía con quién hablaba, pero hizo un ligero movimiento con la barbilla como quien dice: «Corta ya» y Pam asintió con la cabeza. Tahar no bebía alcohol, pero ofrecía algo tremendamente embriagador: piel morena, dientes blancos y una suerte de extraño perfume que impregnaba toda su ropa; ofrecía habitaciones encima del zoco con unas vistas inigualables de la ciudad, noches de un azul intenso, mañanas en las que uno se perdía lejos del mundo

conocido. Brian era alguien a quien recordaría; alguien, quizá, a quien siempre podría llamar.

Tahar hizo otro gesto de fastidio. Para él, era sólo el principio.

Cuánta diversión

Cuando salieron del restaurante, Leslie quiso ir a tomar una copa a su casa, a pocas manzanas de allí: un viejo bloque de apartamentos con ventanas emplomadas en la planta baja y vistas a Washington Square. Kathrin dijo que bueno, pero Jane alegó que estaba cansada.

—Sólo una copa —dijo Leslie—, anda.

—Es demasiado pronto para ir a casa —insistió Kathrin.

En el restaurante habían hablado de cine, de películas que habían visto y películas que no habían visto, y también de Rudy, el camarero jefe.

—A mí siempre me consigue buenas mesas —afirmó Leslie.

—¿De veras?

—Siempre.

—¿Y qué le das tú a cambio?

—La clave es lo que espera que le dé —repuso Leslie.

—En realidad a quien mira es a Jane.

—No es verdad —protestó Jane.

—Te tiene ya medio desnuda.

—Basta, por favor —insistió Jane.

De estudiantes, Leslie y Kathrin habían sido compañeras de cuarto y eran amigas desde entonces. Habían viajado por Europa haciendo autoestop hasta Turquía, durmiendo muchas noches en la misma cama y, salvo una vez, sin tontear con hombres, o mejor dicho chicos. Kathrin tenía el pelo largo y oscuro peinado hacia atrás desde su hermosa frente y una sonrisa luminosa. Podría haber sido modelo. No podía presumir de nada más que de su aspecto, pero eso siempre había

bastado. Leslie se había especializado en música, aunque sin sacar ningún provecho. Tenía un don especial para hablar por teléfono, como si te conociera de toda la vida.

En el ascensor, Kathrin dijo:

—Uf, es guapísimo.

—¿Quién?

—Ese portero tuyo. ¿Cómo se llama?

—Santos, es colombiano.

—Lo que quisiera saber es a qué hora termina.

—Vaya por Dios.

—Eso me preguntaban siempre cuando atendía la barra.

—Ya estamos.

—No, en serio. ¿Alguna vez le pides que te cambie una bombilla o algo?

Leslie buscaba la llave.

—Para eso es conserje —contestó—, pero ésa es harina de otro costal.

Al entrar, Leslie dijo:

—Creo que no tengo nada aparte de whisky. Os va bien, ¿no? Bunning se bebió todo lo demás.

Fue a la cocina a por vasos y hielo. Kathrin y Jane se sentaron en el sofá.

—¿Sigues viendo a Andrew? —preguntó.

—De vez en cuando —repuso Jane.

—Justo lo que a mí me interesaría: de vez en cuando. Es lo mejor.

Leslie volvió con los vasos y el hielo y empezó a preparar copas.

—Bueno, salud —dijo—. Va a ser duro mudarse de aquí.

—¿No piensas conservar el apartamento? —preguntó Kathrin.

—¿Dos mil seiscientos al mes? No podría permitírmelo.

—¿Bunning no te va a pasar nada?

—Yo no pienso pedirle gran cosa. Sólo algunos muebles, a lo mejor, y puede que también una pequeña suma para pasar los primeros tres o cuatro meses. Si es necesario, puedo ir a casa de mi madre, aunque espero no tener que hacerlo. O quizá podría alojarme en tu casa, ¿no, Kathrin? —Ésta tenía un pequeño piso sin ascensor en Lexington: una sola habitación pintada de negro con toda una pared de espejos.

—Por supuesto. Hasta que una de las dos mate a la otra —dijo.

—Si tuviera novio sería más fácil —dijo Leslie—, pero estaba demasiado ocupada cuidando de Bunning para buscar novio.

—Tú eres afortunada —le dijo a Jane—: tienes a Andy.

—Pues no.

—¿Qué ha pasado?

—En realidad, nada. No iba en serio.

—Contigo...

—Eso sólo era parte del problema.

—Bueno, y entonces ¿qué pasó? —insistió Leslie.

—No sé. Sencillamente no me interesaban las mismas cosas que le interesaban a él.

—¿Por ejemplo? —quiso saber Kathrin.

—Todo.

—Danos una idea.

—Pues lo de siempre.

—¿Cómo que «lo de siempre»?

—El sexo anal —respondió Jane. Se lo había inventado: quería cortar la conversación como fuera.

—Dios mío —dijo Kathrin—, eso me recuerda a mi ex.

—Malcolm, ¿verdad? —preguntó Leslie—. Oye, ¿y qué ha sido de él? ¿Seguís en contacto?

—Está en Europa, no he vuelto a tener noticias suyas.

Malcolm escribía para una revista de economía. Era de baja estatura, pero muy esmerado en el vestir: bonitos trajes a rayas

y zapatos bien lustrados.

—¡Cómo pude casarme con él! —exclamó Kathrin—. No fui muy larga de miras, la verdad.

—Pues yo sí lo entiendo —dijo Leslie—. Y no sólo eso, sino que lo vi con mis propios ojos: Malcolm es muy sexy.

—La culpa fue de su hermana. Es una chica estupenda, nos hicimos amigas enseguida. Caramba, qué fuerte está esto —dijo Kathrin.

—¿Quieres un poco más de agua?

—Sí. La primera ostra que probé me la dio ella. «¿Tengo que comerme eso?», le dije yo. «Mira, te enseñaré cómo», me respondió, «échatelo a la boca y traga». Estábamos en el bar de la estación Central y en cuanto probé una ya no pude parar. Era una chica muy directa. «¿Te acuestas con Malcolm?», me preguntó. Apenas nos conocíamos. Quería saber qué tal me había ido y si él era tan bueno en la cama como parecía.

Kathrin había bebido bastante vino en el restaurante y antes un combinado, los labios le brillaban.

—¿Cómo se llama? —preguntó Jane.

—Enid.

—Qué nombre más bonito.

—Ya, bueno, total que Malcolm y yo nos fuimos a vivir juntos. Era antes de casarnos. Teníamos una habitación sin nada más que una cama y una ventana, ahí fue donde me estrené.

—¿En qué? —dijo Leslie.

—En lo del culo.

—¿Y…?

—Me gustó.

Jane sintió repentina admiración por ella; admiración y vergüenza. Aquello no era inventado, era real, y pensó: «¿Por qué yo nunca podría admitir algo así?»

—Pero os divorciasteis —observó.

—Bueno, la vida es algo más que eso. Nos divorciamos porque me cansé de sus devaneos. Siempre estaba haciendo reportajes por esos mundos, pero una vez, en Londres, sonó el teléfono a las dos de la madrugada y él se fue al cuarto de al lado para hablar y ahí fue cuando lo descubrí. Naturalmente, era sólo una más de la lista.

—¿No bebes? —le preguntó Leslie a Jane.

—Sí que bebo.

—El caso es que nos vamos a divorciar —continuó Kathrin—, o sea que ahora ya seremos dos —le dijo a Leslie—: bienvenida al club.

—¿De veras te vas a divorciar? —preguntó Jane.

—Será un alivio.

—¿Cuánto lleváis casados, seis años?

—Siete.

—Mucho tiempo.

—Muchísimo.

—¿Y cómo os conocisteis? —preguntó Jane.

—¿Cómo? Por mala suerte —respondió Leslie, que estaba sirviéndose más whisky—. De hecho, nos conocimos el día que él se cayó de una barca. Yo entonces salía con su primo. Habíamos ido a navegar y, según él, lo hizo para llamar mi atención.

—Qué gracioso.

—Más adelante cambió su versión y dijo que se cayó y que en alguna parte tenía que caerse.

El nombre de pila de Bunning era Arthur, Arthur Bunning Hasset, pero él odiaba lo de Arthur. Todo el mundo lo quería. Su familia tenía una fábrica de botones y una casa grande en Bedford llamada Ja Ja. Bunning se crió allí. En teoría escribía teatro y al menos una de sus obras estuvo cerca de ser un éxito en el off-Broadway, pero después las cosas se torcieron. Tenía una secretaria, Robin —decían que era su «ayudante»—, que lo

encontraba increíble e impredecible, y por supuesto graciosísimo, y la propia Leslie siempre se había divertido con él, al menos durante unos años, pero luego vino lo de la bebida.

Habían roto hacía cosa de una semana. Un abogado y su mujer los habían invitado al estreno de una obra de teatro. Fueron a cenar y, en el restaurante, Bunning, que había empezado a beber antes de salir de casa, pidió un martini.

—No —dijo Leslie.

Él hizo caso omiso y estuvo bien un rato hasta que se quedó callado, empinando el codo, mientras Leslie y la pareja seguían conversando. De repente, dijo con voz clara:

—¿Quiénes son estas personas?

Se hizo el silencio.

—En serio, ¿quiénes son? —insistió.

El abogado se aclaró la garganta.

—Somos sus invitados —respondió Leslie con frialdad.

Bunning pareció olvidarse de ello y al cabo de un rato se levantó para ir al servicio. Pasó media hora. Finalmente, Leslie lo vio en la barra: estaba tomando otro martini con expresión despistada, infantil.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó él—. Te he estado buscando por todas partes.

Ella se puso como un basilisco.

—Esto se acabó —dijo.

—No, en serio. ¿Dónde estabas? —insistió él.

Leslie se echó a llorar.

—Me voy a casa —decidió él.

Con todo, ella recordaba las mañanas de verano en Nueva Inglaterra cuando estaban recién casados. Fuera, las ardillas correteaban por el tronco de un árbol enorme, bajando de cabeza, escurriéndose hacia la parte posterior con sus hermosas y espesas colas. Recordaba ir en coche a pequeños teatros de

verano, los viejos puentes de hierro, vacas tumbadas en el amplio umbral de un establo, maizales segados, el aspecto liso y pausado de ríos sin nombre, la bella y apacible campiña: lo feliz que uno puede ser.

—¿Sabes? —dijo—, Marge está loca por él. —Marge era la madre de Leslie—. Eso tuvo que ser la primera señal de aviso.

Fue a buscar más hielo y se vio reflejada en el espejo del vestíbulo.

—¿Alguna vez habéis pensado: hasta aquí podíamos llegar? —preguntó al volver.

—¿Qué quieres decir? —repuso Kathrin.

Leslie se sentó a su lado. Eran realmente tal para cual, se dijo. Habían sido damas de honor en sus respectivas bodas. Eran verdaderas amigas íntimas.

—Pues que si alguna vez te has mirado en el espejo y has dicho: «No puedo más. Se acabó.»

—¿A qué te refieres?

—A los hombres.

—Estás dolida por lo de Bunning.

—¿Quién necesita hombres?

—¿Lo dices en serio?

—¿Quieres saber una cosa que he descubierto?

—¿Qué?

—Déjalo —repuso Leslie con impotencia.

—¿Qué ibas a decir?

—Mi teoría... mi teoría es que ellos te recuerdan más tiempo si tú los olvidas.

—Puede ser —dijo Kathrin—, pero ¿qué más da, a fin de cuentas?

—Es sólo una hipótesis: les gusta dividir y vencer.

—¿Dividir?

—Algo así.

Jane había bebido menos. No se encontraba bien: se había

pasado la tarde esperando hablar con el médico y después había emergido a un paisaje irreal.

Ahora, mientras se paseaba por la habitación, cogió una foto de Leslie y Bunning de la época de su boda.

—Bien, ¿y qué pasará con Bunning? —preguntó.

—A saber —dijo Leslie—. Continuará como si nada hasta que alguna mujer decida que es capaz de enderezarlo. Bailemos: tengo ganas de bailar.

Fue hacia el equipo de música y empezó a revolver cedés hasta que encontró uno que le gustó. Lo puso y, tras una pausa, oyeron un sonido desparejo y estridente a un volumen rabioso: eran gaitas.

—Ay, Dios —exclamó parando el disco—. Estaba en otra caja... es uno de los suyos.

Seleccionó otro y un ritmo pausado e insistente de batería llenó la estancia. Se puso a bailar. Kathrin la imitó. Luego, un cantante o varios se sumaron a la batería, repitiendo una y otra vez el mismo estribillo. Kathrin hizo una pausa para dar un trago.

—No —dijo Leslie—, no bebas tanto.

—¿Por qué?

—No podrás...

—¿No podré qué...?

Leslie miró a Jane y le hizo una seña.

—Vamos.

—No, es que yo...

—Vamos.

Las tres se pusieron a bailar al ritmo del hipnótico canto que se repetía interminablemente. Al rato, Jane se sentó con la cara húmeda de sudor y se dedicó a observarlas. En las fiestas, las mujeres siempre acababan bailando entre ellas o incluso solas. Se preguntó si Bunning bailaría. No, eso no le cuadraba, y no porque tuviera vergüenza. Bebía demasiado para bailar. Pero,

bien pensado, ¿por qué bebía? No parecía que nada le importara, aunque probablemente en el fondo le importaban demasiadas cosas.

Leslie se sentó a su lado.

—Odio tener que mudarme —dijo echando la cabeza atrás—. Voy a tener que buscar otro piso, eso es lo peor.

Levantó la cabeza.

—Dentro de dos años, Bunning ni siquiera se acordará de mí; en el mejor de los casos dirá «mi ex mujer» alguna que otra vez. Yo quería tener un hijo, pero a él no le gustaba la idea. Una vez le dije: «Estoy ovulando», y él me contestó: «Pues estupendo.» Es lo que hay. La próxima vez tendré uno, si es que hay próxima vez. Oye, Jane, tienes unas tetas preciosas.

Jane se sorprendió: ella jamás se habría atrevido a decir una cosa así.

—A mí ya me cuelgan —dijo Leslie.

—Eso no importa —repuso estúpidamente Jane.

—Supongo que podría operármelas... si tuviera dinero. Con dinero se puede arreglar cualquier cosa.

No era verdad, pero Jane comentó:

—Sí, tienes razón.

Tenía más de sesenta mil dólares en el banco, en parte ahorros, en parte ganancias de las acciones de una compañía petrolera en la que había invertido por recomendación de un colega. Si quería, podía comprarse un coche; le vino a la cabeza un Porsche Boxster. Ni siquiera tendría que vender las acciones petroleras: podía pedir un préstamo y pagarlo en tres o cuatro años, y los fines de semana irse al campo, a las pequeñas poblaciones costeras de Connecticut: Madison, Old Lyme, Niantic, parando a almorzar en un sitio de fachada blanca —al menos así lo imaginaba—. Tal vez allí habría un hombre, solo o en compañía de otros. No tendría que caerse de una barca; no sería igual que Bunning, por supuesto, pero sí parecido:

irónico, un poco tímido, el hombre a quien hasta entonces no había llegado a conocer. Cenarían, charlarían; irían a Venecia en invierno, cuando no hay casi nadie, cosa que siempre había querido hacer. Alquilarían una habitación encima del canal; la ropa de él estaría tirada por ahí, habría una botella —no se molestó en imaginar de qué— medio llena, un poco de vino italiano y quizá algunos libros. La brisa del Adriático entraría de noche por la ventana y ella se despertaría temprano, antes del amanecer, para verlo dormir a su lado, dormir y respirar pausadamente.

«Tetas preciosas»: eso era como decir «te quiero». Le había parecido simpático. Quiso decirle algo a Leslie, pero aún no era el momento, o quizá sí: todavía no se lo había dicho a sí misma.

Empezó otra canción del disco y bailaron de nuevo, juntándose de vez en cuando, agitando los brazos, intercambiando sonrisas. Kathrin era como esas chicas de los clubes, despampanante e insensible. Tenía ardor, atrevimiento. Si le decías algo, ni siquiera te oía. Era como una diosa barata y así seguiría durante mucho tiempo, gastando demasiado en cosas de las que se encaprichara: un vestido o unos pantalones de seda negros y ceñidos, acampanados, como los que ella misma —Jane— llevaría en Venecia. No había tenido ninguna aventura en la facultad, era la única que no las había tenido. Y ahora lo lamentaba de verdad, lamentaba haberse quedado sin ir a aquella habitación con sólo una ventana y una cama.

—Tengo que irme —dijo.

—¿Qué? —preguntó Leslie. No la había oído bien por culpa de la música.

—Que tengo que irme.

—Ha sido divertido —dijo Leslie acercándose.

Se abrazaron en el vestíbulo, un poco incómodas, Leslie a punto de caerse.

—Te llamaré mañana —prometió.

Bajó a la calle, paró un taxi (al menos estaba limpio) y le dio su dirección al taxista, «cerca de Cornelia Street». Arrancaron y empezaron a sortear coches a bastante velocidad. Por el retrovisor, el joven taxista descubrió que su clienta, una chica guapa más o menos de su edad, estaba llorando. En un semáforo en rojo, cerca de una farmacia bien iluminada, vio que las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—Perdone, ¿le ocurre algo? —preguntó.

Ella negó con la cabeza y estuvo a punto de responder.

—¿Qué? —dijo él.

—Nada —contestó Jane volviendo a negar con la cabeza—. Me estoy muriendo.

—¿Está enferma?

—No, enferma no. Me estoy muriendo de cáncer —dijo.

Era la primera vez que lo decía en voz alta. Había cuatro niveles y ella estaba en el cuarto: fase 4.

—Ah —dijo él—. ¿Está segura? —La ciudad estaba tan llena de gente rara que no sabía si estaba diciendo la verdad o inventándose cosas—. ¿Quiere que vayamos al hospital? —preguntó.

—No —dijo ella sin dejar de llorar—, estoy bien.

Tenía una cara atractiva a pesar de las lágrimas. El taxista levantó un poco la cabeza para ver el resto: también atractivo, pero ¿y si estaba diciendo la verdad? ¿Y si Dios, por alguna razón, había decidido poner fin a la vida de esa mujer? Uno nunca sabe, eso sí lo tenía claro.

Ocaso

La señora Chandler, con su traje a medida, estaba sola junto al escaparate, casi frente al rótulo de neón que anunciaba en letras rojas: CARNE DE PRIMERA CALIDAD. Parecía estar mirando las cebollas —tenía una en una mano—. Era la única clienta. Sentada ante la caja registradora, Vera Pini, de bata blanca, veía pasar los coches. Era un día nublado y ventoso y el tráfico formaba una corriente prácticamente ininterrumpida.

—Hoy tenemos un buen *brie* —aseguró Vera sin moverse—, nos lo acaban de traer.

—¿Es bueno de verdad?

—Muy bueno.

—De acuerdo, me llevaré un poco.

La señora Chandler era una clienta fiel: nunca iba al supermercado de las afueras. También era una de las mejores clientas, o al menos lo había sido, ya no compraba tanto.

Las primeras gotas aparecieron en el cristal.

—Mire, ya ha empezado —anunció Vera.

La señora Chandler volvió la cabeza y, cuando vio circular los coches, le pareció como si la escena transcurriera muchos años atrás. Por alguna razón, se puso a pensar en la multitud de ocasiones en que ella misma había cogido el coche, o el tren, para ir al campo; en lo que sentía al bajarse en aquel andén oscuro, largo y desierto donde la esperaba su marido o alguno de sus hijos. Hacía calor, los árboles eran negros y enormes. «Hola, cariño.» «Hola, mamá, ¿has tenido un buen viaje?»

El pequeño rótulo de neón brillaba mucho en la grisura del día. Al otro lado de la calle estaba el cementerio y, cerca de la

puerta, aparcado mirando en la dirección equivocada, estaba su coche, de marca extranjera y siempre impoluto. Solía aparcar así: era una mujer con una vida muy particular. Sabía organizar cenas, cuidar perros, entrar en restaurantes... Tenía su estilo de responder a las invitaciones, de vestirse, de ser quien era; hábitos incomparables, podría decirse. Era una mujer que había leído libros, jugado al golf, asistido a bodas; que tenía buenas piernas, que había capeado temporales: una mujer elegante a quien ya nadie quería.

Se abrió la puerta y entró un granjero. Llevaba botas de goma.

—Hola, Vera —saludó.

Vera se lo quedó mirando.

—¿Por qué no estás por ahí pegando tiros?

—Demasiada humedad —respondió él. Era mayor y no malgastaba palabras—. En muchos sitios hay un palmo de agua.

—Mi marido sí ha salido.

—Ojalá me lo hubieras dicho antes —contestó el hombre como si confesara un secreto.

Tenía la cara prácticamente arrasada por la intemperie: se le había descolorido como un sello antiguo.

Era un buen clima para cazar: nublado y lluvioso. Había empezado la temporada, habían sonado algunos disparos sueltos a lo largo de todo el día y, a media mañana, una bandada de seis gansos había volado en desorden por encima de su casa. Sentada en la cocina, ella había oído sus graznidos alocados y estridentes. Los había visto por la ventana: volaban muy bajo, justo por encima de los árboles.

Su casa estaba rodeada de campos. Desde la planta de arriba se divisaban establos y vallas. Era una casa bonita; durante años le había parecido única. El jardín estaba cuidado, la leña perfectamente apilada, las mosquiteras en buen estado. Por

dentro, lo mismo: todo bien escogido; los suaves sofás blancos, las alfombras y las sillas, aquellas copas suecas que daba tanto gusto sostener, las lámparas... «Esta casa es mi alma», solía decir.

Se acordó de la mañana en que un ganso apareció en el césped; ¡un ganso grande, con el largo cuello negro y una especie de barboquejo blanco, a una distancia de menos de cinco metros! Había subido corriendo las escaleras.

—Brookie —llamó en un susurro.

—¿Qué?

—Baja, no hagas ruido.

Se acercaron a una ventana y luego a otra, conteniendo el aliento mientras miraban.

—¿Qué hace tan cerca de la casa?

—No lo sé.

—Qué grande es, ¿no?

—Mucho.

—Aunque no tanto como *Bailarín*.

—*Bailarín* no vuela.

Todo aquello había desaparecido: el poni, el ganso, el chico. Recordó esa noche en que volvían de cenar en casa de los Werner, donde habían visto a una joven de rasgos muy bellos que había abandonado a su marido para estudiar arquitectura. Rob Chandler no había dicho nada, se había limitado a oír distraídamente, como quien oye una noticia que no le viene de nuevas. Luego, a medianoche, se lo había anunciado en la cocina sin siquiera cerrar la puerta, dándole la espalda para quedarse de cara a la mesa.

—¿Qué? —había preguntado ella.

Él ya empezaba a repetírselo cuando ella lo interrumpió.

—¿Qué me estás diciendo? —le dijo, aturdida.

Había conocido a otra.

—¿Qué has qué?

Ella se quedó con la casa. Fue por última vez al piso de la calle Ochenta y dos, con aquellas ventanas enormes desde las que, si pegabas la mejilla al cristal, podías ver los escalones de la entrada del Museo Metropolitano. Él se volvió a casar al cabo de un año, ella anduvo un tiempo sin rumbo. Por las noches, se quedaba sentada en la sala de estar vacía, casi desesperada, sin preocuparse de comer ni de hacer nada, acariciando la cabeza del perro y hablándole, encogida en el sofá a las dos de la madrugada, sin haberse quitado siquiera la ropa. Le había entrado una fatiga fatal, pero al fin consiguió recomponerse, empezó a acudir a la iglesia y volvió a pintarse los labios.

Mientras volvía a casa del mercado, unas nubes grandes, cargadas de plomo y jaspeadas por la luz, se desplazaron por encima de los árboles. El viento soplaba a ráfagas. Al encarar el camino de entrada en su casa vio un coche aparcado. Al principio se llevó un susto, luego reconoció a la persona que se acercaba a ella.

—Hola, Bill —saludó.

—Déjame, te echo una mano.

El hombre cogió del coche la bolsa de la compra más pesada y fue detrás de ella hasta la cocina.

—Déjala encima de la mesa —le dijo—. Eso es, gracias. ¿Cómo te ha ido?

El hombre llevaba una camisa blanca y una chaqueta informal que en su momento debía de haber sido muy cara. La cocina estaba fría, a lo lejos se oían disparos.

—Entra —le dijo—, aquí hace frío.

—Sólo pasaba a ver si necesitas que arregle algo antes de que llegue el frío.

—Ah, ya. Bueno —dijo ella—, está el baño de arriba. ¿Crees que volverá a dar problemas?

—¿Por las tuberías?

—¿No se reventarán este año?

—Habíamos puesto un aislante, ¿no? —preguntó él. Tenía un leve defecto de pronunciación relacionado con la lengua, pero el resultado era, de algún modo, elegante. Siempre había hablado así—. El problema es que ese baño da al norte.

—Es cierto —contestó Vera mientras buscaba un cigarrillo sin mucha concentración—. ¿Por qué crees que se les ocurrió ponerlo ahí?

—Bueno, siempre ha estado ahí —respondió él.

Tenía cuarenta años, pero aparentaba menos: había en él una dureza, una desesperanza, que preservaba su juventud. Todo el verano en el campo de golf, a veces hasta diciembre. Incluso allí, con el cabello moreno al aire, entre compañeros, parecía indiferente, como si sólo estuviera matando el tiempo. Se contaban muchas historias sobre él. Era un ídolo caído. Su padre tenía una inmobiliaria en una cabaña al lado de la autopista, parcelas, granjas, terrenos... Pertenecía a una de las familias importantes de la zona. Había una calle con su apellido.

—Un grifo no va bien, ¿quieres echarle un vistazo?

—¿Qué le pasa?

—Gotea —dijo ella—. Deja, te lo enseño.

Se dirigieron al piso de arriba.

—Ahí está —dijo señalando el baño—, ¿lo oyes?

Él abrió y cerró varias veces el grifo con indolencia y luego se puso a toquetear por debajo del lavabo. Lo hacía con el brazo estirado, con un movimiento leve y relajado de la muñeca. Ella lo veía desde el dormitorio y le parecía que estaba husmeando lo que había sobre el mueble.

Encendió la luz y se sentó. Ya casi había anochecido y la habitación adquirió de inmediato un aspecto acogedor. Las paredes estaban empapeladas en un tono azul y la alfombra era de un blanco suave, la piedra pulida de la chimenea transmitía

una sensación de orden. Fuera, los campos desaparecían: era una hora serena que ella procuraba evitar. A veces, mirando hacia el mar, pensaba en su hijo, aunque aquello había ocurrido en el canal, y hacía mucho. Ya iba allí todos los días. La gente decía que había que darle tiempo al tiempo, aunque el dolor nunca desaparecía del todo; tenían razón, como en tantas otras cosas. Era el menor y el más animoso, aunque también el más frágil. Ella rezaba por él todos los domingos en la iglesia. Sólo pedía una cosa: «Ay, Señor, no dejes de fijarte en él, ¡es tan pequeñajo!» «Sólo es un chiquillo», añadía alguna vez. Se inquietaba si veía cualquier cadáver: un pájaro tirado en la carretera, un conejo con las patas tiesas, hasta una serpiente muerta.

—Creo que es una arandela —dijo el hombre—, traeré una en cuanto pueda.

—Bueno —respondió ella—, ¿dentro de un mes, como la vez pasada?

—Marian y yo volvemos a estar juntos, ¿sabes?

—Ya. —Soltó un leve suspiro involuntario, tenía una sensación extraña—. Eh... —Qué debilidad, pensó más adelante —. ¿Desde cuándo?

—Desde hace unas semanas.

Se levantó.

—¿Vamos abajo?

Vio sus imágenes reflejadas en la ventana del hueco de la escalera, vio pasar su propia blusa de color melocotón.

Seguía soplando el viento, una rama pelada rasgaba el costado de la casa. Solía oírla de noche.

—¿Tienes tiempo para tomar algo?

—Tengo que irme.

Ella se sirvió un whisky y fue a la cocina a ponerle hielo y un poco de agua.

—Supongo que estaré un tiempo sin verte.

Tampoco había sido para tanto: unas cuantas cenas en el Lanai, algunas noches improbables. Era sólo la sensación de estar con alguien que le gustaba, alguien agradable e incompatible.

—Yo...

Buscaba algo que decir.

—Preferirías que no hubiera ocurrido.

—Algo así.

Él asintió con un movimiento de la cabeza. Estaba ahí, plantado; se le había aclarado un poco la tez con el frío del invierno.

—¿Y tú? —le preguntó ella.

—Joder. —Ella nunca lo había oído quejarse, excepto de algunas personas—. Yo sólo soy un conserje. Es mi esposa. ¿Qué vas a hacer? ¿Ir a verla un día para contárselo todo?

—Yo nunca haría algo así.

—Eso espero —respondió él.

Cuando se cerró la puerta, ella no se volvió. Oyó encenderse el coche y vio el reflejo de los faros. Se plantó ante el espejo y se miró la cara con frialdad. Cuarenta y seis años. Se notaban en el cuello y en las bolsas de los ojos. No iba a rejuvenecer. Pensó que tendría que haberle suplicado. Tendría que haberle contado todo lo que sentía, todo lo que de pronto le oprimía el corazón. El verano, con su esperanza y sus días largos, había pasado ya. Sintió el impulso de seguirlo, de pasar por delante de su casa. Tendría las luces encendidas, distinguiría a alguien a través de las ventanas.

Esa noche oyó el golpeteo de las ramas contra la casa y el crujir de los marcos de las ventanas. Se quedó sola, sentada, y pensó en los gansos mientras escuchaba sus graznidos. Había refrescado, el viento les agitaba las plumas. Vivían mucho, según había oído decir, hasta diez o quince años. Quizá viviera aún aquel que habían visto una vez sobre el césped, instalado

con los demás de nuevo en los campos adonde acudían para alejarse del mar en busca de seguridad, como buenos supervivientes de emboscadas sangrientas. Imaginó que en algún lugar, sobre la hierba húmeda, yacería alguno con el pecho oscurecido y empapado, el elegante cuello extendido todavía, las grandes alas esforzándose por batir, la sangre gorgoteando en los hoyuelos del pico. Echó a andar por la casa encendiendo luces. Caía la lluvia, rompía el mar, un camarada yacía muerto en la arremolinada oscuridad.

El cine

I

Llegó a las diez y media. Ya la estaban esperando. La puerta del fondo se abrió y ella, con cierta timidez, esforzándose por distinguir si había alguien en la penumbra, con el cabello largo cayéndole sobre los hombros como a una colegiala, avanzó con pasos lentos, casi reticentes... Todos los ojos estaban puestos en ella. Detrás entró una joven: su secretaria.

Es muy difícil describir las caras realmente hermosas. Tenía una larga nariz, una boca, una curiosa separación entre los ojos. Su rostro era a un tiempo abierto e impenetrable; hacía pensar en una cierta indiferencia ante la vida.

Guivi, el actor principal, sonrió cuando se la presentaron. Tenía los dientes grandes, con algo de espacio entre los incisivos, un lunar en la barbilla... defectos que la gente adoraba por aquel entonces. Sólo había interpretado cuatro o cinco papeles, pero se había hecho famoso enseguida. Se decía que su primera escena era una de las más memorables de la historia del cine, y era cierto: hay imágenes que perduran más allá de los nombres. Retiró una silla para ella, que respondió apenas a las presentaciones. Casi ni se la oía.

El director se inclinó sobre la mesa y empezó a hablar. Iban a pasar diez días ensayando en aquella sala vacía. Anna escuchaba sus explicaciones con la cabeza gacha, escondiendo la cara. No lo había visto nunca antes. Era un hombre bajito, pero muy trabajador, según se decía. Escupía saliva al hablar. Hasta entonces, ella no había ensayado nunca antes de rodar

una película, ni con Fellini, ni con Chabrol. Se esforzaba por escuchar, consciente de la presencia de quienes la rodeaban. Miraba a hurtadillas a Guivi, que fumaba tranquilamente un cigarrillo.

Sentados juntos a la mesa, empezaron a leer. «No intentéis encontrarle un significado, todavía no», les dijo Iles. Era apenas una toma de contacto. No había ventanas, no había día ni noche. Las palabras parecían flotar, desvanecerse como el humo por encima de sus cabezas. Guivi leía sus frases como quien pone sobre la mesa las cartas de menor valor. Le apasionaba el bridge, jugaba todas las noches. A medio ensayo, le tocó un hombro mientras leía una escena de mucha intimidad. No pareció que ella se diera cuenta, pero le palpitaba el cuello como a una lagartija. Poco después, le tocó el pelo. Ese simple gesto, hecho con tanta naturalidad que pareció fortuito, la calmó y disipó sus temores.

Después, se fue. Volvió directa al Hôtel de Ville. Tenía la habitación llena de cosas. En la mesa había libros todavía envueltos en papel marrón, revistas en varios idiomas, cartas leídas en diagonal. Un pequeño vestíbulo de forma irregular daba paso al dormitorio. La cama era grande. A la manera de esas secuencias en las que la cámara avanza con cautela de un detalle a otro con el consiguiente aumento de nuestra aprehensión, la puerta del baño, medio abierta, revelaba un gran despliegue de botes, perfumes oscuros, medicamentos, objetos desconocidos. Abajo, a lo lejos, sonaba el tráfico de la vía Sistina.

Al día siguiente, se encontraba mejor dispuesta, lista para ponerse a trabajar. Se echaba el pelo hacia atrás con la mano mientras leía. Estuvo amable, incluso llegó a reírse una vez.

Les llevaron unas tacitas de café atravesando el patio.

—¿Qué te ha parecido? —le preguntó al autor.

—Bueno... —titubeó él.

Era un hombre indeciso. Se llamaba Peter Lang —antes Lengsner—. Había seguido toda la vida de ella, una vida luminosa; había leído el artículo, la carta de amor, que le había dedicado *Harper's Bazaar*. Describía su perfecta modestia, su instinto, la forma de su rostro. Él había recortado la foto de la página opuesta para guardarla en su diario. La película que había escrito, aquella obra importante del arte más novedoso, existía ya, terminada, en su mente, y extraía su fuerza de la castidad y la disciplina de las imágenes. Era una película indirecta: tranquila en la superficie —con la tranquilidad de la vida cotidiana—, pero en ningún caso mansa: por debajo de lo visible había emociones que, al ocultarse, resultaban más potentes. Sólo de manera ocasional, como la punta del iceberg que se alza de la nada como un mal presagio y luego desaparece de la vista, se hacía presente el terror.

En ese momento, cuando ella le habló, el autor se sintió abrumado: no se le ocurría qué decir. Guivi aportó una respuesta.

—Creo que todavía nos dan un poco de miedo algunas frases —dijo—. Ya sabes: has escrito cosas realmente difíciles.

—Ah, vaya...

—Casi imposibles. No me malinterpretes: son buenas; lo único que pasa es que hay que decirlas a la perfección.

Ella se había dado ya la vuelta para hablar con el director.

—Shakespeare está lleno de frases así —siguió Guivi, y se puso a recitar *Otelo*.

Entonces le llegó a Iles el turno de exponer sus ideas sobre la obra, y se zambulló de cabeza en ella. Mientras la describía, resiguiendo sus líneas internas y sus motivos, profundos como ríos, parecía un profesor loco con algo de Freud y algo de columnista aquejado de mal de amores. Algunos miembros del equipo se habían colado y estaban de pie junto a la puerta. Guivi garabateó algo en su copia del guión.

—Sí, tú apunta, apunta —le dijo Iles—. Estoy diciendo una serie de cosas brillantes.

Una actuación se construía por capas, como una pintura; ése era su método: empezar con esto, añadir aquello y luego lo otro, etcétera. De ese modo, la interpretación se amplificaba, se enriquecía, generaba trasfondos y corrientes subterráneas. Luego, al final, ya lo recortarían para reducir su tamaño a la mitad: eso era lo que él llamaba «actuar bien».

Le hizo una confesión a Lang:

—Yo nunca les digo todo. Te voy a poner un ejemplo: la escena de la clínica. Le explico a Guivi que tiene que estar destrozado y él entiende que debe gritar, gritar de verdad. Entonces, le pido que se meta una toallita en la boca para impedirlo y luego, justo antes de rodar, le indico: «Hazlo sin la toallita.» ¿Lo entiendes?

Su energía empezaba a contagiarse a los intérpretes: se sentían excitados, casi febriles. Les resultaba emocionante que fuera su mundo, precisamente, el que él describía y luego desmontaba pieza a pieza para revelar sus maravillosas complejidades.

Si era un genio, su obra terminaría alcanzando la gloria porque, como la de Balzac, era ingente: también él iba llenando una página tras otra de ideas sublimes y triviales, de personajes fantásticos, de intuiciones, de fragilidad humana, de estupideces. «Si hago dos películas al año durante treinta años...», decía: ese proyecto era su vida.

A las seis, las limusinas ya estaban esperándolos. Aún había luz en el cielo, soplaba el viento frío del otoño. Se quedaron junto a la puerta, hablando, hasta que no les quedó otra que irse. Lo hicieron de mala gana: él los había convertido, era su amo. Subieron cada uno a un coche distinto y se despidieron agitando la mano. Lang se quedó solo en la oscuridad.

Hubo algunas cenas. Guivi se sentaba siempre al lado de

Anna. Al cuarto día, ella apoyó la cabeza en su hombro. Él estaba hablando de la estupidez de las mujeres: no eran genuinamente inteligentes, decía, eso era un mito de la sociedad occidental.

—Esto os sorprenderá —dijo Iles—. ¿Sabéis lo que creo? Creo que no son tan inteligentes como los hombres, sino más.

Anna dijo que no con un movimiento leve de la cabeza.

—No son lógicas —reviró Guivi—, no es lo suyo: la esencia misma de una mujer está aquí. —Se señaló la zona de la barriga—. En el vientre —aclaró—, ni más ni menos. ¿Os habéis dado cuenta de que no hay grandes jugadoras de bridge?

Era como si ella se hubiera rendido a todas sus ideas: comió sin hablar, casi ni tocó el postre. Se contentaba con ser lo que él admiraba en una mujer. Era consciente de su poder femenino, ante el cual él se arrodillaba cada noche con la mente deambulando no se sabía por dónde. Ejecutaba el acto como quien juega una mano perdedora: haciendo lo que podía. Entonces, la nube blanca de materia blanca brotaba de él y ella lanzaba un gemido.

—En realidad, soy un romántico y un clasicista. He estado casi enamorado dos veces —dijo Guivi. Ella desvió la mirada y él le dijo algo en un susurro—. Aunque nunca del todo —añadió—, no a fondo. Es algo que anhelo: estoy listo.

Anna lo comprobó metiendo la mano bajo la mesa mientras los camareros cepillaban las migas.

Lang se alojaba en el Inghilterra, en una habitación pequeña y apartada. Mucho después de que terminara la velada, seguía sumido en lo que había presenciado. Lavaba su ropa interior distraídamente. Sabía que ellos dos estarían juntos en algún lugar de aquella ciudad encerrada en sí misma, con su oscuro río otoñal, pero no se sentía resentido. Se tumbó en la cama como un estudiante pobre —qué poco cambia la vida de

principio a fin— y se durmió abrazado a sus sueños. El aire frío fue colándose por la ventana abierta y empapándolo como el mar a un marino ciego hasta que inundó por completo la habitación. Entonces, él cruzó las piernas a la altura de los tobillos como un mártir, la cara vuelta hacia Dios.

Iles se alojaba en el Grand Hotel, en una suite con puertas altísimas y suelos crujientes. Oía caminar a las camareras por el pasillo. Estaba acatarrado y no podía dormir. Llamó a su esposa a Estados Unidos, donde apenas empezaba a anochecer, y habló con ella un buen rato. Estaba deprimido: Guivi no era buen actor.

—¿Qué problema tiene?

—Todos: no tiene ninguna profundidad, ninguna emoción.

—¿Puedes conseguir a otro?

—Es demasiado tarde.

Tendrían que convivir con eso, le dijo. Tenía el teléfono apoyado en la almohada y sus ojos se paseaban sin rumbo fijo por la habitación. Tendrían que cambiar de algún modo el personaje, hacer que aquella falsedad formara parte de él. Anna estaba bien; estaba contento con ella. Bueno, algo harían, le inyectarían vida de alguna manera: conseguirían que el pájaro muerto alzara el vuelo.

Hacia el final de la semana ya estaban ensayando los movimientos. Hacía frío e iban de un lado a otro con los abrigos puestos. Anna procuraba estar cerca de Guivi, le quitaba el cigarrillo de los dedos y se lo fumaba. A veces se reían.

Iles rebosaba vitalidad al trabajar. Con el cabello en la cara explicaba acciones, detalles. No confiaba en el oficio de los actores, lo preparaba todo. A menudo asociaba una frase con una acción; es decir, pedía que las palabras respondieran a los hechos: Guivi tocaba el codo de Anna sin mirarla y ella decía: «Quita.»

Lang se sentaba a mirarlos. A veces trabajaban muy cerca de él, justo delante, pero no conseguía prestarles atención de verdad. Ella decía sus frases, cosas que él había inventado, y eran como zapatos: se los probaba, le parecían bonitos, jamás se le ocurría pensar en quién los había hecho.

—Anna tiene un registro limitado —le comentó Guivi.

Lang dijo que sí: quería aprender más sobre la interpretación, aquel mundo secreto.

—Pero qué rostro —añadió Guivi.

—¡Esos ojos!

—Tienen un toquecillo de idiotez, ¿no?

Ella los vio hablar y, más tarde, mandó a alguien con Lang: cualquier cosa que le hubiera dicho a Guivi, ella quería enterarse también. Lang la miró de lejos, ella no le hizo ni caso.

Lang estaba desconcertado: no sabía si aquello iba en serio. Los actores secundarios sin nada que hacer se habían sentado en dos sofás viejos. El suelo estaba blanquecino, tenían los zapatos cubiertos de polvo. Iles seguía de cerca las escenas, daba su aprobación con movimientos de la cabeza: «Sí, sí, bien, excelente.» Su asistente, una mujer de cuarenta y cinco años, caminaba tras él con un cronómetro colgado del cuello. Por la noche le dolían las piernas. Iba de un lado a otro anotándolo todo, con cuidado de no pisar algún clavo medio salido.

—Cariño... —le decía Iles, que había olvidado su nombre—. ¿Cuánto ha durado?

Siempre se alargaban demasiado. Tenía que meterles prisa, obligarlos a ser más sobrios.

Al cabo, como en el colegio, llegó el examen final y, al parecer, lo hicieron todo a la perfección: los gestos, las cadencias que él había concebido. Los cronometraron como si fueran corredores: dos horas y veinte minutos.

—Maravilloso —les dijo.

Esa noche, Lang se emborrachó en la fiesta que ofreció el

productor. Fue en un pequeño restaurante. La entrada estaba abarrotada de comidas expuestas y de olores, los cocineros saludaban con una inclinación de cabeza desde la cocina. Había cincuenta personas, cien, apelotonadas y hablando idiomas distintos. Anna brillaba entre ellas como una reina. Lucía en la muñeca una pulsera nueva de Bulgari; había pedido un descuento sin dudar y el vendedor no había sabido qué decirle. Llevaba un vestido ajustado de color dorado que revelaba sus pechos. Su rostro extraño y plano parecía flotar sin expresión entre los otros, a veces con una sonrisa leve y distante.

Lang estaba deprimido: no entendía lo que habían hecho; sus sobreactuaciones lo desanimaban, no se creía la energía ni la perspicacia de Iles, nada de todo aquello. Hizo un esfuerzo por calmarse. Vio a Anna en la mesa principal codo a codo con el productor, charlando. ¿Por qué parecía tan animada? «Siempre se llenan de vida cuando las luces están encendidas», dijo alguien.

Miró a Guivi; pudo ver a Anna inclinándose hacia él; su cabello largo, su cuello...

—Filmarla en color es una estupidez —le dijo Lang al hombre que tenía al lado.

—¿Qué? —Era un ejecutivo de la productora. Su cara parecía la de un pescado, una lubina que se hubiera echado a perder—. ¿Qué quieres decir? ¿Que había que filmar sin color?

—En blanco y negro —respondió Lang.

—Pero ¡qué dices! Una película en blanco y negro es invendible. La vida es en color.

—¿La vida?

—El color es lo real —dijo el hombre.

Era de Nueva York. Las diez mejores películas de todos los tiempos, las veinte mejores, estaban filmadas en color, dijo.

—¿Y...? —Lang se esforzó por concentrarse, un codo le resbaló en la mesa—. ¿... y *Ladrón de bicicletas*?

—Hablo de películas modernas.

II

«Hoy ha hecho sol.» Escribía con frases breves, desconsoladas. «Ayer llovió, estuvo nublado hasta última hora de la tarde, igual que el día anterior.» Los pasillos del Inghilterra tenían techos abovedados, como los conventos. La puertas parecían hundidas en las paredes. Aun así resultaba cómodo, pensó. Le entregaba sus camisas a la camarera por la mañana y ella se las devolvía al día siguiente. Se las llevaba a casa para lavarlas. La había visto agacharse para sacar unas sábanas de un armario y había alcanzado a vislumbrar, allí donde terminaba la media, la blancura misteriosa de una pierna, un clásico de Buñuel.

La chica del departamento de publicidad lo llamó por teléfono: necesitaban información para su biografía.

—¿Qué información?

—Le mandaremos un coche —dijo ella.

El coche no llegó. Al día siguiente, él mismo acudió en taxi y tuvo que esperar treinta minutos en un despacho porque ella estaba con el productor. Al final, regresó: una flaca con manchas de sudor en las axilas.

—¿Eres tú quien me llamó? —preguntó Lang.

Ella no sabía ni quién era él.

—Me ibas a mandar un coche.

—¡Señor Lang! —exclamó ella de repente—. Ay, lo siento.

Su mesa estaba cubierta de fotos, y las sillas, llenas de periódicos y revistas. Era una asistente; había trabajado en *Cleopatra*, *La Biblia*, *El día más largo*... En el cine estadounidense se podía ganar dinero.

—Me tienen metida en este cuartucho —dijo a modo de disculpa.

Se llamaba Eva y vivía en casa de sus padres. Eran cuatro de familia, y comían en silencio, sumidos en la tristeza de vivir en un entorno burgués con la radio estropeada, las moquetas raídas... Una vez, al terminar, su padre se aclaró la garganta y dijo:

—La carne estaba mejor la última vez.

—¿La última vez? —preguntó la madre.

—Sí, estaba mejor.

—La última vez no sabía a nada.

—Ah, bueno, pues la penúltima vez —dijo él.

Volvieron a guardar silencio: sólo sonaban los tenedores y de vez en cuando algún vaso. De pronto, su hermano se levantó de la mesa y se fue del comedor. Nadie levantó la vista.

El hermano estaba loco; bueno, quizá no loco del todo, pero sí lo bastante para hacerlos llorar. Se pasaba días en su cuarto con la puerta cerrada. Era escritor, pero tenía un problema: todo lo que merecía la pena estaba escrito ya. Había experimentado un período en el que devoraba los libros: leía tres o cuatro al día y luego podía citar largos fragmentos, pero esa fiebre se le había pasado, ahora se quedaba tumbado en la cama mirando al techo.

Decían que Eva era nerviosa, y claro que lo era: tenía treinta años, el pelo negro, los dientes pequeños y ya había renunciado a toda esperanza. Le explicó a Lang que había que escribir las biografías de todos y que no tenían ningún dato para la suya. Le sugirió que la escribiera él mismo. «Sí, claro»: él ya se imaginaba algo así.

Su mejor amiga —como todos los italianos, estaba muy atenta al asunto de los amigos y enemigos—, su amiga más útil, era una histérica llamada Mirella Ricci, que tenía un piso grande y anhelos aristocráticos, además de los miedos y padecimientos propios de las mujeres que viven solas. Sus amistades eran homosexuales y mujeres separadas. Cenaba con

ellas, las llamaba por teléfono varias veces al día. Tenía anchas narinas y la piel blanca como el papel, pese a lo cual se las arreglaba para encontrarse manchas blancas aquí y allá. Su médico decía que era un problema circulatorio.

Igual que Eva, también trabajaba en la película. Ambas se dedicaban a hablar de todo el mundo. Según Mirella, Iles conocía a bien a los actores: escogía siempre a los mejores entre los que le proponían, salvo una o dos veces en que se había equivocado de plano. Estaban comiendo en Otello's, donde las tortugas iban y venían por el suelo. Mirella dijo que el guión era interesante, pero que no le gustaba el autor, un tipo frío. Además, era un *frocio*: ella sabía reconocerlos. En cuanto al productor...manifestó su desagrado con un ruidito. Se teñía el pelo, aseguró. Aparentaba treinta y nueve años, pero en realidad tenía cincuenta. Ya había intentado seducirla.

—¿Cuándo? —preguntó Eva.

Lo sabían todo: eran como enfermeras cuya ternura había desaparecido. Ellas dirigían aquel manicomio; sabían cuánto ganaba cada uno, de quién no convenía fiarse.

El productor, de entrada, era impotente, dijo Mirella. Y cuando no, era inapetente, y el resto del tiempo no sabía ni lo que tenía que hacer, y si lo sabía le salía todo mal. Y encima, siempre estaba sin pareja.

Por las anchas narinas de Mirella asomaba la oscuridad. Ella daba por hecho que los camareros debían tratarla bien.

—¿Cómo está tu hermano? —preguntó.

—Ah, sigue igual.

—¿No ha encontrado trabajo?

—Trabaja en una tienda de discos, pero no le durará mucho: acabarán despidiéndolo.

—¿Qué le pasa?

—Estoy agotada —dijo Eva.

Estaba demacrada de tanto trasnochar. Tenía que

mecanografiar unas cartas del productor porque una de sus secretarias se había enfermado.

—También quiso hacer el amor conmigo —reconoció.

—Cuéntame... —dijo Mirella.

—En su hotel.

Mirella esperó a que continuara.

—Le llevé unas cartas e insistió en que me quedase a charlar con él: quería invitarme a una copa. Al final, intentó besarme. Se puso de rodillas... Yo estaba encogida de miedo en el diván y él me dijo: «Qué delicioso hueles, Eva.» Intenté fingir que me lo tomaba como una broma.

Satisfacciones de la rectitud: iban por ahí con sus pequeños Fiat, se preocupaban por la ropa.

La película iba bien: llevaban un día de adelanto. Iles se manejaba con una gran seguridad. Daba vueltas en torno a la enorme y negra cámara Mitchell con sus zapatillas de tenis; nunca almorzaba. Se decía que los copiones eran extraordinarios. Guivi nunca los iba a ver, Anna le pidió a Lang su opinión: ¿qué le parecían? Él procuró dar un paso al frente: ella se veía siempre guapísima, le dijo —y era cierto—; su rostro iluminaba la película... No terminó la frase. Como siempre, ella no mostró interés: ya se había vuelto hacia otra persona, uno de los cámaras.

—¿Tú los has visto? —le preguntó.

Iles llevaba un jersey viejo y el pelo le caía por la cara. «Dos películas por año», repetía... ésa era la piedra angular de su fe. Eisenstein sólo había filmado seis en total, pero no trabajaba con el sistema estadounidense. En cualquier caso, Iles perdía la fe cuando no estaba trabajando.

Fueran cuales fuesen sus flaquezas, su grandeza se manifestaba en que le ocultaba a todo el mundo que sabía que la película, a esas alturas, ya había fracasado. Guivi no daba la talla; actuaba sin pensar, actuaba como quien come; Iles sabía

de actores.

Adiós, Guivi. Su muerte se anunciaba ya y él, de algún modo, empezaba a quedar en el pasado, pero no se daba cuenta: mostraba el hueco entre sus incisivos cuando firmaba autógrafos, seducía a los periodistas. Era la víctima perfecta. La gloria de su existencia lo cegaba: cenaba en las mejores mesas, con una botella del mejor Burdeos, remedaba a Iles entre risas.

—«Guivi, cariño» —lo imitaba—. «El problema es que, como buen ruso, eres voluble y violento.» ¡Me cuenta él a mí lo que es ser ruso! Lo siguiente será describirme cómo es la vida bajo el comunismo.

Anna comía masticando muy despacio.

—¿Sabes una cosa? —dijo tranquilamente.

Él se quedó esperando a que continuara.

—Nunca había sido tan feliz.

—¿De verdad?

—En toda mi vida.

Él sonrió; tenía una sonrisa de ópera.

—Contigo soy la mujer que todos creen que soy —concluyó.

Él le dedicó una mirada larga y profunda. Tenía los ojos oscuros, las pupilas invisibles. «Escenitas de amor de día», pensaba con cansancio, «escenitas de amor por la noche». La gente los miraba desde todos los confines de la sala. Cuando se levantaron para irse, los camareros se congregaron junto a la puerta.

Al cabo de tres años, su carrera se habría terminado: se vería en la pantalla parpadeante de la televisión como si fuera un curioso sueño. Había invertido en edificios de apartamentos, comprado tierras en España. Se volvería celoso y despiadado como una mujer y un día, tal vez, vería a Iles en un restaurante explicándole a un actor joven alguna idea ordinaria con el ardor de un fanático. Tenía treinta y siete años y un instante en la pantalla que no se olvidaría nunca. Los pósteres con su

imagen entintada, cada vez menos parecida a él, se irían desprendiendo como mondas peladas de las fachadas de edificios cada vez más remotos; su nombre sonaría anticuado. Sonreiría desde el fondo de algún callejón en medio de una oscuridad amarga, los perros ladrarían a lo lejos, las calles olerían a pobreza.

III

Celebraron el cumpleaños de Anna en un restaurante de las afueras, el mismo en que Farouk había muerto al caerse de espaldas desde encima de la mesa. No todo el mundo estaba invitado, se suponía que iba a ser una sorpresa.

Ella llegó con Guivi. No era una mujer, sino una deidad menor, un hermoso animal inconsciente de su propia elegancia. Era en febrero, una noche fría. Los chóferes se quedaron esperando en los coches, luego se reunieron sigilosamente en el guardarropa.

—Mi amor —le dijo Iles—, vas a ser muy muy feliz.

—¿De veras?

La rodeó con un brazo sin contestar, simplemente asintiendo con la cabeza. El rodaje casi había terminado. Los copiones, le dijo, eran de lo mejor que había visto en su vida.

—Por lo que se refiere a nuestro amigo... —dijo acercándose a Guivi.

Se les unió el productor.

—Os quiero a los dos en mi próxima película —anunció.

Llevaba un traje de terciopelo, comprado en la vía Borgognona, que le iba una talla pequeño.

—¿De dónde lo has sacado? —le preguntó Guivi—. Es fantástico, pero ¿quién se supone que es la estrella esta noche?

Iles se repasó con una mirada y sonrió como un crío

culpable.

—¿De verdad te gusta? —preguntó.

—Claro que no, ¿de dónde lo has sacado?

—Mañana te mando uno.

—No, no...

—Guivi, por favor —suplicó—, será un gusto para mí.

Estaba lleno de buenas intenciones: ya había pasado lo peor. Los actores no habían huido ni se habían negado a trabajar, y él los amaba sin mesura, como quien adora a un niño malo que hace una buena obra cuando menos lo esperamos. Sentía que debía hacer algo para devolvérselo.

—¡Camarero! —llamó, y miró alrededor con unos gestos que parecían malgastados, como desvanecidos en el aire vacío—. ¡Camarero! —volvió a llamar—. ¡Champán!

Había unas veinte personas en la sala: otros actores, la esposa estadounidense de un conde... Guivi se puso a contar historias en la mesa. Bebía como un príncipe georgiano; tenía planes de irse a Ginebra, a Gstaad. Les habló de un productor italiano que había contratado a cierta actriz, una especie de segunda Sofia Loren, y había ganado una fortuna con ella. Sus películas sólo se estrenaban en Italia, pero todo el mundo iba a verlas: eran una mina de oro. Él no permitía que los periodistas se le acercaran siquiera, mucho menos que hablaran a solas con ella.

—Estás hablando de Sellerio, ¿no? —sugirió alguien.

—Sí —repuso Guivi—. ¿Sabes el resto de la historia?

—La vendió.

—Pero sólo la mitad del contrato —explicó Guivi—: su popularidad iba decreciendo y él quería sacarle el máximo partido. Hubo una gran ceremonia, incluso invitaron a la prensa. Ella se dispuso a firmar, cogió la pluma y se inclinó un poco hacia los fotógrafos; ya sabéis, tenía unas enormes... En fin, el caso es que escribió en el papel... —Guivi trazó una gran

«X» con un dedo—. Los periodistas se miraron. Entonces, Sellerio cogió la pluma y con gestos de grandeza, justo debajo de su nombre... —Guivi trazó una «X» y, justo al lado, otra más —. Era analfabeto, no miento. Los periodistas no aguantaron más y le preguntaron: «Oiga, ¿y esa segunda equis?» ¿Y sabéis qué les contestó? «Es de *dottore*».

Estallaron en carcajadas. Les contó de aquel rodaje en Nápoles con un productor tan cutre que empalmaba un cable a la catenaria del tranvía para robar electricidad. Era listo, Guivi: un narrador de historias al más puro estilo oriental, capaz de hablar en tres idiomas. Más adelante, cuando al fin entendió lo que había pasado, Anna recordaría lo feliz que parecía Guivi aquella noche.

—¿Vamos a la Hostaria? —propuso el productor.

—¿Qué? —preguntó Guivi, precisamente.

—A la Hostaria... —Parecía como si no sólo los camareros tuvieran dificultades para oírlo—. Al Blue Bar; venga, nos vamos al Blue Bar —anunció.

El cochecito estaba aparcado a las puertas del Jardín Botánico con las ventanillas empañadas. Dentro estaba Lang, con la ropa desabrochada —la luz de la calle iluminaba su piel pálida—. Había cenado con Eva, que se había pasado horas contándole historias en voz baja y titubeante. Se lo había contado todo sobre Coleman, el jefe de publicidad, sobre Mirella, su hermano, Sicilia, la vida. A las cinco ya había coches aparcados en la carretera que llevaba a las montañas que se alzaban sobre Palermo y, en cada uno, una pareja, el hombre con un pañuelo extendido en el regazo.

—Estoy tan sola —dijo ella de repente.

Sólo tenía tres amigas, con las que se veía a todas horas: iban juntas al teatro, al ballet. Una era actriz, otra estaba casada.

Guardó silencio, como si estuviera esperando algo. El frío lo invadía todo, cubría las ventanillas; el aliento se condensaba en cristales visibles en la oscuridad.

—¿Puedo besarla? —le preguntó a Lang.

Luego empezó a gemir como si fuera algo sagrado, la tocó con la frente. Murmuraba. Él podía verle la parte trasera del cuello.

Lo llamó a la mañana siguiente. Eran las ocho.

—Quiero leerte una cosa —le dijo.

Él estaba medio dormido, pero le llegaba el follón de la calle. La habitación estaba helada y oscura. Dentro la voz de ella sonaba como si procediera de una vieja grabación; se le metía en el cuerpo, comandaba su sangre.

—He encontrado esto —dijo ella—. ¿Sigues ahí?

—Sí.

—He pensado que te gustaría.

Era un artículo, empezó a leer.

En febrero de 1868, el príncipe Umberto había celebrado un baile espléndido en Milán. «La sala resplandecía para recibir a la joven novia, que algún día sería reina de Italia. Fue el suceso del año, abarrotado y alegre, y mientras la gente de moda se entretenía de esa manera, a la misma hora y en la misma ciudad, un astrónomo solitario descubría un planeta nuevo, el número noventa y siete según el mapa de Chacornac...»

Silencio. «Un planeta nuevo...»

Era como si, dentro de su cabeza, caliente aún por el contacto con la almohada, hubiera descendido una calma sagrada. Permaneció tumbado como un santo. Estaba desnudo: sus tobillos, sus caderas, su cuello.

Oyó que Eva pronunciaba su nombre, pero no respondió. Siguió tumbado, empequeñecido, cada vez más diminuto, desvaneciéndose. La habitación se convirtió en una ventana, en una fachada, en un grupo de edificios, en una serie de

cuadrados y cruces, en Roma entera, finalmente. Era un éxtasis más allá de lo conocido. Los tejados de las grandes catedrales brillaban en el aire invernal.

Akhnilo

Fue a finales de agosto. En el puerto, los barcos estaban quietos: ni un leve temblor de mástiles, ni el mínimo tintinear de una polea. Los restaurantes llevaban un buen rato cerrados. De vez en cuando algún coche se aproximaba con sus faros deslumbrantes por el puente de North Haven, o giraba para bajar por la calle principal frente a las cabinas telefónicas iluminadas y sus aparatos medio rotos a golpes. En la autopista, se vaciaban las discotecas: eran más de las tres.

Fenn se despertó en la oscuridad. Creyó que había oído algo, un ruidito leve como el chirrido de un muelle, quizá el de la puerta mosquitera de la cocina. Se quedó tumbado en el calor de la noche. Su mujer dormía en silencio. Esperó. Aunque más cerca de la ciudad se habían producido muchos robos e incluso cosas peores, la casa no estaba cerrada con llave. Oyó un golpe seco, pero no se movió. Pasaron unos cuantos minutos. Sin hacer ruido, se levantó y se acercó con cautela al estrecho cubo donde unos escalones descendían hacia la cocina. Allí se detuvo un momento. Silencio. Otro golpe y un gemido: era Birdman, que había saltado de un lugar a otro.

Fuera, los árboles eran como reflejos negros. Las estrellas se escondían. Las únicas galaxias eran las voces de los insectos que inundaban la noche. Miró por la ventana abierta. Todavía no estaba seguro de haber oído algo. Las hojas de una inmensa haya que se alzaba sobre el porche trasero quedaban tan cerca que podía tocarlas. Examinó, durante lo que le pareció un largo rato, las sombras en torno al tronco. En medio de aquella quietud absoluta se sentía visible, pero también extrañamente

receptivo. Sus ojos pasaban de una cosa a otra más allá de la casa: las blancas columnas corintias de la pérgola de los vecinos, el seto misterioso, el garaje con sus repisas podridas. Nada.

Aunque había estudiado en Dartmouth y se había licenciado en Historia, Eddie Fenn era carpintero. Trabajaba solo casi todo el tiempo. Tenía treinta y cuatro años. Le clareaba el pelo y tenía una sonrisa tímida. Había en él algo aplacado. De más joven, se le suponía algún talento, pero no había llegado a zarpar: siempre había navegado cerca de la costa. Su esposa, alta, pero corta de vista, era de Connecticut, y su padre había sido banquero «en Greenwich y La Habana», según rezaba la necrológica: había dirigido la sucursal de un banco neoyorquino en esa última ciudad cuando ella era aún una niña, en los tiempos de La Habana legendaria, cuando los millonarios se suicidaban después de fumarse el último puro.

Habían pasado los años. Fenn contempló la noche: tenía la sensación de ser el único que escuchaba un mar infinito de lamentos. Lo asombraba su vastedad. Pensó en todo lo que se escondía bajo ese mar: los actos desesperados, los deseos, las sorpresas fatales. Esa misma tarde había visto a un petirrojo picotear algo al borde de la hierba: lo atrapaba, lo lanzaba al aire, lo volvía a atrapar. Era un sapo con las ancas abiertas y flojas. El pájaro volvió a tirarlo. En sus madrigueras, las musarañas, ciegas y voraces, cazaban sin cesar, las lenguas puntiagudas de los reptiles tanteaban el aire, se oía el crujir de los espinazos, la pasividad de los atrapados, la dulce agonía del apareamiento. Sus propias hijas dormían al otro lado del pasillo. Nada está a salvo más de una hora.

Plantado junto a la ventana, tuvo la sensación de que el sonido cambiaba, aunque no habría sabido decir en qué sentido. Parecía que se separase, como si quisiera permitir que algo brotara de su interior, algo rutilante y remoto. Procuró

identificarlo mientras un grillo o una cigarra... no, otra cosa, algo febril y extraño, se hacía oír cada vez más claramente. Cuanta más atención ponía en la escucha, más elusivo le parecía aquello. Temía moverse por miedo a perderlo. Oyó el lejano ulular de una lechuza. Era como si la oscuridad de los árboles, que era absoluta, se dispersara y dejara paso a esa única nota aguda.

La noche se había abierto sin que nadie lo viera. El cielo se revelaba, las estrellas cintilaban débilmente. La ciudad dormía: aceras desiertas, patios en silencio. A lo lejos, entre unos pinos, se alzaba el hastial de un granero: de allí salía. Aún no lograba identificarlo. Necesitaba acercarse más, bajar las escaleras y salir por la puerta, pero entonces tal vez dejara de percibir aquel sonido que acaso se acallara, consciente.

Tuvo una ocurrencia inquietante que no fue capaz de descartar: el sonido ya era consciente. Vibrando, repitiéndose una y otra vez por encima del resto, parecía que lo llamara tan solo a él. El ritmo no era constante: se aceleraba, titubeaba, se decidía a continuar. Cada vez sonaba menos como un reclamo espontáneo y más como una especie de señal, un código, algo que él no había oído nunca; nada que ver con una serie de impulsos cortos y largos: algo más intrincado, en cierto modo parecido a un discurso. Esa idea lo asustó. Las palabras, suponiendo que lo fueran, eran agudas y penetrantes, pero la intencionalidad que suponía en ellas lo hacía temblar como si estuviera oyendo la combinación de una caja fuerte.

Al pie de la ventana estaba el tejado de la galería. Fenn siguió allí, quieto, como perdido en sus pensamientos. Tenía el corazón agitado. El tejado le parecía ancho como una calle. Tendría que salir por allí con la esperanza de que nadie lo viera y moverse en silencio, deteniéndose para comprobar si se producía algún cambio en aquel sonido que, para ese momento, ya reconocía a la perfección. La oscuridad no lo protegería: iba

a adentrarse en una noche de incontables redes, de miradas furtivas. No estaba seguro de si debía hacerlo, de si se atrevería. Una gota de sudor escapó y bajó a toda prisa por su costado desnudo. La llamada continuaba, incesante, y a él le temblaban las manos.

Soltó la mosquitera, la bajó con cuidado y la dejó apoyada en la pared. Luego se desplazó en silencio, como una serpiente, por el verde desvaído del tejado. Miró hacia abajo: el suelo parecía muy lejos. Tendría que colgarse del alerón y dejarse caer, ligero como una araña. Desde ahí, todavía alcanzaba a ver la punta del granero. Avanzaba en dirección a la estrella polar, lo sentía. Era casi como si cayera, una acción mareante, irreversible, que lo llevaba a un lugar en el que nada de lo que poseía podría protegerlo, y lo llevaba descalzo y solo.

Al saltar al suelo, sintió un estremecimiento: iba a encontrar la redención. Aunque su vida no había estado a la altura de sus expectativas, se tenía por alguien especial, alguien que no le pertenecía a nadie. De hecho, encontraba romántico el fracaso, casi como si hubiera sido su objetivo. Tallaba pájaros, o lo había hecho en el pasado: las herramientas y los bloques de madera a medio tallar estaban en una mesa del sótano. En otro tiempo había estado a punto de convertirse en un naturalista: algo en su interior, su silencio, su voluntad de estar aparte, se adaptaba a ese propósito. En vez de eso, había empezado a hacer muebles con un amigo que tenía algo de dinero, pero el negocio había fracasado. Entonces, una mañana se había despertado tumbado junto a su coche, entre los baches del camino que conducía a su casa, mientras la anciana de la casa vecina mandaba alejarse a su perro. Se había metido en casa sin dar tiempo a que lo vieran sus hijos. Estaba muy cerca de convertirse en un alcohólico, le dijo el médico con toda franqueza, él se quedó pasmado. Hacía mucho de eso. Su familia lo había salvado, pero habían pagado un precio.

Se detuvo. Notó el suelo firme y seco. Avanzó hacia el seto y cruzó el camino de acceso a la casa del vecino. Aquella nota que lo tenía en trance sonaba aún más clara. Siguiéndola, pasó por detrás de algunas casas que, desde aquella perspectiva, apenas le resultaban reconocibles; atravesó jardines descuidados, con basuras y latas escondidas entre la hierba oscura; pasó junto a cobertizos vacíos que jamás había visto. El suelo empezó a inclinarse suavemente hacia abajo: ya estaba cerca del granero. Podía oír la voz, esa voz que lo llamaba sólo a él, derramándose en el aire. Brotaba de algún lugar en aquel triángulo fantasmal de madera tan parecido a una montaña lejana que, tras un vuelco del camino, aparecía inesperadamente cerca. Se acercó despacio, con el miedo de un explorador. Podía oír la voz por encima de su cabeza, similar al gorjeo de un arroyuelo. Aterrado por su cercanía, se quedó inmóvil.

Al principio, según recordaría más adelante, aquel sonido no significaba nada: era demasiado reluciente, demasiado puro. No dejaba de derramarse, cada vez más enloquecido; inidentificable para él, irrepetible, indescriptible. Se había ampliado, haciendo a un lado todo lo demás. Dejó de esforzarse por comprenderlo y permitió que lo recorriese, que lo invadiese como un cántico. Lentamente, como uno de esos patrones que, cuando uno los mira fijamente, varían de aspecto y adquieren otra dimensión, aquel sonido cambió de forma inexplicable y expuso su verdadero núcleo. Él empezó a reconocerlo: eran palabras. No tenían significado ni antecedentes, pero conformaban, inconfundiblemente, un lenguaje: el primer lenguaje jamás escuchado originario de un orden más vasto y denso que el nuestro. Desde allá arriba, desde aquella superficie blancuzca, el anónimo pionero emitía, desesperado, su llamada.

Fenn, en una especie de éxtasis, se acercó un poco más, pero

al instante se dio cuenta de que había sido un error: el sonido titubeó. Él cerró los ojos, angustiado, pero ya era demasiado tarde: el sonido menguó hasta desaparecer. Se sintió estúpido, avergonzado. Impotente, dio un paso atrás. Entonces, todas las voces resonaron en lo alto, inundando la noche. Por mucho que fue de un lado a otro con la esperanza de encontrarlo, ya no pudo encontrar lo que había estado oyendo hasta entonces.

Era tarde, el primer halo de luz pálida empezaba a iluminar el cielo. Fenn estaba plantado junto al granero con los fragmentos de uno de esos sueños que sólo conseguimos recordar con esfuerzo: cuatro palabras, específicas e inimitables, que había conseguido distinguir. Protegiéndolas, concentrándose en ellas con todas sus fuerzas, emprendió el camino de regreso. Los ruidos de los insectos parecían más fuertes. Le daba miedo que ocurriese algo, que ladrara un perro, que una luz se encendiera en algún dormitorio y lo distrajera, lo hiciera perder aquello que llevaba consigo. Tenía que volver sin ver nada, sin oír nada, sin pensar. Repetía las palabras mientras avanzaba, moviendo los labios con un ritmo constante. Apenas si se atrevía a respirar. Ya veía la casa: se había vuelto gris. Las ventanas permanecían a oscuras. Tenía que llegar hasta allí. El ruido de las criaturas nocturnas parecía incrementarse con la aflicción y la rabia, pero él ya estaba más allá de eso: estaba escapando. Había recorrido una distancia inmensa, ya llegaba al seto. El porche no quedaba muy lejos. Trepó la barandilla, ya tenía el alerón del tejado a su alcance. El canalón de desagüe soportó su peso cuando se elevó a pulso. El resquebrajado asfalto verde parecía cálido al contacto de los pies. Pasó una pierna sobre el alféizar, luego la otra. Lo había conseguido. Instintivamente, se alejó de la ventana. Fuera, la luz parecía tenue e histórica. Un amanecer espectral se aproximaba entre los árboles.

De pronto, oyó chirriar el suelo. Había alguien más allí, una

silueta, bajo aquella luz suave que no alcanzaba a encender los colores. Era su esposa; se quedó aturdido al verla: abrazaba la bata de algodón en torno a su cuerpo con el rostro aplanado por el sueño. Hizo un gesto, como si quisiera advertirle que se alejara.

—¿Qué pasa? —susurró ella.

Mientras se apartaba, Fenn iba moviendo las manos con gestos vagos e inclinaba la cabeza hacia un lado, como los caballos. Vigilaba con un ojo mientras se desplazaba hacia atrás.

—¿De qué se trata? —dijo ella asustada—. ¿Qué ha pasado?

—No —suplicó él moviendo la cabeza de un lado a otro: una palabra se había desvanecido—. No, no. —Se deshacía como un objeto entre las olas del mar. Intentó rescatarla tanteando a ciegas.

Ella intentó abrazarlo y él se apartó bruscamente. Cerró los ojos.

—¿Qué pasa, cariño?

Ella sabía que tenía algún problema: nunca había llegado a superar de verdad sus dificultades. A menudo se despertaba en medio de la noche y se lo encontraba sentado en la cocina con el rostro cansado y envejecido.

—Ven a la cama —le propuso.

Él mantenía los ojos cerrados con fuerza y se tapaba las orejas con las manos.

—¿Estás bien?

Todo se disolvía bajo la devoción de su mujer: las palabras se le escapaban entre los dedos. Se puso a dar vueltas frenéticamente.

—¡¿Qué tienes?! ¡Dímelo, por Dios! —exclamó ella.

La luz llegaba por todas partes y se desparramaba sobre el césped. Los murmullos sagrados se desvanecían. No había tiempo que perder. Con las manos pegadas a la cabeza, echó a

correr hacia el pasillo en busca de un lápiz y ella fue tras él sin dejar de suplicarle que le contara lo que estaba ocurriendo. Las palabras se desvanecían, ya sólo quedaba una, desprovista de valor en ausencia de las otras y sin embargo infinitamente valiosa. Mientras garabateaba, la mesa se sacudió. Un cuadro tembló en la pared. Su mujer se recogió el pelo detrás de la nuca y se lo sujetó con una mano mientras echaba un vistazo a lo que había escrito. Tenía la cara pegada al papel.

—¿Qué es esto?

El ruido había despertado a Dena, que acababa de aparecer en camisón junto a la puerta.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Ayúdame —le pidió su madre.

—Papá, ¿qué ha pasado?

Alargaban las manos hacia él. En el cristal del cuadro temblaba un brillante cuadrado azul y verde: el follaje luminoso de los árboles. Las voces incontables se iban esfumando, regresaban al silencio.

—¡Dime qué pasa! —le suplicó su mujer.

—¡Papá, por favor!

Él decía que no con la cabeza e intentaba apartarse, a punto de llorar. De pronto, se desplomó y se quedó sentado en el suelo. Para Dena, era como si volviera a empezar aquella etapa de su infancia, sus primeros años de colegio, cuando la casa estaba llena de infelicidad y de portazos, y su padre, con su torpe afecto, acudía a su habitación por las noches para contarles historias y se quedaba dormido al pie de su cama.

Los ojos de las estrellas

Teddy era menuda y de piernas cortas, y su cuerpo había perdido la forma del cuello para abajo. Se le habían puesto brazos de cocinera. A sus sesenta años ya hacía una década que tenía el mismo aspecto y probablemente seguiría igual; no había mucho que cambiar. Tenía grandes bolsas bajo los ojos y una barbilla que de muchacha había sido un poco huidiza y ahora se perdía en la papada, pero siempre vestía con pulcritud y le caía bien a la gente.

Myron, su difunto esposo, había sido oftalmólogo y se enorgullecía de haber tratado los ojos de muchas estrellas, aunque con frecuencia era algún pariente de la estrella, un sobrino o una suegra, pero en fin. Era capaz de recordar el diagnóstico exacto de cada uno de aquellos ojos: retinitis, ambliopía leve...

—¿Y eso qué es?

Él, ya canoso, respondía:

—Pereza visual.

Pero Myron había muerto. En realidad, no había sido un hombre muy interesante, aparte de recordar diagnósticos de famosos, reconocía Teddy a veces. Se habían casado cuando ella pasaba de los cuarenta y estaba resignada a quedarse soltera, no porque no pudiera ser una buena esposa en todos sentidos, sino porque, ya por entonces, sólo contaba con su personalidad y su buen carácter; el resto, como ella misma solía decir, se había convertido en una talla cuarenta y seis.

No siempre había sido así. Aunque nunca declaró, como sí lo había hecho la famosa Harriette Wilson, en Londres, doscientos

años antes, que no revelaría las circunstancias que la habían convertido en la querida de un hombre mayor a la edad de quince años, Teddy había tenido una experiencia similar. El primer episodio memorable de su vida fue su relación con un escritor, un novelista en dique seco veinte años mayor que ella. La había visto por primera vez en una parada de autobús. Ella, a la sazón, no era lo que se dice hermosa, pero su cuerpo hacía evocar cosas que sólo la juventud puede ofrecer. Él la llevó a comprar su primer diafragma y ella fue su amante durante tres años, hasta que él se marchó de la ciudad y volvió a la literatura y, a la postre, a una casa grande en Nueva Jersey.

Teddy había seguido en contacto con él durante un tiempo —era su vínculo con el mundo de los adultos— y por supuesto leía sus libros, pero poco a poco sus cartas empezaron a espaciarse hasta que dejaron de llegar, y con ellas la estúpida esperanza de que él regresara algún día.

Con los años fue recordándolo cada vez menos hasta quedarse con una sola imagen: él conduciendo. En aquellos tiempos, las avenidas eran anchas y blancas, y el coche hacía eses mientras él, medio borracho, le contaba anécdotas de actores y de fiestas a las que no la había llevado.

Le había conseguido un trabajo en el departamento de guiones y ella inició una larga carrera en el mundo del cine, con sus amistades íntimas, sus fraudes y sus sueños. Pese al ambiente que la rodeaba, ella era de fiar y procuraba ser honesta. Con el tiempo se convirtió en productora. Bueno, en realidad nunca producía nada, pero hacía sugerencias que luego se ponían en práctica o se olvidaban, cuando no ambas cosas. Su matrimonio con el doctor Hirsch la había ayudado: uno de sus pacientes era un hombre rico, dueño de una empresa que producía programas concurso, y a través de él conoció a figuras de la televisión, pero fue después de quedarse viuda cuando se le presentó la tan esperada oportunidad: la

invitaron a coproducir un programa que resultó un éxito y, al cabo de un año, se convirtió en única productora, después de que su socia se enamorara de un empresario venezolano y se marchara para casarse con él. De trato afable, un poco sentimental pero astuta, solía ir al trabajo en un coche barato y todo el equipo la quería. Deseaban complacerla, verla sonreír y reír.

Probablemente reconocerán las líneas generales de la trama: un personaje romántico y misterioso, cínico y muy capaz de cuidar de sí mismo, es, en el fondo, un idealista irredento. En esta versión se trata de un abogado, primero de su promoción en la facultad de Derecho, que decide tirarlo todo por la ventana después de siete años en una importante firma y establecerse por su cuenta haciendo incluso de detective, si hace falta, o defendiendo a conductores borrachos siempre que medie la minuta adecuada. Resumiendo, el héroe oscuro de novela barata. En un episodio memorable, sale de su despacho vestido de etiqueta para ir a una fiesta de cumpleaños en Palm Springs, donde es testigo de la podredumbre moral de su rico cliente y acaba seduciendo a la esposa.

La suerte fue que Boothman Keck encajaba perfectamente en el papel. Tenía más de cuarenta años, pero parecía más joven. Había empezado tarde en su profesión, el día que llevó a su hijo de doce años a un *casting* y le preguntaron si él mismo había actuado alguna vez.

—No —repuso.

—¿En serio? ¿Nunca?

—No que yo sepa.

Tenía justo lo que necesitaban para el pequeño papel de un alcohólico que conservaba una virilidad esencial.

—Y dígame, ¿en qué trabaja?

—Soy monitor de natación —dijo Keck.

—¿Privado?

—No, entreno al equipo de un instituto —aclaró.

Les cayó bien y todo fue sobre ruedas. La película no pasó inadvertida y él tampoco. Teddy lo había contratado, pero él, al principio, no le prestó la menor atención. Con el tiempo, sin embargo, empezó a verla con otros ojos, incluso empezó a gustarle que fuera gorda y bajita. Ella, por alguna razón, lo llamaba Bud. Se llevaban bien. Él había tenido una vida común y corriente y ahora estaba en el extremo opuesto, pero jamás perdió su modestia.

—Es como si fuera un sueño —solía reconocer.

Entonces, Deborah Legley, que no había hecho ninguna película en años, pero cuyo nombre todavía sonaba —aquella arrogancia de cuando era joven y esbelta, su boda con un inmortal...—, llegó un día del este para aparecer como estrella invitada. Le habían ofrecido mucho dinero, demasiado a juicio de Teddy, y desde el primer momento se puso difícil. Bajó del avión con gafas de sol y sin maquillar, pero esperando que la reconocieran. Teddy había ido a recibirla al aeropuerto y el chófer tardó en volver a por ellas. Ya en el plató, resultó un verdadero monstruo: hacía esperar a todo el mundo, desairaba al director, actuaba como si el resto del equipo no existiera.

Teddy tuvo que invitarla a cenar y se le ocurrió invitar también a Keck, cuya esposa estaba fuera de la ciudad, para que la velada fuera más soportable. Compró caviar Beluga —una de esas latas grandes con un esturión en la etiqueta— y lo sirvió en hielo picado con rodajas de limón alrededor: comerían caviar, tomarían una copa y después se irían al restaurante. Keck tenía que recoger a Deborah en el hotel. Teddy miró su reloj: eran más de las siete, no tardarían en llegar.

Keck aparcó al pie de unas palmeras, entró en el hotel y subió a la suite. Llamó a la puerta y un perro se puso a ladrar. Él se quedó mirando la moqueta hasta que por fin:

—¿Quién es?

—Booth.

—¿Quién?

—Booth —repitió alzando la voz.

—Un minuto.

Transcurrió más o menos ese tiempo. El perro había dejado de ladrar. Nada. Volvió a llamar. Finalmente, la puerta se abrió como si descorrieran un enorme telón.

—Pasa —dijo ella—. Lo siento, ¿estabas esperando?

Llevaba una chaqueta de seda beige, más o menos informal, y debajo una camiseta blanca.

—Se me había caído algo en el cuarto de baño —explicó poniéndose un pendiente—. En fin, vaya rollo de cena, ¿no? ¿Qué vamos a hacer? —El perro olisqueaba la pierna de Keck —. Me resulta insoportable pensar en una velada con esa mujer tan aburrida —prosiguió ella—. No sé cómo la aguantas. Ven, siéntate.

Palmeó el asiento del sofá junto a ella y el perro se subió de inmediato.

—Baja, *Sammy* —dijo ella empujando al perro con el dorso de la mano.

Palmeó de nuevo el sofá.

—Es una idiota. En el aeropuerto, el chófer llevaba un cartel así de grande con mi nombre, ¿te imaginas? «Guarde eso», le dije.

Se le dilataban las aletas de la nariz, quién sabe si por mera irritación o por auténtica ira, Keck no lograba decidirse. Por momentos era un claro gesto de indignación y de rabia, pero enseguida parecía algo mucho más íntimo, algo así como arquear una ceja.

—¡Cuánta estupidez! El tipo quería que la gente lo viera con el cartel para darse importancia: justo lo que una necesita, ¿no es cierto? Si llego a encontrarme con el menor problema aquí en el hotel me habría vuelto a Nueva York enseguida. *Ciao*. Claro que aquí me conocen, por supuesto: he estado en este hotel montones de veces.

—Me lo imagino.

—Bien, ¿qué vamos a hacer, entonces? Tomemos una copa, a ver qué se nos ocurre. Hay vino blanco en el frigorífico. Ahora sólo tomo vino blanco. ¿Te va bien a ti? Podemos encargar algo...

—Creo que no tenemos tiempo —dijo Keck.

—¿Tiempo? Tenemos tiempo de sobra.

El perro se había aferrado a la pierna de Keck con sus dos patas delanteras.

—*Sammy* —ordenó ella—, basta.

Keck trató de quitárselo de encima.

—Luego, *Sammy* —dijo.

—Parece que le gustas. Como a todo el mundo... Habrás traído tu coche, ¿no? ¿Por qué no vamos a cenar a Santa Mónica?

—¿Quieres decir sin Teddy?

—Por supuesto.

—En ese caso deberíamos llamarla.

—Eso es cosa tuya, encanto —repuso ella con voz cálida.

Keck se sentó junto al teléfono sin saber muy bien qué decir.

—Hola, ¿Teddy? Soy Booth. No, estoy en el hotel. Oye, el perro de Deborah está enfermo y ella no podrá ir a la cena. Tendremos que dejarlo para otro día.

—¿El perro? ¿Qué le pasa? —preguntó Teddy.

—Mmm, pues ha estado vomitando y no puede... le cuesta andar.

—Deborah necesitará un veterinario. Conozco uno muy

bueno; espera, que busco el número.

—No, tranquila —repuso Keck—. Ya hay uno de camino, le han dado un teléfono en el hotel.

—Bien, dile que lo siento y llamadme si necesitáis el otro número.

Keck colgó y dijo:

—No hay problema.

—Mientes casi tan bien como yo. —Sirvió vino—. ¿O quieres otra cosa? También podemos tomar la copa allí.

—¿Dónde?

—¿Conoces el Rank's? Está frente al Pacífico. Hace siglos que no voy.

Aún no era de noche. El cielo, de un azul intenso, estaba oscuro, enorme y sin nubes. Ella iba sentada a su lado camino de la playa, con su cuello grácil, sus mejillas, su perfume. Keck se sentía como un impostor. Ella todavía personificaba la belleza, su cuerpo parecía joven. ¿Cuántos años tendría? Al menos cincuenta y cinco, pero sin apenas arrugas. Seguía siendo una diosa. En otro tiempo habría sido un sueño ir con ella en coche por Wilshire, hacia la puesta de sol.

—Tú no fumas, ¿verdad? —preguntó Deborah.

—No.

—Bien. Odio el tabaco. Nick fumaba día y noche. Naturalmente, murió de eso. Es algo que no le deseo a nadie: ver cómo el cáncer se extiende a los huesos sin que nada pueda parar el dolor es espantoso. Ya estamos.

Al rótulo de neón azul le faltaba la primera letra (la «F») desde hacía años. Dentro había mucho ruido y poca luz.

—¿Está Frank? —le preguntó ella al camarero.

—Un momento, iré a ver.

Algunos clientes volvieron la cabeza al verla pasar con sus andares insolentes y la reconocieron. Tras unos minutos, un hombre joven en mangas de camisa y sin corbata fue hasta la

mesa a la que se habían sentado.

—¿Preguntaba por Frank? —dijo reconociéndolos a ambos, pero procurando no demostrarlo para no hacerlos sentir incómodos—. Frank ya no viene por aquí.

—¿Y eso? —dijo Deborah.

—Vendió el local.

—¿Hace mucho?

—Un año y medio.

Deborah asintió con la cabeza.

—Deberían cambiar el nombre o algo así —dijo—, para no engañar a la gente.

—Bueno, este lugar se ha llamado siempre así, y tenemos la misma carta, el mismo chef... —explicó cordialmente el joven.

—Me alegro —dijo ella, y luego se dirigió a Keck—: Vámonos.

—¿He dicho algo inconveniente? —preguntó el nuevo propietario.

—Quizá —respondió ella.

Teddy había llamado para cancelar la reserva. Pensó en el perro, cuyo nombre no se había tomado la molestia de aprender. Había estado en su camita en el plató con la quijada sobre las patas, observándolo todo. Ella había tenido perro durante muchos años: una doguillo llamada *Ava*, toda terciopelo arrugado, con ojos saltones y un carácter cómico. Al final, sorda y casi ciega, incapaz de andar, la sacaban al jardín cuatro o cinco veces al día y allí se quedaba, de pie sobre sus patas temblorosas, mirándola a duras penas con sus ojos blanquecinos. Cuando ya no hubo nada que hacer, ella misma la llevó al veterinario por última vez. Entró en la consulta con lágrimas en los ojos, pero el veterinario simuló no advertirlo y saludó a la perra:

—Hola, princesa —dijo muy amable.

Con una cucharilla de plata, Teddy puso un poco de caviar encima de una tostada y se la comió. Fue a la cocina a buscar el huevo picado y lo llevó al salón. Decidió tomar también un poco de vodka: tenía una botella en el congelador.

Se sirvió más caviar con el huevo y un chorrito de limón. Había demasiado para pensar en comérselo todo: lo llevaría al plató al día siguiente. Quedaban sólo dos semanas de rodaje, quizá después se tomaría unas vacaciones cortas: sus amigos tenían planes de ir a Baja California, donde ella había estado a los dieciséis. En México podías beber y hacer lo que quisieras, aunque por esa época lo normal era dormir separados. En el apartamento de Venice Boulevard tenían camas gemelas, y también aquel verano que pasaron en Malibú, en la casa que le alquilaron a un actor que iba a pasar seis semanas rodando exteriores. Se acordaba de que, para ir a la playa, había que recorrer una especie de pasadizo entre la vegetación, y de que ese verano no usó bikini, sino un bañador negro de una pieza, porque le daba vergüenza. Se lo ponía todos los días, y en otoño abortó.

Durante el regreso, una mariposa nocturna se posó en el parabrisas. Iban a sesenta por hora y sus alas vibraban bajo un viento que debía de parecerle titánico mientras se resistía a ser arrastrada hacia la noche. Se aferraba tozudamente al cristal, como ceniza gris, pero consistente y temblorosa.

—¿Qué haces? —preguntó ella.

Keck se había detenido en el arcén. Estiró el brazo y empujó un poco al bicho, que echó a volar bruscamente hacia la oscuridad.

—¿Acaso eres budista o algo así?

—No —dijo él—, simplemente no sabía si quería ir a donde

vamos.

Una vez en Jack's, les dieron rápidamente una buena mesa. Ella había estado allí muchísimas veces cuando vivía cerca y hacía películas, explicó.

—Las he visto todas —aseguró Keck.

—Así me gusta. Eran buenas películas, aunque tú entonces debías de ser un crío. ¿Cuántos años tienes?

—Cuarenta y tres.

—Cuarenta y tres. No está mal —comentó ella.

—Yo no preguntaré.

—No seas grosero —le advirtió ella.

—Tengas la edad que tengas, no la aparentas: aparentas treinta o por ahí.

—Gracias.

—En serio, es asombroso.

—No dejes que te asombre demasiado.

¿Qué acento tenía? ¿Inglés, o sólo el acento lánguido de las mujeres de clase alta?

—En aquellos días todo era distinto —prosiguió ella—. Era la época de los grandes genios, los grandes directores: Huston, Billy Wilder, Hitchcock. Aprendías mucho de ellos, ¿sabes por qué? Porque esa gente había vivido de verdad. No crecieron haciendo cine: habían estado en la guerra.

—¿Hitchcock?

—Huston, Ford...

—¿Y cómo os conocisteis Nick y tú? —preguntó Keck.

—Vio una foto mía... —respondió ella.

—¿En serio?

—...con bañador blanco. No, eso se lo inventó alguien: se inventan cualquier cosa. Nos conocimos durante una fiesta en el Bistro. Yo tenía dieciocho años. Me sacó a bailar y yo, no sé cómo, perdí un pendiente y me puse a buscarlo. Él me aseguró que lo encontraría, que lo llamara al día siguiente. Imagínate,

él entonces estaba en la cima. Aquello fue de vértigo. El caso es que lo llamé y me dijo que fuera a su casa.

Keck podía imaginársela con dieciocho años, más o menos inocente, con todas las cosas aún por pasarle. Seguro que desnuda resultaba inolvidable.

—Y fuiste.

—Cuando llegué, él tenía una botella de champán y la cama abierta.

—¿Y ya está?

—Pues no —dijo ella.

—¿Qué sucedió entonces?

—Le dije: «No, gracias, solamente he venido por mi pendiente.»

—¿En serio?

—Mira, él tenía cuarenta y cinco y yo dieciocho, así que pensé: «Veamos de qué se trata, no levantemos el telón tan deprisa.»

—¿El telón?

—Sí, ya me entiendes: tenía fama de mujeriego, y yo lo sabía. —Miró a Keck con ojos avispados—. A los hombres os excitan las jovencitas: creéis que son una especie de juguete erótico. Pero eso es porque no habéis conocido a una mujer de verdad.

—Ya.

Ella dilató las aletas de la nariz.

—Con una mujer de verdad no se puede escurrir el bulto —añadió.

—No sé qué quiere decir eso.

—No, ¿eh? Yo creo que sí.

Al cabo de un rato ella dijo:

—Bien, ¿y dónde está tu mujer esta noche?

—Pues está en Vancouver: ha ido a visitar a su hermana.

—En Vancouver, allá arriba.

—Sí.

—Eso está muy lejos. ¿Quieres saber una de las cosas que he aprendido? —dijo ella.

—Adelante.

—Uno nunca tiene la compañía que desea, siempre es algún sustituto.

Quizá era una cita de una obra de teatro.

—¿Como yo, por ejemplo?

—No, querido, como tú no; bueno, al menos no me lo parece.

Él se sintió incómodo. «¿Qué pasa?», iba a decirle ella, «¿te da miedo?». «No, ¿por qué lo dices?» «Porque da esa impresión.»

Keck tenía un nudo en el estómago. «¿Es por tu mujer?», iba a preguntarle ella. «Joder, se me olvidaba que siempre hay una esposa de por medio.»

Deborah había ido al servicio.

—¿Teddy? —dijo Keck por su teléfono móvil—. No, nada, sólo quería llamarte.

—¿Dónde estás? ¿Qué ha pasado? ¿Está bien el perro?

—Sí, el perro está bien. Ahora estamos en un restaurante.

—Es un poco tarde...

—No te muevas de ahí. Lo tengo todo controlado, no te preocupes.

—¿Se comporta?

—¿Deborah? Créeme: todavía es peor si le caes bien.

—¿Qué quieres decir?

—No puedo seguir hablando, veo que ya viene de vuelta. Tienes suerte de no estar aquí.

Después de colgar, Teddy volvió a sentarse, sola. El vodka le había dejado una sensación agradable y no le interesaba el paradero de aquellos dos. La butaca era cómoda, el jardín

estaba a oscuras detrás del ventanal. No pensaba en nada en concreto. Contempló los muebles que conocía tan bien, las flores, la lámpara. Entonces, por alguna razón se puso a pensar en su propia vida, cosa que no hacía a menudo. Tenía una buena casa, no muy grande, pero perfecta para ella. Desde un punto del jardín incluso se podía ver un trozo de mar. Había una habitación para el servicio y una de invitados, cuyo armario también estaba repleto de su ropa. Le costaba tirar cosas y había prendas para cada ocasión, aunque posiblemente la ocasión había pasado ya. Con todo, no le gustaba pensar que cosas bonitas y bien hechas pudieran acabar en la basura y no tenía a quién regalárselas: a la criada no le servirían y no se le ocurría nadie más.

Vistos desde el presente, sus años de casada habían sido buenos. Myron Hirsch le había dejado dinero más que suficiente para arreglárselas y el éxito que había cosechado después había sido la guinda del pastel. Para ser una mujer con poco talento —¿era eso verdad o estaba siendo demasiado crítica consigo misma?— las cosas le habían ido bastante bien. Se acordó del principio: de las botellas de cerveza que rodaban por el suelo en la parte trasera del coche cuando él le hacía el amor todas las mañanas y ella tenía quince años y no sabía si estaba empezando a vivir o tirando la vida por la borda, sólo que lo amaba y no lo olvidaría jamás.

Cometa

Philip se casó con Adele un día de junio. Estaba nublado y hacía viento, después salió el sol. Había pasado bastante tiempo desde que ella se había casado por primera vez e iba nuevamente de blanco: zapatos de salón blancos con tacón bajo, falda larga blanca ceñida a las caderas, blusa blanca vaporosa con sujetador blanco debajo y un collar de perlas de agua dulce. Se casaron en la casa que ella había obtenido con el divorcio. Todos sus amigos estuvieron presentes. Adele creía en la amistad y en la sala no cabía un alfiler.

—Yo, Adele —dijo con voz clara—, me entrego a ti, Phil, como esposa...

Detrás de ella, en calidad de padrino un tanto despistado, estaba su hijo menor, y prendido de las bragas llevaba algo prestado: un pequeño disco de plata —en realidad, una medalla de san Cristóbal que su padre había usado durante la guerra; había tenido que bajarse varias veces la cintura de la falda para mostrarla—. Cerca de la puerta, como convencida de que pronto empezaría la visita guiada por el jardín, una anciana sujetaba a su perrito con el puño del bastón enganchado al collar del animal.

En el banquete, Adele sonrió de felicidad, bebió más de la cuenta, rió y se rascó los brazos desnudos con largas uñas de corista. Su nuevo marido la admiraba, lo tenía comiendo de su mano. Ella, en los últimos fulgores de su belleza, era aún lo bastante joven para ser guapa, aunque demasiado mayor para tener hijos, al menos si se lo preguntaban. Se acercaba el verano y ella aparecía entre la bruma de la media tarde con su

bañador negro y su piel bronceada. Su silueta firme se recortaba al sol mientras caminaba por la arena recién salida del mar, con sus bellas piernas, su pelo mojado de nadadora, su gracia femenina, toda despreocupación e indolencia.

Empezaron a hacer vida juntos, aunque básicamente era la vida de ella: sus muebles, sus libros —aunque muchos no los hubiera leído—. Le gustaba contar anécdotas sobre DeLereo, su primer marido —Frank, se llamaba—, heredero de un imperio de camiones de basura. Ella lo llamaba «Delirio», pero las anécdotas no carecían de afecto. La lealtad era su código —le venía de la infancia, así como de su experiencia de casada: «ocho agotadores años», como solía decir—. Reconocía que los términos del matrimonio habían sido muy simples: su trabajo consistía en vestirse, tener la cena lista y dejarse follar una vez al día. En una ocasión, en Florida, habían alquilado una barca con otra pareja para ir a pescar macabíes frente a la costa de Bimini.

—Cenaremos bien —había dicho DeLereo muy contento—, subiremos a bordo, nos acostaremos y por la mañana habremos pasado la corriente del golfo.

La cosa empezó así, pero terminó de forma muy distinta. El mar estaba muy agitado y no llegaron a cruzar la corriente del golfo —el capitán era de Long Island y se extravió—. DeLereo le dio cincuenta dólares para que le cediera el timón.

—¿Sabe algo de navegación? —preguntó el capitán.

—Más que usted —respondió DeLereo.

Adele, tumbada en el camarote, pálida como la cera, le había dado un ultimátum:

—Encuentra un puerto como sea o prepárate para dormir solo.

Philip Ardet conocía de sobra la anécdota, así como otras muchas. Era un hombre varonil y elegante, y al hablar alzaba un poco la barbilla, como si su interlocutor fuera la carta de un

restaurante. Había conocido a Adele en el campo de golf cuando ella estaba aprendiendo a jugar. Era un día húmedo y el campo estaba casi desierto. Adele y un amigo suyo se encontraban en el *tee* de salida cuando un tipo medio calvo que llevaba una bolsa de tela con varios palos les preguntó si podía jugar con ellos. Adele pegó un *drive* pasable, el amigo mandó su bola al otro lado de la valla, colocó una segunda y la golpeó muy arriba haciendo que saliera rasa. Un tanto tímidamente, Phil extrajo un viejo palo del tres y mandó su bola unos doscientos metros calle abajo, perfectamente centrada.

Así era él, capaz y tranquilo. Había estado en Princeton y en la armada. Tenía toda la pinta de haber estado en la armada, decía Adele: sus piernas eran fuertes. La primera vez que salieron juntos, él comentó que le sucedía algo curioso: les caía bien a ciertas personas y mal a otras...

—... y a las que les caigo bien, suelo dejarlas de lado.

Adele no estaba segura de qué había querido decir, pero le gustó su semblante un poco avejentado, especialmente alrededor de los ojos. Le pareció un hombre de verdad, aunque tal vez no el que había sido en tiempos. Además, era listo, «más o menos como un profesor de universidad», solía decir ella.

Gustarle a ella tenía su dificultad, pero gustarle a él parecía significar mucho más: Phil irradiaba cierto desapego del mundo. Era como si no se tomara en serio a sí mismo, como si estuviera de vuelta de todo.

Luego resultó que no ganaba mucho dinero. Escribía para una revista de economía y ella ganaba casi lo mismo vendiendo casas. Unos años después de casarse había empezado a engordar. Todavía era guapa —de cara—, pero se había descuidado. Solía irse a la cama con una copa, tal como hacía a los veinticinco años, mientras que a Phil le gustaba sentarse a leer con una chaqueta de chándal encima del pijama. Algunas mañanas andaba de esta guisa por el jardín. Ella bebió un sorbo

y lo observó.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—He disfrutado del sexo desde que tenía quince años.

Phil levantó la vista.

—Yo no me estrené tan pronto —reconoció.

—Pues tendrías que haberlo hecho.

—Es un buen consejo, pero llega un poco tarde.

—¿Recuerdas cuando tú y yo empezamos?

—Sí.

—Casi no podíamos parar —dijo ella—, ¿te acuerdas?

—El promedio no está mal.

—Ya, estupendo.

Cuando él se durmió, ella se puso una película. Las estrellas de cine también envejecían, también tenían problemas con el amor, pero era diferente: ya habían obtenido grandes recompensas. Siguió mirando, pensativa. Pensó en lo que había sido, en lo que había tenido; podría haber sido una estrella.

Qué sabía Phil; estaba dormido.

Llegó el otoño y una noche estaban en casa de los Morrissey. Él era un abogado alto, albacea de muchas herencias y administrador de otras más. Leer testamentos había constituido su verdadera formación. «Es como echar un vistazo al alma humana», decía.

Otro de los comensales era un hombre de Chicago que había hecho fortuna con los ordenadores; un papanatas, como se vio enseguida, cuando propuso un brindis:

—Por el fin de la privacidad y la vida digna —dijo.

Estaba con una mujer con cara de aturdida porque recientemente había descubierto que su marido se entendía con una negra de Cleveland, una aventura que por lo visto duraba

desde hacía siete años. Incluso era posible que tuvieran un hijo.

—Entenderéis por qué para mí venir aquí es como un soplo de aire fresco —explicó ella.

Las otras mujeres se mostraron solidarias. Lo que la cornuda tenía que hacer era reconsiderar a fondo los últimos siete años.

—Es verdad —convino su acompañante.

—¿Y qué tendría que reconsiderar? —quiso saber Phil.

Le respondieron con impaciencia. El engaño, dijeron, la mentira: la habían engañado durante todo aquel tiempo. Mientras tanto, Adele se servía más vino después de tapar con la servilleta la zona del mantel donde había derramado la copa anterior.

—Pero fueron tiempos felices, ¿no? —preguntó inocentemente Phil—. Eso ya forma parte de vuestras vidas y no se puede cambiar, no se puede convertir en infelicidad.

—Esa mujer me robó a mi marido, lo hizo romper todas sus promesas.

—Perdona —dijo Phil en voz baja—, esas cosas pasan a diario.

Hubo un coro de protestas; cuellos estirados, graznidos de ganso sagrado. Sólo Adele guardó silencio.

—A diario —repitió él con voz ahogada, seca: la voz de la razón, o cuando menos de los hechos.

—Yo nunca le robaría el marido a otra mujer —aseguró entonces Adele—, y jamás rompería una promesa.

Cuando bebía su rostro se llenaba del cansancio de quien conoce todas las respuestas.

—Te creo —coincidió Phil.

—Y tampoco me enamoraría de uno de veinte años.

Estaba hablando de la profesora particular, aquella chica que había aparecido alguna vez, rebosante de juventud.

—Desde luego que no.

—Él abandonó a su mujer —les dijo Adele.

Silencio.

La media sonrisa de Phil había desaparecido, pero su semblante aún era plácido.

—Yo no abandoné a mi mujer —repuso en voz queda—, fue ella la que me echó.

—Abandonó a su mujer y a sus hijos —continuó Adele.

—No los abandoné. Además, entre nosotros ya no había nada. Llevábamos así más de un año. —Lo dijo sin alterarse, casi como si le hubiera sucedido a otro—. Era la profesora particular de mi hijo —explicó—, me enamoré de ella.

—Y se liaron —sugirió Morrissey.

—Pues sí.

Puede hablarse de amor cuando pierdes la capacidad de hablar, cuando casi no puedes ni respirar.

—Al cabo de dos o tres días —confesó Phil.

—¿Allí mismo, en tu casa?

Phil negó con la cabeza. Tenía una extraña sensación de impotencia a la que se estaba abandonando.

—En casa no hice nada.

—Dejó a su mujer y a sus hijos —repitió Adele.

—Y te lo conté en cuanto nos conocimos —dijo Phil.

—Los dejó plantados. Llevaban casados quince años, desde que él tenía diecinueve.

—No llevábamos quince años casados.

—Tenían tres hijos —precisó Adele—, uno de ellos retrasado.

Algo estaba ocurriendo: a Phil le costaba hablar, tenía una sensación parecida a la náusea en el pecho, como si estuviera renunciando a fragmentos de un pasado íntimo.

—No era retrasado —acertó a decir—. Sólo... tenía dificultades para aprender a leer, eso es todo.

En ese instante le vino a la cabeza una dolorosa imagen de sí mismo y de su hijo: una tarde en que habían remado en un estanque situado en la propiedad de un amigo suyo. Llegaron

hasta el centro y se zambulleron los dos solos. Era verano y su hijo tenía seis o siete años. Había una capa de agua cálida sobre otra, más profunda, de agua fría, del mismo verde descolorido de las ranas y las algas. Nadaron hasta la orilla y después volvieron. La cabeza rubia y la cara nerviosa de su hijo asomaban a la superficie como si fuera un perrillo. Fue un año lleno de alegrías.

—Cuéntales el resto —dijo Adele.

—No hay nada que contar.

—Resultó que la profesora era una especie de chica de compañía y él la sorprendió en la cama con un tío.

—¿Es verdad? —preguntó Morrissey.

Estaba acodado en la mesa con la barbilla apoyada en la mano. Crees que conoces a alguien, te lo parece porque cenas o juegas a las cartas con él o con ella, pero en realidad no es así: siempre te llevas una sorpresa. No tenemos ni idea de las vidas de los otros.

—Fue algo sin importancia —murmuró Phil.

—Pero el muy burro se casó con ella —continuó Adele—. La chica viajó a la Ciudad de México, donde él estaba trabajando, y se casaron.

—No entiendes nada, Adele —repuso Phil. Quería añadir algo, pero no pudo: era como si se hubiera quedado sin resuello.

—¿Y sigues en contacto con ella? —preguntó Morrissey con toda tranquilidad.

—Sí, sobre mi cadáver —advirtió Adele.

Ninguno de ellos podía imaginar, visualizar la Ciudad de México y aquel primer año increíble, cuando conducían hasta la costa atravesando Cuernavaca para pasar el fin de semana, ella con los brazos y piernas desnudos al sol, él a su lado, con una sensación de mareo y sumisión, como ante una foto prohibida o una subyugante obra de arte. Dos años en México

ajenos al naufragio, él fortalecido por la devoción que ella le inspiraba. Aún podía ver su cuello inclinado hacia delante y la curva de su nuca, aún podía ver las vértebras asomando apenas, como perlas, en su tersa espalda, aún podía verse a sí mismo entonces: el que era antes.

—A veces hablo con ella —admitió.

—¿Y con tu primera mujer?

—Con ella también: tenemos tres hijos en común.

—La abandonó —intervino nuevamente Adele—, es todo un Casanova.

—Hay mujeres que tienen mentalidad de poli —sentenció Phil sin dirigirse a nadie en particular—: «Esto está bien, esto no.» En fin... —Se puso en pie; se daba cuenta de que lo había hecho todo mal, mal y a destiempo: había echado su vida por la borda—. La cosa es que, si soy sincero, debo decir que, si se me presentara la oportunidad, volvería a hacerlo.

Cuando él hubo salido, los demás siguieron hablando. La mujer cuyo marido había sido infiel durante siete años sabía por dónde iba la cosa:

—Finge que no puede evitarlo —aseguró—. A mí me ocurrió una vez algo parecido: un día pasaba por delante de Bergdorf 's y vi en el escaparate un abrigo verde que me encantó. Entré y me lo compré, pero un poco más tarde, en otro lugar, vi otro que me pareció todavía mejor y me lo compré también. Total que, al llegar la noche, tenía cuatro abrigos verdes en el armario, y todo porque no fui capaz de dominar mis deseos.

Fuera, la bóveda celeste estaba llena de nubes; las estrellas se veían apenas. Adele buscó a Phil con la vista y finalmente dio con él: estaba lejos, de pie en la oscuridad. Se acercó con paso tambaleante y descubrió que él tenía la cara levantada hacia el cielo. Se detuvo a unos metros y también miró hacia arriba. El cielo empezó a girar, tuvo que dar un par de pasos inesperados para mantener el equilibrio.

—¿Qué estás mirando? —preguntó al fin.

Phil no respondió. No tenía intención de responder, pero finalmente dijo:

—El cometa. Leí en el periódico que esta noche es cuando se verá mejor.

Hubo un silencio.

—No veo ningún cometa —dijo ella.

—¿No?

—¿Dónde está?

—Justo ahí encima —repuso él señalando con el dedo—. No se distingue de cualquier otra estrella. Es eso que sobra al lado de las Pléyades. —Phil conocía todas las constelaciones: las había visto asomar con la oscuridad sobre costas desoladoras.

—Vamos, ya lo mirarás mañana —dijo ella casi como si lo consolara, pero no se acercó a él.

—Mañana no estará, sólo esta noche.

—¿Y tú cómo lo sabes? —repuso ella—. Vamos, es tarde, marchémonos.

Phil no se movió y, al cabo de un rato, ella se encaminó de vuelta hacia la casa, donde todas las ventanas del primer piso y la planta baja estaban ostentosamente encendidas. Él se quedó donde estaba, contemplando el cielo, y luego volvió la cara y la vio hacerse cada vez más pequeña a medida que se alejaba cruzando el césped, llegar primero hasta el halo de la luz, luego a la luz misma, y al cabo tropezar en los escalones de la cocina.

La destrucción del Goetheanum

Sola en medio del jardín, se encontró a aquella joven que era amiga de William Hedges, el escritor, entonces todavía desconocido, «pero hasta Kafka vivió en la oscuridad», dijo ella, «incluso Mendel» —quizá se refería a Mendeléyev—. Se alojaban en un hotelito en la otra orilla del Rin. «Al parecer, cuesta horrores encontrarlo», le contó ella.

Por allí, el río fluía deprisa, como si estuviera vivo. Arrastraba cosas: trozos de madera, ramas. Giraban, se sumergían, volvían a asomar. A veces pasaban pedazos de muebles, escaleras, ventanas... En una ocasión, bajo la lluvia, pasó una silla.

Compartían habitación, pero lo suyo era totalmente platónico: él se fijó en su mano y vio que no llevaba anillo ni joyas de ninguna clase, tampoco en la muñeca.

—No le gusta estar solo —explicó—. Está batallando con su libro. —Era una novela; le faltaba mucho para terminar, pero algunas partes eran extraordinarias: ya le habían publicado un fragmento en Roma—. Se llama *El Goetheanum* —reveló—. ¿Sabes lo que es?

Él se esforzó por recordar aquella curiosa palabra que casi se había disuelto en su mente. Las luces de la casa habían empezado a brillar en el crespúsculo azulado.

—Es la obra de su vida.

El hotel del que ella le había hablado era pequeño, tenía habitaciones pequeñas y unas letras amarillas de un lado a otro de la fachada.

Había muchos edificios parecidos, pero se lo podía distinguir

desde la parte trasera de la catedral —un poco más abajo siguiendo la corriente del río—, a través de los escaparates de los anticuarios o desde los callejones.

Al cabo de dos días la volvió a ver a lo lejos. Era inconfundible: se movía con una especie de gracia negligente, como una bailarina cuya carrera hubiese terminado ya. La gente no le prestaba atención.

—Ah, sí, hola —lo saludó.

Sonaba indecisa: él estaba convencido de que no lo había reconocido. No sabía qué decir.

—He pensado en algunas cosas que me comentaste... —empezó.

La calle estaba abarrotada, pero ella se detuvo de pronto. Llevaba un montón de paquetes en los brazos. Hacía calor. No sabía quién era, de eso estaba seguro. Se estaba encargando de algunos recados sencillos, los típicos de una pareja distante y casta.

—Perdóname —le dijo ella—, la verdad es que no estoy muy fina.

—Nos conocimos en Sarren's —explicó él.

—Sí, ya lo sé.

Luego, un silencio. Él quería decirle algo bien sencillo, pero ella se lo impedía.

Había ido al museo: Hedges tenía que estar solo cuando trabajaba. A veces se lo encontraba dormido en el suelo.

—Está loco —dijo—: ahora está convencido de que habrá una guerra, de que todo será destruido.

Era como si no le interesaran sus propias palabras. La multitud la empujaba.

—¿Vas hacia el puente? ¿Puedo acompañarte un rato? —preguntó él.

Ella miró a ambos lados.

—Sí —decidió.

Bajaron por la estrecha escalera. Ella no abría la boca: examinaba los reflejos en los escaparates. La boca se le curvaba hacia abajo: era una boca de sirvienta, de chica de pueblo pequeño. Él oyó que le preguntaba:

—¿Te interesa la pintura?

—Sí.

En el museo había cuadros de Holbein y Hodler, del Greco y Max Ernst; grandes salas en silencio: en ellas se entendía lo que era la grandeza.

—¿Quieres ir mañana? —preguntó ella—. No, no: mañana vamos a no sé dónde, mejor pasado mañana.

Ese día, él se despertó muy temprano, ya nervioso. El cuarto parecía vacío. La luz le agregaba amarillo al azul del cielo. La superficie del río, entre las orillas de piedra, estaba incandescente: las aguas se precipitaban en fragmentos al rojo blanco que deslumbraban a la vista.

Hacia las nueve, el cielo se había desteñido y el río se había vuelto plateado; a las diez era marrón, del color de una sopa. Las barcazas y algunos vapores a la vieja usanza se afanaban lentamente contra la corriente o se dejaban llevar deprisa río abajo. Los pilares del puente trazaban pequeñas estelas en el agua.

Un río es el alma de una ciudad: sólo el agua y el aire pueden purificar. En Basilea, el Rin discurre entre muros de piedra de fundamentos firmes. Los árboles, cuidadosamente podados, esconden casas antiguas.

La buscó por todas partes. Cruzó el Rheinbrücke y avanzó entre la multitud hasta el mercadillo fijándose en todas las caras. La buscó entre los puestos. Las mujeres compraban flores, se montaban en el tranvía y se sentaban con los ramos en el regazo. En el restaurante de la Bolsa comían hombres gordos con las orejillas pegadas a la cabeza.

No había manera de dar con ella. Incluso llegó a entrar en la

catedral con la esperanza de encontrársela allí, esperando, pero no había nadie. La ciudad se estaba volviendo de piedra. La hora pura de la luz solar había pasado, ya no quedaba más que una tarde rabiosa que le quemaba los pies. Los relojes dieron las tres, abandonó la busca y regresó al hotel. En la casilla de su habitación asomaba un papel blanco; era una nota: se reuniría con él a las cuatro.

Emocionado, se tumbó a pensar. Ella no se había olvidado. Volvió a leer la nota. ¿De verdad se iban a ver a escondidas? No estaba seguro de cómo interpretarlo. Hedges tenía cuarenta años, casi ningún amigo, su mujer se había quedado en Connecticut: la había dejado, había renunciado al pasado. Si era uno de los grandes, al menos seguía el sendero de la grandeza —el mismo que lleva al desastre— y tenía el poder de lograr que los demás se dedicaran por entero a él. Ella estaba constantemente a su lado. «No me deja ni a sol ni a sombra», se quejaba Nadine; ése era el nombre que se había dado a sí misma.

Ella llegó tarde. Acabaron yendo a tomar el té de las cinco. Hedges estaba ocupado leyendo periódicos ingleses. Se sentaron a una mesa con vistas al río; en sus manos, los menús parecían largos y finos billetes de avión. «Hummersalat», consiguió leer él, «Rump steak»... Ella anunció que tenía mucha hambre. Había estado en el museo, los cuadros la habían dejado famélica.

—¿Dónde estabas tú? —le preguntó.

De pronto, entendió que ella lo había estado esperando. Había algunas parejas jóvenes que paseaban por las galerías con las piernas bañadas por el sol; Nadine había deambulado entre ellas sabiendo lo que hacían: prepararse para el amor. Él escurrió la mirada.

—Me muero de hambre —insistió ella.

Se comió unos espárragos, luego un *goulash* y después un

pastel que no consiguió terminarse. A él le dio por pensar que quizá ella y Hedges no tenían dinero, que ésa era su única comida del día.

—No —repuso Nadine—, William tiene una hermana casada con un hombre muy rico. Le pide dinero cuando lo necesita.

Tenía un levísimo acento, ¿era inglesa?

—Nací en Génova —respondió.

Citó unos versos de Valéry —incorrectamente, según comprobó él más adelante—: «Tardes desgarradas por el viento y el mar punzante...» Le encantaba Valéry. «Era antisemita», aseguró.

Le describió un viaje a Dornach, que quedaba a unos cuarenta minutos en tranvía, y luego una larga caminata desde la estación tras discutir con Hedges sobre qué dirección tomar. Siempre le molestaba que él no tuviera sentido de la orientación. Había resultado ser cuesta arriba y él enseguida se había quedado sin aire.

El maestro Rudolf Steiner había escogido Dornach, no lejos de Basilea, como capital de su reino. Había soñado con fundar allí, más allá de los tranquilos suburbios, una comunidad con un gran edificio central cuyo nombre homenajearía a Goethe y que se inspiraría en sus ideas. En 1913 por fin habían conseguido poner la primera piedra. El diseño era del propio Steiner, así como todos los detalles, las técnicas, las pinturas, los cristales con un grabado especial: ideó la manera de construirlo tal como había ideado su forma.

Debía de ser casi enteramente de madera, con dos enormes cúpulas que se intersectaban y cuyas curvas eran, en sí mismas, un acontecimiento matemático. Steiner sólo creía en las curvas: no había un solo ángulo recto en todo el edificio. Unas cúpulas secundarias, de menor tamaño, contenían las ventanas y las puertas. Todo era de madera, a excepción de las relucientes tejas noruegas que debían recubrir el tejado. Las primeras

fotografías muestran el edificio rodeado de andamios como si se tratara de un gigantesco monumento y unos manzanares al fondo. Personas de todo el mundo acudieron a participar en la construcción, muchas abandonando profesiones y carreras. Para la primavera de 1914 ya estaban colocadas las vigas del tejado, y los trabajos continuaron incluso cuando estalló la guerra. De hecho, les llegaba el tronar de los cañonazos desde las cercanas provincias francesas. Era el mes más caluroso del verano.

Ella le enseñó una fotografía de una estructura inmensa e inquietante.

—El Goetheanum —le dijo.

Él guardó silencio: empezaba a invadirlo la oscuridad de la foto, la resonancia de las cúpulas. Se sometió a aquella imagen como quien se somete al espejito del hipnotizador. Notaba que se estaba evadiendo de la realidad, pero no ofreció resistencia: deseaba besar los dedos que sostenían aquella postal, los brazos esbeltos, aquella piel que olía a limones. Notó que estaba temblando y que ella se daría cuenta. Se quedaron así sentados, ella con la mirada tranquila, él adentrándose en aquel escenario gris y wagneriano que tenía delante y que ella podía cerrar en cualquier momento, como una caja de cerillas, para volverlo a guardar en el bolso. Las ventanas parecían de un viejo hotel en algún lugar del centro de Europa; en Praga. Aquellas formas cantaban para él. El edificio era una fortificación, una terminal, un observatorio desde el que se podía contemplar el alma.

—¿Quién es Rudolf Steiner? —preguntó.

Apenas oyó lo que ella le explicaba: empezaba a entrar en éxtasis. Steiner era un gran maestro, un sabio que creía que el arte podía revelar profundas intuiciones, que creía en movimientos y obras misteriosas, en ritmos, en creaciones, en estrellas... Claro, y ella, de un modo u otro, había extraído un

escenario de todo aquello: se había convertido en la ilusionista de la vida de Hedges.

Había sido Hedges, el cautivo estudioso de Joyce, el desaliñado fantasma de las fiestas literarias, quien la había encontrado a ella. Al principio, marcó cierta distancia con ella: la noche en que se conocieron apenas le dirigió la palabra. En esa época, Nadine llevaba poco tiempo en Nueva York; vivía en la calle Doce, en una habitación sin muebles. Al día siguiente, sonó el teléfono: era Hedges, la invitaba a comer. Había entendido desde el primer instante quién era ella, le dijo. Llamaba desde una cabina, al fondo se oía el rumor del tráfico.

—¿Nos vemos en Haroot's? —le propuso.

Iba sin peinar, le temblaban las manos. Estaba sentado junto a la pared, tan nervioso que no podía mirar nada que no fueran sus propios dedos. Ella se convirtió en su compañera.

Pasaban largos días juntos, deambulando por la ciudad. Él llevaba camisas del color de la tinta azul y le compraba ropa. Era desmesuradamente generoso: parecía que no le importara el dinero. Llevaba los billetes arrugados en los bolsillos como si fueran recortes de papel, y cuando pagaba algo se le caían al suelo. Le pedía que acudiera a restaurantes en los que él estaría con su esposa y que se sentara en la barra para poder mirarla durante la comida.

Poco a poco empezó a introducirla en otro mundo —un mundo que desdeñaba la exposición, un mundo más rico que el que ella conocía—, en ciertos libros ocultos, ciertas filosofías, incluso cierta música, y ella descubrió que tenía talento, instinto, para esas cosas. Adquirió un cierto poder sobre sí misma. Hubo períodos de afecto profundo y serenidad. Escuchaban a Scriabin en casa de algún amigo, comían en el Russian Tea Room, donde los camareros lo conocían. Hedges estaba haciendo algo extraordinario: detonarle la vida. También él había encontrado una nueva existencia: por fin era

un criminal. A finales de año partieron hacia Europa.

—Se nota enseguida lo inteligente que es —explicó ella—. Su mente lo abraza todo.

—¿Cuánto tiempo llevan juntos?

—Desde siempre —respondió.

Caminaron de regreso hacia el hotel a esa hora única: la hora moribunda que pone fin al día. Los árboles junto al río eran negros, como de piedra. En el teatro estaban interpretando *Wozzeck*, de Alban Berg, y luego estaba programada *La flauta mágica*. En las imprentas se vendían mapas de la ciudad y grabados del famoso puente tal como era en tiempos de Napoleón. Las márgenes estaban llenas de monedas recién acuñadas. Ella guardaba un extraño silencio. Se detuvieron una vez, delante de un restaurante con una pecera de agua verdosa llena de truchas moteadas largas como zapatos, que holgazaneaban abriendo y cerrando la boca. La cara de Nadine se reflejaba en el cristal como si fuera una mujer indiferente y solitaria en un tren. Su belleza no se dirigía a nadie. Era como si no lo viera: estaba perdida en sus pensamientos. Luego, callada y fríamente, sin vacilar, le clavó los ojos y él entendió, en ese preciso instante, que ella lo merecía todo.

Hedges y ella no lo habían tenido fácil. «La razón no está a la altura de los problemas humanos», solía decir él. Su esposa había logrado hacerse con el control de su cuenta bancaria, en la que no había tanto dinero, pero tenía el olfato de un sabueso y había identificado otras fuentes posibles de ingresos. Él estaba convencido, además, de que interceptaba las cartas que les enviaba a sus hijos, por lo que se veía obligado a escribirles al colegio o hacérselas llegar por medio de amigos.

Pese a todo, lo peor era el asunto del dinero: estaban en las últimas. Él escribía artículos, pero le costaba venderlos porque

no se le daban bien los asuntos de actualidad. Escribió uno sobre Giacometti y le agregó una serie de citas memorables totalmente inventadas. Lo probaba todo. Entretanto, tenía la sensación de que por todas partes había jóvenes escribiendo guiones para el cine o vendiendo lo que fuera por ingentes cantidades de dinero.

Estaba solo: los hombres de su edad ya se habían labrado una reputación y él se estaba quedando atrás, al menos así lo veía muchas veces. Conocía las vidas de Cervantes, Stendhal, Italo Svevo, pero ninguna le parecía tan improbable como la suya. Y allá donde fueran tenían que acarrear siempre con libretas y papeles, cuando nada pesa tanto como el papel.

En Grasse tuvo problemas con las muelas: algo se estropeó en la raíz de algún empaste antiguo. El dolor era insoportable. Tuvieron que pagarle a un dentista francés casi hasta el último penique que les quedaba. En Venecia lo mordió un gato y la herida se le infectó. El brazo se le hinchó hasta lo indecible. La *cameriera* les aseguró que los gatos tenían veneno en la boca, como las serpientes; que a su hijo le había pasado lo mismo. Las mordidas eran siempre profundas, dijo, y el veneno entraba en la sangre. Hedges se moría de dolor, no podía dormir. «Cincuenta años antes habría sido mucho peor», les explicó el doctor mientras le tocaba el brazo cerca del hombro. Hedges estaba demasiado débil para preguntarle qué quería decir. Dos veces al día acudía una mujer con una aguja hipodérmica en una caja de latón abollada y le aplicaba una inyección. Cada vez tenía más fiebre, ya no podía leer. Quiso dictar algunas últimas disposiciones que Nadine se encargó de anotar. Insistió en que lo enterrasen con una foto de ella en el pecho y le hizo prometer que la arrancaría del pasaporte.

—Entonces, ¿cómo volveré a casa? —preguntó ella.

Por debajo de donde se encontraban, bajo la luz del sol, el gran río fluía casi en silencio. Las vidas de los artistas parecen

bellas al final; incluso las terribles discusiones por el dinero, las noches sin nada que hacer... Además, durante todo ese tiempo Hedges no llegó jamás a desesperarse: vivía una vida e imaginaba otras diez en las que podía refugiarse.

—Pero ya estoy harta —le confesó Nadine—: es egoísta, es como un niño.

No tenía el aspecto de una mujer que hubiera sufrido: llevaba ropa sedosa, tenía los dientes blancos. Vio a las parejas que comían por ahí; ellas iban descalzas y estiraban las piernas hacia el río donde ambos arrojaban las migas.

En opinión de Hedges, el desarrollo del individuo había alcanzado su apogeo; ésa era la esencia de nuestro tiempo. Había que hallar una nueva dirección. Sin embargo, no creía en el colectivismo, una vía muerta. Todavía no estaba seguro de qué camino habría que seguir. Su escritura lo revelaría, pero trabajaba contra el tiempo, contra la marea de los acontecimientos; estaba exiliado, como Trotsky. Por desgracia, no había quien pudiera matarlo. No importaba, solía decir; al final, sus muelas se encargarían de eso.

Nadine miraba fijamente el agua.

—Ahí abajo no hay más que anguilas —dijo.

Él siguió su mirada. La superficie era impenetrable. Se esforzó por descubrir una sola sombra negra traicionada por su elegancia.

—Cuando llega el momento de aparearse se van al mar —explicó ella.

Siguió mirando el agua. Cuando llegaba el momento se daban cuenta de algún modo y culebreaban a través de los prados por la mañana, brillantes como el rocío. Ella tenía catorce años, le contó, cuando su madre llevó su muñeca favorita al río y la echó al agua dando por terminada su infancia.

—¿Y yo qué voy a tirar? —preguntó él.

Ella hizo como si no lo hubiera oído, luego se levantó.

—¿Lo has dicho en serio? —preguntó al fin.

• • •

Nadine quería que cenaran juntos. ¿Notaría algo Hedges? Él intentó no pensar en eso: no darle espacio al miedo. Aunque la literatura entera estaba llena de escenas como ésa, no conseguía imaginar lo que sucedería. Un gran escritor podría decir: «Ya sé que no puedo conservarla», pero ¿se atrevería Hedges a renunciar a ella? ¿Con los dientes llenos de caries y un montón de años acumulados encima de las obras que no había llegado a escribir?

—Le debo tanto... —le había dicho Nadine.

Pese a sus esfuerzos, no conseguía enfrentarse con calma a la velada. Hacia las cinco estaba ya de los nervios, jugando solitarios en su habitación, releyendo artículos del periódico. Se sentía incapaz de hablar de nada: tenía demasiado presentes sus expresiones faciales, nada de cuanto hacía le parecía natural. La persona que había sido hasta entonces se había esfumado y le resultaba imposible crearse otra. Todo le parecía imposible: se imaginaba una cena de la que saldría humillado y engañado.

A las siete, temeroso de que el teléfono sonara en cualquier momento, bajó en el ascensor. Lo tranquilizó verse de reojo en el espejo: tenía el mismo aspecto de siempre, parecía tranquilo. Se retocó el pelo. Le atronaba el corazón. Volvió a mirarse. La puerta se abrió y él salió convencido de que se encontraría a Nadine y a Hedges ahí mismo. No había nadie. Se dedicó a hojear el diario de Zúrich mientras miraba la puerta del local de reojo. Al fin, consiguió sentarse en un sillón. Era incómodo. Pasó a otro. Eran las siete y diez. Al cabo de veinte minutos, un Citroën viejo, al hacer marcha atrás, se estampó directamente,

con gran estruendo de cristales, en la parrilla delantera de un Mercedes aparcado en la calle. El conserje y la recepcionista salieron corriendo: había piezas de los coches desperdigadas por todas partes, el conductor del Citroën estaba abriendo la puerta.

—Ay, Dios —murmuró mirando alrededor.

Era William Hedges, solo.

Se pusieron a hablar todos a la vez. Por suerte, no estaba por ahí el dueño del Mercedes, que se había quedado sin faros. Un policía se acercaba por la calle.

—Bueno, no es tan grave —dijo Hedges.

Estaba inspeccionando su coche. Las luces traseras estaban hechas añicos, tenía el maletero abollado.

Tras mucha discusión, le permitieron entrar en el hotel. Llevaba una chaqueta de algodón a rayas y una camisa del color de la tinta. Tenía la cara pálida empapada de sudor: la cara de un colegial fracasado; frente alta, cabello ralo, una barba suave salpicada de gris, barba de explorador, de un hombre que se lavaba los calcetines en el Amazonas.

—Nadine vendrá un poco más tarde —dijo. Quiso coger su copa, pero le temblaba la mano—. Se me ha resbalado el pie en el pedal del freno —explicó. Se encendió un cigarrillo—. Pagará el seguro, ¿verdad? Seguro que no.

Daba la sensación de que había llegado a una parada: la primera de sus abundantes y larguísimas pausas, durante las cuales clavaba la mirada en el regazo. Luego, como si fuera ésa la idea que tanto esfuerzo le había costado formular, le preguntó en tono dolorido:

—¿Qué opinas... eh... qué opinas de Basilea?

El camarero los había colocado a ambos lados de la mesa con una silla vacía entre ambos. A Hedges parecía pesarle su presencia. Quiso pedir otra copa, pero al darse la vuelta tiró un vaso. Por alguna razón, eso lo alivió. El camarero secó el

mantel mojado con una servilleta. Hedges siguió hablando sin importarle que se hubiera interpuesto entre ellos:

—No sé qué te habrá contado exactamente Nadine —le dijo en tono suave. Luego hizo una larga pausa—. A veces dice... unas mentiras fantásticas.

—¿Ah, sí?

—Es de un pueblecito de Pensilvania: Julesberg —murmuró Hedges—. Nunca ha estado... sólo era una... una chica común y corriente cuando nos conocimos.

Habían ido a Basilea a visitar ciertas instituciones, explicó. Era una ciudad... interesante. La historia encontraba lugares en torno a los cuales giraban épocas enteras, y el pueblo de Dornach ofrecía pruebas de una muy...

Nunca llegó a terminar esa frase. Rudolf Steiner era un estudioso de Goethe...

—Sí, ya lo sé.

—Claro, te lo habrá contado Nadine, ¿verdad?

—No.

—Ya.

Al final se puso a hablar otra vez de Goethe: la amplitud de ese intelecto, dijo, había sido tan extraordinaria que le había conferido la capacidad, como a Leonardo en tiempos, de abarcar todo lo que entonces se entendía por sabiduría humana. Eso, por sí mismo, ya implicaba una coherencia... absoluta, y el hecho de que desde entonces ningún otro hombre hubiera compartido esa capacidad implicaba que ya no existía la coherencia, que se había disuelto... El océano de las cosas sabidas había inundado las orillas.

—Estamos al borde —dijo Hedges— de algunas rupturas radicales en el destino del hombre. Quienes las revelan...

Las palabras, emitidas con una lentitud agónica, nunca terminaban de llegar. Eran un ardid, un amago; resultaba difícil seguirlas.

—... acabarán descuartizados, como Galileo.

—¿De verdad te lo parece?

Hizo otra larga pausa.

—Sí.

Se tomaron otra copa.

—Supongo que Nadine y yo somos un poco extraños... —dijo como si hablara solo.

Por fin había llegado el momento.

—No creo que sea feliz.

Hubo un instante de silencio.

—¿Feliz? —dijo Hedges—. No, no es feliz: no es capaz de serlo. Está en éxtasis, me lo dice todos los días —insistió. Se llevó una mano a la frente y se tapó los ojos a medias—. ¿Lo ves? No la conoces en absoluto.

De pronto quedó claro que ella no iba a acudir. No habría cena.

Tendrían que haber dicho algunas otras cosas: todo terminó de un modo demasiado vago. Diez minutos después de que Hedges se fuera, dejando tras de sí un bochornoso vacío y tres platos esperando en la mesa, se le ocurrió lo que tenía que haberle exigido: «Quiero hablar con ella.»

Se le habían cerrado todas las puertas. Estaba destrozado; no podía ni imaginar alguien más débil, más incapaz que él mismo. Había intentado mutilar a un hombre y sólo había provocado un monólogo; probablemente en ese instante se estarían riendo de él. Era humillante. El río discurría bajo su ventana; incluso de noche se apreciaba la corriente. Se quedó de pie, viéndolo pasar. Caminó de un lado a otro buscando calmarse. Se tumbó en la cama con la sensación de que le temblaban las extremidades. Se detestaba. Al fin, se quedó quieto.

Acababa de cerrar los ojos cuando sonó el teléfono en el vacío de la habitación. Volvió a sonar, tres veces. ¡Claro! Era lo que esperaba. Al contestar, le dio un vuelco el corazón. Intentó saludar con calma. Oyó una voz masculina: era Hedges. Sonaba humilde.

—¿Nadine está contigo? —consiguió preguntar.

—¿Nadine?

—Por favor, ¿puedo hablar con ella? —insistió Hedges.

—No está aquí.

Se hizo el silencio. Oyó la respiración desamparada de Hedges: parecía durar una eternidad.

—Mira —dijo Hedges con voz insegura—, sólo quiero hablar con ella un momento, nada más. Te suplico...

Entonces, ella estaba en algún lugar de la ciudad. Salió corriendo a buscarla sin preocuparse en pensar dónde estaría. Por alguna razón, la noche se estaba poniendo de su parte, estaba cambiando. Caminó, recorrió las calles temeroso de llegar tarde.

Era casi medianoche, la gente salía de los teatros; un estruendo brotaba del café del casino. Repasó ese mar de rostros ocultos, o medio ocultos, porque los camareros no se detenían lo suficiente para que alguien pudiera esconderse tras ellos. Miró de un lado a otro lentamente, seguro de que Nadine estaba ahí, sentada sola a una mesa, convencida de que él la encontraría.

Los mismos coches recorrían las calles. Echó a andar entre ellos. La gente caminaba despacio y se detenía ante los escaparates iluminados. Ella estaría mirando zapatos caros, acaso joyas antiguas, collares de oro. En las esquinas le entraba una sensación de pérdida. Caminaba bajo los soportales. Estaba abandonando la zona que le resultaba más familiar. Los quioscos estaban cerrados; los cines, a oscuras.

De pronto, como el primer síntoma de una enfermedad, lo

abandonó la certeza: ¿y si había vuelto al hotel donde se hospedaba con Hedges? ¿Y si había ido al otro hotel, a la habitación donde él estaba unos momentos antes y, al no encontrarlo, se había ido? La sabía capaz de actos gratuitos, excéntricos. Quizá, en vez de caminar a la deriva en la oscuridad de las calles, donde sus pasos lánguidos existirían tan sólo para que los de él los siguieran, devorándolos; en vez de escoger, con la misma inteligencia con que había ido dejando huellas tras de sí, un lugar donde él pudiera encontrarla, había regresado a su hotel, desanimada, y se había justificado ante Hedges diciéndole: «Me apetecía dar un paseo.»

«Siempre hay una ocasión que no vuelve jamás», pensó, y emprendió el regreso como si se hubiera perdido por calles que ya había visto antes. La emoción había desaparecido: seguía buscándola pero, en vez de confiar en sus instintos, se preguntaba qué decisión podría haber tomado ella.

Se detuvo en la escalera junto a la Heuwaage. La plaza estaba vacía. Sintió frío. Por abajo pasaba un hombre solitario: era Hedges. Iba sin corbata, con el cuello de la chaqueta levantado. Caminaba sin rumbo: iba en busca de sus sueños. En los bolsillos llevaba billetes arrugados, cigarrillos curvados. La blancura de su cabello se distinguía desde lejos. Lo llevaba sin peinar. No se hacía el joven, estaba más allá de eso: se había adentrado en el corazón de su vida, en su obra fracasada; era un hombre que tomaba trenes a los suburbios, que bebía té, que esperaba algo, una prueba final de que su talento había sido tan grande como el de los demás. «Este mundo está pariendo otro», le había dicho. «Nos estamos acercando al núcleo de la galaxia.» Estaba escribiendo esa clase de cosas, inventándolas. Sus poemas se convertirían en nuestra historia.

Las calles estaban desiertas, los restaurantes habían apagado las luces; entró en un café y lo vio solo, entre las mesas vacías, idénticas, con las sillas ya recogidas y bocabajo, con su camisa

oscura y su barba de médico. Jamás la encontraría: era un desempleado, un inválido, un vagabundo ante el cual las ciudades de Europa guardaban silencio. Lo vio soltar una tosecilla en medio del frío.

El Goetheanum de la fotografía que le había enseñado Nadine ya no existía: se había quemado la noche del 31 de diciembre de 1922. Tras una conferencia a última hora de la tarde, el público se había ido a casa. El vigilante vio el humo y poco después el fuego se extendió con asombrosa rapidez. Los esfuerzos de los bomberos no sirvieron para nada. Al final, la situación se impuso a toda esperanza. Por las grandes ventanas asomaba un infierno. Steiner hizo salir a todo el mundo del edificio. A la medianoche exacta, se quebró la cúpula principal, las llamas lograron atravesarla y salieron al exterior con un rugido. Las ventanas de cristal especial, que refulgían, empezaron a estallar por el calor. Se congregó una inmensa multitud llegada de los pueblos cercanos, incluso de Basilea, a kilómetros de distancia: hasta allí alcanzaban a verse las llamas. Al final, la bóveda colapsó y brotaron llamaradas verdes y azules de los tubos metálicos del órgano. El Goetheanum desapareció y su dueño, su sacerdote, su creador se paseó solitario entre las ruinas al alba.

Una estructura nueva, hecha de hormigón, ocupó su lugar; de la anterior tan sólo quedaron las fotos.

Bangkok

Cuando Carol entró, Hollis estaba en el fondo, sentado ante una mesa tan repleta de libros que había tenido que hacerse un espacio para escribir.

—Hola —saludó.

—Vaya, vaya, mira quién está aquí —repuso él con frialdad —. Hola.

Ella iba bien vestida, como siempre; llevaba un suéter gris y una falda estrecha.

—¿No recibiste mi mensaje? —preguntó.

—Sí.

—No me has llamado.

—No.

—¿Y no pensabas hacerlo?

—Claro que no —confirmó él.

Parecía más grueso que la última vez, y necesitaba un corte de pelo: el cabello le llegaba casi a los hombros.

—Pasé por tu apartamento, pero te habías marchado —dijo ella—. Hablé con Pam. Se llama Pam, ¿no?

—Sí.

—Charlamos apenas un rato: ella no parecía interesada en hablar. ¿Es tímida?

—No.

—Le hice una pregunta. ¿Quieres saber cuál?

—No especialmente —repuso él.

Se retrepó en la silla. Su chaqueta, con las mangas ligeramente subidas, estaba sobre el respaldo. Ella reparó en un reloj de pulsera con correa de piel marrón.

—Le pregunté si todavía te gustaba que te la chuparan.

—Largo de aquí —le espetó él—. Vete, fuera.

—No me respondió —dijo Carol.

Él tuvo un instante de miedo, de culpa casi, pensando en las consecuencias. Por otra parte, no la creía.

—Bueno, ¿sí o no? —insistió Carol.

—Vete de una vez, por favor —añadió con tono civilizado e hizo un gesto como si la ahuyentara—. Hablo en serio.

—No me quedaré mucho, sólo unos minutos. Simplemente quería verte. ¿Por qué no me devolviste la llamada?

Era alta, con la nariz larga y elegante de un purasangre. La gente nunca es como uno la recuerda: la había visto por primera vez saliendo de un restaurante muy pasada la hora de comer. Llevaba un vestido de seda bien ceñido a las caderas y el viento que soplaba de frente hacía que se le pegara a las piernas delineando sus muslos. «Aquellas tardes», pensó él.

Carol se sentó en la butaca, delante de él, y esbozó una sonrisa incierta.

—Tienes una casa muy bonita.

Tenía los ingredientes para serlo, aunque sólo había una ventana y las tablas del suelo estaban muy gastadas: dos habitaciones en la planta baja y, detrás, un trozo de césped que daba al patio de unas casas discretas. Vendía libros buenos y manuscritos, sobre todo cartas, y tenía un catálogo inesperadamente extenso para un negocio del tamaño del suyo. Después de diez años vendiendo ropa había encontrado lo que realmente le gustaba. Las habitaciones tenían techos altos, las estanterías estaban llenas y había unas cuantas fotos enmarcadas apoyadas contra ellas, en el suelo.

—Chris —dijo ella—, cuéntame una cosa. ¿Qué pasó con la foto que nos hicieron en aquella comida que organizó Diana Wald en casa de su madre? ¿Te acuerdas? Había una montaña de coches viejos apilados. ¿Conservas esa foto?

—Debo de haberla perdido.

—Era una foto preciosa, me gustaría mucho tenerla. ¡Qué tiempos aquellos! —Suspiró—. ¿Te acuerdas de nuestra casa flotante?

—Claro.

—No sé si la recordarás tan bien como yo.

—Es difícil de saber. —Tenía una voz grave y persuasiva, la voz de alguien quizá excesivamente seguro de sí mismo.

—¿Recuerdas la mesa de billar? ¿Y la cama junto a las ventanas?

Él no respondió y ella cogió un libro de la mesa y se puso a hojearlo: «e. e. cummings, *La habitación enorme*. Primera edición. Sobrecubierta con un trozo faltante en la parte inferior, pequeña mancha en portadilla, por lo demás en muy buen estado.» El precio estaba marcado a lápiz en la esquina superior de la guarda. Siguió pasando páginas al azar.

—En este libro está ese capítulo que tanto te gusta. ¿Cuál era? Ya no me acuerdo.

—Jean Le Nègre.

—Ah, sí.

—Sigue sin tener rival —dijo él.

—No sé por qué, me hace pensar en Alan Baron. ¿Sigues en contacto con él? ¿Ha llegado a publicar? Siempre me estaba insistiendo en que probara el yoga tántrico: quería enseñarme él mismo en persona.

—Ah, ¿y al final te enseñó?

—¿Estás de broma? —Pasaba las páginas con sus largos pulgares—. Muchos hombres se lo pasan hablando de yoga tántrico o de sus grandes pollas, pero tú no. A propósito, ¿cómo está Pam? No supe qué pensar. ¿Es feliz?

—Sí, muy feliz.

—Qué bien. Y ahora tenéis una niña, ¿qué edad dijiste que tenía?

—Se llama Chloe, tiene seis años.

—Oh, ¿tan mayor ya? A esa edad saben un montón de cosas, ¿no es cierto? Saben y no saben —dijo. Cerró el libro y lo dejó en la mesa—. Sus cuerpos son tan puros... ¿Chloe tiene un cuerpo bonito?

—Lo que tú darías por tener un cuerpo así —dijo él como si tal cosa.

—Un cuerpecito perfecto, me lo imagino. ¿Le das baños? Seguro que sí. Eres un padre ejemplar: el padre que toda niñita quisiera tener. Lo que me pregunto es cómo serás cuando ella crezca y los chicos empiecen a rondarla.

—No habrá muchos.

—Claro que sí, por Dios. Vendrán aquí temblando, y lo sabes. Tu hija tendrá pechos y le saldrá ese suave vello púbico de las adolescentes.

—Eres repugnante, Carol, ¿lo sabes?

—Ya, no te gusta pensar en eso, pero ella se hará mujer, ¿entiendes? Será toda una mujercita, y seguro que te acuerdas de lo que sentías por las jóvenes de esa edad. Pues bien, la cosa continúa sin ti, y ella será una chica más, con su cuerpo perfecto y todo eso. Por cierto, ¿cómo es el de Pam?

—¿Y el tuyo?

—¿No lo ves?

—No me estaba fijando.

—¿Todavía haces el amor? —preguntó ella despreocupadamente.

—De vez en cuando.

—Yo no, casi nunca.

—Me cuesta creerlo.

—Nunca es lo que debería ser ni lo que fue en otro tiempo. ¿Cuántos años tienes? Te veo más grueso. ¿Haces ejercicio? ¿Vas a los baños y te miras en el espejo?

—No tengo tiempo.

—Pues si lo tuvieras y fueras libre podrías ir al vapor, a las duchas, ponerte ropa limpia y... veamos, no es demasiado temprano para ir hasta el Odeón, por ejemplo, a tomar una copa y ver si hay chicas por allí. Podrías decirle al barman que las invitara de tu parte o simplemente hablar tú con ellas, preguntar si quieren ir a cenar, si tienen algún plan. Así de fácil. Siempre te gustaron las buenas dentaduras. Te gustaban los brazos delgados y, cómo decirlo, las buenas tetas; no necesariamente muy grandes, sino de buen tamaño, nada más. Y las piernas largas. ¿Todavía te gusta atarles las manos? Antes te gustaba; debe de ser excitante descubrir cada vez si te dejarán hacerlo. Dime una cosa, Chris, ¿tú me querías?

—¿Yo?

Estaba retrepado en la silla y, por primera vez, ella tuvo la impresión, por su gesto, de que quizá había estado bebiendo más de la cuenta.

—Pensaba en ti a todas horas —repuso él—. Adoraba todo cuanto hacías. Me encantaba que fueses... no sé cómo decirlo... siempre tan nueva, y que todo cuanto decías o hacías lo fuera también. Eras incomparable: contigo me parecía tenerlo todo en la vida, todo cuanto cualquiera puede soñar. Te veneraba.

—¿Como a ninguna otra mujer?

—Nunca me habría cansado de ti: podría haberme deleitado contigo eternamente. Tú eras la mujer de mi vida.

—¿Y Pam? ¿Con ella no te deleitas?

—Un poco. Pero Pam es diferente.

—¿En qué sentido?

—Pam no toma todo eso y se lo entrega a otro. Yo no vuelvo inesperadamente de un viaje y me encuentro la cama deshecha donde tú y algún tipo habéis estado pasándolo bien.

—No lo pasamos tan bien.

—Qué pena.

—Nada bien, en realidad.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

—No lo sé: sentí el estúpido impulso de probar algo diferente. No sabía que la verdadera felicidad consiste en tener lo mismo todo el tiempo.

Se miró las manos y él reparó de nuevo en sus pulgares largos y flexibles.

—¿No opinas lo mismo? —preguntó ella fríamente.

—No seas antipática. Además, ¿qué sabes tú de la verdadera felicidad?

—La conocí.

—¿En serio?

—Sí —repuso ella—: contigo.

Él la miró, pero ella no le devolvió la mirada. No sonreía.

—Me marcho a Bangkok —dijo finalmente—. Bueno, primero a Hong Kong. ¿Has estado alguna vez en el hotel Península?

—Nunca he estado en Hong Kong.

—Dicen que es el mejor hotel del mundo, incluidos los de Berlín, París y Tokio.

—Ni idea.

—Tú has estado en muchos hoteles. ¿Recuerdas aquel hotelito cerca del teatro en Venecia? ¿Cómo el agua nos daba hasta las rodillas en la calle?

—Tengo mucho que hacer, Carol.

—Oh, vamos.

—Tengo un negocio.

—¿Sí? ¿Y cuánto vale este e. e. cummings? —preguntó ella —. Te lo compro y así podemos seguir charlando.

—Ya está vendido —dijo él.

—Pues todavía lleva el precio.

Él se encogió de hombros.

—Contéstame a lo de Venecia —insistió ella.

—Sí, me acuerdo del hotel. Y ahora despidámonos.

—Me marcho a Bangkok con otra persona.

Él notó un pequeño vuelco en el corazón, apenas perceptible.

—Estupendo —respondió.

—Molly te caería bien.

—¿Molly?

—Viajamos juntas. Ya sabes que papá murió.

—No, no lo sabía.

—Hace un año. Se murió, de modo que se acabaron mis preocupaciones. Es una sensación muy agradable.

—Supongo. Tu padre me caía simpático.

Había estado en el negocio del petróleo, era un hombre sociable con ciertos prejuicios que no le costaba reconocer. Llevaba trajes caros y se había divorciado dos veces, pero sabía eludir la soledad.

—Estaremos un par de meses en Bangkok y es posible que luego regresemos pasando por Europa —dijo Carol—. Molly tiene mucho estilo. Fue bailarina. ¿Qué era Pam? ¿Maestra o algo así? No recuerdo lo que me dijiste. En fin, que si te gusta Pam, sin duda te gustaría Molly. No la conoces, pero te gustaría. —Hizo una pausa—. ¿Por qué no vienes con nosotras? —propuso.

Hollis sonrió apenas.

—¿Se la puede compartir? —preguntó.

—No tendrías que compartirla.

Él supo que lo decía para fastidiarlo.

—¿Dejar a mi familia y el negocio así por las buenas?

—Gauguin lo hizo.

—Soy un poco más responsable que él. Tú quizá sí lo harías.

—Si tuviera que elegir entre la vida y... —empezó a decir ella.

—¿Y qué?

—La vida y una especie de vida fingida. No pongas cara de no entender: no hay nadie que lo entienda mejor que tú.

Hollis experimentó un rencor indeseado. Que aquella cacería terminara, deseó. Que se acabara de una vez. La oyó continuar:

—¿No te gustaría viajar por el Oriente? ¿El aire de un mundo distinto? ¿Bañarte, beber, leer?

—Contigo...

—Y con Molly, de propina.

—Pues no sé, ¿cómo es?

—Es guapa, ¿qué esperabas? La desnudaré para ti.

—Voy a decirte algo que te hará gracia, algo que me contaron —dijo él—. Dicen que todo en el universo, planetas, galaxias, todo... el universo entero... se originó a partir de algo del tamaño de un grano de arroz que explotó y formó lo que tenemos ahora: el sol, las estrellas, la tierra, los mares, todo lo que existe, incluido lo que yo sentía por ti. Aquella mañana en Hudson Street, sentados al sol, satisfechos y conscientes de nuestra satisfacción, enamorados el uno del otro, aquel día supe que tenía todo lo que la vida me podía ofrecer.

—¿De veras pensaste eso?

—Claro. Cualquiera lo habría pensado. Lo recuerdo muy bien, pero ya no puedo sentirlo: pasó.

—Es triste.

—Ahora tengo algo más: tengo una esposa a la que amo y una hija.

—Suena muy trillado, ¿no? «Una esposa a la que amo.»

—Pues es la verdad.

—Y esperas con ilusión los años que pasaréis juntos, el éxtasis...

—No se trata de éxtasis.

—Tienes razón.

—No se puede tener éxtasis a diario.

—No, pero se puede tener algo igual de bueno —dijo ella—: la expectación del éxtasis.

—Está bien. Pues ve y disfruta con Molly.

—Pensaré en ti cuando estemos en una casa a orillas del río en Bangkok, Chris.

—No te molestes.

—Pensaré en ti tumbado en la cama por la noche, hastiado de todo.

—Déjalo ya, por Dios. Olvídalo. Déjame un recuerdo agradable de ti.

—No quiero dejarte un buen recuerdo —replicó ella, y agregó casi susurrando—: Quiero que me maldigas.

—Y dale.

—Qué bonito todo —insistió ella—: la pequeña familia, los libros... Muy bien, pues has perdido tu oportunidad. Adiós. Ve a bañar a tu niña... mientras puedas, al menos.

Lo miró por última vez desde el umbral y él la oyó cruzar taconeando la habitación principal, la oyó pasar frente a las vitrinas en dirección a la puerta, donde los pasos parecieron dudar, y luego la puerta que se cerraba.

La habitación le daba vueltas, no podía controlar sus pensamientos. El pasado, como una marea repentina, no como fue en realidad, sino como no podía evitar recordarlo, lo había barrido. Mejor sería reanudar el trabajo. Conocía el sedoso tacto de su piel. No debería haberla escuchado.

Sin apenas hacer ruido con las teclas, empezó a escribir: «Jack Kerouac, carta mecanografiada con firma (“Jack”). Una página. Dirigida a su novia, la poetisa Lois Sorrells, a un solo espacio, firmada a lápiz, ligera arruga de un doblez.» No era una vida fingida.

Polvo

Billy estaba debajo de la casa. Hacía frío y olía a tierra que llevaba cincuenta años sin remover. Entre los tablones del suelo se filtraba una especie de polvo rancio que le caía en la cara como una lluvia fina. Escupió. Volvió la cabeza y, enderezándose un poco, se frotó los ojos con la manga de la camisa, luego miró hacia la franja de luz del sol en el límite de la casa: allí estaban las piernas de Harry, que se arrodillaba de vez en cuando, con un gemido, para ver cómo iban las cosas.

Debían nivelar el suelo de la vieja casa Bryant, que, como todas las demás, se había construido sin cimientos, sobre bloques de madera.

—Se podría empezar por ahí —le avisó Harry.

—¿Por éste?

—Exacto.

Billy volvió a frotarse los ojos y empezó a instalar el gato. Tenía la viga justo encima de la cara, a escasos centímetros.

Comieron sentados fuera. Hacía calor, clima de montaña; un calor seco, un aire fino como el papel. Harry comió despacio. Tenía el cuello lleno de arrugas y una barbita incipiente y blanca en la quijada.

La muerte se acercaba para él. Yacería ausente, con colorete en las mejillas, incapaz de oír nada con sus bellas orejas de anciano. Ni que decir tiene cuántas cosas sabía, pero estaba solo en los campos lejanos de su vida. En todo caso, bajo la lluvia no movía un músculo. Algunos animales, cuando les llega la hora final, se niegan a echarse: él era así. Cuando se arrodillaba, se volvía a levantar despacio. Ponía un pie en el

suelo, hacía una pausa y al fin se impulsaba para ponerse en pie como un caballo viejo.

—Hay un tipo en el pueblo con el pelo hasta aquí —dijo.

—¿El pelo...? —preguntó Billy. Sus dedos dejaban manchas negras en el pan.

—¿A qué se supone que se dedica?

—Creo que es batería —respondió Billy.

—Batería.

—Toca en un grupo.

—No iba a tocar solo —ironizó Harry.

Desenroscó la tapa de un termo abollado y se sirvió un líquido que parecía té. Se quedaron sentados bajo los álamos quietos, ni las hojas más altas se movían.

Fueron en coche hasta el vertedero. El sol atravesaba el parabrisas y les quemaba las rodillas. La puerta debía de provenir de algún redil a saber dónde, o quizá de algún rancho en quiebra. Estaba abierta y Harry entró con el coche. Era un campo lleno de cachivaches y basura junto al arroyo, un campo pelado que nunca dejaba de humear. De una choza rodeada de muelles de cama salió un negro con mono de trabajo. Tenía los hombros redondeados y debía pesar lo mismo que un toro. Al fondo estaba aparcado un viejo Chrysler verde.

—Buscamos tuberías, Al —dijo Harry.

Por toda respuesta, el hombre señaló con desgana.

Harry ya había recorrido arriba y abajo un pasillo de muebles viejos, estufas, sillas de aluminio. Un olor agrio inundaba el aire. Unas cuantas neveras indestructibles habían caído por la orilla y estaban medio enterradas en el arroyo.

Todas las tuberías estaban en el mismo sitio, casi todas oxidadas. Billy rebuscó empujándolas con el pie.

—Éstas pueden servir —comentó Harry.

Empezaron a acarrear trozos de tuberías hasta el coche y los colocaron sobre el techo. Luego circularon lentamente, el viejo

medio hundido en el asiento. El coche se bamboleaba al entrar y salir de los baches, las tuberías rodaban en la baca.

—Buen tipo, ese Al —dijo Harry.

Ya llegaban a la choza. Saludó con la mano al pasar delante, pero no había nadie.

Billy estaba pensando en sus cosas. El trayecto hasta el pueblo parecía largo.

—Siempre están dándole problemas —dijo Harry. Miraba la carretera desierta que conectaba todas aquellas poblaciones—. Nada de lo que tiene ahí vale mucho —añadió— y, cuando intenta cobrar aunque sea un poco, nadie quiere pagar: consideran que deberían poder llevárselo gratis.

—A ti no te ha cobrado.

—¿A mí? No, yo le traigo alguna cosilla de vez en cuando —explicó Harry—. Al y yo somos amigos... —Dejó pasar un rato y luego agregó—: Dicen que éste es un país libre, yo no sé...

Los vaqueros de Gerhart's lo llamaban el Sueco, aunque en su vida había estado en Suecia. Lo veían ir y venir con su piel como de papel, los brazos colgando, sus lentos andares de viejo. Cierta pinta de sueco sí tenía, con esos ojos claros en las mañanas de blancura invencible, las mañanas del gran suroeste, frente a un café negro, con el día entero por delante. Los ceniceros del bar eran de plástico, el reloj llevaba impresa la marca de un whisky en la esfera.

Billy entró. Eran las cinco y media.

—Ahí lo tienes.

Él no les hizo ni caso.

—Bueno, ¿qué os pongo? —preguntó Gerhart.

—Cerveza.

En la pared había una cabeza de oso disecada con gafas en la nariz y lengua de plastilina. Encima, una bandera de Estados Unidos y un cartel: NO SE ADMITEN PERROS. Hasta el mediodía sólo había unos pocos clientes como Wayne Garrich, que tenía una

agencia de seguros: sólo se veían vaqueros con sus típicos sombreros de paja con las alas enrolladas hacia arriba. Luego llegaban los obreros de la construcción, con camisetas y gafas de sol, y los trabajadores de la compañía del gas. A partir de las cinco siempre estaba abarrotado. Los peones de los ranchos se sentaban a las mesas juntos, con las piernas estiradas. Las hebillas de sus cinturones eran doradas y tenían un novillo grabado.

—Serán treinta centavos —dijo Gerhart—. ¿En qué andas? ¿Sigues trabajando para el viejo Harry?

—Sí, bueno... —a Billy le flojeó la voz.

—¿Cuánto te paga?

Estaba demasiado abochornado para decir la verdad.

—Dos cincuenta la hora —repuso.

—Joder —respondió Gerhart—, eso pago yo para que me barran el suelo.

Billy asintió: no tenía nada que discutir.

El propio Harry cobraba tres dólares la hora. Decía que tal vez hubiera gente en el pueblo que cobrara más, pero su tarifa era ésa. Por ese dinero era capaz de instalar unos cimientos, decía, y en tres semanas.

No había ni un día de lluvia: todo el día llevaban el sol en la espalda como quien lleva un madero.

Harry sacó la pala y la azada del maletero del coche. Era alto, podía llevarlas en una mano. Los sacos de cemento estaban apilados sobre una tabla de contrachapado. Puso la carretilla bocarriba y la enjuagó con una manguera. Luego empezó a preparar la primera mezcla de hormigón: cinco paladas de grava, tres de arena, una de cemento. De vez en cuando paraba y retiraba una ramita o una brizna de hierba de la mezcla. El sol caía a plomo sobre sus hombros: llevaban así diez mil días seguidos en Texas y sus alrededores. Removió la mezcla seca una y otra vez y luego empezó a añadir agua y fue

incorporándola poco a poco. La mezcla fue adquiriendo el rico color gris de los ríos, la grava asomaba en la superficie lisa.

Billy la contempló.

—Que no vaya a quedar demasiado suelta —le dijo el viejo.

Siempre daba la sensación de que hablaba solo. Harry apoyó la azada en el suelo.

—Vale.

Tenía los hombros encorvados por las horas de trabajo. Agarró la carretilla por las asas, pero no tiró de ella.

—Ya me encargo yo —dijo Billy al tiempo que alargaba un brazo.

—No es necesario —murmuró Harry.

Al pronunciar las eses se le escapaba un silbido entre los dientes.

Consiguió empujarla mientras la superficie, ahora lisa del todo, se movía ligeramente de un lado a otro, luego la soltó de golpe junto a los encofrados de madera que había construido... Billy había cavado la zanja. Harry comprobó las maderas por última vez, ladeó la carretilla y derramó el pesado líquido desde el borde. Rascó bien la carretilla con la pala para vaciarla y luego recorrió la zanja dando golpecitos con la pala para rellenar los huecos. En el segundo viaje dejó que Billy empujara la carretilla. Llevaba el torso desnudo, el sol rugía sobre sus hombros y espalda, sus músculos parecían a punto de estallar. Al día siguiente lo dejó trabajar con la pala.

Billy vivía en una habitación de planta baja cerca de la iglesia católica. Dormía sin sábanas, por la mañana se bebía la leche directamente del tetrabrik. Salía con una tal Alma, camarera del Daly's; una mujer de pantorrillas fuertes que no hablaba mucho. Sus ganas de complacer le ponían los pelos de punta: a veces se la encontraba con otro hombre en Gerhart's, entre una algarabía de voces salpicadas por risas que más parecían ladridos. Detrás de ella podían verse fotografías de

boxeadores famosos y manchas de humedad; los clientes entraban y salían del baño dando portazos.

Todos hablaban de ella. Se quedaban en la barra para poderla ver volviendo apenas la cara. Era un pueblo pequeño y ella era una chica. En la tele daban un amistoso de fútbol americano que se celebraba en Grand Junction. Mientras veían el partido pensaban en las piernas de Alma: era como un animalito, la deseaban. Fumaba mucho, pero tenía los dientes blancos. Tenía la nariz chata como un boxeador.

—Apuesto a que vives en una caravana —le dijo Billy—. Apuesto a que les compras a tus hijos el pan blanco de molde que venden en paquetes largos y blanditos en la tienda de Woody Creek.

—¿Tú crees?

No lo negó, simplemente desvió la mirada, como un animal. ¿A quién le importaba que los animales fueran hermosos y puros? Llegaban por la autopista en ruidosos camiones de hierro que hacían volar briznas de paja al pasar, los vaqueros los miraban con ojos gélidos y los hacían entrar en el matadero, donde se oían mazazos repentinos y mugidos sordos. Él no gastaba mucho dinero en ella: estaba ahorrando. Ella nunca lo mencionaba.

Rellenaron el costado de la casa que daba a la calle Tres y luego siguieron por la parte del frente. Billy estuvo pensando en Alma bajo aquel sol que le bronceaba los brazos. Levantaba la pesada carretilla y todo su cuerpo se tensaba como un cable. A última hora de la tarde, cuando terminaron, Harry lavó las herramientas con la manguera y guardó la pala y la azada en el maletero de su coche. Se sentó en el asiento delantero y dejó la puerta abierta. Sonreía para sí, se levantó la gorra para alisarse el pelo.

—Oye —dijo mirando al suelo: quería contarle algo—, ¿has estado en el Oeste?

Era una de sus batallitas, en California, en los años treinta. Se había sumado a un grupo que iba de pueblo en pueblo buscando trabajo y un día llegaron a un sitio, ya no recordaba el nombre, y entraron en un pequeño restaurante. En aquellos tiempos se podía comer por treinta centavos, pero cuando llegó la hora de pagar el dueño los informó de que le debían un dólar y medio por cabeza. «Y si no les parece bien, la comisaría de la policía queda un poco más abajo en esta misma calle», les dijo. Más tarde, él se había acercado a la barbería «porque tenía el pelo tan largo que se parecía al famoso percusionista». El barbero le había puesto la sábana y él le había pedido que le cortase esas greñas, pero enseguida había añadido: «No, no, espere, ¿cuánto me va a costar?», a lo que el barbero había contestado con las tijeras en la mano: «Ya veo que has comido donde el griego.»

Se echó a reír casi avergonzado. Miraba a Billy y le mostraba sus grandes dientes perfectamente naturales, sin ninguno postizo. Billy se estaba abotonando la camisa.

Esa tarde hacía calor. «Es el verano más caluroso en años, el más caluroso de la historia», se decía. En Gerhart's, todo el mundo llevaba las botas y los zapatones llenos de polvo.

—Mierda, qué calor hace —se decían entre ellos.

—Sólo nos falta derretirnos.

—Bueno, ¿qué os pongo? —preguntaba Gerhart.

El idiota de su hijo estaba aclarando los vasos.

—Cerveza.

—¿Cómo lleváis el calor? —decía Gerhart mientras les servía.

Se quedaban de pie en la barra con los brazos cubiertos de polvo. Al otro lado de la calle estaba el cine. Subiendo hacia el canal, la cantera de arena y grava. Había ranchos por todas partes, una planta de producción de macadán, hombres como Wayne Garrich, que prácticamente ni hablaban porque la

amargura se les había colado hasta los huesos. Eran prudentes, no hacían un solo movimiento brusco. Miraban hacia fuera por los grandes ventanales del bar.

—Ahí está Billy.

—Es verdad.

—Bueno, ¿qué dices? ¿Va o viene? —Cualquier cosa que dijeran con sus vozarrones sonaba a apuesta, sus brazos enormes parecían leños apoyados en la barra.

Terminaron los cimientos a principios de septiembre. Donde antes había estado el montón de tierra sólo quedaba una poca, algunos granos de grava. Empezaba a refrescar por las noches, se anunciaba ya el vacío del invierno: no se veía una luz encendida en todo el pueblo. Los árboles parecían callados, sumisos. No tardarían en empezar a agitarse, primero los más pequeños, los más grandes después.

Harry murió hacia las tres de la madrugada. Por la tarde había ido al supermercado y había tenido que esconderse tras las estanterías y apoyarse en el carro mientras boqueaba para recuperar el aire. Intentó beber un poco de té, se sentó en su silla. Estaba a medio camino entre el sueño y la vigilia, la luz de la cocina estaba encendida. De pronto, sintió un terrible estallido de dolor. Abrió mucho la boca, se le secaron los labios.

Dejó pocas cosas: unas cuantas prendas de ropa, el Chevrolet lleno de herramientas. Todo parecía mustio y falto de vida. El mango de su martillo tenía sus dedos marcados en la madera. Había trabajado en todas partes, incluso había construido barcos en Galveston durante la guerra. Había fotos de cuando tenía veinte años, con la misma cara endurecida de campesino, la misma nariz ganchuda. En la funeraria parecía un faraón: le habían cruzado las manos sobre el pecho y tenía los pómulos hundidos, los párpados como de papel.

Billy Amstel se fue a México con Alma, en un coche que

compraron por cien dólares. Acordaron compartir los gastos. El sol abrillantaba el parabrisas mientras viajaban hacia el sur contándose sus vidas.

American Express

Ahora se hace difícil pensar en todos aquellos bares y todas aquellas noches: el Nicola's, largo y refulgente como un vagón de tren, la multitud en el Un, Deux, Trois, en el Billy's... Rostros desconocidos y brillantes apiñados en torno a la barra, el ojo oscuro y dramático que refulge por un instante y luego desaparece.

En esos tiempos vivían en pisos con muebles extraños y los domingos dormían hasta el mediodía. Ocupaban las últimas filas de los ejércitos de la ley: por delante había novatos más espabilados, ayudantes, socios, hombres con trajes buenos que iban a comer al Four Seasons. El padre de Frank iba tres o cuatro veces por semana y, si no, al Century Club o al Union, donde había incluso hombres mayores que él: «La mitad de los socios del club no puede orinar y la otra mitad no puede parar de hacerlo», solía decir.

Alan, por su parte, era de Cleveland, donde su padre era un hombre conocido, por no decir detestado: ningún acusado era demasiado culpable, ningún caso le parecía suficientemente claro. En una ocasión, en otra parte del Estado, había defendido a un negro que había cometido un asesinato. Sabía lo que pensaban los miembros del jurado, sabía cómo lo veían. Se levantó despacio. Quizá habían oído ciertos rumores, empezó a decir. Quizá habían oído, por ejemplo, que era un abogado de primera categoría venido de la ciudad, que llevaba trajes de trescientos dólares, que conducía un Cadillac y sólo fumaba los mejores puros. Caminaba de aquí para allá como si buscara algo en el suelo. Quizá habían oído que era judío.

Se detuvo y alzó la vista. Bueno, era de la ciudad, aceptó. Llevaba trajes de trescientos dólares, conducía un Cadillac, fumaba sólo los mejores puros y era judío. «Aclarado eso, hablemos del caso.»

Abogados e hijos de abogados, días de juventud. Por la mañana, los chirridos del metro resonaban en la viciada oscuridad.

—¿Te has fijado en la recepcionista nueva?

—¿Por qué? —preguntó Frank.

El ruido era tal que parecía como si estuvieran en el lanzamiento de un cohete.

—Está buena —confesó Alan.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

—¿Qué quiere decir que lo sabes?

—Intuición.

—¿Intuición? —preguntó Frank.

—¿Qué?

—Eso no cuenta.

Todo eso los hacía inseparables: las horas de trabajo, la lírica, los sueños. Al cabo, no llegaron a conocer a la recepcionista, con su miopía y su melena abundante y asilvestrada, pero conocieron a otras: a Julie, a Catherine, a Ames; aunque la mejor, durante casi dos años, fue Brenda, que de alguna manera había conseguido licenciarse en Marymount y tenía un apartamento minúsculo en la 4 Oeste además de una foto, en un marco de plata fino y bruñido, donde podía verse a su padre, en el Plaza, con su hermana y ella, con trece años y una sonrisita extraña.

—Me encantaría haberte conocido entonces —le dijo Frank.

—Me lo imagino —contestó ella.

Lo que más le gustaba era su voz: esa voz de ciudad, desdeñosa y cálida. Según ella, eran tal para cual, y en cierto

modo era verdad. Iban de copas a locales donde todo el mundo la conocía —sus favoritos eran aquellos en los que el dueño tocaba el piano—, pero no por ello lo descuidaba. La ciudad tiene sus momentos incomparables: rodaban por las paredes del apartamento besándose y chocando como piedras. Eran las cinco y la luz empezaba a esfumarse.

—No —le ordenaba ella—. ¡Que no!

Él le estaba besando el cuello.

—¡Dios! Estoy enamorado de tu bocio...

—No me llevarás a cenar —dijo ella.

—Claro que sí.

—¡¿Mi bocio?!

Costaba mantenerla entre los brazos, como si fuera un gran perro.

—Ven aquí —intentó convencerla, pero ella se metió en el baño y empezó a peinarse.

—¿A qué restaurante vamos? —preguntó.

Solía dejarse, pero era bastante impredecible. Estaba dispuesta a hacer todo lo que su madre se habría negado a hacer y sin embargo vivía igual que ella, en un piso parecido, con las mismas sillas de terciopelo, con Navidades y sobres para el conserje, con la nieve acumulándose sobre la marquesina y niños volviendo del colegio. Adoraba a su padre. Se fue de viaje a Hawái con él y mandó postales: dos o tres líneas apresuradas en letra grande y desprolija.

Era verano.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó Frank.

Llamó a la puerta, que estaba entornada. Llevaba la chaqueta en la mano: hacía calor.

—De acuerdo —dijo alzando la voz—. Salgan con las manos en alto; Alan, vigila la puerta trasera.

La fiesta, al parecer, había terminado. Empujó la puerta para abrirla del todo. Había una lámpara encendida, pero la

habitación estaba en penumbras.

—Eh, Bren, ¿llegamos tarde? —Llamó y ella apareció en el umbral con aires de misterio; con las piernas al aire, pero zapatos de tacón alto—. Habríamos venido antes, pero estábamos trabajando: no hemos podido escaparnos de la oficina. ¿Dónde está todo el mundo? ¿Dónde está la comida? Eh, Alan, llegamos tarde: no hay comida, no hay nada.

Ella apoyó un hombro en el marco de la puerta.

—Hemos corrido tanto como hemos podido —se justificó Alan—, pero no había manera de conseguir un taxi.

Frank se dejó caer en el sofá.

—No te enfades, Bren —le suplicó—. De veras estábamos trabajando. Tendría que haberte llamado. ¿Puedes poner un poco de música? ¿Tienes algo de beber?

—Queda un poquito así de vodka —repuso ella.

—¿Hay hielo?

—Un par de cubitos.

Se apartó del marco con un empujón, sin demasiado entusiasmo. Él la vio caminar hacia la cocina y oyó la puerta de la nevera.

—Bueno, Alan, ¿qué te parece? —preguntó—. ¿Qué piensas hacer?

—¿Yo?

—¿Dónde está Louise? —le preguntó a Brenda.

—Durmiendo.

—¿En serio se ha ido a casa?

—Tiene que ir trabajar.

—Alan también.

Brenda salió de la cocina con las bebidas.

—Siento haber llegado tarde —volvió a decir él mientras miraba el interior del vaso—. ¿La fiesta ha ido bien? —Removió el contenido con un dedo—. ¿Éste es todo el hielo que hay?

—Han despedido a Jane Harrah —explicó Brenda.

—Qué pena, ¿quién es Jane Harrah?

—Se encargaba de las campañas grandes. Ross quiere que yo ocupe su sitio.

—Genial.

—No estoy segura de querer —dijo ella en tono indolente.

—¿Por qué no?

—No habla muy bien de él, ¿no?

—Más bien de ella.

—Típica respuesta de hombre, ¡por Dios!

—¿Qué pinta tiene? ¿Se parece a Louise?

Una sonrisa de treintañera se asomó a la cara de Brenda.

—Nadie se parece a Louise —dijo. Su voz estrujaba el nombre de aquella chica con cuyas piernas soñaba Alan—. Jane tiene los labios finos.

—¿Y eso es todo?

—Las mujeres de labios finos siempre son frías.

—Déjame ver los tuyos —dijo él.

—Quita.

—Los tuyos no son finos. Alan, éstos no son finos, ¿verdad? Eh, Brenda, no te los tapes.

—¿Dónde estabais? Obviamente no estabais trabajando.

Él la había obligado a apartar la mano.

—Venga, que se vea cómo son de verdad —dijo—. No son finos, son bonitos. Lo que pasa es que no me había fijado. —Se recostó en el sofá—. Alan, ¿qué tal vas? ¿Ya tienes sueño?

—Estaba pensando... en cómo ha cambiado la ciudad —respondió Alan.

—¿En cinco años?

—Ya llevo aquí casi seis.

—Claro que cambia: ellos bajan y nosotros subimos.

Alan estaba pensando en Louise, la gran ausente, que sólo le había dejado el recuerdo de un trayecto a casa lleno de

sobresaltos por calles interminables.

—Ya lo sé.

Ese año se acostumbraron a ir a la sauna y a sentarse sobre las toallas blandas a inhalar eucalipto y hablar de Hardmann Roe. Después, se dirigían a las duchas con pasos de campeón; la piel tersa, las caderas firmes y juveniles.

Hardmann Roe era una pequeña empresa farmacéutica de Connecticut que se había desviado un poco de su campo y se había metido en el lío de demandar a un gran fabricante por infringir una oscura patente. Era un caso muy técnico y con pocas opciones de victoria. Los abogados de la parte contraria habían levantado una barricada de mociones y aplazamientos, así que el caso había ido bajando por el escalafón hasta llegar a los despachos de Zipi y Zape —cerca de la fotocopiadora—, que tenían tiempo para esas cosas y se dedicaban a comentarlas entre el siseo del vapor de la sauna, sin contar con que nadie más quería el caso.

De modo que se habían puesto a trabajar: volvían a ser estudiantes sentados por ahí con sus polos, los pies encima de la mesa. Proponían ideas a la desesperada, arrugaban montones de papeles, se quedaban en la biblioteca a deshoras hasta que las palabras de los libros se les volvían borrosas.

Y así continuaron, durante los fines de semana y las vacaciones. A veces incluso dormían en la oficina y preparaban café mucho antes de que los primeros compañeros llegaran al trabajo. Y a última hora, después de alguna cena, seguían hablando del caso: de sus complejidades, de dónde parecía encajar cada elemento, de la secuencia de cartas y artículos en la prensa, de reuniones y términos y significados. Brenda conoció a un guapo holandés que trabajaba en un banco, Alan conoció a Hopie, pero ahí seguía aquel bosque infinito: los troncos y las enredaderas que impedían el paso de la luz, las raíces de cosas lejanas que se acababan juntando. Cada mes

que pasaba se sumergían más en el caso y estaban menos seguros de dónde se encontraban y si aquello tendría fin. Se habían convertido en algo parecido a esos socios importantes a los que se va apartando poco a poco: cada vez menos llamadas, menos consultas; vidas que se reducían a algún almuerzo. Se sabía que el caso se los había tragado y poco más. En realidad, era lo contrario: nadie entendía los detalles del caso mejor que ellos. Habían pasado tres años: sólo eso ya le daba al asunto cierta dimensión. La reputación del bufete, así se dijera irónicamente, dependía de ellos.

Dos meses antes de la fecha prevista para el juicio dimitieron de Weyland & Braun. Frank se sentó a la mesa abrillantada para el almuerzo del domingo. Su padre era uno de los prohombres de la ciudad, la clase de abogado en quien depositas tu confianza y termina siendo tu amigo.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber.

—Vamos a montar nuestro propio bufete.

—¿Y el caso que estabais llevando? No puedes dejarlos colgados con un litigio que lleváis años preparando.

—No lo abandonaremos: nos lo llevamos —aclaró Frank.

Hubo un momento de silencio aterrador.

—¿Que os lo lleváis? ¡No podéis hacer eso! Deberías saberlo, Frank: has ido a una de las mejores escuelas. Te demandarán, arruinarás tu carrera.

—Lo hemos pensado mucho.

—Escúchame —insistió su padre.

Todo el mundo le dijo lo mismo: su madre, el tío Cook, los amigos... Era peor que la ruina: una deshonra, eso le dijo su padre.

Al final, resultó que el caso Hardmann Roe no llegó a juzgarse nunca: apenas seis semanas después hubo un acuerdo. Pactaron por treinta y ocho millones, y su minuta representaba un tercio de esa cantidad.

Su padre se había equivocado, algo que no era de esperar. Y nadie los demandó: eso formaba parte del acuerdo. En vez de la ruina, se encontraron con unas oficinas nuevas cuyas ventanas asomaban al parque Bryant —que desde arriba semejaba el jardín trasero de un oscuro *château*—, con clientas jóvenes, entradas para la ópera, cenas en pisos de azafatas recién divorciadas, pisos entregados a cuenta con montones de libros y enormes cocinas embaldosadas.

La ciudad se dividía, tal como él mismo había dicho, entre los que subían y los que bajaban, los que tenían mesa en los restaurantes atiborrados y los que se quedaban en la calle, los que esperaban y los que no, los que tenían tres cerraduras en la puerta y los que subían en ascensor desde un vestíbulo lleno de espejos plateados y paneles de nogal.

Y luego estaba la gente como la señora Christie, que estaba más o menos en medio y parecía tener claro dónde quería estar: quería renegociar el acuerdo con su ex marido. Frank le había echado un vistazo al papeleo.

—¿Qué opina? —le preguntó ella en tono franco.

—Creo que le resultaría más fácil volverse a casar.

Ella llevaba un abrigo de piel cuyo forro oscuro asomaba aquí y allá. Soltó un resoplido de incredulidad.

—No es tan fácil —dijo.

No se hacía una idea de lo difícil que era, profundizó: hacía poco, una pareja de amigos le había presentado a alguien. «Iremos a cenar los cuatro a su casa», le habían dicho. «Te encantará, eres perfecta para él: siempre está hablando de libros.»

Al llegar al piso las dos mujeres se habían metido de inmediato en la cocina y se habían puesto a cocinar. ¿Qué le parecía? Apenas lo había visto un segundo, había respondido ella, pero le gustaba: tenía una calva preciosa y llevaba un batín muy elegante. Enseguida se había puesto a planificar lo

que haría con el piso, un tanto tristón. El tipo, que se llamaba Warren, apenas abrió la boca en toda la noche. Se había quedado sin trabajo, le contó su amiga en la cocina. No tenía problemas de dinero, pero estaba deprimido.

—Está impresionado —le aseguró—: le has gustado mucho.

De hecho, había preguntado si podría volver a verla.

—¿Por qué no vienes mañana a tomar el té? —le propuso.

—Bueno, sí —respondió ella—. Casualmente estaré por el barrio —añadió.

Al día siguiente se había presentado a las cuatro con una bolsa llena de libros que había comprado para él y que le habían costado al menos cien dólares. Él estaba en pijama, no había té, no parecía saber ni quién era ella ni qué hacía allí. Ella fingió recordar de repente que tenía una cita y se fue dejando los libros. Mientras bajaba en el ascensor, se le revolvió el estómago.

—Bueno —dijo Frank—, quizá haya alguna posibilidad de darle la vuelta a ese acuerdo, señora Christie, pero podría costarle mucho dinero.

—Ya veo —dijo ella con voz escasa—. ¿No podría cobrar un porcentaje?

—En casos como éste no.

Anochecía. Le ofreció una bebida. Ella apretaba los labios mientras reflexionaba.

—Bueno, entonces... ¿qué puedo hacer?

Su vida era una suma de decepciones, casi siempre como consecuencia de haberse enamorado, de haber accedido a salir con un hombre mayor en Nashville, de donde era ella, tan sólo porque usaba un traje blanco, de haber aceptado casarse con George Christie mientras navegaban por la costa de Maine...

—No sé de dónde sacar el dinero —agregó.

Levantó la vista y descubrió que él la estaba mirando sin prisa. Las luces empezaban a encenderse en los edificios que

rodeaban el parque, en las calles, en los coches de la gente que volvía a casa. Hablaron mientras caía la noche. Salieron a cenar.

En la Navidad de ese mismo año, Alan y su esposa rompieron.

—Estás de broma —dijo Frank.

Se había mudado a un piso nuevo con toallas mullidas y moquetas finas. En el recibidor había un escritorio Biedermeier negro, marrón y oro, en la acera de enfrente, un colegio privado.

Alan estaba mirando por la ventana, fría como la amura de un barco.

—No sé qué hacer —dijo desesperanzado—. No me quiero divorciar, no quiero perder a mi hija.

Se llamaba Camille, tenía dos años.

—Sé cómo te sientes —dijo Frank.

—Lo sabrías si tuvieras hijos.

—¿Has visto esto? —preguntó Frank: sostenía en alto la revista de ex alumnos. Era el decimoquinto aniversario de su promoción—. ¿Conoces a alguno de éstos?

Cinco compañeros de clase habían obtenido medallas al mérito, Alan reconoció a dos o tres.

—Cummings —dijo—. Ése era un don nadie... elegido como representante en el Congreso. Ay, Dios, no sé qué hacer.

—Por lo pronto, no dejes que se quede con el piso —recomendó Frank.

Pero no era tan fácil: no cuando se trataba de uno mismo. Nan Christie había decidido que tenían que casarse. Sacó el tema una noche.

—Mejor no —respondió él al fin.

—Me quieres, ¿verdad?

—No es un buen momento para esto.

Se quedaron acostados en silencio. Ella se puso a mirar algo

indeterminado al otro lado de la habitación. Estaba consiguiendo que Frank se sintiera incómodo.

—No funcionaría —dijo él—: es la atracción de los polos opuestos.

—No somos polos opuestos.

—No me refiero a ti y a mí. Las mujeres se enamoran cuando consiguen conocer bien a un hombre, los hombres funcionamos al revés: cuando ya conocemos bien a una mujer es cuando estamos listos para largarnos.

Ella se levantó sin decir nada y empezó a recoger su ropa, él la miró vestirse en silencio: no había nada interesante en esa escena. Lo más curioso es que hasta hacía un momento tenía la intención de seguir con ella.

—Te pido un taxi —dijo.

—Antes te tenía por alguien inteligente —dijo ella como si hablara sola. Él, exhausto, estaba buscando el número de teléfono—. No quiero un taxi: me voy a pie.

—¿Por Central Park?

—Sí. —Nan se vio durante un segundo en los periódicos del día siguiente. Se detuvo un momento junto a la puerta—. Adiós —dijo con frialdad.

Le escribió una carta que él releyó varias veces: «De todos los amores que he conocido, ninguno me ha tocado tan profundamente. De todos los hombres, ninguno me ha dado más que tú.» Frank se la enseñó a Alan, que no hizo ningún comentario.

—Salgamos a tomar algo —le propuso entonces.

Subieron andando por Lexington, Frank parecía despreocupado, con su bufanda al cuello, el abrigo abierto, el pelo en retirada.

—En fin... —consiguió decir.

Entraron en un lugar llamado Jack's. La luz destellaba en la madera oscura y las hileras de vasos dispuestos en los estrechos

anaqueles. El joven camarero se plantó delante de ellos apoyando las manos en la barra.

—¿Cómo estamos esta noche? —preguntó con una sonrisa—. Me alegro de volver a verlo por aquí, señor.

—¿Me conoce?

—Su cara me resulta familiar —dijo el camarero sonriente.

—¿Ah, sí? Pero... ¿cómo se llama este sitio? Recuérdame que no vuelva nunca.

Había unos cuantos clientes más en la barra. El más cercano a ellos desvió cautelosamente la mirada. Al cabo de un rato se acercó el encargado. Había salido de una recámara tapada por una cortina oscura.

—¿Algún problema, señor? —preguntó en tono educado.

Frank lo miró.

—No —dijo—, todo está bien.

—Hemos tenido un día muy largo —dijo Alan—, sólo nos estamos relajando un poco.

—Arriba tenemos un reservado para comer —sugirió el encargado. A su espalda había una escalera de hierro que trazaba una curva entre retratos de perros, aparentemente borzoi—. Allí atendemos todas las noches de seis a once.

—No me cabe duda —contestó Frank—. Mire, su camarero no me conoce.

—Se ha equivocado —dijo el encargado.

—No me conoce de nada ni me conocerá.

—No pasa nada, no pasa nada —terció Alan agitando una mano en el aire.

Ocuparon una mesa junto a la ventana.

—No soporto a esos actores sin trabajo que se creen amigos de todo el mundo —comentó Frank.

Mientras cenaban hablaron de Nan Christie: Alan pensaba en sus vestidos de seda, en su entrega. El problema, dijo al rato, era que él nunca conocía a mujeres así: la clase de mujeres que

a veces pasaban caminando por delante de Jack's. Las que él conocía eran demasiado humanas, se quejó. Llevaba desde la separación intentando dar con la mujer adecuada.

—No debería costarte —comentó Frank—: todas andan buscando a alguien como tú.

—A quien buscan es a ti.

—Eso es lo que creen.

Frank pagó la cuenta sin mirarla siquiera.

—Cuando has estado casado una vez —aseguró Alan—, siempre quieres volver a estarlo.

—Yo no consigo confiar en nadie hasta el punto de casarme —explicó Frank.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Estoy bien así.

A Frank le faltaba algo, y las mujeres siempre habían hecho lo que fuera necesario para descubrir qué era. Siempre. A lo mejor era más sencillo, pensó Alan: a lo mejor no le faltaba nada.

El Renault, un turismo grande, redujo la velocidad y abandonó la autopista con Brenda dormida en el asiento trasero con la boca medio abierta y el brillo de la luz del sol en los pómulos. Estaban cerca de Como, acababan de cruzar la frontera. El policía de la aduana se había asomado a echarle un vistazo.

—Venga, Brenda, despiértate —le dijeron—; pararemos a tomar un café.

Ella volvió del baño de mujeres recién peinada y con los labios pintados. Al otro lado de la barra, el chico de la chaqueta blanca enjuagaba cucharillas.

—Eh, Brenda, casi lo olvido: ¿se dice *espresso* o *expresso*? —le preguntó Frank.

—*Espresso* —respondió ella.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy de Nueva York.

—Ah, es verdad —recordó él—: los italianos no usan la equis, ¿no?

—Y tampoco la jota —apuntó Alan.

—Y eso ¿por qué?

—Son muy descuidados —dijo Brenda—, probablemente las habrán perdido.

Era como en los viejos tiempos. Ella se había divorciado de Doop, o Boos, o comoquiera que se llamase. Sus dos hijitas estaban con la abuela. Tenía esa sonrisa extravagante.

En París, Frank los había llevado al Crazy Horse. La música había brotado en medio de una negrura como de terciopelo y seis chicas se habían puesto a sacudir las piernas a la vez bajo la luz brillante. Llevaban tacones altos y poco más: la clase de desnudez que evoca la inmortalidad. Él tenía un codo en la mesa, la mano bajo la barbilla. Miró de reojo a Brenda.

—Sigues estudiándolas, ¿eh? —le dijo ella.

Estarían tres semanas, aunque Frank no estaba seguro: quizá podrían quedarse un poco más, alquilar una casa en el sur de Francia o algo por el estilo. Sus clientes tendrían que arreglárselas sin ellos. «A veces», dijo, «llega un momento en que tienes que alejarte por un tiempo».

Desayunaban juntos en los hoteles, entre el ruido de los obreros picando piedra en las fuentes de la calle. Oían a las mujeres gritar enfadadas desde la cocina, iban en coche a ver pueblos pequeños y bebían todas las noches. Tenían habitaciones separadas: camarotes en un barco fantasma.

A mediodía, la luz se filtraba entre las curvas de los edificios. Vieron gente caminando a lo lejos, una bandada de palomas alzó el vuelo al pasar un perro al trote... El hombre de la mesa de enfrente miraba a un lado y a otro con unos binoculares. Dos suecas que iban de paseo pasaron por delante.

—Ahora se ven más oscuras —dijo el hombre.

—¿Quiénes? —preguntó su esposa.

—Las palomas.

—Alan —dijo Frank en tono de confidencia.

—¿Qué?

—Las palomas se ven más oscuras.

—Qué lástima.

Guardaron silencio un momento.

—¿Por qué no les sacas una foto? —preguntó la mujer.

—¿Una foto?

—A esas mujeres. Como las miras tanto...

El hombre soltó los binoculares.

—Fíjate, esa curva es tan elegante... —dijo—, por eso esta plaza es tan perfecta.

—¿Verdad que hace un tiempo glorioso? —dijo Frank en el mismo tono.

—Y esas palomas —lo secundó Alan.

—Sí, las palomas...

Al cabo de un rato, la pareja se puso en pie y se marchó. Las palomas echaron a volar cuando un niño pasó corriendo, los sobrevolaron batiendo las alas.

—Ya veo que seguís con vuestros jueguecitos —dijo Brenda.

Frank contestó con una sonrisa.

—Tendríamos que quedar en Nueva York —dijo Brenda esa noche. Estaban esperando a que bajara Alan. Ella alargó un brazo para coger una revista que había al otro lado de la mesa —. No has conocido a mis hijos, ¿verdad?

—No.

—Son unos chicos fantásticos. —Fue pasando páginas sin prestar atención. Tenía los antebrazos bronceados, no llevaba anillo de casada. Había pasado ya el primer acto o, mejor dicho, los primeros cinco minutos, ahora empezaba la acción—: ¿Te acuerdas de aquellas noches en Goldie's? —le preguntó a

Frank.

—En esa época las cosas eran distintas, ¿no es cierto?

—No tanto.

—¿Qué quieres decir?

Brenda lo miró y le dedicó una peineta. Entonces apareció Alan, se sentó y se los quedó mirando, primero a uno, luego a la otra.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Interrumpo algo?

Llegado el momento de irse, Brenda quiso que la llevaran a Roma: podían pasar un par de días juntos allí antes de que ella tomara un avión. Frank respondió que ellos no iban en esa dirección.

—Sólo son tres horas de coche.

—Ya lo sé, pero es que vamos hacia el lado contrario.

—Por el amor de Dios, ¿por qué os negáis a llevarme?

—Llevémosla —propuso Alan.

—Ve tú, yo me quedo aquí.

—Tendrías que haberte dedicado a la política —dijo Brenda —: tienes auténtico talento.

Cuando Brenda se fue, la atmósfera cambió. Se quedaron solos. Circularon hacia el norte a través de un paisaje adormecido. Sonaban los lametazos del agua verdosa mientras la oscuridad se cernía sobre Venecia. Algunos *palazzi* tenían las luces encendidas; en los pisos superiores, tras las gruesas cortinas, las condesas extendían las piernas, que se deslizaban como serpientes entre las sábanas.

En Harry's, Frank alzó su vaso lleno de cubitos de hielo y murmuró la frase favorita de su padre: «Nos vemos allá arriba.»

Conversó con la pareja de la mesa contigua: un alemán que trabajaba de gerente de un hotel en Düsseldorf y su novia. Ella llevaba un rato mirándolo.

—¿Quieres probar? —le propuso. Era su segunda copa. Ella bebió sin quitarle la vista de encima—. Parece que te lo has

terminado.

—Sí, así me gusta.

Frank sonrió: cuando bebía sentía una extraña calma. Una vez, en un parque de Lugano, un pájaro se había posado en su zapato.

Por la mañana, en la otra orilla del canal, ancho como un río, se distinguían los edificios de las islas de la Giudecca con sus colores suaves —una gran barcaza varada—, algunos tejados y las copas de algunos árboles ocultos. Los primeros vientos del otoño rizaban el agua con sus soplidos.

Al salir de Venecia, Frank iba al volante: no podía subirse a un coche si no conducía él. Sentado detrás, Alan iba mirando por la ventanilla mientras el sol se ponía en las laderas de la Antigüedad. Los días europeos, el silencio, la aguja flotando al marcar los cien...

En Padua, Alan se despertó pronto. Estaban montando los puestos del mercado. Hacía frío y aún no había amanecido. Un hombre estaba colocando unas tablas sobre el pavimento: ocho tablas como puertas en las que depositar los sacos de grano. Llevaba la chaqueta de un traje. Rebuscó en su camión hasta encontrar unos pedazos de madera que usó como cuñas para las tablas; después, comprobó que estaban bien fijas saltando en un pie sobre ellas.

El cielo se puso violeta. Bajo los pórticos, los polleros habían colgado pollos y gallos —atados de los espolones—. Dos hombres pelaban alcachofas. El coche patrulla azul de los *carabinieri* pasó delante con indolencia. A continuación, dispusieron los sacos de arroz y judías secas con la parte superior plegada como si fuera un puño de camisa. Una chica con abrigo entallado y pañuelo en la cabeza se puso a pregonar:

—*Signore* —añadiendo con arrogancia—: *Dica!*

Él veía el mundo como si fuera nuevo: los mosaicos, la

arquitectura, los nombres que habían perdurado mil años. Era como si su vida se aclarase, como si el sedimento por fin se depositara en el fondo. Al otro lado de la calle, una chica decoraba el escaparate de una joyería. Llevaba guantes blancos y disponía las piezas con extremo cuidado. Alzó los ojos mientras él la contemplaba y sus miradas se cruzaron un instante, separadas por el cristal iluminado. Ella tenía en las manos una pulsera de lapislázuli de un azul idéntico al de los coches patrulla de la policía. Envalentonado, él preguntó:

—*Quanto costa?*

—*Trecento settanta mille* —repuso ella moviendo los labios.

Cuando llegó de vuelta al hotel eran las ocho de la mañana. Un taxi aparcó junto al bordillo llenando la callejuela con el traqueteo de su motor y descendió una mujer con vestido de noche que se dirigió a la puerta del establecimiento.

Pasaron los días. En Verona, por encima de la niebla asomaban primero las agujas, luego las cúpulas enteras. Los camareros salían de la cocina vestidos de blanco. *Primi, secondi, dolci*. Se detuvieron en Arezzo. Frank volvió a la mesa con unas postales. Alan se esforzaba por escribirle a su hija cada semana, pero nunca sabía qué decirle: dónde estaban, qué habían visto... ¿Qué podía significar Giotto para ella?

Se quedaron sentados en el coche. Frank llevaba una chaqueta de tweed, aunque parecía cachemir: había ido de compras a Missoni, etcétera, etcétera; se había comprado cazadoras, zapatos... Al otro lado de la calle, bajo un arco, pasaban las colegialas con sus faldas oscuras. Al cabo de un rato pasó una que iba sola. Se detuvo como si esperara a alguien. Alan, que estaba estudiando el mapa, notó que el motor se ponía en marcha. Avanzaron muy lentamente. El cristal de la ventanilla se deslizó hacia abajo.

—*Scusi, signorina* —oyó decir a Frank.

Ella se dio la vuelta. Tenía unos rasgos puros y un semblante

inexpresivo: parecía un pajarillo que podía alzar el vuelo de repente.

Por dónde se iba al centro de la ciudad, preguntó Frank. Ella miró a un lado y a otro.

—Por ahí —repuso.

—¿Estás segura? —preguntó él y volvió la cabeza para mirar más o menos hacia la dirección que ella le señalaba.

—Sí —respondió la chica.

Iban a Siena, explicó Frank. Guardaron silencio. ¿Sabía por qué carretera se iba a Siena?

Ella señaló hacia el lado contrario.

—Alan, ¿qué tal si la llevamos a dar una vuelta? —preguntó Frank.

—¿Estás loco?

Dos hombres con batas blancas como de médico trabajaban en las puertas de madera de la iglesia subidos en un andamio. Frank alargó un brazo para abrir la puerta de atrás.

—¿Quieres ir a dar una vuelta? —preguntó trazando un pequeño círculo en el aire con un dedo.

Recorrieron las calles en silencio, sonaba la radio. Nadie dijo nada. Frank miró a la chica un par de veces por el retrovisor. Aquello ocurrió en la misma época en que mataron a un sacerdote en Polonia: un asesinato célebre. Caía la noche, se iban encendiendo las luces de los escaparates y los quioscos se llenaban de diarios vespertinos. El cadáver del asesinado aparecía en un ataúd grande en la esquina superior derecha del *Corriere della Sera*. Llevaba ropa limpia, como un obrero tras un accidente terrible.

—¿Te apetece un aperitivo? —preguntó Frank sin volver apenas la cabeza.

—No —respondió ella.

Frank condujo de vuelta hacia la iglesia y se bajó del coche para pasar unos minutos con la chica. Alan se fijó en que ya le

clareaba el pelo. Paradójicamente, le daba un aspecto más juvenil. Se quedaron un momento hablando y luego ella se dio media vuelta y echó a andar calle abajo.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Alan. Estaba nervioso.

—Le he preguntado si quería un taxi.

—Nos estamos metiendo en un lío.

—No va a ver lío de ninguna clase —dijo Frank.

Su habitación quedaba en la esquina del edificio. Era grande, tenía una salita de estar junto a la ventana y dos alfombras orientales algo ajadas en el suelo de tarima. En una vitrina de cristal del baño guardaba su peine, unas lociones, su colonia... Las toallas eran de color verde claro y llevaban bordado, en blanco, el nombre del hotel. Ella no se fijó en nada de eso. Él le había dado cuarenta mil liras al *portiere*: en Italia la ley era muy estricta. Frank se arrodilló para quitarle los zapatos.

Había corrido las cortinas, pero la luz se colaba por los lados. En un momento determinado le pareció que ella temblaba, que su cuerpo se estremecía.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Ella tenía los ojos cerrados.

Luego, ya de pie, se vio reflejado en el espejo. Parecía que había engordado un poco alrededor de la cintura. Si se ponía de lado se disimulaba un poco. Se metió de nuevo en la cama, pero era demasiado pronto.

—*Basta* —dijo ella.

Bajaron a la calle y se reunieron con Alan en un café. A él le costaba mirarlos. Se puso a hablar de cualquier cosa: le preguntó qué estudiaba en el instituto. «Por Dios», dijo Frank. Bueno, pues a qué se dedicaba su padre. Ella no lo entendía.

—¿En qué trabaja?

—Muebles —respondió ella.

—¿Los vende?

—*Restauro*.

—En nuestro país, nada de *restauro* —explicó Alan. Lo ilustró con un gesto—. Usar y tirar.

—Tengo que volver a hacer ejercicio —dijo Frank.

Al día siguiente era sábado. Le pidió al *portiere* que la llamara y le pasara el teléfono.

—Hola, ¿Eda? Soy Frank.

—Ya lo sé.

—¿Qué haces?

No entendió lo que le contestaba.

—Nos vamos a Florencia, ¿quieres venir con nosotros? —preguntó. Hubo un momento de silencio—. ¿Por qué no vienes y pasas unos días con nosotros?

—No —dijo ella.

—¿Por qué?

Eda bajó la voz para contestar:

—¿Cómo lo explico?

—Ya se te ocurrirá algo.

En una mesa al otro lado de la sala, unos niños jugaban a cartas mientras tres mujeres, sus respectivas madres, conversaban. A medida que aparecían las cartas se oían gritos de entusiasmo.

—¿Eda?

Seguía allí.

—Sí.

Alguien quemaba rastrojos en los montes; no se veía el humo, pero les llegaba el olor, como ocurre con los restaurantes y las fábricas de papel. A Frank le dio por recordar de pronto su infancia y su casa de campo, cuando pasaba el rastrillo con su padre, mucho tiempo atrás. Los rótulos verdes empezaron a señalar la dirección de Florencia. Se puso a llover. Los limpiaparabrisas barrían el cristal en silencio. Todo era hermoso y vago.

Cenaron en un restaurante con salones encalados, sencillos

como las bóvedas de una bodega. Ella se veía realmente joven. El blanco de sus ojos era tan blanco como el de un cachorrillo. Hablaba poco y jugueteaba con una tira de papel rosa que se había desprendido de la carta.

Por la mañana, dieron un paseo sin rumbo definido. Los escaparates exhibían ropa y joyas para mujeres mucho mayores que ella; treintañeras, cuando menos: vestidos de seda, pulseras, chales... En Fendi había un abrigo precioso con el precio debajo, en numeritos de metal.

—¿Te gusta? —preguntó Frank—. Ven, te lo voy a comprar.

Entró y pidió ver el abrigo del escaparate.

—¿Es para la *signorina*?

—Sí.

Ella parecía desconcertada. Su rostro se perdía entre las pieles. Frank le acarició una mejilla.

—¿Sabes cuánto cuesta? —dijo Alan—. Cuatro millones quinientos mil.

—¿Te gusta? —le preguntó Frank a Eda.

Ella se lo ponía a todas horas: veía los partidos de fútbol en televisión con el abrigo puesto y las piernas dobladas bajo el cuerpo. La habitación estaba desordenada, no habían salido en todo el día.

—¿Qué tal si nos vamos de aquí? —preguntó Alan inesperadamente. Sonaban anuncios en italiano—. Creo que me gustaría ver Spoleto.

—Claro, ¿dónde está? —preguntó Frank.

Le acariciaba una rodilla a Eda como se acaricia un gatito dormido.

Los campos estaban apagados y brumosos. Ellos dejaban el pasado atrás: vasos sin lavar, toallas en el suelo. En el comedor, Frank se dio cuenta de que tenía una mancha en la solapa. Intentó quitársela mientras el camarero rallaba parmesano en sus platos. Humedeció una esquina de la servilleta en el agua y

frotó. La mesa quedaba cerca de la puerta, visible desde el mostrador de recepción. Eda se estaba poniendo un pendiente.

—Tápala con la servilleta —le propuso Alan.

—Eda, quítame esto, anda —le pidió Frank.

Ella le rascó la mancha con una uña.

—¿Qué voy a hacer sin ella?

—¿«Sin ella»? ¿Qué quieres decir?

—Así que esto es Spoleto —dijo Frank. Ya no tenía la mancha—. ¡Vamos a pedir más vino! —Llamó al camarero—. *Senta*... Díselo tú, ¿sí? —le pidió a Eda.

Compartieron unas risas y hablaron de los viejos tiempos, de cuando ganaban ochocientos dólares por semana y trabajaban diez o doce horas diarias. Se acordaron de Weyland y de las venillas que tenía en la nariz y de que siempre usaba la palabra «vívido»: «un testimonio poco vívido», «muy vívido», «un decorado bastante vívido».

Cuando se fueron, hablaban en voz muy alta. Eda iba entre los dos con su abrigo enorme.

—*Alla rovina* —dijo el recepcionista cuando ya salían a la calle—, *alle macerie* —añadió, y la telefonista alzó la mirada hacia él—, *alla polvere*.

Tenía algo que ver con la basura y el polvo.

Empezó a hacer frío por las mañanas. En el jardín, las hojas se amontonaban en torno a las patas de las mesas. Alan estaba sentado a solas en el bar cuando apareció una camarera, la del lunar en el labio, y puso en marcha la cafetera. Bajó Frank, se había echado un abrigo largo por encima de los hombros. Con camisa y sin corbata parecía un paciente rico en algún hospital o el dueño de un negocio de productos agrícolas que hubiera pasado toda la noche jugando a las cartas.

—Bueno, ¿qué piensas? —preguntó Alan.

Frank tomó asiento.

—Hace un bonito día —comentó—, quizá deberíamos ir a

ver algo.

Lo único que se oía en la sala, y tal vez en todo el hotel, eran sus voces, bajas e irregulares como las pasadas de una escoba al barrer. Un sonido sordo, luego otro.

—¿Dónde está Eda?

—Dándose un baño.

—Quería despedirme de ella.

—¿Por qué?, ¿qué ha pasado?

—Creo que me vuelvo a casa.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Frank.

Alan alcanzaba a verse —con su cabello rubio— en el espejo que había detrás de la barra. Parecía pálido, inexistente.

—No ha pasado nada —contestó. Eda acababa de llegar a la cafetería y se había sentado en la otra punta de la sala. Él notó una opresión en el pecho—. Europa me deprime.

Frank no dejaba de mirarlo.

—¿Es por Eda?

—No... no sé.

Los rodeaba un silencio terrible. Alan se puso las manos en el regazo. Le temblaban.

—¿Es eso? ¡Pero si podemos compartirla! —propuso Frank.

—¿Qué quieres decir?

Estaba nerviosísimo. Miró de reojo a Eda. Ella observaba algo que había en el jardín.

—Eda —llamó Frank—, ¿quieres algo de beber? *Cosa vuoi?*

Imitó el gesto de quien se lleva un vaso a la boca. En la universidad había sido tremendamente popular. Sus amigos habían acortado su apellido, Shuford, y lo llamaban Shuf y luego Shoes: «zapatos». Había corrido en la Penn Relays, la competencia de atletismo más antigua de Estados Unidos. Su madre era capaz de seguir la pista de hasta seis generaciones de la familia.

—Zumo de naranja —dijo ella.

Siguieron hablando en voz baja. Eda se había dado cuenta de que lo hacían a menudo: hablaban de negocios o de cosas de Nueva York.

Esa noche, cuando volvieron al hotel, Frank se lo explicó y ella lo entendió al instante. «No», dijo moviendo la cabeza de un lado a otro. Alan estaba sentado en el bar, a solas, bebiendo un licor dulce. Sabía que no podría ser. Total, tampoco le importaba. Aun así, le daba lástima: todo ese hotel enorme, con sus pasillos y sus habitaciones silenciosas, ¿para qué servía si no...?

Llegaron Frank y Eda y él se volvió hacia ellos. Eda parecía impasible, aunque él no era capaz de descifrarla. Le pidió que le explicara de qué era el licor, pero ella no entendió la pregunta. Vio a Frank inclinar la cabeza, como si asintiera: parecían ladrones.

Por la mañana, la primera luz azulaba el cristal de la ventana. Se oía llover: eran las hojas que el viento arremolinaba en el jardín arrastrándolas sobre la grava. Alan se levantó de la cama para cerrar los postigos. Abajo, entre los setos, resplandecía una estatua blanca medio escondida. Los techos de unos pocos coches aparcados destellaban de vez en cuando. Ella dormía con la almohada gruesa y suave bajo la cabeza, a él le daba miedo despertarla.

—Eda —murmuró—, Eda.

Ella abrió un poco los ojos y volvió a cerrarlos. Era joven, podía seguir durmiendo. A Alan le daba miedo tocarla; su cuello desnudo, su cabello, lo que no alcanzaba a ver. No estaba contenta y él lo sabía. Tardarían en acostumbrarse. No sabía qué hacer, pero aparte de eso todo era perfecto: era lo más natural del mundo. Él también le iba a comprar algo, algo bonito.

Entró en el baño y se quedó alelado junto a la ventana. Pensó en el primer día en que él y Frank fueron a trabajar a Weyland

& Braun. Desde entonces se habían vuelto inseparables. Era otoño en los jardines del Véneto, rompía el alba. Siempre se acordaría de cuando conoció a Frank: él solo no habría podido hacer todo eso. De pronto, un joven con gorra salió de un portal, cruzó la calzada y montó en una moto que se sacudió cuando puso en marcha el motor. Se encendió el faro y arrancó con la cesta de reparto en la parte trasera: iba a buscar panecillos para el desayuno. Su vida era sencilla, el aire, puro y fresco... y él formaba parte de ese gran orden invariable de los que viven de su salario en un mundo sombrío, sin darse cuenta de lo que tienen por encima.

Palm Court

Una tarde, cerca de la hora del cierre, Kenny, su ayudante, le dijo tapando el auricular con la mano que una tal Noreen estaba al teléfono.

—Dice que la conoces.

—¿Noreen? Pásamela —pidió Arthur—, sólo dame un segundo.

Se levantó y cerró la puerta de su cubículo, aunque se lo podía ver a través del cristal mientras se sentaba de cara a la ventana y se distanciaba de cuanto estaba sucediendo, de las decenas de hombres y algunas mujeres gestores de cuenta (cosa en otro tiempo impensable) que miraban sus monitores y hablaban por teléfono. El corazón le latía deprisa cuando por fin contestó:

—¿Sí?

—¿Arthur?

Esa palabra y una especie de estremecimiento llegaron a la vez, una dicha teñida de temor, como cuando el maestro dice tu nombre.

—Soy Noreen —dijo ella.

—Noreen, ¿cómo te va? Cuánto tiempo, ¿no? ¿Dónde estás?

—Aquí, estoy viviendo aquí otra vez —repuso ella.

—Pero qué me dices, ¿qué ha pasado?

—Rompimos.

—Vaya, qué pena —dijo él—. Lo siento de veras. —Siempre parecía muy sincero, incluso en los comentarios más triviales.

—Fue un error. Nunca debería haberlo hecho. Debí imaginarme lo que pasaría.

Alrededor de la mesa el suelo estaba cubierto de papeles, informes, declaraciones anuales llenas de números. No era su fuerte: él prefería hablar con la gente. Podía pasarse el día entero hablando y contando anécdotas. Y era conocido por su honestidad: había tomado como modelo a la vieja guardia, hombres ya desaparecidos como Henry Braver, el padre de Patsy Millinger, que había sido socio de la firma y había empezado antes de la guerra. Uno de sus clientes era Onassis. Braver tenía fama internacional, así como un gran olfato para lo que realmente importaba. Arthur no tenía ese olfato, pero sabía hablar y escuchar. En ese negocio había muchas maneras de ganar dinero. Su método consistía en buscarse un par de caballos ganadores a los que apostar fuerte y hablar cada día con sus clientes.

—Mark, ¿cómo te va, querido? Tendrías que estar aquí: han llegado las cifras de Micronics y están todos llorando. Menos mal que fuimos listos y no nos metimos en eso. ¿Quieres saber una cosa? Aquí hay unos cuantos listillos que han sufrido pérdidas. —Bajó la voz—. Por ejemplo, Morris.

—¿Morris? A ése deberían darle una inyección y dormirlo para siempre.

—Esta vez se ha pasado de listo. No le ha servido de nada sobrevivir al crac del veintinueve.

Morris tenía un escritorio cerca de la fotocopiadora, cortesía de la empresa. Había sido socio, pero para no estar mano sobre mano una vez jubilado —odiaba Florida y no jugaba al golf— volvió a la firma y se lo montó por su cuenta. Sólo por edad ya era un caso aparte: una reliquia con una dentadura postiza perfecta que vivía en su mundo de ámbar con una esposa anciana. Todos hacían chistes a su costa. Los años lo habían dejado solo, como un náufrago, en su mesa y en el apartamento de Park Avenue al que nadie había ido nunca.

Morris había perdido mucho con Micronics. Era imposible

decir cuánto. Él llevaba su propia y discutible contabilidad, pero Arthur lo había sabido por Marie, la asexuada mujer que liquidaba los balances.

—Cien mil —le reveló—, pero no digas nada.

—Descuida, encanto —le aseguró Arthur.

Arthur lo sabía todo y se pasaba todo el día al teléfono. Era una conversación interminable: chismes, afectos, noticias. Recordaba a Polichinela con su nariz aguileña, la barbilla puntiaguda curvada hacia arriba y la sonrisa inocente. Rebosaba felicidad, pero una felicidad que conocía sus propios límites. Estaba en Frackman & Wells desde los tiempos en que eran siete empleados, y ahora había casi doscientos y ocupaban tres plantas del edificio. Él también se había hecho rico, más de lo que habría imaginado jamás, aunque su vida apenas había cambiado y seguía teniendo el mismo apartamento en London Terrace. Ya vivía allí la noche que conoció a Noreen en Goldie's. Ella hizo algo que muy pocas chicas habían hecho: reír y arrimarse a él. Desde el primer momento hubo franqueza entre los dos. Noreen. El piano desgranando sus notas, las viejas canciones, el ruido...

—Me he divorciado —siguió Noreen—. ¿Y tú qué tal estás?

—¿Yo? Como siempre. —Abajo en la calle, gente que se apresuraba, coches; pero el ruido apenas le llegaba.

—¿En serio? —preguntó ella.

Hacía años que no hablaban. En otro tiempo habían sido inseparables. Estaban cada noche en Goldie's, o en Clarke's, donde él también iba regularmente. Siempre le daban una buena mesa, en la parte del centro, cerca de la puerta falsa, o al fondo, en medio de la gente y delante del invariable menú escrito pulcramente con tiza. A veces se quedaban en la larga barra llena de rayones y con un rótulo que advertía que allí no se servía a mujeres bajo ningún concepto. El encargado, el barman, los camareros, todo el mundo lo conocía. Clarke's era

su verdadera casa, sólo se iba para dormir. Bebía muy poco, pese a lo que pudiera parecer, pero siempre invitaba a otros, y se quedaba horas y horas con alguna que otra escapada al servicio, un pabellón aparte, oblongo y pasado de moda, donde orinabas sobre barras de hielo como un archiduque. A Clarke's iban publicistas, modelos, hombres como él mismo y policías fuera de servicio a última hora de la noche. Él le enseñó a Noreen a reconocerlos: zapatos negros y calcetines blancos. A Noreen le encantaba ese sitio donde siempre era bien recibida, con su figura y su deslumbrante carcajada. Los camareros la llamaban por su nombre.

Ella tenía el pelo rubio oscuro, aunque su madre era griega, según decía. En el norte de Grecia, de donde procedía su familia, había muchos rubios. Las legiones romanas se habían ido llenando de germanos con el tiempo, y cuando Roma cayó algunas legiones desperdigadas se instalaron en las montañas de Grecia; al menos eso le habían contado.

—De modo que soy griega, pero también germánica —le explicó a Arthur.

—Vaya, espero que no —dijo él—: yo no podría salir con una alemana.

—¿Qué quieres decir?

—No me gustaría que me vieran por ahí con una.

—Arthur —repuso Noreen—, tienes que aceptar las cosas: quién soy yo y quién eres tú, y por qué es tan fantástico.

Había ciertas cosas de las que habría querido hablarle, pero no lo hacía (cosas que no le iba a gustar saber, pensaba Noreen); por ejemplo, de aquella noche en el hotel Saint George, cuando tenía diecinueve años y subió a la habitación con un tipo que le pareció simpático y agradable. Fueron a la suite del jefe de él, que se encontraba de viaje. Estuvieron bebiendo su whisky de doce años y luego, sin saber cómo, se encontró boca abajo en la cama y con las manos atadas a la

espalda. Eso pasó en un mundo diferente del de Arthur; el de él era decente, indulgente, cálido.

Salieron juntos casi tres años, los mejores años. Se veían prácticamente todas las noches. Ella lo sabía todo sobre su trabajo y, viniendo de su boca, parecía muy interesante: aquellos socios codiciosos, Buddy Frackman y Warren Sender... y Morris. Una vez, ella había visto a Morris en el ascensor.

—Tiene usted muy buen aspecto —le dijo ella con cierta osadía.

—Lo mismo digo —repuso él risueño.

Morris no sabía quién era, pero momentos después se inclinó hacia ella y, sin emitir ningún sonido, dibujó con la boca las palabras:

—Ochenta y siete.

—¿De veras?

—Sí —dijo él ufano.

—Jamás lo habría dicho.

Ella sabía que una vez, volviendo de almorzar, Arthur y Buddy habían visto a Morris tendido en la calle con la camisa blanca ensangrentada. Se había caído accidentalmente y dos o tres personas trataban de ayudarlo a levantarse.

—No mires —le había dicho Arthur a Buddy—, sigue andando.

—Qué suerte tiene Morris, con amigos como tú —comentó Noreen.

Ella trabajaba en la agencia de publicidad Grey, lo cual facilitaba su relación. A él, simplemente verla lo llenaba de gozo, incluso cuando los encuentros se convirtieron en algo cotidiano. Tenía veinticinco años y estaba llena de vida. Aquel verano la vio en ropa de baño: un bikini. Estaba imponente, y su piel parecía poseer un brillo propio. Tenía el vientre despreocupado de una muchacha y se metió corriendo en el oleaje. Él entró con más cautela, como correspondía a un

hombre que había sido mecanógrafo en el ejército y representante de un fabricante de ropa antes de llegar a lo que él llamaba «Wall Street», donde siempre había soñado estar y habría podido trabajar gratis.

Las olas, el mar, la cegadora arena blanca... Fue en Westhampton, adonde habían ido de fin de semana. En el tren, todos los asientos estaban ocupados. Jóvenes en camiseta y con torsos viriles bromeaban en los pasillos. A su lado, Noreen irradiaba felicidad como si fuera calor. Llevaba una pequeña cruz dorada, del tamaño de una moneda de diez centavos, en una cadenita de oro que descansaba sobre su blusa. Él no se había fijado hasta ese momento. Se disponía a decir algo cuando de pronto el tren empezó a dar sacudidas hasta detenerse por completo.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha sido eso?

No estaban en una estación, sino junto a un terraplén en medio de la maleza. Al poco rato les llegó la noticia: habían atropellado a un ciclista.

—¿Dónde? ¿Cómo ha sido? —preguntó Arthur—. Estamos en un bosque.

Nadie sabía nada. Pronto empezaron a preguntarse si debían bajar y buscar un taxi. Por cierto, ¿dónde estaban? La gente aventuraba opiniones. Varios individuos se apearon y caminaron junto al tren.

—Dios mío, sabía que iba a pasar algo así —dijo Arthur.

—¿Cómo ibas a saberlo? —repuso Noreen.

—Atropellamos a una vaca —informó un hombre al otro lado del pasillo.

—¿A una vaca? ¿También hemos arrollado a una vaca? —exclamó Arthur.

—No, hace un par de semanas —explicó el hombre.

Aquella noche, Noreen le enseñó a comer langosta.

—Mi madre se moriría si se enterara —dijo Arthur.

—¿Cómo quieres que se entere?

—Me desheredaría.

—Empieza por las pinzas —dijo Noreen.

Le había colocado la servilleta en el cuello de la camisa. Bebieron vino italiano.

Westhampton, sus piernas bronceadas y sus talones pálidos... La sensación de ser nuevamente joven e incluso —Dios lo ayudara— gallardo, todo gracias a ella. Estaba de un humor travieso: en la playa, se puso medio coco a manera de gorro. Estaba perdidamente enamorado, y sin saberlo. No era consciente de que había llevado una vida superficial, sólo sabía que era feliz, más de lo que había sido nunca, en compañía de aquella chica de buen corazón, con sus bellas piernas, su fragancia, sus orejitas perfectas que sólo estaban pendientes de él. ¡Y ella también disfrutaba en cierto modo! Los Sender los invitaron a su casa y él durmió en una habitación en el sótano mientras ella lo hacía en el piso de arriba, pero estaban bajo el mismo techo y la vería por la mañana.

—¿Cuándo se casan? —le preguntaban todos.

—Noreen no me aceptaría —decía él saliéndose por la tangente.

Luego, sin miramientos, ella reconoció que salía con otro. Fue casi un chiste: Bobby Piro, un tipo rechoncho que vivía con su madre y nunca se había casado.

—Tiene el pelo negro y lustroso —comentó Arthur como si lo encajara bien.

Tuvo que tomárselo a la ligera, y Noreen hizo otro tanto. Ella se reía a costa de Bobby cuando hablaban de él, de sus hermanos Dennis y Paul, de su idea de ir a Las Vegas, de la madre que les preparaba pollo Vesuvio, el plato favorito de Sinatra.

—Pollo Vesuvio —repitió Arthur.

—Estaba bastante rico.

—Así que has conocido a su madre.

—Dice que estoy demasiado delgada.

—Me recuerda a mi madre, ¿estás segura de que es italiana?

A ella le gustaba Bobby, al menos un poco, eso él lo sabía, pero aun así le costaba pensar en él como algo importante. Era un tema de conversación, nada más. Bobby quería pasar un fin de semana con ella.

—En el Eurípides —dijo Arthur con el estómago revuelto.

—No caerá esa breva.

Un hotel Eurípides que no existía, pero del que siempre bromeaban porque él no sabía quién era Eurípides.

—No dejes que te lleve al Eurípides —pidió.

—Qué quieres que le haga. Es un establecimiento griego —dijo ella—: dirigido a los griegos como yo.

Luego, una noche de octubre, llamaron a su puerta.

—¿Quién es? —dijo él.

—Yo.

Abrió. Ella se quedó en el umbral con una sonrisa en la que él detectó dudas.

—¿Puedo pasar?

—Claro, guapísima. Desde luego, entra. ¿Qué pasa, ha ocurrido algo?

—No, en realidad no. Se me ha ocurrido... hacerte una visita.

La sala estaba limpia, pero un tanto desnuda. Él ni de broma se habría sentado a leer un libro, por ejemplo. Vivía en el dormitorio, como los vendedores. Hacía mucho tiempo que las cortinas no se lavaban.

—Ven, siéntate —dijo.

Ella caminaba con cierta cautela. Había estado bebiendo, se le notaba. Rodeó una silla y tomó asiento.

—¿Quieres algo? ¿Un café? Puedo hacer café.

Noreen miraba alrededor.

—¿Sabes? Nunca había estado aquí. Es la primera vez.

—No es gran cosa, supongo que podría encontrar algo mejor.

—¿Eso de ahí es el dormitorio?

—Sí —dijo él, pero ella había dejado de mirar en esa dirección.

—Sólo quería charlar.

—Pues claro. ¿De qué? —Él lo sabía, o temía saberlo.

—Hace mucho que nos conocemos. ¿Cuánto, tres años?

Arthur se puso nervioso ante la deriva las cosas: no quería defraudarla. Por otra parte, no estaba seguro de qué había ido a buscar. ¿A él? ¿Ahora?

—Eres muy inteligente —añadió ella.

—¿Yo? No, por Dios.

—Comprendes a las personas. ¿De veras podrías hacer café? Creo que me apetece una taza.

Mientras lo preparaba, ella se quedó sentada en silencio. Él la observó un momento y vio que miraba hacia la ventana, desde donde podían verse las luces de los apartamentos de enfrente y la noche negra, sin estrellas.

—Bien —dijo ella con la taza entre las manos—, quiero tu consejo. Bobby me ha pedido que nos casemos.

Arthur guardó silencio.

—Quiere casarse conmigo. El motivo de que yo nunca me lo tomara en serio, de que siempre estuviera haciendo bromas a expensas suyas por ser tan italiano, por su exagerada sonrisa, el motivo era que todo este tiempo estuvo liado con una chica danesa que se llama Ode.

—Me figuraba algo así.

—¿Qué te figurabas?

—Pues que algo no andaba bien.

—Yo no la conozco. Me la imaginaba guapa y con un acento perfecto, ya sabes cómo se atormenta uno.

—Ay, Noreen —dijo él—, no hay mujer más buena que tú.

—En fin, el caso es que ayer me dijo que había roto con Ode,

que había terminado definitivamente con ella y que lo había hecho por mí. Se ha dado cuenta de que es a mí a quien ama y quiere que nos casemos.

—Vaya, eso es... —Arthur no sabía qué decir; sus pensamientos daban bandazos y guiñadas como papeles en una ventolera. En las bodas existe ese momento terrible en que preguntan si alguien conoce algún impedimento para que ese matrimonio se realice. Aquél era el momento—. ¿Y qué le has respondido? —preguntó por fin.

—Nada.

Un abismo se estaba abriendo entre los dos; allí mismo, mientras conversaban.

—¿Tú qué opinas? —preguntó ella.

—No sé, tendría que pensarlo. Me coge por sorpresa.

—Lo mismo me pasó a mí.

Noreen no había probado el café.

—¿Sabes? Podría quedarme aquí sentada mucho tiempo —dijo—. No creo que pueda sentirme tan a gusto en ningún otro lugar. Eso es lo que me desconcierta, por eso no sé qué responderle.

—Estoy un poco asustado —declaró él—, no sé explicarlo.

—Claro que estás asustado. —Su voz transmitía comprensión —. Por supuesto, me hago cargo.

—Se te va a enfriar el café.

—Bueno, sólo quería ver tu apartamento —afirmó ella. De repente había cobrado ánimo, como si no quisiera seguir hablando de ese asunto.

Arthur comprendió entonces, viendo a aquella joven sentada allí, la mujer a la que amaba, de noche, en su piso, comprendió que ella le estaba dando una última oportunidad. Sabía que no debía desaprovecharla.

—Ay, Noreen —dijo.

Después de aquella noche ella se esfumó. No de la noche a la

mañana, pero no tardó mucho. Se casó con Bobby. Fue todo tan sencillo como morirse, aunque duró más. Daba la impresión de que nunca acabaría. Él seguía pensando en ella, ¿y ella?, se preguntaba Arthur a menudo. ¿Sentía, aunque fuera sólo un poquito, lo que él sentía aún?

Los años no parecieron modificar ese sentimiento. Vivía en Nueva Jersey, en algún lugar que él no era capaz de imaginarse. Probablemente tenía hijos. ¿Pensaba alguna vez en él? Ay, Noreen.

Ella no había cambiado; él lo notó en su voz, que le hablaba sólo a él, como siempre.

—Habrás tenido hijos, ¿no? —preguntó como si se le acabara de ocurrir.

—Él no quería, ése fue uno de los problemas. En fin, todo eso es *acqua passata*, como solía decir él. ¿No sabías que me había divorciado?

—No.

—He estado más o menos en contacto con Marie hasta que se jubiló, ella me contaba cómo te iban las cosas. Parece que estás en la cresta de la ola.

—No exageres.

—Sabía que triunfarías. Me gustaría verte otra vez. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Uf, muchísimo.

—¿Vas alguna vez a Westhampton?

—No, hace años que no.

—¿Y a Goldie's?

—Cerraron.

—Creo que lo sabía. Fue una época maravillosa.

Era la misma de siempre, su naturalidad al hablar. Casi pudo ver su sonrisa cautivadora, inmutable; sus andares

despreocupados.

—Me encantaría verte —repitió ella.

Quedaron en el Plaza. Ella tenía que ir cerca de allí al día siguiente.

Arthur enfiló la Quinta Avenida poco antes de las cinco. Se sentía indeciso, pero conmovido, en manos de un destino extraordinario. El hotel se erguía ante él, inmenso y vagamente blanco. Subió la amplia escalinata. Había una especie de vestíbulo con una mesa grande y flores, murmullo de gente hablando. Le pareció distinguir el tintineo de tazas y cucharillas como si, igual que un animal, pudiera detectar el más leve ruido.

Había maceteros con plantas de flores rosas, altas columnas con capiteles dorados y entonces, a través de un panel de cristal, la vio sentada en una silla en el Palm Court, el Patio de las Palmeras, atestado de gente. Al principio no estuvo seguro de que fuera Noreen. Se movió de sitio. ¿Lo había visto?

No fue capaz de entrar. Dio media vuelta y se encaminó por el pasillo hacia el servicio. Un hombre mayor de pantalón negro y chaleco a rayas, el encargado, le ofreció una toalla mientras él se miraba en el espejo alargado para ver si también él había cambiado tanto. Vio a un hombre de cincuenta y cinco años con la misma cara de siempre, una cara típica de los nativos de Coney Island: afable, medio cómica, nada peor que eso. Le dio un dólar al encargado y fue hasta el Palm Court, donde, entre las animadas mesas, los candelabros falsos y el techo iluminado, lo esperaba Noreen. Él lucía su acostumbrada sonrisa perruna.

—Arthur, por Dios, ¡si estás igual que siempre! No has cambiado en absoluto —dijo ella con entusiasmo—. Ojalá pudiera decir lo mismo de mí.

Era difícil. Tenía veinte años más; había engordado y se le notaba incluso en la cara. Ella, que había sido hermosísima de

muchacha.

—Estás estupenda —contestó—, te habría reconocido en cualquier parte.

—La vida te ha tratado bien —dijo ella.

—Bueno, no me puedo quejar.

—Creo que yo tampoco. ¿Qué ha sido de todos?

—¿Qué quieres decir?

—¿Morris...?

—Falleció hace cinco o seis años.

—Qué pena.

—Hubo tiempo de celebrar un banquete en su honor, el pobre se puso contentísimo.

—Tenía muchas ganas de hablar contigo, ¿sabes? Quería llamarte, pero estaba metida en todo ese desagradable asunto del divorcio. Pero bueno, ya soy libre. Debí seguir tu consejo.

—¿Cuál?

—No casarme con él.

—¿Dije eso?

—No, pero se notaba que no te caía bien.

—Porque estaba celoso.

—¿De veras?

—Claro. En fin, por qué no admitirlo.

Ella le sonrió.

—Es curioso —comentó—, cinco minutos contigo y es como si no hubiera pasado el tiempo.

Él se fijó en que su ropa (sí, incluso su ropa) escondía a la mujer que había sido alguna vez.

—El amor nunca muere —dijo.

—¿Hablas en serio?

—Tú lo sabes bien.

—Oye, ¿puedes quedarte a cenar? —preguntó ella.

—Ay, querida, me encantaría, pero no puedo. No sé si lo sabes, pero estoy prometido.

—Vaya, enhorabuena. No lo sabía.

Arthur no tenía ni idea de qué lo había empujado a decir eso. Nunca antes había empleado la palabra «prometido».

—Es estupendo —dijo ella con franqueza, sonriéndole con tal complicidad que a él no le cupo duda de que lo había calado. Pero no se imaginaba entrando con ella en Clarke's como una pareja de viejos, una pareja de muchos años.

—Pensé que era hora de sentar cabeza —explicó.

—Naturalmente.

Ella no lo estaba mirando, se miraba las manos. Luego sonrió otra vez. Arthur creyó entender que lo perdonaba. Sí, eso era: ella siempre lo comprendía todo.

Continuaron hablando, pero de todo y de nada.

Salió por el mismo vestíbulo de siempre, con su gastado suelo de mosaico y la gente entrando. Aún era de día, la luz plena y pura que precede al crepúsculo; el sol se reflejaba en un millar de ventanas orientadas al parque. Caminando por la calle con tacones altos, solas o en grupo, había un montón de chicas como la que Noreen había sido. Seguramente ninguna aceptaría que quedaran un día para almorzar. Pensó en ese amor que había ocupado la sala central de su vida y en que no volvería a conocer a nadie como Noreen. No supo qué lo embargaba, pero se echó a llorar en medio de la calle.

Hijos perdidos

A lo largo de la tarde fueron llegando coches por la carretera, muchos con matrículas de otros estados. Sus tripulantes veían primero los muros grises y, más arriba, la larga hilera de altos cuarteles de ladrillo visto.

En la zona de la recepción se celebraba una fiesta de bienvenida. Algunas caras apenas habían cambiado, pero en otros casos, como en el de Reemstma, muchos no tenían otra opción que leer varias veces el distintivo con su nombre. Alguien iba y venía con albornoz de cadete, la cámara en una mano y el flash en la otra; otros habían preferido instalarse a beber en las barracas. Se abrían puertas de las que salían las voces en tropel.

—El Napias vendrá sin duda —prometió Dunning en voz alta —. Sobre la mesa, junto a sus pies, había una botella—. Aparecerá, no os preocupéis: me mandó una carta.

—¿Una carta? ¡Si Klingbeil no ha escrito una carta en su vida!

—La escribió su secretaria —aclaró Dunning, alto y bien nutrido; parecía un juez. Las gafas le daban un aire refinado—. Él le está enseñando.

—¿Dónde vive?

—En Florida.

—¿Te acuerdas de aquella vez que volvíamos a escondidas a Buckner como a las dos de la madrugada y de repente apareció un coche por la carretera? —preguntó Dunning procurando fingir seriedad.

—Claro: nos metimos en la maleza. Resultó ser un taxi, pegó

un frenazo y dio marcha atrás. Entonces se abrió la puerta y vimos a Klingbeil, borracho y despatarrado como un marqués en el asiento trasero. «Subid, chicos», nos dijo.

Dunning soltó una carcajada. Llevaba desabrochada la camisa —a rayas de colores—. El volumen de sus muslos sugería un trasero imponente.

—¿Te acuerdas de cuando tiramos por la ventana el libro de español de Devereaux con todas sus notas? —preguntó—. No pudo encontrarlo entre la nieve y se le cruzó un cable: «¡Cabrones! ¡Os voy a matar!»

—De no haber vivido con nosotros, habría acabado ganando condecoraciones.

—Sólo queríamos ampliar sus miras —explicó Dunning.

Solían representar el hundimiento del *Bismarck* mientras Devereaux estudiaba. Klingbeil era el capitán. Saltaban encima de las mesas gritando: «*Der Schiff ist kapput!*»: «¡Se hunde el barco!» Disparaban sus armas. El timón se encallaba, corrían en círculos. Devereaux se quedaba sentado con la cabeza gacha, tapándose las orejas y chillándoles: «¡Callaos de una vez, cabronazos!»

Bush, Buford, Jap Andrus, Doane y George Hilmo estaban sentados en las camas y en la repisa de la ventana. Por la puerta asomó una cara llena de dudas.

—¿Quién es ése?

Era Reemstma, a quien todos llevaban años sin ver. Tenía el pelo gris y una sonrisa incómoda en el rostro.

—¿Qué tal?

Se lo quedaron mirando.

—Entra y tómate algo —dijo alguien por fin.

Se encontró junto a Hilmo, que le tendió una mano para darle un férreo apretón.

—¿Cómo estás? —lo saludó. Los otros siguieron hablando—. Te ves bien.

—Tú también.

Le pareció que Hilmo ni lo oía.

—¿Dónde vives? —le preguntó.

—En Rosemont, Nueva Jersey: la familia de mi mujer es de allí —explicó Reemstma.

Hablaba con una intensidad extraña. Siempre había sido un tipo raro. Todo el mundo se preguntaba cómo se las habría arreglado para salir adelante. En clase no le iba mal, pero les había quedado la imagen de un tipo abrumado por las maniobras de los desfiles, que sólo consiguió dominar al cabo de dos años, y aún entonces las ejecutaba con tanta rigidez como un gato intentando nadar. Tenía unos labios gruesos que le habían valido un mote no muy halagador, y también lo llamaban el Marcha Atrás por los desastres que provocaba en los desfiles.

Le pasaron un vaso de plástico usado.

—¿Quién trajo esta botella? —preguntó.

—No sé —contestó Hilmo—. Toma.

—¿Vendrá mucha más gente?

—Chico, no haces más que preguntar —se quejó Hilmo.

Reemstma guardó silencio. Estuvieron media hora contando batallitas. Él se quedó sentado junto a la ventana, a ratos con la mirada perdida en el vaso. Fuera se encendió la luz del reloj, con sus números negros. Cuando empezaba a anochecer, West Point lucía majestuoso entre el follaje quieto y circunspecto. Abajo, el río discurría en silencio; unas islas misteriosas flotaban en el crepúsculo. Cerca de la esquina donde está la biblioteca, un policía militar dirigía el tráfico moviendo el brazo con ademanes precisos; a su lado, un cartel anunciaba la reunión de ex alumnos de la promoción de 1960, a la que Vietnam le había caído encima igual que a las de 1915 y 1931 les habían llovido condecoraciones. A lo lejos se oía un tren.

Ya casi era hora de cenar, pero aún les llegaba desde abajo

algún que otro grito de bienvenida, conversaciones, voces; pasos ociosos al pie de la escalera.

—Eh —dijo alguien inesperadamente—, ¿qué demonios es eso que llevas puesto?

Reemstma bajó la mirada: era una corbata roja con estampado de flores que le había hecho su mujer. Se la había puesto justo antes de salir.

—Saludos, muchachos.

Un hombre de cabello blanco se acercaba a paso tranquilo. Llevaba un brazalete donde se leía «1930».

—¿De qué clase sois?

—Mil novecientos sesenta —respondió Reemstma.

—He estado dando vueltas por este sitio y preguntándome qué habrá sido de un montón de gente. Cuesta creerlo, pero cuando yo estuve aquí había tipos que a las pocas semanas hacían las maletas y se largaban a casa sin decir una palabra a nadie. ¿Te lo imaginas? ¿Del sesenta, dices?

—Sí, señor.

—¿Has oído hablar de Frank Kissner? Yo era su jefe de gabinete. Era un tipo duro, jefe de regimiento en Italia. Un día, Mark Clark se le acercó con el coche y le dijo: «Frank, ven un momento, quiero hablar contigo.» Y Frank le contestó: «No tengo tiempo, estoy muy ocupado».

—¿En serio?

—«Frank, te quiero nombrar general de brigada», insistió el otro, y Frank le contestó: «Entonces sí que tengo tiempo».

La cantina, donde se celebraba la cena de ex alumnos, se alzaba ante ellos con sus puertas abiertas. Siempre había tenido un tamaño heroico, pero ahora daba la sensación de haberse multiplicado por dos. La hilera de manteles blancos se prolongaba hasta donde alcanzaba la vista. Las barras estaban atestadas, con filas de hasta quince o veinte personas esperando pacientemente. Muchas de las mujeres presentes llevaban

vestidos de gala. Por encima de todos se alzaba el eco brumoso de las conversaciones.

Algunos tenían un inequívoco aspecto de triunfadores, como Hilmo, que llevaba un traje de verano gris de un satinado metálico y con quien todos querían hablar, pese a su tendencia a los silencios abruptos; también estaban los héroes inmarcesibles: los que habían sido oficiales cadetes y ahora volvían a salir a la palestra. Pero no todas las expectativas se habían cumplido: entre los hombres que ahora tenían los rangos más altos había algunos que pasaban relativamente inadvertidos en la época de la escuela militar. Esto sorprendía a Reemstma, que había perdido el contacto con los compañeros: para él, la jerarquía nunca se había alterado.

De pronto apareció una cara aterradora, toda salpicada de rojeces. Era Cramner, que antaño vivía al fondo del pasillo.

—Hola, Eddie, ¿cómo te va?

Sostenía dos copas en la mano. Dijo que se había licenciado un año antes. Trabajaba en un bufete de abogados en Reading.

—¿Eres abogado?

—Les dirijo la oficina —repuso Cramner—. ¿Estás casado? ¿Ha venido tu mujer?

—No.

—¿Por qué no?

—No ha podido venir —respondió Reemstma.

Cuando conoció a su mujer, Reemstma tenía ya treinta años. «¿Para qué quieres que vaya?», le había preguntado ella. En cierto modo estaba encantado de que no hubiera acudido: no conocía a nadie y acostumbraba a cambiar de tema en plena conversación para hablar de asuntos religiosos. Habrían sido dos raros en vez de uno solo. Aunque él no se veía raro a sí mismo, desde luego: era como lo veían los demás. O a lo mejor ni siquiera eso. Nadie le había negado el saludo, al contrario: charlaban con él, sobre todo las mujeres, que no compartían los

prejuicios de sus maridos. En un momento dado se encontró hablando con la simpática esposa de un compañero de clase al que apenas recordaba: R.C. Walker, un tipo flaco con una sonrisa más bien sardónica.

—¿A qué dices que te dedicas? —dijo ella asombrada—. ¿A pintar? ¿Quieres decir que eres artista? —Tenía una densa melena rubios de rizos naturales, unas mejillas agradablemente suaves y también una leve papada—. ¡Me parece fabuloso! —Llamó a una amiga—. ¡Nita! Quiero presentarte a alguien. Me dijiste que te llamabas Ed, ¿verdad?

—Sí, Ed Reemstma.

—¡Ed es pintor! —dijo Kit Walker eufórica.

Reemstma estaba aturdido por la atención que le prestaban. Y cuando se enteraron de que incluso vendía sus cuadros mostraron aún más interés.

—¿Te ganas la vida pintando?

—Bueno, hay una lista de espera para quienes quieren comprar cuadros míos.

—¿En serio?

Empezó a describir el color y la luz de los campos cercanos a Delaware —solía pintar paisajes—, la apariencia del terreno, los surcos, los setos, los pequeños cambios de un año a otro, lo mucho que costaba pintar el cielo. Describió el verde hermoso y brillante de un colibrí que le había llevado su mujer. Se lo había encontrado en el garaje... muerto, claro está.

—¿Muerto? —preguntó Nita.

—Tenía los ojos cerrados; si no, no se habría notado.

Sonrió casi melancólicamente y Nita asintió con una delicada inclinación de cabeza.

Al rato empezó el baile. A Reemstma le hubiera gustado seguir hablando, pero la gente se dejó arrastrar por la corriente. Después de la cena, todo el mundo abandonó las mesas que les habían tocado y se formaron grupos de amigos.

—Nos vemos más tarde —le dijo Kit Walker.

Vio que hablaba con Hilmo, que lo saludó desde lejos con la mano. Deambuló un rato sin rumbo. La orquesta empezó a tocar *Army Blue* y a él lo recorrió una oleada de tristeza: recuerdos de desfiles, del final de los bailes, los permisos de Navidad... Cómo, durante cuatro años seguidos, los alumnos de los cursos superiores partían llenos de orgullo y entusiasmo y tras ellos llegaban las caras nuevas. Todo aquello se había acabado, pero esa clase de cosas nunca quedaban definitivamente atrás. Se le echó encima lo que podría haber sido su vida, casi de principio a fin.

Fuera de las barracas, avanzada la noche, había cinco o seis tipos sentados en la escalera, bebiendo y charlando. Reemstma se sentó cerca de ellos sin hablar: no quería romper el hechizo. Volvía a ser uno más, como lo había sido en aquellos anocheceres frenéticos de limpiar rifles y cepillarse los zapatos hasta que brillaran como espejos. La bruma de junio se extendía sobre el vasto espacio que lo separaba de aquellas tareas interminables de antaño. ¡Cuánto había llegado a sumergirse en ellas! ¡Con cuánto ardor había creído en la imagen del soldado! La había abrazado como a una fe; se había aferrado a ella a ciegas, como se aferran a Dios los tullidos.

Por la mañana, Hilmo bajó trotando la escalera con un pantalón de deporte bien ceñido en torno a sus piernas musculosas y desapareció por una de las salidas camino de un partido tempranero. Conservaba intacta su despreocupación. Decían que, antes del partido contra Penn State en que debutó como titular, el entrenador los había animado diciéndoles que no sólo derrotarían al rival, sino que le ganarían por dos *touchdowns*, y que luego se había vuelto hacia Hilmo para preguntarle: «¿Y quién va a ser el mejor *quarterback* de toda la costa Este?» «No sé, ¿quién?», había respondido Hilmo.

Mañana ociosa. Como siempre, había poco que hacer, aparte

de los deportes. Poco después de las diez formaron filas para ir marchando a una ceremonia conmemorativa en el campo que llaman el Llano. Esperaron en posición de firmes delante de la estatua de Sylvanus Thayer. Entre ellos sobresalía la cabeza de un inconformista con sombrero de *cowboy*. Cantaron *The Corps* a coro: voces electrizantes y solemnes fueron escalonándose y ascendiendo por el aire. Detrás de Reemstma, alguien dijo en voz baja:

—¿Sabes una cosa? Los mejores amigos que he tenido, y que voy a tener jamás, los hice aquí.

Luego avanzaron para ocupar su lugar en la explanada de los desfiles. El superintendente, un esbelto teniente general, se plantó no muy lejos de ellos con sus ayudantes y el ex alumno de mayor edad, que iba en silla de ruedas.

—Mira nada más —dijo Dunning refiriéndose al superintendente—: ése el problema de esta academia... qué digo, ¡el problema de todo el ejército!

El aire arrastraba, en oleadas, el sonido de una banda de música que avanzaba hacia allí. Hacía calor, había abejas entre la hierba. Minúsculas a lo lejos fueron apareciendo las primeras formaciones de cadetes con sus bayonetas relucientes. Un edificio solitario y distinguido —una réplica— se recortaba contra el cielo: la capilla. ¡Cuántos domingos no había desfilado el coro rutilante hacia la puerta con pasos gráciles y titubeantes a la vez —los líderes, con bandas doradas en la manga— para oír viriles sermones sobre la virtud! Y debajo, parcialmente escondido, el gimnasio, con aquella pátina oscura y agorera que cubría cuanto había en su interior: el suelo, las paredes, los pesados guantes de boxeo. Había algunos campeones entronizados allí que ya eran leyenda, algunas máximas que nadie borraría.

Durante el picnic se anunció que, de los quinientos cincuenta alumnos originales, quinientos veintinueve vivían aún, ciento

setenta y seis de los cuales estaban presentes.

—¡Eso sin contar a Klingbeil!

—De acuerdo, ciento setenta y seis más Klingbeil, si creemos en sus promesas.

—El imposible —exclamó alguien que recibió algunos vítores.

Las mesas estaban en un pabellón grande levantado con mamparas junto al lago. Reemstma buscó a Kit Walker. La había entrevisto poco antes, en la cola de la comida, pero no daba con ella. Tal vez se hubiera ido. Estaba hablando el presidente de la clase.

—Hemos recibido una postal de Joe Waltsak, que se ha retirado este año. Quería venir, pero su hija se gradúa del instituto. No sé si lo sabréis, pero Joe vive en Palo Alto, y hace poco se presentó ante la Asamblea Estatal de California una propuesta de ley que planteaba cambiar el nombre de todas las calles en las que viviera algún campeón nacional de cualquier deporte para ponerles el nombre del campeón respectivo. Joe vive en Parkwood Drive, que pasaría a llamarse Waltsak Drive; por desgracia, la propuesta no se aprobó y no hubo otra que cambiarle el nombre a Joe, que ahora se llama Joe Parkwood.

A continuación, tenían que nombrar a un nuevo tesorero y a un nuevo presidente porque los anteriores habían decidido dejar el cargo.

—Escojamos a alguien distinto, para variar —propuso uno en voz baja.

—Alguien conocido —dijo Dunning.

—¿Te quieres presentar, Mike?

—Sí, claro, sería fantástico —murmuró Dunning.

—¿Y qué tal Reemstma?

Lo propuso Cramner, con las lánguidas llamas del alcohol enrojeciéndole el rostro. Cuando sonreía enseñaba unos dientes irregulares y desgastados.

—Buena idea.

—¿Quién, yo? —preguntó Reemstma.

Estaba confuso. Miró alrededor sorprendido.

—¿Qué te parecería, Eddie?

No sabía si hablaban en serio. Todo parecía un despropósito, como cuando Ulysses S. Grant pasó de granjero a coronel una noche cualquiera en San Luis, Misuri. Reemstma intentó protestar, pero sólo le salió un murmullo. Se había sonrojado.

Propusieron otros nombres y él notó que se le aceleraba el corazón; había dejado de decir: «Que no, que no» y se había quedado sentado con la boca abierta de pura perplejidad. No se atrevía a mirar alrededor. Volvió a negar con la cabeza: «No.» Entonces, alguien alzó una mano y dijo:

—Propongo que se cierren las nominaciones.

Nadie había propuesto su nombre. Se sentía como un estúpido, se sentía traicionado: lo habían vuelto a engañar, pero nadie le prestaba atención; estaban contando manos alzadas.

—Venga, que tú no puedes votar —le dijo un hombre a su esposa.

—¿No? —preguntó ella.

Mientras daba un paseo antes del atardecer, Reemstma vio por fin a Kit Walker, quien se comportó de un modo extraño. Al principio parecía que no lo reconocía. Tenía una mancha de hierba en la parte trasera de la falda blanca.

—Ah, hola —lo saludó.

—Te estaba buscando.

—¿Me harías un favor? —pidió ella—. ¿Te importa traerme una copa? Parece que mi marido me está ignorando a posta.

Aunque Reemstma no se daba cuenta, había otra persona que estaba ignorándola a posta: Hilmo, de pie unos pasos más allá. Se habían preocupado de volver al pabellón por separado. Algunos amigos que estaban a punto de irse hablaban en

grupos pequeños; sus rostros oscuros se recortaban contra el agua, que destellaba tras ellos. Reemstma volvió con un poco de vino en un vaso de plástico.

—Toma. ¿Ha pasado algo?

—Gracias. No, ¿por qué? Oye, qué amable eres —dijo ella. Acababa de ver algo por encima del hombro de Reemstma—. Ay, vaya.

—¿Qué?

—Nada, parece que ya nos vamos.

—¿Te tienes que ir? —consiguió decir él.

—Rick está en la puerta y ya lo conoces: no soporta que lo hagan esperar.

—Tenía la esperanza de que pudiéramos hablar.

Se volvió. Walker estaba fuera, bajo la luz del sol. Llevaba una camisa hawaiana y pantalones informales de color marrón. Parecía distante. Reemstma sintió envidia.

—Tenemos que volver en coche hasta Belvoir esta noche —explicó ella.

—Ya entiendo, es un trayecto largo.

—Me ha encantado conocerte —dijo ella.

Dejó la bebida intacta en una esquina de la mesa y se abrió camino hacia la puerta bajo la atenta mirada de Reemstma, que pensaba que ella no era como las demás. Los vio encaminarse hacia el coche y se descubrió preguntándose si tendrían hijos. ¿De verdad lo había encontrado interesante?

En la hora previa al crepúsculo, las seis de la tarde, oyó un ruido y miró hacia fuera: el escolar indomable, patilargo como una garza; el antiguo oficial de infantería que ahora lucía una barriga pequeña y redondeada, saludaba agitando los dos brazos.

Dunning gritó desde una ventana:

—¡Napias!

—¡Mirad a quién he traído! —contestó Klingbeil.

Llegaba con Devereaux, el colega atormentado. Iban cogidos de los hombros y cruzaban la explanada juntos, sonrientes; amigos desde la época de cadetes y para toda la vida. Empezaron a subir la escalera.

—¡Napias! —gritó Dunning.

Klingbeil abrió los brazos burlonamente.

Era hijo de un oficial del ejército. De niño, había navegado en la Matson Line y recorrido el país de arriba abajo. Presumía de sus hazañas eróticas en la litera de abajo: «Hijo mío, hijo mío», gemía ella. Era incorregible y popular, sus hombres lo adoraban. Como tardaban en ascenderlo, había abandonado el ejército y se había convertido en promotor de construcciones. Conducía un Cadillac verde famoso en Tampa y era el rey de las partidas de póquer, las copas, las noches largas...

Seguro que ella no lo había dicho de verdad, estaba pensando Reemstma: era lo que le dictaba su experiencia. No se ponía susceptible con las mentiras. «Ah sí, Reemstma», le decían las esposas, «creo que mi marido me ha hablado de ti». «No conozco a tu marido», contestaba él, y tras un momento de alarma: «Claro que sí. ¿No ibais a la misma clase?»

Los oía escaleras abajo:

—*Der Schiff ist kaputt!* —gritaban—. *Der Schiff ist kaputt!*

Vía Negativa

Hay cierta clase de escritor menor al que uno puede encontrarse en alguna biblioteca firmando ejemplares de su novela. Tiene el dedo índice del color del té y la sonrisa llena de dientes cariados. En todo caso, sabe de literatura: sus tristes huesos están hechos de literatura. Conoce todo lo que se ha escrito y sabe dónde murió cada escritor. Sus opiniones son frías, pero acertadas; lo menos que se puede decir es que son honestas.

Es más bien desconocido, pero no le faltan algunos admiradores. En realidad, son como el matrimonio: nada interesantes, pero... ¿acaso hay algo más? Su vida está en sus diarios, y en algún lugar de esos diarios hay una frase del astrólogo: «Las mujeres son tu mejor compañía.» De vez en cuando, quizá, tampoco exageremos. Le clarea el pelo, lleva ropa un poco pasada de moda, pero es consciente de que hay una gloria postrera que recae en ciertas figuras que pasan prácticamente inadvertidas por sus contemporáneos, que las toca en la oscuridad y reconstruye sus vidas. Sus héroes son Musil, Gerard Manley Hopkins —por supuesto—, Iván Bunin...

Hay escritores como P, que camina por la calle con su traje caro y sus zapatos ingleses bajo un sol que deslumbra mientras la multitud se aparta para dejarlo pasar, para abrirle un hueco como el ojo de una tormenta.

—Me han dicho que has ganado una fortuna con tu libro.

—¿Qué? No te creas —dice, aunque todo el mundo lo sabe.

Si uno mira con atención, descubre que sus zapatos están hechos a mano. Él tiene una buena mata de pelo y una cara

poderosa —ceño fruncido, nariz larga—, una cara atribulada y dura como una puerta. Se da cuenta de que quien le está preguntando es uno que ha publicado algunos cuentos. Sólo tiene un momento para hablar.

—El dinero no significa nada —le dice—. Fíjate en mí: no consigo ni que me corten el pelo decentemente.

Habla en serio, no sonríe. Cuando volvió de Londres y le pidieron que apoyara el lanzamiento de la novela de un joven conocido suyo, contestó que, si quería triunfar, debía hacerlo como él: sin ayuda. «Todos quieren algo de mí», dijo.

Y hay escritores mayores que deben su eminencia a *The New Yorker* y se mueven en los círculos de los ricachones, como W, que ya era famoso a los veinte años. Ahora, algunos críticos consideran que su obra es superficial y digresiva; antes era amigo del escritor más grande de nuestro tiempo, un escritor que inspiró a incontables epígonos; quizá sería mejor decir que es uno de los más grandes: no todo el mundo está de acuerdo en su primacía y prefiero no discutir. En cualquier caso, en un momento dado se pelearon y W no ha querido contar por qué.

Su primer cuento —que, como todo el mundo sabe, se publicó en todas partes— le valió al menos una cincuentena de mujeres a lo largo de los años, según solía decir. Su mujer lo sabía. Al final, él la dejó. No era un hombre que se conservara demasiado bien: empezaron a aparecerle venillas en los pómulos, se le enrojecieron los ojos, le dio por insultar a la gente, incluso a los camareros en los restaurantes. Aun así, se decía que en su juventud había sido muy generoso, muy valiente. Estaba en contra de la injusticia, había donado dinero a los republicanos españoles.

Era de mañana. Los dentistas preparaban sus utensilios y los vagabundos refunfuñaban en los portales, molestos por el brillo

del sol. Nile iba en autobús a ver a su madre. Por encima de su cabeza había un anuncio con las palabras de Victor Hugo: «No existe en el mundo nada más poderoso que una idea a la que le ha llegado su tiempo.» Iba despeinado y su rostro mostraba la arrogancia, los labios magullados de quien está decidido a vivir sin dinero. Su madre, que lo esperaba en la puerta, tomó su cara pálida entre las manos. Se echó atrás para verlo mejor. Sus manos solían temblar con un continuo movimiento rítmico.

—Tus dientes... —le dijo.

Neil se los tapó con la lengua. Su tía salió de la cocina para darle un abrazo.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó—. Adivina qué hay para comer.

Como a muchas mujeres gordas, le encantaba reírse. Había enviudado dos veces, pero le bastaba con tomarse una copa para ponerse a bailar. Se fue a poner la mesa y, al pasar ante la ventana, miró afuera. Había un cine en la otra acera.

—Degenerados —dijo.

Nile arrastró la silla hacia la mesa y se sentó entre las dos mujeres, que aún iban en camisón —la calidez de los almuerzos familiares, donde lo único que interesa es la comida—. Mientras hablaban, él se comió una rebanada de pan bien cargada de mantequilla. Había bacalao con cebollas salteadas servido en una gran fuente. Se oían voces por todas partes: la televisión encendida, la radio en la cocina... Iba contestando sus preguntas con la boca llena.

—Está un poquito soso —opinó su madre—. ¿Lo has cocinado como siempre?

—Exactamente igual —repuso su tía. Lo probó también—. Quizá le falte sal.

—Al pescado no hay que echarle sal —dijo su madre.

Nile siguió comiendo. El pescado, húmedo y blanco, se deshacía bajo el tenedor. Conservaba un ligero gusto al yodo

del mar. Él conocía bien el mercado donde había estado expuesto sobre un lecho de hielo y al pescatero judío —que nunca se afeitaba—. Su tía lo estaba mirando.

—¿Sabéis una cosa? —dijo ella.

—¿Qué?

No estaba hablando con él: acababa de hacer un descubrimiento.

—Por un instante, mientras estaba comiendo, lo he visto exactamente igual que su padre.

Se hizo una pausa repentina y dulce en la sala, una profundidad que no estaba ahí cuando sólo hablaban de la inmoralidad y el peligro que representaban los negros. Su madre lo miró con reverencia.

—¿Has oído eso? —le preguntó.

Hablaba con voz apagada, anhelaba los mitos del pasado. Algo oscuro le rodeaba los ojos, tenía las carnes viejas.

—A ver, ¿en qué te pareces a él? —quería oírselo recitar.

—No me parezco —contestó Nile.

No lo oyeron. Se pusieron a recordar detalles de su infancia: los poemas que memorizaba, el cabello tan bonito que tenía, lo bien que se le daban los estudios, la rapidez con que aprendió a usar los cubiertos en la mesa, aunque el tenedor apenas le cabía en la mano. Tenía la misma barbilla que su padre, decían, la misma forma de la cabeza.

—Por detrás —dijo su tía.

—Una cabeza bonita —confirmó su madre—. Tienes una cabeza perfecta, ¿lo sabías?

Luego, él se tumbó en el sofá y estuvo escuchándolas mientras fregaban los platos. Cerró los ojos. Todo le resultaba familiar: las frases —que ya había oído—, las discusiones sobre el pasado, incluso el olor de los cojines que tenía debajo de la cabeza. En el dormitorio había una colección de fotografías mal enmarcadas. En ellas, si se seguía la progresión, se veía un

rostro cada vez más mayor, cada vez menos prometedor. ¿De verdad había escrito todas aquellas cartas tan serias, conservadas en cajas de zapatos junto con sus libros de texto y algunos programas perfectamente plegados? Estaba durmiendo en el museo de su vida.

Se fue a las cuatro, el portero estaba leyendo el periódico con el cuello de la camisa desabotonado, rodeado de un aire cargado de olor a comida. No se preocupó ni de alzar la mirada cuando él salió: estaba absorto en la descripción de dos chicas cuyos cadáveres habían aparecido atados en la orilla de un canal. No había fotos de los cuerpos, sólo los retratos de un anuario del instituto. Era junio, la calle estaba bordeada de coches, el calor fundía las alcantarillas.

Las tiendas estaban cerradas. En los escaparates, abandonados a la tarde, se exhibían libros, cosméticos, prendas de piel. Se entretuvo paseando ante ellos y sintió crecer en su interior un gran anhelo, una sed de dinero, un deseo de reconocimiento. Por enésima vez, caminaba por calles que no reconocían su presencia, ante incontables edificios de pisos, ante consulados y bancos. Llegó a la altura de la calle Cincuenta, detrás de los grandes hoteles. Las calles estaban frías y húmedas como los cuartos de los criados; había papeles por todas partes, sobres, paquetes vacíos de cigarrillos.

En el piso de Jeanine se estaba mejor. El suelo estaba pulido, ella tenía el aliento fresco.

—¿Has salido? —le preguntó él.

—No, todavía no.

—Las calles se están derritiendo —le explicó—. No estabas trabajando, ¿verdad?

—Estaba leyendo.

Desde la ventana de su casa se veía la parte de atrás del Plaza: el salón del segundo piso donde trabajaban las peluqueras. Era rojo, lleno de espejos que multiplicaban sus

secretos. Algunas tardes contemplaban desnudos sus gestos silenciosos.

—¿Qué estás leyendo? —le preguntó.

—A Gógol.

—Gógol... —Cerró los ojos y se puso a recitar—: «En el carruaje iba sentado un señor no muy guapo, pero tampoco feo; ni gordo ni flaco, ni viejo ni joven...»

—Qué memoria tienes.

—A ver, ¿qué novela es? «Durante mucho tiempo, me acosté temprano...»

—Ésa es demasiado fácil —contestó ella.

Estaba sentada en el sofá con las piernas dobladas bajo el cuerpo y el libro cerca de su mano.

—Supongo que sí —aceptó Neil—. ¿A que no sabías que Gógol murió virgen?

—¿De verdad?

—Los rusos son un poco especiales para esas cosas —dijo—. Chéjov consideraba que una vez al año bastaba para un escritor. —Se percató de que ya se lo había contado—. No todo el mundo está de acuerdo —murmuró—. ¿Sabes a quién vi ayer por la calle? Iba vestido como un banquero, hasta los zapatos...

—¿A quién?

Nile lo describió y, al cabo de un momento, ella supo a quién se refería.

—Ha escrito un libro nuevo —apuntó.

—Eso dicen. Creía que me iba a acercar el anillo para que se lo besara. Le dije: «Oye, dime una cosa, de verdad: todo ese dinero, toda esa atención...»

—No me lo creo.

Nile sonrió mostrando esos dientes que tanto hacían llorar a su madre.

—Se quedó aterrado. Sabía lo que yo iba a decirle. Él lo tiene todo, todo el mundo habla de él y yo sólo tenía un alfiler, una

aguja, pero si apretaba iba a clavársela directo en el corazón.

Ella tenía cara de chico, unos brazos levemente musculosos y las uñas mordisqueadas. La luz de la tarde, que de algún modo había conseguido abrirse camino hasta la habitación, brillaba en sus rodillas. Era de Montana. Cuando se conocieron, Nile la había tenido por complaciente —algo que lo entusiasmó— o incluso estúpida, pero luego descubrió que simplemente la rodeaba una especie de vasto nimbo, tal vez el de la infancia. Su personalidad se revelaba en actos simples e inesperados, como un crío campesino que se quita la ropa. Estaba sentada en el sofá con un brazo delante y en la parte interior de su antebrazo podía verse una arteria larga y gruesa que bajaba hasta la muñeca. Estaba henchida de sangre, pero no se notaba ninguna pulsación.

Había estado casada. A Neil lo asombraba su pasado, que no parecía haber dejado el menor rastro en su cuerpo, ni siquiera un recuerdo. Lo único que había aprendido era a vivir sola. En el baño había unos jabones que jamás habían pasado por el agua, todavía con la marca impresa. Había toallas limpias, flores en un jarrón azul. La cama era tersa y suave. Había libros, fruta, notas encajadas en el marco del espejo.

—¿Qué le preguntaste exactamente?

—¿Tienes algo de vino? —dijo Nile, y alzó un poco la voz cuando ella fue a buscarlo—. Me tiene miedo porque no he conseguido nada. —Alzó la vista; había un poco de yeso desconchado en el techo—. Ya sabes lo que decía Cocteau —siguió—: hay una fama que es peor que el fracaso. Le pregunté si creía que de verdad merecía todo eso.

—¿Y qué respondió?

—No me acuerdo. ¿Qué es esto? —Cogió la botella, del color del mar, que ella llevaba en la mano. Tenía la etiqueta un poco manchada—. Un Pauillac. No lo recuerdo. ¿Lo he comprado yo?

—No.

—Ya me parecía. —Olió el vino—. Muy bien. Te lo habrá regalado alguien —especuló.

Ella le llenó el vaso.

—¿Quieres ir al cine? —preguntó Neil.

—Creo que no.

Él miró el vino.

—¿No?

Ella guardó silencio y, poco después, dijo:

—No puedo.

Neil empezó a inspeccionar los libros de la estantería que tenía al lado, muchos de los cuales no había leído.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó—. Tu madre me cae bien. —Abrió un libro—. ¿Le escribes cartas?

—A veces.

—¿Sabes qué? Los de la editorial Viking están interesados en mí —dijo de modo abrupto—. Les interesan mis relatos. Quieren que alargue «Noches de amor».

—Siempre me ha gustado ese cuento —dijo ella.

—Ya estoy trabajando en él. Me levanto muy temprano. Quieren que me saque una foto.

—¿Con quién te reuniste en Viking?

—No me acuerdo de cómo se llama. Es un tipo moreno más o menos de mi altura. Tendría que recordar su nombre. Bueno, ¿qué más da?

Ella fue a la habitación a cambiarse y él echó a andar tras ella.

—No —le dijo Jeanine.

Se volvió a sentar. De vez en cuando le llegaba algún ruido ordinario: cajones que se abrían y cerraban, momentos de silencio. Era como si estuviera haciendo las maletas.

—¿Adónde vas? —gritó mirando al suelo.

Se estaba cepillando el cabello, Neil oía las pasadas ágiles y

rítmicas del cepillo. Ella estaba de cara al espejo, sin prestarle atención: él era como una carta tirada en la mesa, como el Gógol a medio leer, como el vino. Se quedó sentado con los hombros caídos, como un crío enrabietado.

—Jeanine —dijo—, ya sé que te he decepcionado antes, pero lo de Viking es verdad.

—Lo sé.

—Voy a estar muy ocupado... ¿tienes que irte ahora?

—Ya voy un poco tarde.

—No, seguro que no —pidió él—, por favor.

Ella no fue capaz de decir nada.

—Qué más da: me tengo que ir a casa a trabajar. ¿Hacia dónde vas?

—Estaré de vuelta hacia las once, ¿por qué no me llamas? —Intentó tocarle el pelo—. Hay más vino —le ofreció.

Ya no creía en él. En las cosas que pudiera decir sí, pero no en él. Había perdido la fe.

—Jeanine...

—Adiós, Nile —se despidió, igual que cuando ponía fin a las conversaciones por teléfono.

Se iba hacia la zona de la calle Noventa, a cenar en un piso que no había visto antes. Llevaba los brazos descubiertos, parecía muy joven.

Cuando se cerró la puerta, a él le entró el pánico. Se desesperó. Parecía que sus pensamientos echaran a volar, que se dispersaran como pájaros. Era una hora mortal. En la televisión, los periodistas respondían a preguntas complejas. Las calles estaban en silencio. Empezó a repasar las cosas de Jeanine. Primero los armarios, los cajones. Encontró las cartas. Se sentó a leerlas: cartas de su hermano, de su abogado, de personas desconocidas para él. Se puso a sacarlo todo: blusas, ropa interior, unos hierbajos largos y pegajosos que resultaron ser medias. Apartó los zapatos a patadas, desparramó cajas

abiertas, rompió collares y las cuentas cayeron al suelo como si lloviera. Lo invadió algo salvaje, asesino. Mientras ella estaba en aquel piso, intercambiando unas cuantas palabras con hombres inseguros que intentaban llamar su atención, él la azotaba de habitación en habitación como si fuera un perro gañendo, la empujaba contra las paredes, le rasgaba la ropa. Ella caminaba a trompicones, lloraba, él se daba cuenta de que sus actos eran horribles, no tenía derecho a hacerlo... ¿qué justificación tenía?

Estaba bañado en sudor, sin aliento. Le daba miedo quedarse. Cerró la puerta con un suave tirón. Había unos periódicos viejos apilados en el rellano, ruidos leves de otros pisos, niños que volvían de hacer algún recado en las tiendas cercanas.

Ya en la calle vio por todas partes, en la oscuridad de las ventanas, en los reflejos, como si de pronto se le hiciera visible, una especie de caos que le daba la bienvenida, que lo aclamaba. Las grandes ruedas de los autobuses rugían al pasar. Era la última hora de luz. Sintió la soledad del crimen. Se detuvo, como un adicto, en una cabina telefónica. Le flojeaban las piernas. No, había algo más bajo la flojera: por un instante percibió en sí mismo profundidades desconocidas, imágenes que lo hacían brillar. Al parecer, atraía las miradas de las mujeres que pasaban por ahí. «Me reconocen», pensó, «me huelen en la oscuridad, como yeguas». Les sonreía con los labios agrietados propios de alguien incorregible. No les concedía la menor importancia, lo hacía sólo por el poder de inquietar. Estaba atrayendo a tirones su amor, un amor estúpido, un amor sin el cual no podía respirar.

Era tarde ya cuando llegó a casa. Cerró la puerta. Oscuridad. Encendió la luz. No tenía ninguna sensación de pertenencia. Se miró en el espejo del baño. Tenía un tragaluz justo encima, con los cristales ennegrecidos. Se sentó bajo la pequeña foto en la que aparecía, desnuda, una chica con la que había vivido

tiempo atrás, con las esquinas ya rizadas, y se puso a tocar, la tecla sol se atascaba, el piano estaba desafinado. En Bach no sólo había orden y coherencia, sino también algo más, un código, una repetición de la que todo dependía. Al cabo de un rato notó un golpeteo bajo sus pies: la escoba del idiota del piso de abajo. Siguió tocando. Arreciaron los golpes. Si tuviera coche... De pronto se le impuso esa idea como si fuera justo lo que había intentado pensar: un coche. Se iría a toda velocidad de la ciudad para encontrarse al amanecer en largas carreteras secundarias. Vermont; no, más lejos: Terranova, donde la costa aún estaba desierta. Eso era: un coche, lo vio con toda claridad. Lo vio aparcado a la suave luz del amanecer con su carrocería manchada por el viaje, levemente abollada tras sobrevivir a algún choque prematuro y terrible.

O todo es azar o nada es azar: esa noche, Jeanine conoció a un hombre que, según decía, deseaba realizar un acto de generosidad perdurable, como cuando Genet le regaló su casa a un antiguo amante.

—¿Hizo eso? —preguntó ella.

—Dicen.

Era P. La sala estaba llena de gente y él hablaba con ella con toda naturalidad, como si ya se conocieran de antes. Jeanine no se preguntó qué debía decirle: no tenía que decirle nada. Él estaba muy cerca; tenía algunas arrugas en la frente, unas arrugas que aún no eran profundas.

—La generosidad purifica —afirmó.

Más adelante le diría que las palabras no eran casuales, que su elección y organización eran el eco de otra voz, una voz que lo revelaba todo: el vocabulario era como las huellas dactilares, le dijo, como la caligrafía, como el cuerpo que revelaba el alma invisible, que le daba expresión.

Tenía el rostro oscuro, de rasgos profundos. Formaba parte de una raza distinta y misteriosa. Ella se dio cuenta de lo

diferente que era su propia cara, con su boca grande, sus ojos grises, lentos, curiosos, claros como un arroyo. También se dio cuenta de que el vestido que llevaba, la profundidad de los sillones, las dimensiones de aquella sala que en aquel momento flotaba en medio de la noche, formaban parte de una inmersión en el fluir de una vida en su máxima amplitud. El corazón le latía despacio, pero con fuerza. Nunca se había sentido tan segura de sí misma, tan asombrada por la facilidad con que todo se abría.

—Soy suspicaz y avaricioso, lo reconozco —dijo él. Empezaba a confesarse.

Más adelante le aseguró que en toda su vida sólo había sido libre durante una hora, y que durante esa hora había estado con ella.

Ella no hacía preguntas, reconocía a su interlocutor. En su propio piso, la luz estaba encendida. El aire de la ciudad, amargo como un ácido, estaba totalmente quieto. Ella no lo respiraba, respiraba otro aire. Aún no había sonreído ni una sola vez. Más adelante él le aseguró que, de todo lo que había encontrado atractivo en ella, eso era lo más potente, y que sus pechos eran como los de las jóvenes negras de la *National Geographic*.

Costas lejanas

La señora Pence ya no estaba, ni ella ni sus zapatos blancos. Se había ido dos días antes y la habitación en lo alto de la escalera estaba vacía. Sus cosméticos ya no afeaban el tocador, al fin habían quitado la tabla de planchar. Sólo quedaban unos cuantos pasadores de pelo y unos polvos de talco. Al día siguiente llegó Truus, con dos maletas y rojeces en las mejillas —era marzo y hacía frío—. Christopher se la encontró en la cocina como por casualidad y le preguntó:

—¿Has matado a alguien?

La casa estaba hecha un lío, pero ella era holandesa y no tenía permiso de trabajo.

—Te puedo pagar ciento treinta y cinco dólares por semana —le propuso Gloria.

Al principio no le caía bien a Christopher, pero pronto empezaron a desaparecer del fregadero las pilas de platos por lavar, el suelo estaba barrido y todo recobraba más o menos el orden —la chica de la limpieza sólo iba una vez por semana—. Truus era lenta, pero diligente. Se encargaba de la colada —tarea que la señora Pence, que era enfermera titulada, siempre se había rehusado a hacer—, iba a por la compra, cocinaba y cuidaba a Christopher. Era muy trabajadora, tenía diecinueve años y un pronto enfurruñado. Gloria la mandaba al salón de Elizabeth Arden en Southampton para que le trataran las rojeces y le daba fiesta los lunes: una noche libre por semana.

Poco a poco, Truus fue enterándose de varias cosas: la casa, un antiguo cocherón reconvertido en vivienda, era de alquiler; a Gloria, que tenía veintinueve años, le gustaba levantarse

tarde; a veces aparecían quemaduras en la alfombra de la sala de estar; el padre de Christopher se había ido a California y Gloria tenía un novio que se llamaba Ned.

—Ese hijo de perra ya se puede ir olvidando de volver a ver a Christopher mientras no me pague todo lo que me debe —solía amenazar.

—Tienes toda la razón —decía Ned.

Cuando empezó a hacer calor era común ver a Truus por el pueblo, en una tienda o en otra, llevando a Christopher a rastras...

Era algo anodina. A esas alturas había conocido a otra chica, una francesa también *au pair*, con la que iba al cine. Bajo los árboles con sus hojas nuevas se deslizaban los coches caros, cada semana en mayor número. Truus empezó a llevar a Christopher a la playa. Gloria los veía alejarse, a menudo aún en bata, y se despedía de ellos con la mano mientras bebía café. Tenía mucha suerte, todas sus amigas se lo decían y ella lo sabía muy bien: Truus era una bendición. Ya formaba parte de la familia.

• • •

—Truus sabe cómo conseguir ratones —dijo Christopher.

—¿Conseguir qué?

—Ratoncetes.

—Ratoncitos —corrigió Gloria.

Él la estaba mirando mientras se maquillaba, algo que siempre lo fascinaba. Con la cara casi pegada al espejo, concentrada, se peinaba las largas pestañas hacia arriba. Tenía una fantástica melena rubia; también un lunar en el labio superior —del que crecían unos pocos pelillos— y una manchita en la frente, pero en general un rostro bonito. A primera vista siempre impresionaba. Más adelante uno podía

fijarse en las piernas flacas —como las de la abuela—, que ella, sin embargo, consideraba aristocráticas, y en todo caso a medida que avanzaba la tarde su perfección iba decreciendo: desaparecía el brillo de los labios, perdía algún pendiente. Todos los patrulleros de la autopista la conocían. Unas pocas semanas atrás se había metido con el coche en una zanja al volver de una fiesta, había echado a andar por Georgia Road a las tres de la madrugada y luego había tenido que romper dos cristales para entrar por la puerta de la cocina.

—Su amigo sabe de dónde sacarlos —dijo Christopher.

—¿Qué amigo?

—Ah, un amigo —dijo Truus.

—Nos lo encontramos.

Gloria dejó de mirar su reflejo para detenerse un momento en el de Truus, que la miraba con la misma concentración.

—¿Puedo tener unos ratoncetes?

—¿Mmm?

—Por favor.

—No, cariño.

—¡Por favor!

—No, ya basta con los que tenemos.

—¿Dónde?

—Por toda la casa.

—¡Por favor!

—No, y déjalo ya. —Luego, sin darle importancia, preguntó a Truus—: ¿Es tu novio?

—No es nadie —contestó Truus—, lo acabo de conocer.

—Bueno, no olvides que hay que tener cuidado: nunca sabes con quién te vas a encontrar. Hay que tener cuidado. —Se echó un poco hacia atrás y repasó los ojos, grandes, pintados de negro—. Dale gracias a Dios por no vivir en Italia —le dijo.

—¿En Italia?

—Allí no puedes ni caminar por la calle, no puedes ni

comprarte un par de zapatos: se te echan encima, te tocan, te manosean.

Fue al salir de Dean and De Luca cuando Christopher se empeñó en llevar la bolsa y ésta se le cayó en cuanto cruzó la puerta.

—Vaya, mira lo que has hecho —dijo Truus molesta—. Te he dicho que no la tiraras.

—No la he tirado, se me ha resbalado.

—No la toques, hay cristales rotos —le advirtió.

Christopher se quedó mirando al suelo. Tenía un cuerpo recio, melena corta y un hoyuelo en la barbilla, como su padre, el proscrito. Pasaba gente por delante. Truus estaba enfadada. Hacía calor, la tienda estaba abarrotada, tenía que volver a entrar.

—Parece que habéis tenido un pequeño accidente —dijo una voz—. ¿A ver? ¿Qué se os ha roto? No pasa nada, os lo cambiarán. Conozco a la cajera.

Al poco, cuando volvieron a salir, se dirigió a Christopher:

—¿Crees que esta vez lo podrás aguantar?

Él se quedó callado.

—¿Cómo te llamas?

—Anda, díselo —lo urgió Truus, y un instante después dijo —: Se llama Christopher.

—Lástima que no estuvieras conmigo esta mañana, Christopher. He ido a un sitio donde tienen muchos ratones domésticos. ¿Alguna vez has visto uno?

—¿Dónde? —preguntó el chico.

—Se te paran en la manita.

—¿Dónde es eso?

—No puedes tener un ratón —dijo Truus.

—Sí que puedo. —Y lo siguió repitiendo mientras iban

caminando—. Puedo tener lo que quiera.

—Chist.

Los mayores hablaban por encima de su cabeza. Se detuvieron un momento al llegar a la esquina y él guardó silencio mientras hablaban. Notó que le toqueteaban el pelo, pero no alzó la vista.

—Di adiós, Christopher.

No dijo nada, se negó a levantar la cabeza.

A media tarde, el sol era como un horno. Todo se oscurecía a contraluz, el horizonte se perdía en la niebla. A lo lejos, en la línea de la playa, delante de una de las casas que más sobresalía, ondeaba una gran bandera. Truus caminaba fatigosamente por la arena seguida de Christopher. Por fin, vio lo que andaba buscando: en lo alto de las dunas había una persona sentada.

—¿Adónde vamos? —preguntó Christopher.

—Ahí arriba.

El niño vio enseguida adónde se dirigían.

—He traído unos ratones —fue lo primero que dijo.

—¿De verdad?

—¿Quieres saber cómo se llaman? —De hecho, eran dos jerbos desesperados en un bote de virutas de madera—. *Gato* y *Vampi*.

—¿*Gato*?

—Es el más grande. —Observó que Truus estaba desplegando la toalla—. ¿Nos tenemos que quedar aquí?

—Sí.

—¿Por qué? —preguntó.

Quería ir más cerca del agua. Al fin, Truus accedió.

—Pero sólo si te quedas donde te pueda ver —dijo.

Christopher echó a correr y se le cayó la palita que llevaba

dentro del cubo. Truus tuvo que llamarlo para que volviera. Se marchó de nuevo y ella hizo ver que lo vigilaba.

—Estoy encantado de que hayas venido. Aunque no sé cómo te llamas: conozco el nombre del chico, pero no el tuyo.

—Truus.

—Nunca había oído ese nombre, ¿es francés?

—Holandés.

—¿Ah, sí?

Él se llamaba Robbie Werner y su nombre no era ni la mitad de bonito, dijo. Le costaba bien poco sonreír, tenía los ojos de un azul claro y un cierto aire de niño consentido: parecía un escolar a quien no lo inquietara en absoluto que lo hubieran expulsado del colegio. El sol rugía y fustigaba los hombros de Truus. Bajo la blusa, llevaba un traje de baño entero de color azul. Era consciente de que estaba gorda, del calor y de las piernas gruesas y masculinas estiradas junto a ella.

—¿Vives aquí? —le preguntó.

—Sólo he venido de vacaciones.

—¿De dónde?

—A ver si lo adivinas.

—No tengo idea —contestó Truus.

Esas cosas no se le daban bien.

—De Arabia Saudí —dijo él—. Hace el mismo calor que aquí, pero multiplicado por tres.

Trabajaba allí, le explicó. Tenía un piso propio y teléfono gratis. Al principio, ella no le creyó, pero estuvo mirándolo mientras él hablaba y se dio cuenta de que decía la verdad. Se cogía dos meses de vacaciones al año, le dijo, por lo general en Europa. Truus se imaginó que eso implicaba dormir en hoteles y levantarse tarde para salir a comer. No quería que parase de hablar, no se le ocurría qué decir.

—¿Y tú, a qué te dedicas? —preguntó él.

—Ah, a cuidar a Christopher.

—¿Y su madre?

—Vive aquí, está divorciada —explicó.

—Es terrible cuánto se divorcia la gente —dijo él.

—Estoy de acuerdo.

—Para qué casarse entonces, ¿no? —dijo él—. ¿Tus padres siguen casados?

—Sí —respondió Truus.

Tampoco le parecía que fueran un buen ejemplo: llevaban casi veinticinco años juntos y estaban completamente quemados por el matrimonio, sobre todo su madre.

De repente, Robbie se incorporó un poco.

—Uy, uy —dijo.

—¿Qué pasa?

—El niño, no lo veo.

Truus se puso en pie de un salto, miró alrededor y echó a correr hacia el agua. La marea había levantado una especie de plataforma que impedía ver la orilla. Mientras corría pudo ver al fin, un poco más allá, la cabecita rubia. Se puso a gritar su nombre.

—Te he dicho que te quedaras donde pudiera verte —exclamó sin aliento al llegar a su lado—. He tenido que correr hasta aquí. ¿Sabes el susto que me has dado?

Christopher dio unos golpecitos ociosos en la arena con la pala, alzó la vista y vio a Robbie.

—¿Quieres hacer un castillo? —preguntó inocentemente.

—Claro —contestó Robbie al cabo de un momento—. Venga, acerquémonos un poquito más al agua, así podemos hacer un foso. ¿Quieres ayudarnos a construir un castillo? —le preguntó a Truus.

—No —dijo Cristopher—, ella no sabe cómo.

—Claro que sabe. Se ocupará de una parte muy importante.

—¿Cuál?

—Ya lo verás.

Iban andando por la aterciopelada ladera empapada por la marea.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Christopher.

—Robbie. Aquí hay un buen sitio.

Se arrodilló y empezó a excavar la arena con las manos.

—¿Tienes pene?

—Sí.

—Yo también —dijo el chico.

Truus le estaba preparando la cena a Christopher, que jugaba en la terraza golpeando el suelo de pizarra con su pala. Hacía calor en la cocina; la ropa se le pegaba al cuerpo y le sudaba la zona del bigotillo, pero luego podría subir a darse una ducha. Tenía una habitación en el piso de arriba —distinta de la que ocupaba la señora Pence—: un pequeño cuarto de invitados pintado de blanco y con un remiendo chapucero en la puerta en el lugar de donde habían quitado la cerradura original. Había árboles justo al otro lado de la ventana, y el denso seto de la casa vecina. La habitación daba al sur y recibía toda la brisa. A menudo, por las mañanas, mientras la habitación iba inundándose de una luz líquida, Christopher se metía en su cama con las piernas frías y un olorcillo acre en el pelo. Esa vez, notó arena en las sábanas y, aún adormilada, volvió la cabeza para mirar el reloj de la mesita de noche. Todavía no eran las seis, pero ya cantaban los primeros pájaros. A su lado, con los ojos cerrados y los labios separados apenas lo justo para revelar una hilera de dientecillos, estaba aquel niño perfecto.

Christopher se había puesto a cavar en torno a las flores e iba amontonando la tierra en el límite de la terraza.

—Para, ¿no ves que les haces daño? —le dijo ella—. Si no me haces caso te voy a subir al árbol del cobertizo y te dejaré allí.

Estaba sonando el teléfono. Gloria lo cogió en otra parte de

la casa y un momento después la llamó:

—Es para ti.

—¿Diga?

—Hola.

Era Robbie.

—Hola —dijo ella.

No estaba segura de que Gloria hubiera colgado, entonces oyó un clic.

—¿Podrás salir conmigo esta noche?

—Sí, podemos quedar —contestó ella.

Sentía una ligereza extraordinaria en el corazón.

Christopher había empezado a rascar la puerta con su pala.

—Perdón —dijo Truus, y luego añadió tapando el auricular con una mano—: ¡Para ya!

Después de colgar se volvió hacia el chico, que la estaba mirando desde la puerta.

—¿Tienes hambre? —le preguntó.

—No.

—Ven, vamos a lavarte las manos.

—¿Por qué vas a salir?

—Para pasármelo bien. Venga.

—¿Por qué te vas?

—Para ya, ¿quieres?

Esa noche no sopló el viento y el calor se esparció de inmediato como un fluido. Se sentaron cerca de la barra —atestada de hombres— en la ostentosa frescura del Laundry, más allá de la estación. Estaba lleno y había mucho ruido. De vez en cuando alguien los saludaba al pasar.

—Menudo zoo, ¿eh? —dijo Robbie.

Truus sabía que Gloria iba a menudo a ese bar.

—¿Qué quieres tomar?

—Cerveza —repuso ella.

Había al menos veinte hombres en la barra y notaba que la miraban de vez en cuando.

—¿Sabes qué? En traje de baño no estás nada mal —le dijo Robbie. A ella le parecía lo contrario—. ¿Nunca te has planteado bajar unos cuantos kilos? —Siempre hablaba tranquilamente, sin prisas—. Te vendría de maravilla.

—Sí, ya lo sé.

—¿Alguna vez has pensado en hacer de modelo?

No quiso ni mirarlo.

—Lo digo en serio, tienes una cara bonita.

—No tengo nada de modelo —murmuró ella.

—Y no sólo eso. También tienes un culo precioso, ¿te importa que te lo diga?

Truus dijo que no con la cabeza.

Luego circularon en coche por delante de unas casas grandes y oscuras y bajaron por una carretera que se abría inesperadamente al final, igual que ella sentía abrirse una nueva perspectiva en su vida. Vieron campos que ondulaban suavemente y unas luces en la lejanía. Un rótulo flotó por un instante en el haz de luz de los faros, decía EGYPT LANE, aunque ella estaba demasiado aturdida para leerlo.

—¿Sabes dónde estamos?

—No —contestó Truus.

—Eso es el Maidstone Club.

Cruzaron un pequeño puente y siguieron adelante. Al fin, tomaron el camino de acceso a una casa. Cuando él apagó el motor, Truus alcanzó a oír el mar. Había otros dos coches aparcados cerca del suyo.

—¿Hay alguien?

—No, están todos durmiendo —susurró él.

Caminaron por la hierba hasta el otro lado de la casa. La habitación de Robbie quedaba en una especie de anexo que olía

a humedad; encima de la cómoda había ropa en desorden, una maquinilla y demás instrumentos para afeitarse, revistas. Truus apenas lo entrevió todo cuando él prendió una cerilla para encender una vela.

—¿Estás seguro de que no hay nadie? —preguntó.

—No te preocupes.

Todo fue más bien torpe, luego se ducharon juntos.

En la carta no había prácticamente nada que a Gloria le apeteciera comer.

—¿Qué vas a pedir tú? —preguntó.

—Cangrejo —contestó Ned.

—Creo que yo voy a probar el aguacate —decidió ella.

El camarero recogió las cartas.

—¿Dices que trabaja en una compañía farmacéutica?

—Sí, en una de las grandes —contestó Gloria.

—¿Cuál?

—No lo sé, en Arabia Saudí.

—¿En Arabia Saudí?

—Hay un montón de dinero por allí, ¿no? —opinó ella—. Desde luego, más que aquí.

—¿Y cómo ha conocido a ese tipo?

—Creo que ligó con él por la calle.

—Típico —dijo Ned.

Se subió con un dedo las gafas con montura al aire. Llevaba un jersey de hilo con las mangas recogidas. Tenía el pelo descolorido de tanto sol. Estaba guapo y juvenil. A los treinta y tres años, aún no se había casado. Sólo tenía dos defectos: su madre, que había puesto todos los ahorros en un fideicomiso, y su espalda. Algo le pasaba: le daban unos espasmos terribles y a veces tenía que pasarse horas tumbado en el suelo.

—Bueno, seguro que sabe que sólo es una niñera. Está de

vacaciones. Sólo espero que no le parta el corazón —dijo Gloria —. De hecho, me encanta que haya aparecido: es mejor para Christopher, así será más difícil que ella reaccione a su evidente interés erótico.

—¿A su qué?

—Créeme, no me lo invento.

—Bah, venga, Gloria.

—Algo está pasando. A lo mejor ella no se da cuenta, pero él se mete en su cama a todas horas.

—Sólo tiene cinco años.

—A los cinco pueden tener erecciones.

—Ya, claro.

—Yo se las he visto, cariño.

—¿A los cinco años?

—Te quedarías sorprendido —dijo ella—. Son de nacimiento, lo que pasa es que tú no te acuerdas.

No le entró la nostalgia ni se puso melancólica. Estuvo más callada durante las semanas siguientes, pero también más tranquila, no particularmente triste. Iba a hacer la compra como siempre, con los zapatos planos que él le había regalado y que la hacían lucir un tanto achaparrada. Gloria llegó a pensar que tal vez estuviera embarazada.

—¿Va todo bien? —le preguntó.

—¿Perdón?

—Que si te encuentras bien, querida. Ya sabes a lo que me refiero.

A veces, cuando los dos volvían de la playa y Truus se dedicaba a sacudirle pacientemente la arena de los pies a Christopher, Gloria sentía una gran compasión por ella. Entendía que estuviera tan callada. ¡Cuánto dependía el destino de las apariencias! Su cara se veía vacía, sin expresión, salvo

cuando se ponía a jugar con Christopher; entonces se le iluminaba. De todas formas, era como una criatura, pero grandota y corpulenta; una compañera de juegos sin demasiada imaginación que quedaría en el olvido cuando las cosas siguieran su curso. ¡Y aquellos sueños tan absurdos! Quería ser diseñadora de moda, dijo un día. Le gustaba la idea de diseñar ropa.

Lo que de verdad sintió cuando se fue su novio no lo supo nadie. Entraba cargada con la compra y la puerta mosquitera se cerraba de golpe a su espalda. Contestaba el teléfono, anotaba recados. Al anochecer, se sentaba a ver la televisión con Christopher en el viejo sofá del piso de arriba. A veces se reían los dos. Las estanterías estaban llenas de juegos, juguetes de plástico, libros infantiles. De vez en cuando le pedían al chico que bajara con un libro para que su madre pudiera leerle un cuento. Su madre opinaba que era muy importante que le gustaran los libros.

Era un sobre azul claro con caracteres árabes en una esquina. Truus lo abrió ante la encimera de la cocina y empezó a leer la carta. La letra era pequeña e infantil. «Querida Truus», decía, «gracias por tu carta, me hizo ilusión recibirla. No hace falta que pongas tantos sellos en una carta a Arabia Saudí: basta con un sello de correo aéreo. Me alegro de saber que me echas de menos». Christopher estaba en la entrada, dándole golpes a algo.

—Es que no funciona —se justificó.

Iba arrastrando un coche de juguete al que había que dar cuerda para que corriera.

—Trae, deja que lo vea —dijo ella. Parecía a punto de romper a llorar—. Esto va aquí, ¿verdad? —Enganchó el tubito de plástico—. Toma, ahora sí que funcionará.

—No, seguro que no —dijo él.

—No, seguro que no —lo imitó ella.

Le dio cuerda ante la mirada triste de Christopher y, cuando la manivela empezó a ofrecer más resistencia, posó el coche en el suelo y lo soltó. El cochecito salió disparado, cruzó toda la sala y chocó contra la pared del otro extremo. El niño se acercó y le dio un empujoncito con el pie.

—¿Quieres jugar con él?

—No.

—Pues cógelo y llévalo a su sitio.

El chiquillo no se movió.

—Re-có-ge-lo —dijo Truus con voz grave, acercándose un paso a cada sílaba. Él la miraba de reojo. Otro paso vacilante—. ¡O te comeré! —rugió.

Christopher soltó un alarido y salió corriendo hacia la escalera. Ella lo siguió sin cambiar la cantilena, arrastrando los pies. El perro se puso a ladrar. Gloria entró en casa y se agachó para quitarse los zapatos y alejarlos de una patadita.

—Hola, ¿ha llamado alguien? —preguntó.

Truus puso fin a la actuación.

—No, nadie.

Gloria estaba cansada, como siempre que volvía de visitar a su madre. Echó un vistazo alrededor y se dio cuenta de que estaba pasando algo.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué estabais haciendo?

—Sólo era un juego —explicó Truus.

—Pues dejad de jugar. Tú, ven a darme un beso.

Se llevó al niño al salón. Truus se dirigió al piso de arriba, pero al cabo de un rato oyó que la llamaban. Plegó la carta que acababa de leer por quinta o sexta vez y se acercó a la escalera.

—¿Sí?

—¿Puedes bajar? —preguntó Gloria, y cuando ella llegó agregó—: Está imposible, me está volviendo loca. Ha

derramado la leche, le ha dado una patada al agua del perro. ¡Mira cómo ha quedado esto!

—Vámonos a jugar fuera —le propuso Truus a Christopher y le tendió una mano, pero él la rechazó—. Ven. ¿O prefieres montar en el poni?

Christopher clavó la mirada en el suelo y Truus se puso a gatas como si no hubiera nadie más en la sala, se soltó el pelo y emitió un sonido curioso, un relincho puro como el tintineo de un cristal. Se volvió hacia el niño para mirarlo con indiferencia. Christopher la estaba mirando a su vez.

—Ven —le dijo con calma—, tu poni te está esperando.

A partir de entonces, cuando llegaba una carta, Truus la doblaba y se la metía rápidamente en el bolsillo mientras Gloria repasaba el correo: recibos, invitaciones a alguna exposición, reclamos de pagos atrasados, alguna carta de vez en cuando. Ella no solía escribir cartas, pero se quejaba de no recibirlas y cualquier comentario sobre la extraña lógica de su actitud sólo servía para hacerla enfadar.

Llegaba el otoño, aunque todo parecía negarlo: los días eran aún calurosos, el sol moribundo seguía derramándose ostentosamente. Las hojas, más lustrosas que nunca, cubrían los árboles. Al otro lado de los setos continuaba oyéndose el barullo de los cortacéspedes. En las cálidas losas de pizarra de la terraza cojeaba un saltamontes abandonado por los suyos, veterano de guerra con uniforme amarillo y verde oscuro. Los pájaros le habían arrancado una pata.

Una mañana, Gloria estaba en el piso de arriba cuando algo llamó su atención: la puerta del cuartito de invitados estaba abierta y en la mesita de noche había una carta doblada. Simplemente estaba allí, en medio del silencio, con una mitad levantada como un ala que se alzase al viento. No había nadie

en casa: Truus había ido a hacer la compra y a recoger a Christopher en la guardería. Con la curiosidad de una colegiala, se sentó en la cama, desdobló el sobre y sacó las hojas. Lo primero que captó su mirada fue una frase justo por encima de la mitad de la primera hoja. Durante un instante se quedó como pasmada. Nerviosa, leyó la carta entera. Abrió el cajón de la mesita: había más. Las leyó también. Eran repetitivas, como cualquier carta de amor, pero no eran cartas de amor. Aquel hombre hacía más, mucho más, que trabajar en un despacho: recorría Europa entera, ciudad tras ciudad, buscando jóvenes que, en habitaciones de hotel y apartamentos de tres al cuarto —se horrorizó sólo de imaginarlo—, se desnudaban para someterse a un torrente de actos sórdidos. Parecían las cartas de un muchacho de instituto, y ésa era la parte más terrible: eran cartas de reclutamiento tan sencillas que un analfabeto podría haberlas copiado.

Allí sentada, enmarcada por la puerta, con las manos temblorosas, se preguntó qué debería hacer. Se sentía profundamente enojada, asustada, traicionada. Miró por la ventana y pensó que quizá debería ir directamente a la guardería —apenas tardaría unos minutos— para recoger a Christopher y llevárselo a donde estuviera a salvo. No, sería una estupidez. Bajó corriendo al teléfono.

—Ned —dijo ella cuando él contestó finalmente.

Le temblaba la voz. Seguía mirando una de las cartas, que contenía una serie de preguntas bien concretas.

—¿Qué tienes? ¿Ha pasado algo?

—Ven enseguida, te necesito. Christopher y yo tenemos un problema.

Se quedó un rato ahí plantada con las cartas en la mano. Luego, apresurada, buscó alrededor y acabó metiéndolas en el cajón en que guardaba las semillas para el jardín. Empezó a calcular cuánto tardaría en llegar Ned, que iba en coche desde

fuera de la ciudad.

Oyó la puerta. Estaba en el baño. Había recuperado la compostura, pero al entrar en la cocina notó que se le desbocaba el corazón. Truus estaba preparando el almuerzo.

—Mira, mami —dijo Christopher alzando una hoja de papel —. ¿Ves lo que es?

—Sí, es muy bonito.

—Esto es el motor —dijo—, aquí están las alas y esto son las metralletas.

Gloria intentó concentrarse en el garabato, con sus colores chillones, pero sólo era consciente de la presencia de la chica que se afanaba frente a la encimera. Cuando Truus llevó los platos a la mesa, intentó mirarla con tranquilidad a la cara, una cara que, según comprendió en ese momento, no había observado con atención hasta entonces. En ella, por primera vez, reconoció la depravación, y en los brazos y piernas de Truus, en su volumen y suavidad, vio la brutalidad y el vicio. Fuera, bajo la luz ordinaria del sol, se veían los árboles que bordeaban la finca, el techo de una casa, el césped, algunos juguetes desperdigados. Era un paisaje que parecía de mal agüero; demasiado idílico, demasiado tranquilo.

—Con los dedos no, Christopher, con el tenedor —dijo Truus al tiempo que se sentaba junto al niño.

—Es que no llego —repuso el chiquillo.

Truus le acercó el plato un par de centímetros.

—A ver, prueba ahora.

Luego, mientras los veía jugar fuera, entre la hierba, Gloria no pudo evitar percibir una dimensión asilvestrada, casi bestial, del entusiasmo de su hijo, como si una cierta tosquedad estuviera apoderándose de él, ensuciándolo. De entre las muchas frases que se retorcían en su mente, una dio un paso adelante: «Espero que cuando volvamos a vernos estés lista para acoger mi gran polla. P. D. ¿Has gozado de alguna buena

polla últimamente? Te echo de menos y pienso en ti, y entonces se me pone muy dura.»

—¿Habías leído alguna vez algo así? —preguntó.

—Exactamente así, no.

—Es de lo más desagradable, no me lo puedo creer.

—Pero no las ha escrito ella —dijo Ned.

—Las ha guardado, que es peor.

Ned tenía las cartas en la mano. «Si vinieras a Europa sería fantástico», se leía en una. «Viajaríamos y tú me ayudarías, trabajaríamos juntos. Sé que se te daría muy bien. Buscaríamos chicas de entre trece y dieciocho años, y también chicos, aunque algo mayores.»

—Tienes que ir y decirle que se vaya —pidió Gloria—: dile que se tiene que largar de esta casa.

Ned volvió a mirar las cartas. «Te llevarías una sorpresa: algunas están muy desarrolladas. Creo que ya sabes el tipo que buscamos.»

—No sé... a lo mejor son simples cartas de amor, aunque algo estúpidas.

—Ned, no es broma —insistió ella.

«Claro que también follaríamos mucho.»

—Voy a llamar al FBI.

—No —dijo él—. No es necesario. Toma. —Le dio las cartas —. Voy a decírselo.

Truus estaba en la cocina. Mientras hablaba con ella, él intentó detectar en sus ojos grises ese descaro que se le había pasado por alto, pero sólo vio confusión: tuvo la impresión de que ella sencillamente no entendía lo que le estaba diciendo. En un momento dado lo dejó allí y se fue a ver a Gloria, que parecía hacer esfuerzos para contener las lágrimas.

—Pero... ¿por qué? —preguntó Truus.

—He encontrado las cartas. —No supo decir otra cosa.

—¿Qué cartas?

Estaban en el sofá. Las cogió y se las mostró.

—Son mías —protestó Truus—, privadas.

—He llamado al FBI.

—Démelas, por favor.

—No te las pienso dar: voy a quemarlas.

—Por favor, déjeme que las conserve —insistió Truus.

Estaba aturdida, sollozaba. De camino al piso de arriba pasó junto a Ned, quien creyó ver en ella todos los atributos descritos en las «cartas saudíes», como las llamaría más adelante.

Truus se metió en su habitación y se sentó en la cama. No sabía qué hacer, a dónde ir. Empezó a recoger su ropa con la esperanza de que tal vez las cosas cambiaran si tardaba mucho en hacer la maleta. Lo hizo lentamente.

—¿Adónde vas? —preguntó Christopher desde la puerta.

No le contestó. El niño volvió a preguntar y entró en la habitación.

—Me voy a ver a mi madre —dijo ella.

—¿A tu madre? ¡Está abajo!

Truus dijo que no con la cabeza.

—¡Sí, está abajo! —insistió Christopher.

—Vete, me estás molestando —le pidió ella en tono monocorde.

Se puso a dar patadas a la puerta. Al cabo de un rato se sentó en el sillón. Luego, desapareció.

Cuando llegó el taxi, estaba escondido detrás de unos árboles junto al camino de acceso. Truus llevaba un rato buscándolo.

—Ah, estás ahí —dijo.

Soltó las maletas y se arrodilló para despedirse de él, que se quedó con la cabeza gacha. Desde lejos parecía una especie de acto de sumisión.

—Fíjate —dijo Gloria. Ella estaba en el interior de la casa. Ned se hallaba detrás de Gloria—. No cabe duda de que les

encantan las zorras —dijo.

Cuando se fue el taxi, Christopher se quedó junto a la calzada.

Esa noche bajó llorando a la habitación de su madre. Ella encendió la luz.

—¿Qué pasa? —le preguntó. Intentó consolarlo—. No llores, cariño. ¿Te has asustado por algo? Ven, mami te llevará arriba. No te preocupes, todo irá bien.

—Buenas noches, Christopher —dijo Ned.

—Di buenas noches, cariño.

Gloria subió, se metió en la cama con él y al fin consiguió que se durmiera, pero daba tantas patadas que bajó de nuevo a su cuarto manteniendo la bata cerrada con una mano. Se encontró con una nota de Ned: le dolía la espalda y se había ido a casa.

El lugar de Truus lo ocupó una colombiana muy religiosa que no bebía ni fumaba. Luego, una chica negra, Mattie, que bebía y fumaba, pero se quedó mucho tiempo.

Una noche, mientras leía en la cama la revista *Town and Country*, Gloria se topó con una fotografía de una fiesta al aire libre en Bruselas. Pese a que era de un formato muy pequeño, pudo reconocer perfectamente una cara. Su sorpresa fue tal que, pese a que no tenía dudas, acercó la foto a la luz con terrible desazón. A esas horas, sin maquillaje en la cara, se sentía más vulnerable que en cualquier otro momento del día. Volvió a examinar la foto. Aunque ya no hablaba con Ned y llevaban más de un año sin verse, estuvo a punto de llamarlo. Luego, al leer el pie, decidió que se había equivocado: no era Truus, sólo alguien que se le parecía. Además, ¿qué importaba? Daba la sensación de que había pasado tanto tiempo... Christopher se había olvidado de ella. Ya iba al colegio y le iba

muy bien; había entrado en el equipo de fútbol y jugaba con chicos de ocho y nueve años, mayores que él y muy listos. De mayor mediría un metro noventa y le saldrían novias por todas partes, novias cuyas familias tendrían casa en las Bahamas. Las destrozaría.

Y pese a todo, tumbada con la revista en las rodillas, no pudo evitar preguntarse qué habría sido de Truus. Volvió a mirar la foto. ¿Habría conseguido llegar a Ámsterdam o a París y, a saber si haciendo películas porno, o como fuera, habría conocido a alguien? Se le hacía insoportable imaginarla invitada a fiestas, más delgada que nunca, en restaurantes famosos, con aquel cutis tan malo escondido por el maquillaje y los criterios morales de una mosca común. Se sintió asqueada ante la idea de que existe una felicidad inmerecida a la que cierta gente consigue acceder, como aquella chica con la que Ned iba a casarse y que antes de conocerlo trabajaba en un negocio de catering cerca de Brigdehampton, nada más salir de la carretera. Aquello había sido un golpe bajo, más que eso, pero lo cierto era que nada, o casi nada, tenía ya ningún sentido.

Carisma

Los hombres no tienen por qué ser guapos, ésa no es la cuestión.

Cecily y su amiga se habían apartado de los demás invitados a la fiesta. Estaban sentadas en un rincón con las piernas sobre el sofá, como dos adolescentes, y hablaban de hombres, en particular de Lucien Freud. Cecily lo había visto esa mañana en el Museo Metropolitano; iba solo, como ensimismado, y pasaba frente a los cuadros sin mostrar mayor interés, pero de pronto se detuvo ante un Rembrandt y se quedó allí parado mucho rato, mirándolo.

—Daría lo que fuera por saber lo que pensaba —comentó ella.

—¿Se quedó ahí sin más?

—Sí, mirando el cuadro muy de cerca. Me dio la impresión de que casi le estallaba la frente.

—La verdad, tiene una frente rarísima, con esos dos bultos. ¿Se veía muy mayor?

—Sí, pero no lo que se dice viejo.

—Tuvo un montón de aventuras amorosas, ¿sabes? Tiene hijos regados por todas partes.

—¿En serio?

—Dicen que una de sus novias tenía catorce años y que el hermano intentó matarlo.

—¿Catorce? Eso es pasarse: era una niña —opinó Cecily.

—Me pregunto cómo la conoció.

—Seguro que era hija de algún amigo suyo, le pidió que posara para él y luego se tardó muchísimo y estuvo la mar de

amable con ella.

—¿Cuántos años crees que tiene él?

—No lo sé.

—¿Setenta?

—Más.

—¿Y cómo puede hacer tantas cosas?

—Ni idea —respondió Cecily.

Pensaron en ello.

—Aun así, yo me lo follaría —admitió.

—¿Sí?

—Ahora mismo.

—Yo también.

Parecía que estuvieran conspirando, apartadas de todo, haciéndose confesiones mientras los demás bebían y reían.

Lucien Freud tenía en realidad setenta y nueve años, pero estaba más allá de cualquier edad, con ese rostro profundamente ancestral. Esa mañana en el museo llevaba camisa vaquera y una americana de terciopelo negro. Ya no viajaba. Ni siquiera había ido a la inauguración de la exposición, pero su representante le había conseguido un avión privado para que pudiera visitarla. Cecily se lo imaginó sentado en uno de los asientos de cuero con el rostro más o menos de perfil, mirando por la ventana ovalada el oscuro mar que se extendía debajo. Más tarde, él mismo contó que iba pensando en los peces y en cómo el avión pasaba volando por encima de ellos. Había peces por todas partes, en ríos y mares, pero no sabían unos de otros ni tenían forma de saber: vivían en un continuum, sólo conocían su propia vida, pero ¿qué tan diferente podía ser de nuestra experiencia? Al cabo de un rato volvió la cara y se puso a hojear una revista. Tenía los ojos azul celeste y era capaz de desnudar a cualquiera con la mirada, aunque a menudo procuraba no mirar fijamente. Él mismo era un pez, una piraña: veía a las mujeres, escogía a una e iba tras

ella. Así se lo imaginaba Cecily. Sólo le interesaban dos cosas, sus cuadros y las mujeres, y ambas estaban entrelazadas.

En el otro extremo de la habitación seguía la fiesta; iban a tener que volver con los otros invitados o sus maridos irían a buscarlas.

No muy lejos de allí, en medio de las innumerables luces de otros pisos que brillaban en la noche, estaba el que Leila Aaron compartía con una compañera. Leila era una chica guapa con la vida entera por delante. Venía de una buena familia a la que había decepcionado con su decisión de no ir a la universidad, como estaba previsto —la habrían aceptado en cualquiera—, e inscribirse en una escuela de secretariado, pero era tan encantadora y generosa que sus padres lo aceptaron enseguida: era la hija menor y se lo perdonaban todo.

Una noche, ella estaba cenando en un restaurante cuando un hombre a quien yo no conocía en esa época, Paul Millard, al que todos llamaban Polo, entró con la mujer de uno de sus amigos y se abrió paso entre la gente para ir a hablar con el *maître* y esperar una mesa si era necesario. Llevaba un abrigo azul oscuro que se había dejado desabrochado a pesar del mal tiempo, y mientras aguardaba cerca de la mesa de Leila se agachó y le dijo algo de un modo que hizo que ella levantara la vista y sonriera. Dicen que una bella sonrisa es el mejor atributo que puede poseer una mujer, pero en este caso era él quien tenía una gran sonrisa que le iluminaba el rostro.

—¿Quién era ése?

—No lo sé —me contestó Leila.

A veces, basta un intercambio de miradas para que el futuro esté escrito, ya sólo falta averiguar en qué consistirá. Cuando Leila y su acompañante se marcharon, ella no volvió la cabeza en ningún momento, pero más tarde encontró en el bolsillo de su abrigo un papel con el nombre de Polo Millar y un número de teléfono. Seguramente la chica del guardarropa lo había

puesto ahí.

Al día siguiente se sentía indecisa, pero algo la impulsó a llamar.

Respondió un hombre.

—¿Diga?

—¿Polo?

Él entendió inmediatamente.

—Hola.

—¿Quién eres?

—Esperaba tu llamada. Soy Paul Millard, pero todos me llaman Polo.

—Creo que anoche fuiste un poco descarado.

—No me quedaba otra.

Ella guardó silencio.

—Mira, tengo dos entradas para la ópera —añadió él con indiferencia—. ¿Quieres ir?

—¿A la ópera? ¿Cuándo?

—Esta noche.

Así empezó todo. Fue cosa del azar, pero al cabo ambos resultaron bastante atractivos el uno para el otro. Él era un tipo jovial, aunque conocerlo realmente... Dicen que para conocer de verdad a alguien hay que saber a qué le teme, y en su caso no estaba nada claro. Costaba imaginar que tuviera miedo de algo. Cuando jugaba, por ejemplo, lo hacía sin ningún temor: como a todos los verdaderos jugadores, le traía sin cuidado el dinero. Apostaba grandes sumas en el backgammon, miles de dólares, incluso decenas de miles. Su juego consistía en doblar y doblar y doblar la apuesta. Se necesitaba temple para estar con él, porque eso era lo que lo caracterizaba, además de la sonrisa.

Le dejaba regalos en la puerta: botellas de whisky, bombones; la llamaba por teléfono.

—Te quiero —le decía—, estoy loco por ti.

—¡No digas eso!

Él estaba literalmente loco, fuera de sí. Ignoraba la realidad tal y como la conocemos, en eso radicaba su poder y su encanto. Cuando estabas con él te introducías en ese mundo. Es difícil de explicar.

—Quiero que vengas a las Bahamas conmigo.

—Polo, no puedo ir a las Bahamas.

—¿Por qué no? ¿Has estado?

Ella no iba a ninguna parte con hombres... su familia se enteraría.

—Claro que puedes ir —insistió él.

En las Bahamas, conoció a algunos de sus amigos. Eran hombres parecidos a él, pero no de su misma categoría. Él se quedaba jugando con ellos hasta la madrugada, bebía y esnifaba cocaína, pero estaba por encima de cualquier peligro. Ella probó la cocaína por primera vez allí, pero sin excederse. Él llevaba una camisa verde y unos pantalones cortos blancos, tenía el rostro rozagante y bronceado. Entraron juntos refugiándose del sol.

— No te laves —le dijo él.

—¿Por qué no? ¿Qué quieres decir?

—Quiero que sepas y huelas como lo que eres.

—¿Y qué soy?

—La chica más sexy del mundo entero.

Había una fotografía de ella en la que se la podía ver fortuitamente en un espejo con una expresión atónita, casi hosca, con el rostro medio oculto por el pelo. Hacían cosas que yo no habría atrevido ni a soñar.

—Ay, Dios —murmuró ella.

Silencio.

—Ay, Dios mío.

Él le hablaba de ello en cartas que ella leía apasionadamente. Esas cartas todavía existen. Ella no tenía catorce años, por

supuesto, sino veintitrés, pero todo era aterradoramente nuevo.

A él, el dinero le venía de familia, pero a Leila la inquietaba y confundía que odiara a su madre y no le explicara por qué. Él tiraba a la basura, sin siquiera abrirlas, las cartas que su madre le escribía.

—¿Qué te pasa con tu madre? —le preguntaba.

—Hizo cosas horribles.

—¿Qué cosas?

Él cambiaba de tema.

Se fue a Los Ángeles dos semanas por motivos de trabajo y se acostó con una actriz que conoció allí. Leila sospechó algo, pero él lo negó. A ella le preocupaba su forma de beber. Cuando bebía tenían discusiones violentas, la insultaba, pero luego le pedía perdón y era como si no hubiera pasado nada. Después de hacer el amor a veces se leían cosas el uno al otro. Poesía no, «los poetas te ponen triste», decía él. Lawrence Durrell, *Anna Karenina*... Había noches en las que llegaba de Dios sabía dónde y se dejaba caer en la cama sin dar explicaciones. Él la trataba como la favorita, pero ella no podía evitar tener la sensación de estar sometida a él, de que él se había apoderado de su vida. Era un mentiroso, pero la mitad de las veces decía la verdad.

Ella tenía miedo de lo que estaba haciendo. ¿Qué sería lo siguiente? Sabía lo de California, pero se había dado por vencida.

—¿Qué será de nosotros? —le preguntó.

—¿A qué te refieres?

—Dime la verdad, ¿qué quieres de mí exactamente?

—Ya sabes lo que pasará.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella desesperada.

Él la tomó en sus brazos.

—No, por favor —dijo ella y se apartó.

Llevaban tres meses casados cuando, tras discutir durante

una comida de Acción de Gracias con amigos, ella abrió la ventana de un dormitorio y saltó al vacío desde un decimoctavo piso. No había dicho nada, no dejó ninguna nota.

Eso nunca sucedió, por supuesto: nunca se casaron, aunque más tarde cualquiera habría pensado que sí, y que se habían separado por motivos desconocidos. Él era demasiado inescrutable para que ella confiara en él, y también demasiado mujeriego.

—Lo que pasará es que nos casaremos —le dijo.

—No lo creo, Polo.

—Sí, estamos hechos el uno para el otro.

Mucho más tarde, él le escribió con algo de nostalgia: «¿Por qué no seguimos el camino que nos había sido trazado?»

«El camino.» Ella había recorrido un largo trecho: había hecho cosas que nunca se habría imaginado haciendo ni que nadie le pidiera hacer. Se había dejado azotar. Era como si, volviendo a su habitación para acostarse, se hubiera metido inadvertidamente en otra y la hubiera atravesado a oscuras, pasando a tientas junto al gran sillón en busca del borde de la cama y, al no encontrarlo, hubiera extendido los brazos buscando la pared al otro lado, pero sin éxito, hasta que por fin, moviéndose con precaución, hubiera palpado un muro que no debería estar allí y lo hubiera seguido con la mano hasta dar con la jamba de una puerta. Pero ¿qué jamba? Una que debía de conducir a otra habitación, ¿no? Y se hubiera decidido a entrar a otro cuarto totalmente desconocido.

Lo de los azotes había sido una tarde. Ella se había preparado para no llorar ni hacer ruido, pero no lo consiguió. Luego bajaron a tomar una copa. A ella le temblaban las manos y sentía un vago orgullo. Le preocupaba que su compañera de piso viera las marcas. Él le escribió una carta larga sobre lo

sucedido y le tomó varias fotografías que ella destruyó más tarde.

La madre de él murió dejándole propiedades en Santa Mónica. Él fue varias veces a California para ocuparse de eso y se llevó a Leila. Se quedaban en la cama hasta tarde y disfrutaban del clima. Deberían tener un hijo, le dijo él.

Compró una casa en el campo, luego la vendió y compró otra. Cada vez veía menos a Leila. Se enamoró de una brasileña de dieciséis años e incluso fue a Brasil para presentarse a su familia, que lo rechazó educadamente. Sus amigos se enteraron del viaje, pero no del rechazo.

Mientras tanto, Leila había conocido a alguien. Iba a casarse, le dijo a Polo.

—¿Con quién?

—Con Alex Dereff.

—¿Y ése quién es?

—No lo conoces, es músico.

—No lo hagas, Leila: no quiero perderte.

—Lo sé —repuso ella—, pero aun así...

—¿Qué clase de hombre es?

—No lo sé. —Y luego—: Se parece mucho a ti.

Nadie era como él, con su energía, su carisma. Bastaba con verle la cabeza a una manzana de distancia para reconocerlo. De pie con su traje oscuro, esperando, como tantas veces, el ascensor del hotel Four Seasons. Otros hombres se le parecían, pero ninguno era realmente como él ni disfrutaba tanto de la vida sin realmente aceptarla como es.

Nunca dejó ir a Laila: sabía que, en cierto modo, ella siempre sería suya. Le escribió desde un hotel en Connecticut donde cierto Polo y Fermina —la llamaba así por la protagonista de *El amor en los tiempos del cólera*, uno de sus libros favoritos— habían pasado una noche. Se había puesto a pensar en lo feliz que era entonces y en lo mucho que la echaba de menos. «Sé

que nunca volverás a viajar conmigo.» Ese verano le escribió desde Porto Ercole: «Esta noche habrá fuegos artificiales. Escribirte me ayuda a despejarme un poco. Siempre imagino que te encuentro en el pasillo y nos vamos en coche juntos. Podrías escribirme, ¿no?»

La telefoneó desde el barco sólo para describirle cómo era entrar en el puerto de Génova a primera hora de la mañana; las montañas y la niebla, la quietud del agua y lo que evocaba en él: despertar a su lado, la belleza de los días. Era casi la una de la madrugada cuando sonó el teléfono y ella escuchó mucho rato sin decir una palabra, con el auricular sobre la almohada y su marido despierto e inmóvil a su lado.

Le escribió desde el Nilo, mientras navegaba por el gran río en la oscuridad, sin una sola luz a la vista, sólo el negro capuchón del cielo y unas estrellas con cinco mil años de historia.

La vida de él no se acabó después de dejarla, ni mucho menos. Vivió como había vivido siempre, aun más sofisticadamente si cabe. En las fiestas que daba en el campo había mujeres con largos vestidos de noche y camareras camboyanas. Sonaba la música y las mujeres reían y charlaban sentadas a la mesa, muertas de ganas de bailar con los maridos ricos que las ignoraban. Polo no era Gatsby: él lo había tenido todo desde el principio.

Siempre supo que ella acudiría a su lecho de muerte como acudió la amante de Yeats cuando él se estaba muriendo. Pensaba en la muerte todos los días, pero nunca hablaba de ella. Al final, como en un mito, llegó de repente: los dioses celosos lo derribaron. «Quédate, quédate un poco más antes de desaparecer en esa inmensidad», le había escrito a ella, «quédate hasta que el día haya llegado a la víspera». Tenía cáncer de esófago y ella lo vio por última vez tres semanas antes de que muriera.

Oí decir que lo habían enterrado en East Hampton y cuando estuve allí quise visitar su tumba. Era primavera y a primera hora de la mañana la hierba aún estaba húmeda. Cerca de la entrada había unos camiones trabajando. Caminé por todo el cementerio y, extrañamente, no pude encontrar su lápida.

Al fondo había una zona caótica y abandonada, con el suelo hundido en algunas partes, una valla de hierro que se caía a trozos y una verja que colgaba.

Deambulé durante media hora más con creciente incredulidad, buscando una simple inscripción. Me habían descrito la tumba, al final de una pendiente, en una especie de montículo apartado, pero no conseguí encontrarla. No eran ni las nueve de la mañana cuando salí, y no había otros coches aparcados junto a la verja. Me quedé dentro del mío durante mucho rato, preguntándome cómo era posible que no hubiera dado con la famosa tumba, pero era muy propio de él eludirme muerto tal como me había eludido en vida, partir a donde no se lo pudiera encontrar, escapar interminablemente a las preguntas.

El regalo

Aquel día (el cumpleaños treinta y uno de mi esposa) nos habíamos levantado un poco tarde y yo estaba en la ventana mirando a Des en albornoz, con los cabellos claros alborotados y una vara de bambú en la mano. Hacía un quite y luego, con un floreo, lanzaba una estocada. Billy, que tenía entonces seis años, daba saltos delante de él. Yo oía sus chillidos de gozo. Anna se me acercó por detrás.

—¿Qué hacen?

—No estoy seguro, Billy agita algo sobre la cabeza.

—Creo que es un matamoscas —repuso ella incrédula.

Sólo tenía treinta y un años: la edad en que las mujeres superan las tonterías sin dejar de ser sensibles.

—Míralo —dijo—, ¿verdad que es un primor?

La hierba estaba tostada por el verano y los dos jugaban allí. Me fijé en que Des iba descalzo. Era muy temprano para él: con frecuencia dormía hasta el mediodía y luego se adaptaba gallardamente al ritmo de la casa. Tenía talento para eso, para vivir como quería, casi sin preocupaciones, como si pudiera alcanzar de algún modo el fin deseado sin molestarse por lo que pudiera haber en el camino. Por ejemplo, que lo recluyeran varias veces, una por salir desnudo a Moore Street. Ninguno de aquellos psiquiatras tenía ni idea de quién era, ninguno había leído un maldito libro en su vida, decía Des, pero algunos pacientes sí.

Era poeta, por supuesto. Incluso parecía un poeta inteligente y flaco. Había ganado el premio Yale para poetas jóvenes cuando tenía veinticinco años, ése fue el inicio de su carrera.

Siempre que pensabas en él lo veías con chaqueta gris de espiguilla, pantalón caqui y, por alguna razón, sandalias. Extraño atuendo, sí, pero en él había muchas cosas que no pegaban. Nacido en Galveston, pasó por el programa universitario del Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales de la Reserva y se casó antes de graduarse, aunque se negaba a explicar con claridad qué había sucedido con su matrimonio. Su vida de verdad había empezado justo después, y continuado apenas sin tregua dando algunas clases para adultos, yendo a Grecia y Marruecos —donde vivió un tiempo—, sufriendo un colapso nervioso y, entretanto, escribiendo el poema que le daría fama. Yo lo leí (al menos una tercera parte) totalmente pasmado en una librería del Village. Recuerdo aquella tarde nubosa y tranquila, y recuerdo también que casi me abandoné a mí mismo, a la persona que yo era: mi modo de enfocar las cosas, mi percepción de la hondura de la vida (no encuentro una mejor manera de decirlo), y sobre todo recuerdo la emoción de ir descubriendo los sucesivos versos. El poema era un aria irregular e interminable, y su singularidad estribaba en el tono: estaba escrito como desde el averno. Empezaba: «Allí se extendía el delta, allí los brazos ardientes…», e inmediatamente presentí que no hablaba de ríos serpenteantes, sino del deseo. La revelación llegaba paulatinamente, como una especie de sueño, «la luz palpitando en el follaje», con nombres y sustantivos, Nápoles, bancos desgastados, Luxor y los faraones, Tesalónica, pequeñas olas rompiendo en las piedras. Había repetición, incluso estribillo, versos que no parecían guardar relación se convertían poco a poco en parte de una confesión que tenía su núcleo en un agosto sofocante donde acontecía algo de índole claramente sexual, pero evocaba las desiertas calles de la Texas rural, las carreteras, los amigos olvidados, el chasquido de las correas de fusil en las manos y los bífidos banderines de algún desfile. Encontrabas

preservativos, coches descoloridos al sol, menús sucios y con faltas de ortografía... Era una suerte de pira sobre la que el poeta había depositado su vida, por eso parecía tan puro: había dado todo cuanto tenía. Todo el mundo miente sobre sí mismo, pero él no había mentido: había hecho de su vida un noble lamento, siempre recorrido por esa cosa que tuviste, que tendrás siempre, que ya no puedes tener. «Allí estaba Erecteo, los miembros y las grebas bruñidos... ven a mí, Hélade, quiero sentirte.»

Lo conocí en una fiesta y sólo fui capaz de decir: «He leído su precioso poema.» Él, inesperadamente, se mostró receptivo de un modo que me impresionó, y franco de una manera que yo describiría como intrépida. Charlando, mencionó un par de libros y se refirió a cosas que supuso que yo, naturalmente, conocía, y fue muy agudo, todo eso y algo más; su discurso me invitaba a mostrarme gozoso, a hablar el lenguaje de los dioses (uso el plural porque es difícil pensar en Des como alguien que guardara obediencia a un solo dios). Siempre hablábamos de cosas que, curiosamente, ambos conocíamos, aunque él más a fondo que yo. ¿Lafcadio Hearn? Por supuesto que sabía quién era, e incluso el nombre de la viuda japonesa con la que se casó y la ciudad en que vivieron, aunque él nunca había estado personalmente en Japón; y sabía quiénes eran Arletty, Néstor Almendros y Jacques Brel; había leído la trilogía de las Lawrenceville Stories de Owen Johnson y sobre el *cordon sanitaire* impuesto a Rusia y, desde luego, lo sabía todo de su auténtica pasión, el jazz, una pasión que yo no compartía del todo; le gustaban el programa de radio *The Answer Man*, Billy Cannon, el Helesponto, Stendhal y su visión del amor... Era como si hubiéramos asistido a las mismas clases y conocido las mismas ciudades, y ahora mi hijo Billy le estaba dando con un matamoscas en las piernas.

Billy lo adoraba, era casi un colega para él. Tenía una risa

contagiosa y siempre estaba dispuesto a jugar. Las veces que estuvo en nuestra casa hacía barcos con los cojines del sofá y espadas y escudos con lo que encontraba en el garaje. En algún momento se compró su primer coche y resultó que el motor se apagaba de vez en cuando. Pues bien: él aseguraba que era un problema de circuitos mal conectados o algo así, y que sólo se arreglaba encendiendo y apagando la radio; y Billy, cómo no, era el encargado de la radio.

—Ay, ay —decía Des—, ya estamos otra vez. ¡Radio!

Y Billy, con enorme satisfacción, encendía y apagaba la radio varias veces seguidas. ¿Cómo era posible que se arreglara? Quizá fuera la fuerza del poeta, o quizá había truco.

En el cumpleaños de Anna, a eso del mediodía trajeron un hermoso ramo, lirios y rosas amarillas. Eran de él. Aquella noche cenamos con unos amigos en el Red Bar, siempre ruidoso, pero la mesa estaba en el pequeño reservado al final de la barra. Yo no había encargado pastel de cumpleaños porque íbamos a comer uno al volver a casa (tarta al ron, la favorita de Anna).

Billy se sentó en su regazo mientras ella pasaba los anillos, uno a uno, sobre las velas cuidadosamente espaciadas entre sí: cada anillo representaba un deseo.

—¿Me ayudas a apagarlas? —le pidió a Billy.

—Hay demasiadas —dijo él.

—Vaya por Dios, sabes cómo herir a una mujer, ¿eh?

—Adelante —le dijo Des a Billy—. Si te quedas sin aire, salgo a dar un paseo y te lo traigo.

—Pero ¿cómo lo harás?

—¿Nunca has oído decir «voy a tomar el aire»?

—Las velas se van a consumir —dijo Anna—. Venga, a la una, a las dos... ¡y a las tres!

Soplaron los dos. Billy quiso saber qué deseos había pedido su madre, pero ella no se lo dijo.

Comimos la tarta, los cuatro solos, y luego le di a Anna un regalo que sin duda le iba a encantar. Era un reloj de pulsera, muy fino y cuadrado, con números romanos y una piedrecita azul incrustada (una turmalina, creo). Hay pocas cosas tan bellas como un reloj nuevo en su estuche.

—¡Ay, Jack! —exclamó—. ¡Es precioso! —Se lo enseñó a Billy y luego a Des—. ¿Dónde lo has comprado? —Y luego leyó —: «Cartier.»

Asentí con la cabeza.

—Es precioso.

Beatrice Hage, una conocida, había heredado de su madre uno igual, y su elegancia desafiaba los años y las exigencias de la moda.

Me era fácil encontrar cosas que le gustaran: nuestros gustos eran casi idénticos ya desde el principio, ¿cómo habríamos podido convivir de otro modo? Yo siempre he pensado que es lo más importante, aunque puede que la gente no se dé cuenta. Tal vez el gusto se transmita por la manera de vestir (o de desnudarse), el caso es que no nace con la persona, sino que se aprende y, a partir de cierto momento, ya no cambia. A veces hablábamos de eso: de lo que puede o no cambiar, y coincidíamos en que, aunque la gente suele asegurar que ciertas cosas —experiencias, libros, personas— los han cambiado por completo, basta conocerlos de antes para saber que no es para tanto, y en que, cuando te encuentras con alguien, hombre o mujer, que te parece tremendamente atractivo, pero no perfecto, deberías saber que, una vez casados, en el mejor de los casos podrás hacerlo cambiar en alguna cosa y que, al final, incluso eso volverá a ser como antes.

Nosotros teníamos una manera de resolver pequeñas desavenencias, cosas en principio inofensivas que el tiempo y el roce convertían en molestas piedras en el zapato, por decirlo

así. Los llamábamos «regalos», y estábamos de acuerdo en que tenían que entrañar un compromiso duradero. Si uno repetía en exceso una muletilla, cierto gesto al comer o incluso una prenda de ropa, el otro podía pedirle como regalo que renunciara a ella por completo. En ningún caso se podía solicitar que el otro hiciera algo, sólo que dejara de hacerlo. Gracias a esos regalos, el estante debajo del lavabo estaba siempre perfectamente seco, Anna ya no extendía el dedo meñique cuando bebía en taza, etcétera. Podía ser que hubiera más de una cosa conflictiva y a veces resultaba difícil escoger, pero ambos teníamos la satisfacción de saber que, una vez al año, podíamos pedirle al otro que dejara de hacer esta o aquella cosa en concreto sin provocar rencores.

Des estaba abajo cuando llevamos a Billy a la cama. Yo aguardaba en el pasillo y Anna salió con un dedo sobre los labios después de haber apagado la luz.

—¿Se ha dormido?

—Sí.

—Bueno, feliz cumpleaños —dije.

—Sí.

Hubo algo raro en la forma que lo dijo; allí, de pie, con su largo cuello y su pelo rubio.

—¿Qué ocurre, cariño?

Primero no respondió, pero luego dijo:

—Quiero un regalo.

—De acuerdo —contesté, aunque por algún motivo me sentía nervioso—. ¿Qué te gustaría?

—Quiero que cortes con Des —respondió.

—¿Que corte? ¿A qué te refieres?

—Al sexo —dijo.

Sabía que iba a decir eso, aunque en el fondo tenía la esperanza de que fuera otra cosa. Sus palabras cayeron igual que un telón, o como un plato que se estrella contra el suelo.

—No sé de qué me hablas.

Me miró con expresión dura.

—Sí que lo sabes; sabes perfectamente de qué estoy hablando.

—Te equivocas, cariño: no tengo ninguna historia con Des. Es un amigo, mi mejor amigo.

Rompió a llorar.

—No llores, por favor —le rogué—. Te equivocas, de verdad.

—Por supuesto que lloro —repuso ella con voz temblorosa—, es lo que haría cualquiera. Y tú tienes que parar: ése es el trato.

—¡Por Dios! Te estoy diciendo que son imaginaciones tuyas.

—No, por favor. Por favor, no me vengas con eso —suplicó. Se enjugaba las lágrimas como si quisiera estar más presentable —. Tienes que cumplir lo que prometimos —insistió—: tienes que darme ese regalo.

Hay cosas a las que no puedes renunciar porque eso te partiría el corazón. Lo que Anna me estaba pidiendo era media vida: él quitándose el reloj; él entre mis brazos, enteramente mío, indescriptiblemente feliz, enamorado de mí. No existía nada parecido. Aquel apartamento en la calle Doce al que teníamos acceso, el jardín de la parte de atrás, los deslumbrantes acordes de *Petrushka* —el disco estaba casualmente allí y solíamos ponerlo—, acordes que siempre, mientras viviera, me devolverían a aquello: a su docilidad y su sonrisa serena.

—Yo no estoy haciendo nada con Des —dije—, te lo juro.

—Me lo juras.

—Sí.

—Y yo tengo que creérmelo.

—Te lo juro.

Ella apartó la vista.

—Está bien —dijo al fin.

Eso me llenó de dicha, pero entonces añadió:

—Está bien. Pero quiero que se marche. Definitivamente. Si quieres que te crea, ha de ser a cambio de eso.

—Pero Anna...

—No, ésa es la prueba.

—¿Cómo voy a decirle que se marche? ¿Con qué excusa?

—Invéntate algo, me da lo mismo.

Al día siguiente se levantó tarde. Anna se había marchado ya, y él estaba en la cocina, todavía envuelto en la tersura del sueño. A mí me temblaban las manos.

—Buenos días —me dijo sonriente.

—Buenos días —conseguí responder, pero poco más. Apenas me atreví a decirle—: Des...

—¿Sí?

—Mira, no sé qué decirte.

—¿Respecto a qué?

—A nosotros: se acabó.

Parecía no comprender.

—¿El qué?

—Todo. Siento como si me estuviesen desgarrando las entrañas.

—Ah, entiendo —repuso—, o eso creo. ¿Qué ha pasado?

—Mira, no puedes seguir viviendo en casa.

—Anna... —aventuró él.

—Sí.

—Lo sabe.

—Sí, y no sé qué hacer.

—¿Te parece que hable con ella?

—No serviría de nada, créeme.

—Pero si siempre nos hemos llevado bien. ¿Qué ocurre ahora? Deja que hable con ella.

—Ella no quiere —mentí.

—¿Cuándo ha ocurrido?

—Anoche. No me preguntes cómo: no lo sé.

Suspiró y luego dijo algo que no entendí: sólo oía los latidos de mi corazón. Se marchó aquel mismo día.

Durante largo tiempo me sentí resentido por aquella injusticia: Des sólo nos había dado alegrías, y que hubiera sido a mí en particular no les restaba valor. Yo guardaba por ahí algunas fotografías, y por supuesto tenía sus poemas: lo seguí de lejos, como una mujer al hombre con quien no ha podido casarse, mientras se abría paso por las islas, entre los destellos del agua que se retiraba deslizándose, hasta Íos, donde, según dicen, se halló el polvo de Homero.

Arlington

Newell se había casado con una checa y las cosas no iban bien: bebían y se peleaban. Esto ocurría en Kaiserslautern, y algunas familias del edificio donde vivían se habían quejado. Westerveldt, ayudante de campo en funciones, fue el encargado de ir a poner orden. Él y Newell habían sido compañeros de clase, aunque este último no era de los que dejaban huella: era callado e introvertido y con un aspecto bastante extraño; la frente alta y abombada y los ojos clarísimos. Jana, su mujer, tenía un continuo mohín de desdén en la boca y unos buenos pechos. Westerveldt no la conocía bien, sólo de vista.

Cuando llegó, Newell se hallaba en la sala de estar. Su visita no pareció sorprenderlo.

—Se me ha ocurrido pasarme por aquí —le dijo.

Newell asintió apenas con la cabeza.

—¿Está tu mujer?

—Creo que en la cocina.

—No es asunto mío, pero ¿tenéis problemas?

El otro pareció sopesar la pregunta.

—Nada importante —repuso finalmente.

La esposa checa estaba en la cocina. Se había quitado los zapatos para pintarse las uñas de los pies. Cuando entró Westerveldt, levantó ligeramente la cara y él se fijó en su exótica boca europea.

—¿Puedes hablar un momento?

—¿Sobre qué? —preguntó ella. En la encimera había restos de comida y platos sucios.

—¿Por qué no vienes a la sala de estar? Sólo será un

momento.

Ella no respondió, siguió concentrada en sus pies. Westerveldt se había criado con tres hermanas y se encontraba cómodo entre mujeres. Le tocó el codo para animarla, pero ella lo apartó bruscamente.

—¿Quién es usted? —inquirió.

Westerveldt volvió al salón y le habló a Newell como a un hermano: tenía que poner fin a esa situación porque estaba haciendo peligrar su carrera, le dijo.

Newell deseaba confiarse a Westerveldt, pero permaneció callado, incapaz de empezar. Estaba desesperadamente enamorado de su mujer, quien, cuando se arreglaba, era sencillamente preciosa. Si los veías juntos en el Wienerstube, él con su frente blanca y convexa destellando bajo la luz y ella delante, fumando, te preguntabas: ¿cómo pudo conquistarla? Ella era insolente, pero no siempre, y posar la mano sobre la parte baja de su espalda desnuda era tener todo cuanto uno podía esperar poseer.

—¿Hay algo que le moleste? —quiso saber Westerveldt.

—Ha tenido una vida horrorosa —repuso Newell—, pero todo se arreglará.

Westerveldt no recordaba lo que habían hablado después: los acontecimientos posteriores se lo borraron de la memoria.

Newell estaba ausente a causa de una misión, y su mujer, que no tenía amigos, se aburría. Iba al cine, paseaba por la ciudad y luego, inevitablemente, se pasaba por el club de oficiales y se sentaba a la barra a beber. Un sábado, llegada la hora de cerrar, seguía allí bebiendo con los hombros desnudos. El oficial encargado del club, el capitán Dardy, se dio cuenta y le preguntó si necesitaba que la acompañaran a casa: sólo necesitaba unos minutos para terminar de cerrar.

A la mañana siguiente, el coche de Dardy seguía aparcado bajo el cielo nublado delante del cuartel, a la vista de Jana y de

todo el mundo. Ella se inclinó sobre la cama, lo despertó a sacudidas y le dijo que se marchara.

—¿Qué hora es?

—Da igual, tienes que irte —dijo ella.

Después acudió a la policía militar y puso una denuncia por violación.

En su larga y admirada carrera, Westerveldt había sido algo así como un personaje de novela. Cerca de Pleiku, entre la hierba de elefante, un fragmento de metralla lo había alcanzado cerca del ojo. De haberlo golpeado más de cerca, o un centímetro más abajo, podría haberlo matado o dejado tuerto, pero tan sólo le quedó una cicatriz que, si acaso, lo hacía verse más guapo. Mientras estaban estacionados en Nápoles había tenido una larga aventura con una mujer, marquesa para más señas, que le había prometido comprarle todo lo que deseara, o incluso dejarlo tener amantes, si aceptaba abandonar el ejército, y ése sólo fue un episodio entre muchos: Westerveldt les gustaba a las damas. Al final se casó con una mujer de San Antonio, divorciada y con un hijo, y tuvieron dos más. Luego, a los cincuenta y ocho años, falleció de una leucemia cuyo primer síntoma fue un extraño sarpullido en el cuello.

La capilla de la funeraria, una habitación común y corriente con papel pintado rojo y bancos largos, estaba abarrotada. Alguien pronunciaba un discurso fúnebre, pero era imposible entender nada desde el pasillo, donde había mucha gente de pie.

—¿Puedes oír lo que dice? —le preguntó Newell al tipo que tenía delante.

—Ni yo ni nadie —respondió el otro. Entonces, Newell se dio cuenta de que era Bressi, aunque con el pelo lleno de canas.

—¿Oye, Bressi, piensas ir al cementerio? —le preguntó al

terminar el funeral.

—Sí, sí, te llevo —dijo Bressi.

Cruzaron Alexandria en un coche repleto.

—Ahí está la iglesia a la que asistía George Washington cuando era presidente —explicó Bressi, y un poco más adelante —: Y ésa es la casa donde se crió Robert E. Lee.

Bressi y su mujer vivían en Alexandria, en una casa revestida de tablillas blancas con un estrecho porche en el frente y persianas negras.

—¿Quién fue el que dijo «Crucemos el río y descansemos a la sombra de los árboles»? —preguntó.

Nadie respondió: se limitaron a seguir mirando por las ventanillas. Newell percibió un gran desdén en el ambiente.

—¿Alguien lo sabe? —insistió Bressi—. Os daré una pista: el máximo estratega del general Lee.

—Asesinado por sus propios hombres... —precisó Newell en voz queda.

—Por error.

—...en Chancellorsville, al atardecer.

—No lejos de aquí, a unos cincuenta kilómetros —dijo Bressi. Había sido primero en historia militar. Miró por el retrovisor—. ¿Y tú cómo sabes eso? ¿Qué nota sacabas en historia militar?

Newell no respondió.

Todos guardaron silencio.

Una larga hilera de vehículos esperaba para entrar en el cementerio. La gente que ya había aparcado caminaba junto a los coches. Había más lápidas de las que uno podía imaginar.

Bressi extendió el brazo y, señalando vagamente una zona, dijo algo que Newell no alcanzó a oír. («Thill debe de estar en esa sección», refiriéndose a un galardonado con la Medalla de Honor.)

Caminaron junto a muchos otros hacia el final del camino, atraídos por una música suave que parecía proceder del

antiguo río, del último río, donde nos espera el barquero. La banda de música, de uniforme azul oscuro, se había formado en un pequeño valle. Tocaba *Wagon Wheels* («ruedas de mi carreta, llevadme a casa»), la conocida canción western. La tumba estaba cerca: tierra húmeda bajo una lona verde.

Newell andaba como en sueños. Conocía a quienes lo rodeaban, pero en realidad no. Se detuvo ante la tumba de los padres de Westerveldt, muertos con treinta años de diferencia y sepultados el uno junto al otro.

Durante la ceremonia, que duró bastante, creyó reconocer algunas caras. A quienes parecían la viuda y los hijos les entregaron una gruesa bandera doblada. Familia y amigos desfilaron frente al ataúd portando flores amarillas de largos tallos. Newell, obedeciendo a un impulso, los siguió.

Se dispararon salvas. Una solitaria corneta, argentina y pura, tocó a silencio y el sonido se difundió por las lomas. Los generales y coroneles retirados se pusieron firmes con la mano sobre el corazón. Habían servido en todas partes, aunque ninguno de ellos había cumplido condena de cárcel como Newell. La denuncia por violación contra Dardy se había desestimado tras una investigación y, gracias a Westerveldt, habían trasladado a Newell a fin de que pudiera empezar de cero. Poco después, los padres de Jana necesitaron ayuda en Checoslovaquia y él, que aún era teniente, hizo todo lo que pudo para conseguir dinero y enviárselo. La gratitud de ella fue sincera.

—Dios mío, ¡te quiero! —le dijo.

Desnuda y a horcajadas sobre él, que yacía como desmayado, se puso a montarlo mientras se acariciaba ella misma las nalgas en una noche inolvidable para Newell. Luego vino la acusación de vender radios robadas al ejército. Guardó silencio ante la corte marcial; sólo habría deseado no tener que estar allí de uniforme: era como llevar una corona de espinas. Lo había

sacrificado todo: aquel uniforme con sus galones plateados, el anillo de rango, todo, con tal de poseerla. Una de las tres cartas dando fe de su integridad y solicitando clemencia al tribunal era de Westerveldt.

Aunque la condena fue de sólo un año, Jana no lo esperó: alegando que aún era joven, se largó con un hombre de apellido Rodríguez, propietario de varios salones de belleza.

La mujer con la que Newell se casó después no sabía nada o casi nada de todo aquello. Era mayor que él, tenía dos hijos crecidos y problemas en los pies: sólo podía caminar distancias cortas, del coche al supermercado. Sabía que su marido había estado en el ejército porque había visto fotos suyas de uniforme tomadas años atrás.

—Éste eres tú —le había dicho—. ¿Se puede saber qué eras?

Newell no regresó caminando con los otros; no tenía excusa para hacerlo: aquello era Arlington y allí todos yacían formados para la eternidad. Casi podía oír las notas lejanas del toque de corneta. Se dirigió hacia la carretera por la que habían venido y, en un momento dado, empezó a oír cascos de caballos, sordos al principio, después más sonoros y cadenciosos, acompañados de un traqueteo de ruedas. Eran los seis corceles negros que tiraban del armón que había transportado el ataúd, tres de ellos montados por orgullosos jinetes con capas negras que ni siquiera se dignaron a mirarlo. Las lápidas, dispuestas en líneas apretadas e interminables, describían una curva por las laderas y bajaban hacia el río, allá donde alcanzaba la vista, casi todas de la misma altura, salvo por algún que otro monolito más grande y gris que recordaba a un oficial montado entre la tropa. A la luz mortecina de la tarde, parecían a la espera, premonitorias, apretujadas como para una gran ofensiva. Por un momento, Newell se emocionó ante la mera idea de todos aquellos muertos: la historia de su país, del pueblo estadounidense. Yacer en Arlington no era cualquier

cosa: él nunca lo conseguiría, ya había renunciado a ello, igual que había renunciado a revivir aquellos días con Jana. La recordó en ese momento tal como había sido en tiempos, esbelta y joven. Él continuaba siéndole fiel; era una fidelidad unilateral, sí, pero eso bastaba.

Cuando al final todos se pusieron firmes con la mano sobre el corazón, él permaneció aparte, a solas, haciendo el saludo con decisión; leal, como el estúpido que siempre había sido.

La última noche

Walter Such era traductor. Le gustaba escribir con una pluma estilográfica verde que tenía por costumbre dejar suspendida en el aire después de cada frase, casi como si su mano fuera un artefacto mecánico. Podía recitar frases de Blok en ruso y luego dar la traducción alemana de Rilke resaltando su belleza. Era un hombre sociable, aunque quisquilloso, que tartamudeaba ligeramente y vivía con su mujer de un modo satisfactorio para ambos. Pero Marit, su mujer, estaba enferma.

Sentado con Susanna, una amiga de la familia, oyó por fin bajar a Marit. Un instante después la vieron entrar en la sala. Llevaba un vestido de seda rojo que la hacía lucir seductora, los pechos sin sujetador y la oscura melena alisada. Había dejado en el armario unas cestas metálicas blancas con prendas dobladas, ropa interior, de deporte, camisones y zapatos (remetidos debajo de todo lo demás): cosas que ya no iba a necesitar. También joyas, brazaletes y collares, y el joyero lacado donde guardaba sus anillos. Había estado revolviéndolos largo rato y elegido algunos: no quería que sus dedos, ahora esqueléticos, estuvieran desnudos.

—Estás mu-muy guapa —le dijo su marido.

—Me siento como si fuera mi primera cita o algo así. ¿Estáis tomando una copa?

—Sí.

—Creo que tomaré algo yo también... con mucho hielo —pidió y tomó asiento—. No tengo energías —continuó—, eso es lo más horrible. Nada de nada: me he quedado sin fuerzas. Ni siquiera me gusta levantarme y andar, por poco que sea.

—Debe de ser muy duro —opinó Susanna.

—Ni te lo imaginas.

Walter volvió con la copa y se la tendió a su mujer.

—Bueno, ¡viva la vida! —dijo ella. Luego, como si recordara de repente, les sonrió. Fue una sonrisa aterradora porque parecía indicar todo lo contrario.

Era la noche que habían elegido. En un plato dentro de la nevera estaba la jeringuilla cuyo contenido les había proporcionado el médico. Pero antes, si ella se veía capaz, harían una cena de despedida; aunque no ellos dos solos, había dicho Marit. Cosas del instinto. Se lo habían propuesto a Susanna, en vez de a otra persona más próxima y afligida, como la hermana de Marit (con la cual, de todos modos, no tenía muy buena relación) o algún otro amigo de más edad. Susanna era más joven. Tenía los pómulos marcados y la frente alta y despejada. Parecía la hija ligeramente díscola de un profesor o un banquero; «una guarra», había comentado uno de sus amigos, no sin cierta admiración.

Llevaba una falda corta y estaba ya un poco nerviosa. Era difícil fingir que sería una cena como cualquier otra. Le costaría mostrarse natural y desenvuelta. Había llegado cuando empezaba a caer la tarde. La casa, con sus ventanas iluminadas —parecía que todas las habitaciones lo estaban—, destacaba entre las demás como si allí se celebrase algún festejo.

Marit contempló los objetos de la sala: las fotografías con marco plateado, las lámparas, los grandes volúmenes sobre surrealismo, paisajismo o casas de campo que siempre había querido sentarse a leer, las sillas, incluso aquella alfombra de bello color apagado... lo miró todo como si estuviera haciendo inventario cuando, de hecho, no significaba nada para ella. El pelo largo de Susanna y su lozanía sí que significaban algo, aunque no estaba segura de qué.

«Lo que uno lleva consigo durante largo tiempo son ciertos

recuerdos», pensó, «en mi caso, recuerdos de cuando era niña, anteriores a Walter». Se refería a su casa y su cama de la infancia, a la ventana del rellano desde la que contemplaba las tormentas de invierno, a la imagen de su padre inclinado sobre ella para darle las buenas noches, a la luz de una lámpara a la que su madre acercaba la muñeca para ajustarse una pulsera.

Aquella casa... El resto era menos denso: era una novela larga muy parecida a su vida; uno la recorría sin pensar y un día se acababa de repente: las manchas de sangre.

—He tomado muchos de éstos —reflexionó Marit.

—¿Te refieres a la bebida? —preguntó Susanna.

—Sí.

—A lo largo de los años, quieres decir.

—Sí, de los años. ¿Qué hora es ya?

—Las ocho menos cuarto —respondió su marido.

—¿Vamos?

—Como quieras —dijo él—, no hay prisa.

—No quiero ir con prisas.

De hecho, tenía pocos deseos de ir: significaba dar un paso más.

—¿Para qué hora reservaste mesa? —preguntó.

—Podemos ir cuando queramos.

—Entonces en marcha.

Había empezado en el útero y de allí había subido hasta los pulmones. Al final, ella lo había aceptado. Por encima del escote cuadrado de su vestido la piel, pálida, parecía irradiar oscuridad. Ella ya no se parecía a sí misma. Lo que había sido alguna vez había desaparecido, se lo habían arrebatado. El cambio era terrible, sobre todo en el rostro. Su cara, ahora, era para la otra vida y para quienes encontrara allí. A Walter le costaba recordar cómo era en otro tiempo, incluso cuando le había prometido ayudarla llegado el momento.

Susanna ocupó el asiento trasero del coche. Las calles

estaban desiertas. Pasaron frente a casas en cuya planta baja titilaban unos reflejos azulados. Marit iba en silencio. Sentía tristeza, pero también una especie de confusión. Estaba tratando de imaginar lo que pasaría el día de mañana sin que ella estuviera allí para verlo. No pudo imaginárselo: era difícil pensar que el mundo seguiría existiendo.

En el hotel, aguardaron junto a la barra, que estaba muy animada: hombres sin chaqueta, chicas charlando o riendo ruidosamente, chicas ajenas a todo. En las paredes había grandes carteles franceses, viejas litografías en marcos oscuros.

—No reconozco a nadie... —comentó Marit— por suerte —añadió.

Walter había visto a una pareja a la que conocían, los Apthall.

—No mires —dijo—. No nos han visto. Conseguiré una mesa en la otra sala.

—¿Seguro que no nos han visto? —preguntó Marit cuando estuvieron sentados—. No tengo ganas de hablar con nadie.

—Aquí estamos bien —dijo él.

El camarero llevaba delantal blanco y pajarita negra. Les pasó la carta de comida y la de vinos.

—¿Quieren que les traiga algo para beber?

—Sí, desde luego —dijo Walter.

Estaba mirando la carta con sus precios en orden más o menos ascendente. Había un Cheval Blanc por quinientos setenta y cinco dólares.

—¿Tienen este Cheval Blanc?

—¿El de mil novecientos ochenta y nueve? —preguntó el camarero.

—Sí, tráiganos una botella.

—¿Qué es Cheval Blanc? ¿Vino blanco? —preguntó Susanna cuando el camarero se hubo alejado.

—No, tinto —repuso Walter.

—¿Sabes? Has sido muy amable acompañándonos —le dijo Marit a Susanna—. Es una noche muy especial.

—Sí.

—Normalmente no pedimos vinos tan buenos —explicó ella.

Habían comido allí a menudo, los dos solos, habitualmente cerca de la barra con sus relucientes hileras de botellas, y nunca habían pedido un vino de más de treinta y cinco dólares.

¿Cómo se encontraba?, le preguntó Walter mientras esperaban. ¿Se encontraba bien?

—No sé cómo expresar cómo me siento. Estoy tomando morfina —le dijo a Susanna—. La cosa funciona, pero... —Dejó la frase sin terminar—. Hay muchas cosas que no tendrían que pasarle a una —concluyó.

La cena transcurrió casi en silencio: era difícil hablar despreocupadamente. Sin embargo, tomaron dos botellas de aquel vino. Nunca volvería a beber nada tan bueno, pensó Walter sin poder evitarlo. Le sirvió a Susanna lo que quedaba de la segunda botella.

—No —dijo—, deberías tomarlo tú: te toca a ti.

—Ya ha bebido bastante —intervino Marit—, pero era bueno, ¿verdad?

—Fabuloso.

—Hace que te des cuenta de cosas... no sé, de ciertas cosas. Habría sido estupendo beber siempre este vino. —Lo dijo de un modo que resultó tremendamente conmovedor.

Empezaban a sentirse mejor. Después de estar un rato más a la mesa, se dirigieron hacia la salida. En la barra aún había mucho bullicio.

Marit miró por la ventanilla mientras volvían en coche. Estaba cansada. Iban a casa. El viento agitaba la oscura copa de los árboles. En el cielo había nubes azules que brillaban como si fuera de día.

—Hace una noche muy bonita, ¿verdad? —comentó—. Me

sorprende mucho. ¿Estoy equivocada?

—No. —Walter carraspeó—. Es muy bonita.

—¿Te has fijado? —preguntó dirigiéndose ahora a Susanna —. Seguro que sí. ¿Cuántos años tienes? Lo he olvidado.

—Veintinueve.

—Veintinueve —repitió Marit y luego se quedó callada unos momentos—. Nosotros no hemos tenido hijos —prosiguió—, ¿a ti te gustaría tenerlos?

—A veces creo que sí. No he pensado mucho en ello. Supongo que para eso primero tienes que casarte.

—Ya te casarás.

—Quizá.

—Podrías casarte cuando quisieras —insistió Marit.

Estaba cansada cuando llegaron a la casa. Fueron a sentarse al salón como si hubieran vuelto de una gran fiesta pero aún no quisieran acostarse. Walter pensaba en lo que se avecinaba: la luz de la nevera encendiéndose al abrir la puerta... La aguja de la jeringuilla, de acero inoxidable, estaba cortada al sesgo y era tan afilada como una cuchilla de afeitar. Tendría que introducírsela en la vena. Trató de no pensar más en eso: ya se las apañaría. Cada vez estaba más nervioso.

—Me acuerdo de mi madre —dijo Marit—. Al final, quiso contarme cosas que habían pasado cuando yo era pequeña: Rae Mahin se había acostado con Teddy Hudner, lo mismo que Anne Herring, y las dos estaban casadas, mientras que él no. Trabajaba en publicidad y jugaba mucho al golf. En fin, que mi madre dedicó un buen rato a informarme de quién se había acostado con quién: eso fue lo que quiso contarme al final. Por supuesto, en aquella época Rae Mahin era un monumento. —Se quedó callada un largo rato y después comentó—: Creo que me voy arriba.

Se levantó.

—Estoy bien —le aseguró a su marido—. No subas todavía.

Buenas noches, Susanna.

Cuando se quedó a solas con Walter, Susanna dijo que debía irse ya.

—No, por favor, quédate.

Ella negó con la cabeza.

—No puedo, de verdad.

—Por favor, quédate. Dentro de nada voy a subir, pero cuando baje no podré estar solo. Te lo ruego.

Silencio.

—Susanna.

Guardaron silencio.

—Ya sé que le has dado muchas vueltas —dijo ella.

—Desde luego.

Minutos después, Walter miró el reloj, luego empezó a decir algo pero enseguida se calló. Al cabo de un rato, volvió a mirar el reloj y salió de la sala.

La cocina, anticuada y construida con muy poco criterio, tenía forma de «L», un fregadero esmaltado en blanco y armarios de madera pintados y repintados en innumerables ocasiones. En veranos pasados, cuando en la escalera de la estación vendían cajas de unas fresas inolvidables que olían como un perfume, habían hecho conservas. Aún quedaban unos tarros. Fue a la nevera y abrió la puerta.

Allí estaba la jeringa, con sus rayitas grabadas en los costados. Contenía diez centímetros cúbicos. Trató de pensar la manera de no seguir adelante. Si dejaba caer la jeringuilla, si se rompía... podría decir que le había temblado la mano.

Sacó el platillo y lo cubrió con un paño de cocina, pero así era peor. Retiró el paño y cogió la jeringuilla sosteniéndola de varias maneras para finalmente llevarla pegada a la pierna, como ocultándola. Se sentía liviano como una hoja de papel, sin fuerzas.

Marit se había preparado: se había puesto un camisón de

raso color marfil, muy abierto en la espalda (el camisón que llevaría en la otra vida), y se había maquillado los ojos. Había hecho un esfuerzo por creer en un mundo después de éste. La travesía se hacía en barca, algo que los antiguos sabían con certeza. Parte de un collar de plata asomaba sobre su clavícula. Estaba fatigada. El vino había hecho efecto, pero no se sentía serena.

Walter se detuvo en el umbral como si esperara autorización y ella lo miró en silencio. Vio que tenía la jeringuilla en la mano. El corazón le latía alocadamente, pero estaba decidida a que no se le notara.

—Bueno, cariño —dijo.

Walter intentó responder. Notó que se había pintado los labios; su boca parecía oscura. Había dispuesto algunas fotografías sobre la cama.

—Entra.

—No, ahora vuelvo —acertó a decir él.

Bajó corriendo. Iba a flaquear: necesitaba un trago. El salón estaba vacío: Susanna se había marchado. Nunca antes se había sentido tan absolutamente solo. Fue a la cocina y se sirvió un vaso de vodka inodoro y transparente. Lo bebió de un trago. Volvió a subir lentamente y se sentó en la cama al lado de su mujer. El vodka se le estaba subiendo a la cabeza, se sentía como si fuera otra persona.

—Walter —dijo ella.

—¿Sí?

—Esto que hacemos es lo correcto.

Le tocó la mano. Eso lo asustó de algún modo, como si fuera una invitación a irse con ella.

—¿Sabes? —dijo Marit con voz serena—, te he querido más que a nadie en el mundo... Suena muy sensiblero, ya lo sé.

—¡Ay, Marit! —exclamó él.

—¿Tú me querías?

A Walter se le revolvió el estómago.

—Sí —repuso—. ¡Sí!

—Cuídate mucho.

—Sí.

En realidad, gozaba de buena salud; estaba un poco más grueso de la cuenta, pero aun así... Su prominente abdomen de erudito estaba cubierto por una capa de suave vello oscuro, sus manos y uñas siempre cuidadas.

Ella se inclinó para abrazarlo. Lo besó. Dejó de sentir miedo durante un instante. Volvería a vivir, volvería a ser joven como lo había sido. Extendió el brazo, en cuya parte interna eran visibles dos venas de un gris verdoso. Apartó la vista y él empezó a apretar para hacerlas sobresalir aún más.

—¿Recuerdas cuando trabajaba en Bates y nos vimos por primera vez? —preguntó Marit—. Supe enseguida lo que pasaría.

La aguja temblaba mientras él trataba de apuntarla al lugar correcto.

—Tuve suerte —añadió ella—, tuve mucha suerte.

Él apenas conseguía respirar. Esperó a que ella dijera algo más, pero no lo hizo. Sin dar crédito a lo que estaba haciendo, introdujo la aguja —no costó nada— y procedió a inyectar el contenido de la jeringuilla. La oyó suspirar. Tenía los ojos cerrados cuando se tumbó con expresión apacible. Había subido a bordo. «Dios mío», pensó él, «Dios mío». La había conocido cuando ella tenía veintipocos años, las piernas largas y el alma inocente, ahora la había deslizado bajo el flujo del tiempo, como en un sepelio marino. Su mano aún estaba caliente; se la llevó a los labios. Luego subió la colcha para taparle las piernas. La casa estaba increíblemente calmada: el silencio se había adueñado de ella, el silencio de un acto fatídico. No oyó que soplara viento.

Bajó lentamente la escalera y le sobrevino una sensación de

alivio, de tremendo alivio y tristeza. Fuera, las monumentales nubes azules llenaban la noche. Se quedó allí de pie unos minutos y entonces vio a Susanna sentada en su coche, inmóvil. Bajó la ventanilla cuando él se acercó.

—No te has ido —le dijo.

—Era incapaz de quedarme en la casa.

—Ya está, entra. Voy a tomar una copa.

Estuvieron en la cocina, ella de pie con los brazos cruzados, una mano en cada codo.

—No ha sido tan terrible —explicó él—, es sólo que me siento... no sé.

Bebieron de pie.

—¿De veras fue ella quien quiso que yo viniera? —preguntó Susanna.

—Fue sugerencia suya, cariño: ella no sabía nada.

—Me extraña.

—Créeme, nada.

Susanna dejó su vaso.

—No, tómatelo —dijo él—, te hará bien.

—Tengo una sensación rara.

—¿Rara? ¿No tendrás ganas de vomitar?

—No sé.

—No vomites. Ven, te daré un vaso de agua.

Ella se concentró en respirar con regularidad.

—Estarás mejor si te tumbas un rato —sugirió él.

—No, me encuentro bien.

—Ven.

La llevó (ella con su falda corta, su blusa...) a una habitación contigua a la puerta principal y la hizo sentar en la cama. Ella tomaba aire a inspiraciones cortas.

—Susanna.

—Qué.

—Te necesito.

Lo oyó a medias. Tenía la cabeza echada hacia atrás como quien invoca a Dios.

—No debería haber bebido tanto —murmuró.

Él empezó a desabrocharle la blusa.

—No —dijo ella tratando de abotonársela.

Ya le estaba desabrochando el sostén. Emergieron sus impresionantes pechos. No podía dejar de mirarlos. Los besó apasionadamente. Ella notó que la apartaba un poco para retirar la colcha que cubría las sábanas blancas. Intentó decir algo, pero él le puso la mano en la boca y la hizo tumbarse. Empezó a devorarla, estremeciéndose como de miedo hacia el final y estrechándola con fuerza entre sus brazos. Los venció un sueño profundo.

Muy de mañana, la luz era diáfana y de un brillo intenso. La casa, que obstaculizaba su paso, se volvió más blanca todavía. Destacaba entre las casas vecinas, pura y plácida. La sombra fina de un alto olmo que había al lado parecía dibujada a lápiz en su fachada. Detrás estaba el amplio césped por el que Susanna había paseado durante un recorrido organizado de jardines particulares el día que él la vio por primera vez, alta y con buena figura, una imagen que había sido incapaz de borrar, aunque lo otro había empezado más adelante, cuando Susanna ayudó a Marit a reorganizar el jardín.

Se sentaron a tomar café. Eran cómplices. Se habían levantado hacía poco y no se miraban demasiado; sin embargo, Walter estaba admirándola: sin maquillar era todavía más atractiva. No se había peinado la melena. Se la veía muy accesible. Tendría que hacer algunas llamadas, pero él no pensaba en eso: era demasiado pronto. Pensaba en días venideros, mañanas futuras. Al principio casi no oyó el rumor a su espalda. Fue una pisada, y luego otra (Susanna palideció), a

medida que Marit bajaba tambaleante por la escalera. El maquillaje de su cara estaba agrietado y el carmín mostraba fisuras. Walter se quedó mirándola sin dar crédito a sus ojos.

—Algo no funcionó —dijo ella.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Walter estúpidamente.

—No, debiste de hacerlo mal.

—¡Dios mío! —murmuró él.

Ella se sentó en el primer escalón. No parecía haber reparado en Susanna.

—Yo creía que ibas a ayudarme —dijo, y rompió a llorar.

—No entiendo qué ha pasado —contestó él.

—Todo mal —insistió Marit. Y luego añadió dirigiéndose a Susanna—: ¿Todavía estás aquí?

—Me iba a marchar ahora.

—No lo entiendo —repitió Walter.

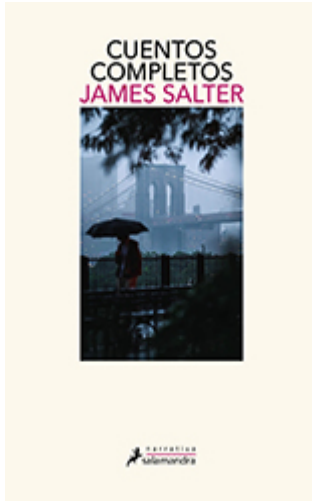
—Tendré que empezar de nuevo —se lamentó Marit.

—Lo siento —se disculpó él—, lo siento mucho.

No se le ocurrió otra cosa que decir. Susanna había ido a buscar su ropa. Se marchó por la puerta principal.

Así fue como Walter y Susanna se separaron tras ser descubiertos por Marit. Volvieron a verse dos o tres veces a instancias de él, pero no sirvió de nada: lo que sea que une a las personas había desaparecido. Ella le dijo que no podía evitarlo, que las cosas eran así.

Un poderoso conjunto de historias que retratan a mujeres y hombres en sus momentos más íntimos, por un maestro de la narrativa estadounidense



Considerado uno de los grandes iconos de la literatura estadounidense gracias a novelas de la talla de *Juego o distracción, Años luz* y *Todo lo que hay*, James Salter acabó de cimentar su prestigio como narrador con dos colecciones de relatos, *Anochec* (premio PEN/Faulkner) y *La última noche*, reunidas en este volumen con el añadido de una pieza titulada «Carisma» y un prólogo revelador de John Banville.

Cada uno de los relatos está marcado por la habilidad de Salter para mostrar con enorme sutileza la intimidad de unos personajes enfrentados a los reveses de la fortuna o a las revelaciones más sorprendentes, y también la cotidianidad de mujeres y hombres que se enfrentan al dolor de la pérdida.

Reseñas:

«James Salter escribe con conocimiento, precisión e ingenio, y el brillo elegante y escalofriante de *Mad Men*».
John Banville

«Estos relatos convierten a James Salter en uno de los grandes escritores del siglo pasado y del presente».
Financial Times

«Una escritura tensa como un arco y de un impacto sorprendente».
The Sunday Times

«Las historias de Salter son obras maestras de equilibrio y claridad, tanto que su deslumbrante quietud a menudo contrasta con los riesgos sorprendentemente audaces».
Metro

«James Salter es capaz de evocar con una sola frase toda la historia de un individuo, el complejo juego del deseo y el miedo, de la esperanza y la necesidad, del que brota el presente».
The New York Times

«Un escritor elegante y enigmático. Sus héroes charlan, duermen en palacios. Las mujeres lloran en silencio, se peinan el cabello mojado, inclinándose hacia un lado. Una dulzura y una música palpitan en todo ello. Se trata de amor, fracaso, esperanzas rotas o amistades que no pueden durar».
Le Figaro

James Salter (Nueva York, 1925-Sag Harbor, 2015) estudió Ingeniería en West Point y en 1945 ingresó en las Fuerzas Aéreas. Fue piloto de aviones de caza y combatió en la Guerra de Corea. Publicó su primer libro, *Pilotos de caza*, en 1956, y un año después abandonó el ejército para dedicarse a la literatura. Durante una década trabajó como periodista, escribió guiones y dirigió películas para Hollywood. Su tercera novela, *Juego y distracción* (1967), cimentó su reputación. A ésta siguieron *Años luz*, *En solitario*, la colección de relatos *Anochecer* y el libro de memorias *Quemar los días*. Entre 1997 y 2000 sólo publicó sendas revisiones de sus dos primeras novelas, y en 2005, una nueva colección de relatos titulada *La última noche*. Por último, la publicación, en 2013, de *Todo lo que hay* constituyó el acontecimiento del año en Estados Unidos. Salter recibió numerosos premios a lo largo de su vida, entre otros el PEN/ Faulkner en 1989, el Hadada en 2011, el PEN/Malamud en 2012 y el Windham Campbell en 2013.

Título original: *Collected Stories*

Primera edición: abril de 2023

© 2013, James Salter
All rights reserved
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2013, John Banville, por el prólogo
© 2023, Enrique de Hériz, por la traducción de «Am Strade von Tanger», «Veinte minutos», «Ocaso», «El cine», «Akhnilo», «La destrucción del Goetheanum», «Polvo», «American Express», «Hijos perdidos», «Vía Negativa» y «Costas lejanas»
© 2006, Luis Murillo Fort, por la traducción de «Contigo, Mi Señor», «Platino», «Cuánta diversión», «Los ojos de las estrellas», «Cometa», «Bangkok», «Palm Court», «El regalo», «Arlington» y «La última noche»
© 2023, Aurora Echevarría, por la traducción de «Carisma» y el prólogo

Los cuentos aquí reunidos se publicaron por primera vez en *Atlantic* («Carisma»), *Carolina Quarterly* («Polvo»), *Esquire* («American Express», «Cometa», «Ocaso», «Costas lejanas» y «Contigo, Mi Señor»), *Grand Street* («Hijos perdidos», «Akhnilo» y «Veinte minutos»), *Hartford Courant Literary Supplement* («Arlington»), *The New Yorker* («Last Night»), *The Paris Review* («Am Strade von Tanger», «Bangkok», «El cine», «La destrucción del Goetheanum» y «Vía Negativa»), *Tin House* («El regalo» y «Cuánta diversión») y *Zeotrope* («Los ojos de las estrellas»).

Imagen de portada: © Joe Tomas

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El

copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19456-13-7

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: SalamandraEd
Twitter: SalamandraEd
Instagram: SalamandraEd
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»
EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Cuentos completos

Prólogo, por John Banville

Am Strande von Tanger

Contigo, Mi Señor

Veinte minutos

Platino

Cuánta diversión

Ocaso

El cine

Akhnilo

Los ojos de las estrellas

Cometa

La destrucción del Goetheanum

Bangkok

Polvo

American Express

Palm Court

Hijos perdidos

Vía Negativa

Costas lejanas

Carisma

El regalo

Arlington

La última noche

Sobre este libro

Sobre James Salter

Créditos